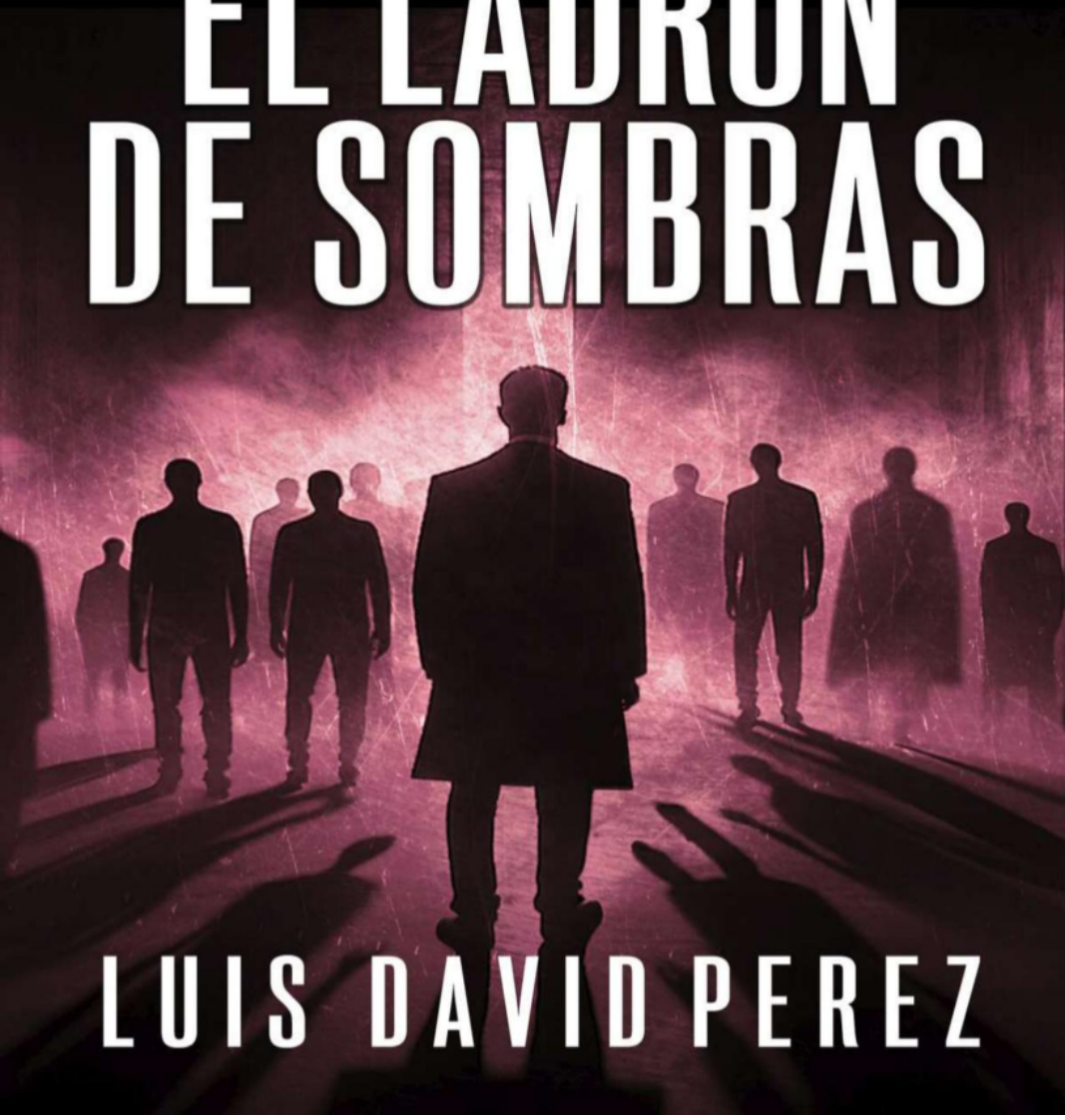
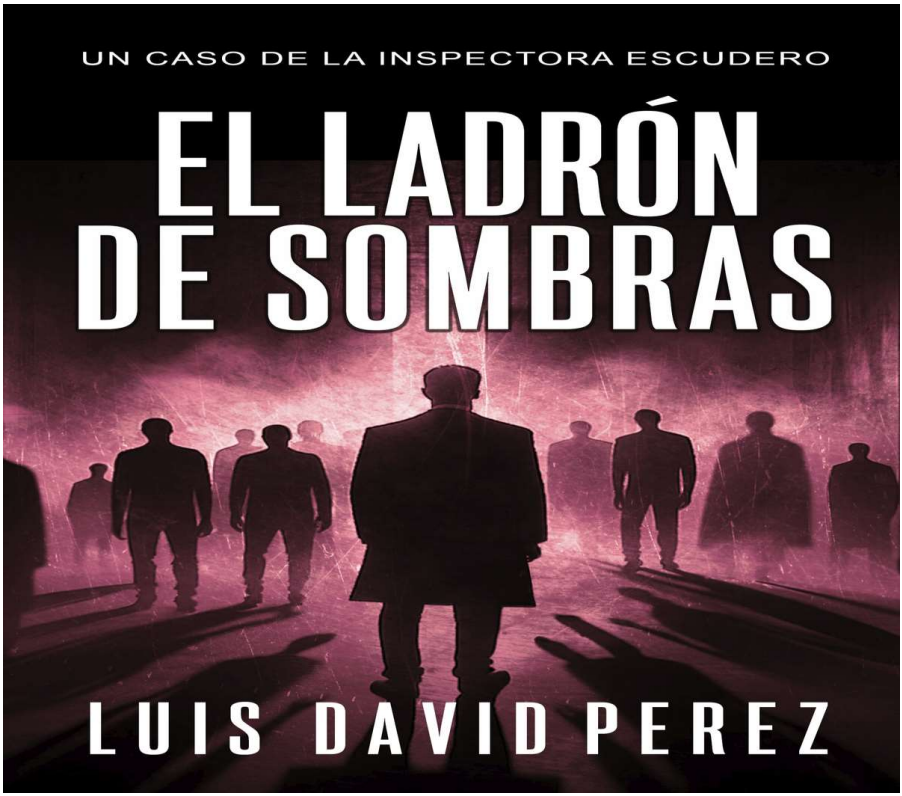
UN CASO DE LA INSPECTORA ESCUDERO

EL LADRÓN DE SOMBRAS



LUIS DAVID PEREZ



Si Dios creó sombras es para destacar mejor la luz.

Juan XXIII

3 de marzo de 2016

zonaepub.com

1

No sabe dónde está ni cómo ha llegado hasta allí. Solo siente el frío pegajoso de la piedra contra su espalda y la presión de las correas de cuero hundiéndose en su piel. El aire está saturado de humedad, de un hedor metálico que impregna cada rincón y se adhiere a su garganta. Su respiración es errática, un jadeo entrecortado que apenas se distingue sobre los cánticos guturales que reverberan en la oscuridad.

Personas encapuchadas deambulan a su alrededor con una cadencia hipnótica, se deslizan sobre la roca como sombras vivientes. Sus pies, cubiertos por sandalias de cuero endurecido y vendajes oscuros, se arrastran con un ritmo ceremonial. Son una docena, tal vez más, todos envueltos en túnicas de tejidos ásperos que se rozan entre sí con un siseo leve. Algunas de sus máscaras tienen la crudeza de bestias marinas, otras parecen fruto del delirio de un artesano ancestral, con cuencas vacías y expresiones distorsionadas.

Ella no puede moverse. No puede gritar. La mordaza impide que las súplicas tomen forma. Lo único que le queda es su mirada, desorbitada por el terror, que busca desesperada un indicio de piedad en aquellos rostros de madera impasible. Se esfuerza por recordar qué la llevó hasta ahí, pero su memoria es un caos de imágenes inconexas.

Su estómago arde: un millar de agujas perforan sus entrañas. Le han dado una sustancia que se filtra por sus venas con la lentitud de un veneno antiguo.

El canto ritual se intensifica. Las voces se entrelazan en un susurro monótono y creciente, una marea tenebrosa que la rodea por completo. Entre la penumbra trémula de las antorchas, alcanza a ver más detalles. Las paredes están cubiertas de inscripciones talladas en la roca, viejos mensajes que susurran secretos olvidados por el tiempo. Se concentra en descifrar su significado a través de la neblina del miedo, pero apenas distingue unas palabras: «Sangre y cuerpo. Renacer».

El círculo de encapuchados se abre para dejar paso a una figura que aparece por el centro. Su túnica blanca está ennegrecida. Su máscara, más elaborada que las demás, es una amalgama de cráneo animal y madera pulida. En sus manos, un puñal de filo curvo refleja el resplandor de las llamas. Su andar es calculado, casi solemne. A cada paso que da, el eco anuncia su presencia.

—El Dios de las Sombras necesita un cuerpo para habitar —declara con voz profunda, extendiendo los brazos.

El coro de seguidores responde con un zumbido fervoroso. Ella siente un escalofrío helado cuando cuatro encapuchados se acercan y la levantan con manos firmes. La transportan con un cuidado inquietante, más propio de quien manipula un objeto sagrado.

La depositan dentro de una bañera excavada en la piedra y su piel desnuda se eriza al contacto. El agua negra no le permite ver el fondo. El aire le quema en los pulmones, convertido en jadeos ahogados por la mordaza. Se agita, forcejea, pero las ataduras solo se hunden más en su carne.

Los encapuchados la vigilan en absoluto silencio, con los ojos ocultos tras las máscaras que la contemplan sin emoción. No hay compasión en ellos. Solo un designio inevitable.

La energía la abandona mientras el agua la vacía desde dentro. Lucha, pero su resistencia se disuelve en la oscuridad líquida. Sus pulmones arden, la vista se apaga, y su conciencia cae en un abismo sin fin.

La última burbuja estalla en la superficie .

Tras un instante de inmovilidad, los presentes cruzan miradas mientras el líder del culto apaga una de las antorchas y proclama:

—Que las sombras la guíen.

6 de marzo de 2016

2

17:53. Playa de Tamarit. Santa Pola.

La brisa salina se cuela sobre la arena, levanta pequeños remolinos que brillan bajo la luz dorada de la tarde. Las gaviotas sobrevuelan la playa en círculos pausados, y de vez en cuando descienden en busca de restos de comida olvidados. En el agua tranquila de la bahía, un grupo de jóvenes surfea la superficie sobre sus tablas de pádel surf, cuyas siluetas se recortan contra el resplandor del sol.

En la orilla, Marta y Lara reposan cerca de la arena. Aún sienten la pesadez de la fideuá que han comido en un restaurante cercano, y el sabor a marisco todavía impregnado en sus paladares. Todo en esta tarde de domingo respira calma: el vaivén apacible de las olas, el

rumor bajo de las conversaciones distantes, el lejano eco de risas infantiles mezclándose con el sonido del mar.

Pero esa tranquilidad es solo una ilusión.

Desde que se sentaron a la mesa, Lara no ha dejado de insistir en un asunto que la atormenta desde hace semanas y que ha terminado por convertirse en un muro entre ellas. Marta ha procurado desviar la conversación, distraerla con cualquier anécdota o comentario insustancial, pero es inútil. Su hermana sigue obsesionada con lo mismo: Brenda Vega.

El descubrimiento de que tienen una hermana lo ha trastocado todo. Lo que al principio fue un golpe de realidad, un hecho desconcertante, ha ido tomando forma hasta volverse mucho más complejo y peligroso. Porque Brenda no es solo un nombre perdido o una historia oculta en su familia. Brenda es una mujer en busca y captura, relacionada con la muerte de su propio padre, Mauricio Vega.

Y Marta, aunque no lo diga en voz alta, no ha podido dejar el tema a un lado. Desde el momento en que lo supo, ha movido hilos, pedido favores, contactado con personas que preferirían no ser mencionadas en un informe oficial. Sabe que está al borde de lo legal y que no puede evitarlo. La necesidad de saber, de entender quién es Brenda en realidad y qué papel juega en todo esto la consume en silencio.

Pero no puede decírselo a Lara.

Cada conversación sobre el tema termina en discusión, en reproches y acusaciones directas. Lara insiste en que Marta no está haciendo lo suficiente, que con sus contactos y su experiencia debería haber encontrado ya una pista concreta. Y no es solo el misterio lo que la obsesiona, también está la cuestión de la herencia: una fortuna que, de cierta forma, les pertenece.

Para Lara, ese dinero no es solo un derecho, sino una necesidad. Sigue viviendo en la casa de su tía Maite en Guardamar, divide su tiempo entre el trabajo en una peluquería y la preparación de unas oposiciones que parecen eternizarse. Cada mes es un esfuerzo y cada gasto una carga.

Marta entiende su preocupación, pero no quiere oír hablar de herencia. No antes de encontrar a Brenda y aclarar lo sucedido. Pese a que todo indica la implicación de Brenda en el asesinato de su padre, Marta todavía mantiene un hilo de esperanza. No la ha conocido lo suficiente para confiar en ella, y aun así cree que podría haber

heredado parte de la bondad que él tenía.

Las gaviotas siguen planeando sobre la playa, cuando Lara formula la pregunta que Marta no quiere escuchar.

—¿Sabes algo de Fran? —Su voz rompe el frágil equilibrio que Marta intentaba sostener.

La inspectora, que hasta hace un momento reposaba con serena quietud, se contrae.

Juega con los granos de arena entre sus dedos, buscando un ancla que le impida dejarse arrastrar por la pregunta hacia un lugar al que no quiere volver.

—Sigue en el Congo —responde, aunque sus labios apenas se mueven.

Lara desvía la mirada hacia ella. Sabe que la respuesta es solo una barrera, un escudo con el que Marta pretende protegerse de lo inevitable. Pero insiste.

—¿Cuánto hace que se fue?

Marta suspira y entierra un poco más los dedos en la arena, como si al hacerlo pudiera enterrar también lo que siente.

—Hoy se cumplen nueve semanas.

Solo el murmullo del mar y el graznido lejano de una gaviota llenan el vacío que se abre entre ambas.

—¿Has vuelto a hablar con él?

Marta aprieta los labios. No quiere responder. No quiere admitir su malestar.

—Anoche recibí un correo —dice al final, sin mirarla.

Hace una pausa larga. Cierra los ojos un instante. Parece que va a romperse, que en cualquier momento el peso de su propia voz hará que las lágrimas caigan, pero se traga el dolor y continúa.

—Me dijo que había decidido quedarse para realizar un nuevo reportaje para una revista brasileña, y que estaría allí al menos otro mes.

El nudo en su garganta es tan fuerte que apenas puede pronunciar las

últimas palabras.

Desvía la mirada hacia el mar, buscando en la inmensidad del horizonte una respuesta que no llega. La brisa le revuelve el cabello, y por un momento, Marta siente que el viento se lleva parte de la presión que le oprime el alma.

Sin embargo, la verdad sigue ahí. Y duele.

Lara la observa sin decir nada. No necesita añadir más. Ambas saben lo que significa ese correo. Fran se está yendo, y ella no puede hacer nada para evitarlo.

Marta niega con la cabeza, en un intento por despejar la presión. Sin pensarlo demasiado, deja escapar las palabras que ha estado evitando pronunciar.

—Me ha dicho que le deje las llaves de su casa a un vecino. Que no quiere causarme más molestias.

Al llegar a la última palabra, su voz se quiebra. Un latigazo de emociones la sacude por dentro. Se lleva una mano a la cara para ocultarlo, pero su respiración se vuelve agitada.

Se siente culpable por no haberle hecho caso, por no haber tomado ese avión con él cuando tuvo la oportunidad. Quizá allí, en otro continente, lejos del lastre de la rutina, habría sido más feliz. Tal vez habría descubierto una vida distinta de esta, esclava de un trabajo que no conoce horarios y de un teléfono que nunca deja de sonar.

Lara frunce el ceño. Su expresión se endurece.

—Pues que se quede allí toda la vida —suelta de repente, sin filtros.

Marta levanta la cabeza, perpleja.

—¿Cómo dices?

—Pues eso. Si lo que quiere es pasarse la vida haciendo fotos en la otra parte del planeta, pues que lo haga. Que se quede allí con su cámara y sus mosquitos. Tú a lo tuyo. ¡Será por hombres!

Marta arquea una ceja, desconcertada.

—¿Pero tú me estás escuchando?

Lara finge no oírla y sigue a lo suyo, con ese descaro natural que a

veces desarma cualquier tragedia.

—Además, ¿qué problema tienes tú para echarte novio? Ya quisiera yo tener tu talla.

¡Qué injusta es la vida! Las dos paridas por la misma mujer y me toca a mí ser la hermana fea. Anda que…

—Deja de decir tonterías —responde Marta, aunque una sonrisa involuntaria se le escapa entre los labios.

—Venga, vamos a tomarnos un cóctel al Café París.

Marta la mira de reojo.

—¿Un cóctel?

—¿Por qué no? Igual te haces un ligue y todo. Venga …

—Calla, no digas bobadas. No me apetecen cócteles.

Lara la desafía con la mirada, decidida.

—No pienso dejarte llorar por un tío, ¿vale?

Antes de que Marta pueda responder, su teléfono suena. Ambas enmudecen.

Marta lo saca del bolsillo y solo necesita un vistazo para reconocer el número.

Lara suelta un bufido.

—No me digas que es de… —se queja, alzando la vista al cielo—. Venga ya, que es domingo.

Marta exhala y responde la llamada.

3

19:05. El portador. Aeropuerto de Alicante-Elche.

Los altavoces del aeropuerto lanzan su mensaje en tres idiomas, con la voz neutra y metálica que resuena por la terminal.

Turistas de piel enrojecida tras varios días bajo el sol conducen sus maletas por el suelo brillante de mármol. Unos visten bermudas y

camisetas con logos de cervezas, otros han cambiado la ropa de playa por vaqueros y chaquetas, listos para enfrentar el frío de su país. Un grupo de jóvenes, aún eufóricos tras unas vacaciones llenas de excesos, se hace selfis frente a la gran cristalera, con las pistas de aterrizaje de fondo. A pocos metros, una pareja de ancianos repasa la guía de viajes y señala los lugares que ha visitado.

En un rincón, apartado del bullicio, alguien levanta la mirada de su teléfono. Ha estado inmóvil durante los últimos minutos, observando la pantalla, aunque sin realmente verla. Suspira con tranquilidad y se incorpora, aferrado en todo momento a la maleta de mano. Ni siquiera cuando el taxi lo dejó frente a la terminal se permitió bajar la guardia.

En cada paso que da hacia la puerta de embarque, siente la certeza de que su misión es crucial. No ha sido seleccionado al azar. Ha sido designado para ello. Y eso lo llena de un orgullo difícil de describir. Es un honor, una responsabilidad sagrada.

Acaricia el asa de la maleta de manera sutil, como quien confirma que su tesoro sigue allí. No hay margen para errores. Todo ha sido planeado, y él es el encargado de culminar el proceso.

Sus ojos recorren el aeropuerto con la frialdad de quien ya está por encima de las trivialidades del entorno diario. Familias que se despiden, ejecutivos que revisan sus correos, niños dormidos sobre los hombros de sus padres. Todos ellos ajenos a lo que él transporta.

Una última mirada al panel de vuelos. Puerta de embarque número cuatro.

Sonríe para sí mismo y avanza entre la multitud.

4

19:22. Cabo de las Huertas. Alicante.

Marta acelera. La moto Guzzi V7 Stone ruge bajo ella en dirección a Alicante.

«Vente corriendo si quieres bajar a ver el cuerpo», le ha dicho el comisario Albízar.

Es un mensaje claro y que no deja lugar a dudas. Y Marta sabe lo que significa: si no llega a tiempo, la escena se convertirá en un hervidero de agentes, forenses y periodistas. Las huellas se mezclarán, las pruebas se contaminarán y la verdad quedará sepultada bajo el peso

del protocolo y la burocracia.

Acelera un poco más.

El Cabo de las Huertas está cerca. Ella conoce bien la zona. Es un paraje salvaje, aún virgen, codiciado por las promotoras inmobiliarias que sueñan con convertirlo en urbanizaciones de lujo: un laberinto de acantilados y calas escondidas.

Y ahora, también es la escena de un crimen.

El tráfico se densifica al entrar en la ciudad. Marta zigzaguea por los carriles con la precisión de quien acumula años conduciendo a través del caos.

El piloto de reserva se enciende, aunque Marta no le presta atención. Sabe que debería repostar pronto, pero ahora mismo eso es lo último en su lista de prioridades .

A lo largo de los años ha aprendido que el peligro no avisa, que llega cuando menos te lo esperas y con su cara más cruel. Siempre se promete a sí misma no exponerse más de lo necesario, no poner un pie más allá del límite. No obstante, su compromiso con la justicia la absorbe de tal manera que, cuando se da cuenta, ya está demasiado dentro. Se deja llevar, sin pensar en las consecuencias.

Desde que llegó a Alicante ha estado cerca de la muerte en más de una ocasión. Y, sin embargo, no le tiene miedo. Tal vez porque, hasta ahora, siempre ha logrado salir airosa.

Albízar se lo ha repetido más veces de las que puede contar: «No eres intocable, Escudero. Ese ángel de la guarda del que te crees dueña un día se tomará un descanso, y a ver cómo te las arreglas entonces».

Aún así, ella está acostumbrada a vivir en la incertidumbre, a caminar por el filo de la navaja. Y sus compañeros lo saben muy bien.

Antes de subirse a la moto, ha llamado a Silvia Llamazares, subinspectora y su fiel compañera. Silvia le ha prometido que la alcanzará en unos minutos, aunque Marta ya intuye que para el momento en que Silvia llegue, ella misma habrá bajado a la cueva y estará hasta el cuello en la escena del crimen.

Al llegar al punto donde la policía ha establecido el perímetro, Marta detiene la moto y apoya el pie en el suelo. Se quita el casco y pasa una mano por su pelo revuelto. El aire huele a sal y roca húmeda. El mar

ruge con un eco grave contra los acantilados, indiferente al cadáver que aguarda entre sus aguas.

Una veintena de vecinos y curiosos se agolpan tras el cordón de seguridad. Sus rostros reflejan la mezcla habitual de morbo e inquietud que despiertan estos casos. Algunos cuchichean, otros apenas parpadean mientras siguen cada movimiento de los agentes.

Marta muestra su placa y camina a paso vivo, con la mirada fija en el punto donde se concentra la actividad.

En el mar, una embarcación de salvamento marítimo de la Guardia Civil fondea a pocos metros de la costa. En la orilla, una docena de personas con distinta indumentaria —

policías, forenses, buzos— atiende a un hombre que les da indicaciones. Marta no necesita preguntar para saber que el escenario aún está en proceso de evaluación.

Al aproximarse al comisario Albízar, no dice nada. Se limita a detenerse a su lado y se integra en la reunión improvisada. Presta atención. Examina con detalle.

En el agua, dos buzos del GEAS, el Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil, flotan junto a la entrada de la cueva. Uno de ellos se ajusta el regulador y habla con calma; su voz suena amortiguada por la distancia y el ruido del oleaje.

—El acceso al cuerpo es un poco complicado —informa—, aunque podríamos extraerlo en veinte o veinticinco minutos.

Las miradas se desvían hacia el hombre que sostiene una cámara de fotos, al otro lado del comisario. Marta reconoce al juez de guardia.

El magistrado estudia las imágenes captadas por los buzos.

—Me parece bien. Quiero que revisen el tipo de nudo y corten las cuerdas con cuidado.

Las guardaremos en bolsas de cadena de custodia. Tenemos que evitar la descomposición, ¿de acuerdo? —Levanta la vista hacia los buzos hasta que sus indicaciones quedan claras—. Extraigan el cuerpo lentamente y, si les parece bien, lo subiremos a la embarcación. ¿Tienen camilla flotante?

Marta permanece atenta. Su mirada analiza cada rostro, cada

reacción.

Cerca de ella está Luis Villacreces, el médico forense. También identifica a varios compañeros de la Policía Nacional y de la Policía Local, cada uno inmerso en su labor.

Marta apoya una mano en el brazo de Albízar para hacerle saber que ya ha llegado.

El comisario la mira y espera a que el juez termine de hablar.

—Gabriel, le presento a la inspectora Escudero. Ella se hará cargo de la investigación, así que le pediría unos minutos para que pueda acompañar a los buzos. Es importante.

El juez consulta su reloj y clava sus ojos en Marta, calibrándola, antes de asentir.

—Adelante, inspectora.

Marta no necesita más y corre hasta el barco para enfundarse un traje de buceo.

Minutos después, ya está preparada para descender. El agua está más fría de lo que esperaba. Se ajusta el regulador de oxígeno y prueba una bocanada. El aire comprimido le llena los pulmones con una ligera resistencia.

Los buzos del GEAS se mueven con naturalidad en el agua. Ella los sigue de cerca con movimientos más rígidos y medidos. No se siente cómoda en este entorno silencioso donde el sonido de su propia respiración lo domina todo.

El que va a la cabeza señala hacia un estrecho pasadizo entre las rocas. La abertura es pequeña, apenas suficiente para que pase el torso de una persona. Marta contempla cómo su compañero desliza la botella de oxígeno por el hueco y luego se interna con destreza.

Cuando llega su turno, toma aire y empuja la botella por delante de ella para asegurarse de no quedar atrapada. Luego, con paciencia, se impulsa con las piernas y avanza entre las rocas. Es un espacio reducido, demasiado angosto.

Una vez al otro lado, el agua se oscurece. Encienden las linternas acuáticas. Un haz de luz amarillenta rasga la penumbra y revela las texturas irregulares de la gruta sumergida. El agua está cargada de

restos de algas y suciedad en suspensión. A cada movimiento, un pequeño torbellino de arena se arremolina en el fondo.

Unos metros después, el pasaje se ensancha para formar una cavidad más amplia.

Y ahí está.

El cuerpo de una mujer flota a poca distancia, mecido con suavidad por las corrientes marinas. Su rostro es irreconocible.

Los brazos se extienden en un gesto antinatural, la boca entreabierta, los ojos ausentes.

El cabello largo y rubio, aún adherido en mechones al cráneo, ondea con lentitud en el agua, integrado ya en el paisaje de la cueva, parte del ecosistema silencioso que lo rodea.

Uno de los buzos señala un punto con su linterna. Marta sigue el haz de luz y ve las cuerdas.

A pesar del deterioro del cadáver, los nudos de las muñecas y los tobillos son inconfundibles.

Marta pide a los buzos que le dejen espacio. Quiere examinar el cuerpo más de cerca antes de que lo extraigan.

Se aproxima hasta quedar a escasos centímetros. La sensación de frío parece intensificarse.

El rostro de la víctima es lo primero que capta su atención. La piel casi ha desaparecido, pero se nota que es joven. No llega a los treinta, quizás incluso ni a los veinticinco. El vacío tenebroso en las cuencas le resulta escalofriante.

No es la primera vez que ve una escena así. En torno a ella, pequeños peces huyen ante la luz de la linterna y se desvanecen en la oscuridad de la gruta.

Marta busca detalles. Símbolos. Cualquier indicio que pueda contarle quién era antes de acabar aquí.

Los labios están parcialmente mordisqueados por crustáceos y peces pequeños. Lo propio ocurre con las yemas de los dedos y los lóbulos de las orejas.

Pero un detalle aún perdura.

En la frente hay una especie de macabra corona que descansa como emblema final: un trenzado de hilo metálico entrelazado con lo que alguna vez fueron flores. La mayoría de sus pétalos han desaparecido y apenas quedan restos marchitos adheridos al alambre oxidado.

Marta entrecierra los ojos. Sabe que esa corona no está ahí por azar.

Continúa con la inspección. La luz de la linterna resbala por el cuerpo hasta que descubre una imagen aún más inquietante: la piel de vaca adherida al torso de la víctima .

Marta se obliga a concentrarse en los detalles. Examina las ataduras en muñecas y tobillos. Aunque el agua ha empezado a deshacer las fibras, aún es visible el nudo. No es un lazo improvisado. Es meticuloso, deliberado.

Antes de dar la orden para subir el cuerpo, deja que sus ojos recorran la cueva una última vez.

Y entonces lo ve.

Entre la arena y las rocas, ocultos en la maleza marina, descubre restos de cuerda y cadenas corroídas por el agua salada. Demasiadas para ser mera coincidencia.

Uno de los buzos le hace una señal. Arriba la esperan.

Marta asiente y, con un último vistazo al cadáver, comprende que este caso es más complejo de lo que imaginaba.

5

20:21. Cabo de las Huertas. Alicante.

Silvia Llamazares tira con fuerza de una de las mangas del traje de buceo; ayuda a Marta a deshacerse de él. El material húmedo se resiste, pegado a su piel, y la obliga a hacer fuerza para deslizarlo por los brazos.

—Anda que me has esperado —protesta Silvia mientras forcejea con la prenda—. Para una vez que nos toca bucear y me lo pierdo.

—Te habrías tirado conmigo si hubieras llegado a tiempo —responde Marta, que logra liberar un brazo—. ¿Estabas bailando?

Silvia sonríe con picardía y se apoya contra la pared de la cabina con aire despreocupado.

—Sí, con un cubano que mueve las caderas… ¡Madre mía! Me tiene loca.

Marta sacude la cabeza, divertida, y termina de quitarse el traje. Rápidamente, se envuelve en una toalla y empieza a secarse con movimientos bruscos. Está tiritando. El agua fría del descenso aún le recorre el cuerpo.

Un golpe en la puerta interrumpe la escena.

—¿Va todo bien? —pregunta una voz desde el otro lado.

—Sí, sí, salimos enseguida —responde Marta mientras se apresura a vestirse.

—Albízar dice que es una mujer joven —comenta Silvia, refiriéndose al cadáver sumergido.

Marta se detiene, aún con la toalla en la mano. Sus ojos se encuentran con los de Silvia en el reflejo del pequeño espejo del camarote.

—Una chica más joven que tú y que yo —dice en voz baja—. Debía de ser guapísima.

Silvia asiente con expresión más seria.

—¿Y le faltan los ojos?

Marta se termina de vestir, agacha la cabeza y suspira antes de contestar.

—Esa muchacha tuvo que sufrir.

Después, con un impulso rápido, se calza y abre la puerta del compartimento.

Los focos iluminan la carpa donde se han instalado los equipos de la Policía. Más arriba, Marta distingue el resplandor de los móviles de los curiosos, que graban desde la distancia. Varias embarcaciones han fondeado cerca, atraídas por el despliegue de emergencia.

Marta y Silvia descienden a tierra y caminan hasta la carpa, donde Albízar las espera. El comisario se ajusta la corbata con la actitud de quien anticipa una noche interminable. A su lado, el forense Luis Villacreces contempla la escena con curiosidad.

—Escudero, ¿qué has visto allí abajo? —pregunta Albízar.

—Una mujer atada de pies y manos a las rocas, envuelta en una piel de vaca y sin ojos.

¿Te gusta el resumen?

Villacreces alza las cejas, sin decir nada. Albízar mantiene la mirada fija en Marta.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Viste más detalles?

Marta reclina la cabeza y pregunta:

—¿Ese sitio es muy conocido?

El comisario señala con la barbilla hacia un hombre sentado en una roca, cubierto con una manta térmica.

—Parece ser que no. Aquel de allí es el buzo que encontró el cadáver. ¿Por qué lo preguntas?

Marta se humedece los labios antes de responder.

—Porque hay restos de cadenas y nudos antiguos. Da la sensación de que ese lugar se ha usado antes para amarrar cosas.

Por un instante, el silencio se apodera de ellos. La posibilidad de más víctimas lo cambia todo.

—También hay un detalle que me preocupa —añade Marta—: cómo llegó ese cuerpo hasta allí. El acceso está escondido y el agujero por el que yo he entrado es demasiado estrecho. Meter un cuerpo por ahí no es tarea fácil.

Justo cuando el comisario va a responder, los buzos emergen transportando el cadáver y las linternas enfocan el agua.

La camilla aparece en la superficie con un ligero vaivén, empujada por la corriente.

Flota con la fragilidad de un espectro. La silueta del cuerpo está definida bajo la manta sudario que la cubre.

Nadie dice una palabra. Solo el murmullo del mar y el chapoteo de los buzos rompen la quietud expectante.

Marta observa con atención cada movimiento. Sabe que en instantes así, incluso la más leve acción puede destruir una pista.

El juez de guardia da un paso al frente, con su voz cortante sobre el sonido ambiental.

—Ahora súbanlo con mucho cuidado.

Los buzos obedecen. Elevan la camilla hasta colocarla sobre la borda de la embarcación de la Guardia Civil. A nadie se le escapa la gravedad de lo que ocurre.

Marta no aparta la vista.

Rostros tensos, miradas que esquivan el cadáver, susurros entre los agentes. Sabe que el asesino, igual que en las novelas, podría estar aquí. Quizá camuflado entre la multitud mientras goza del espectáculo en la distancia. O peor aún, involucrado en la investigación, mirando de frente la escena sin pestañear.

El médico forense se acerca a la camilla justo cuando el cuerpo es depositado en la cubierta. Su rostro, hasta entonces sereno, adquiere una expresión de concentración.

Marta lo conoce bien. Sabe que este encuentro inicial con la víctima será crucial para la investigación.

El juez se gira hacia el forense.

—¿Quiere que lo descubramos aquí?

Villacreces asiente sin titubear.

—Sí. Deseo ver el estado del cuerpo antes de que lo trasladen.

Marta se cruza de brazos. Intuye que este momento es importante.

El viento se intensifica y agita la lona de la carpa. La espera es insoportable.

Con un gesto medido, retiran la manta sudario.

6

20:30. El portador. El vuelo.

No ha tocado nada desde que se sentó. No ha desabrochado el cinturón, no ha pedido bebida, no ha hojeado la revista que sobresale del respaldo. Tiene las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en algún punto impreciso del asiento delantero. Podría parecer

dormido, pero no lo está. Lo único que descansa es el cuerpo. Por dentro, una inquietud constante no deja de moverse.

Le duele un poco la mandíbula de apretar los dientes. No se había dado cuenta hasta que el dolor subió a las sienes. Respira por la nariz profundamente y trata de soltarse sin que nadie lo note. Hay una mujer mayor sentada a su lado. Lee una novela de cubierta violeta y se ríe de vez en cuando, por lo bajo. Él no la mira, pero es consciente de cada uno de sus movimientos. Su sola presencia amenaza con romper un equilibrio delicado.

Sabe que está solo. No necesita confirmarlo. Lo estuvo desde el principio. Incluso cuando lo llamaron por su nombre —con esa solemnidad hueca que parecía heredada de otro siglo— y lo hicieron arrodillarse.

Ser elegido no se parece a lo que uno espera.

No hay música, ni vítores, ni una gloria palpable. Es más bien un vacío que se abre bajo los pies. Una renuncia. Una despedida que no se pronuncia.

Unas risas rompen la serenidad del pasillo. Dos chicos jóvenes bromean mientras sacan una mochila del compartimento superior. Uno de ellos tropieza y se apoya, sin querer, sobre su asiento. El impacto es suficiente para sacudirle los nervios. No se gira. No dice nada. Solo espera a que se alejen. Los músculos de la espalda siguen en tensión mucho después de que se vayan.

Mira por la ventana. Una línea de nubes dibuja una costa fantasma bajo ellos. Piensa, por un momento, que tal vez sería mejor seguir volando, sin destino, sin aterrizajes.

Flotar en esa franja indefinida donde nada ocurre.

El pensamiento se disuelve rápido. No hay espacio para fantasías. El trayecto está trazado. El tiempo, medido. Todo ha sido planeado.

Apoya la cabeza contra el respaldo, con los ojos entrecerrados. Fingir el descanso ayuda a contener el temblor sordo que a veces le nace en la boca del estómago. No es miedo, o al menos no quiere llamarlo así. Tiene otro nombre. Una angustia más compleja. Una herida que aún no ha mostrado su fondo real.

Se repite, como un susurro sin voz: tú fuiste el escogido.

Y eso, en lo más profundo, aún le provoca una punzada de orgullo.

El avión sigue su curso, y él, envuelto en una calma espesa, se abandona a ella, aferrado a la certeza de que lo que ocurre en la superficie ya no le concierne.

La maleta está sobre su cabeza, en el compartimento, aunque la siente pegada al pecho, una presencia palpitante que no lo suelta.

No piensa en lo que hay dentro.

O eso se dice a sí mismo.

7

22:32. Vivienda de Marta Escudero. Playa de San Juan. Alicante.

Marta lleva media hora al teléfono con Quiroga, su excompañero en la comisaría de Oviedo. La conversación ha derivado en ese desinterés que últimamente lo envuelve todo.

—No encuentro nada que me llame la atención —dice, tumbada en el sofá con una mano apoyada en la frente—. Todo me parece predecible. Especialmente las series policiacas. No dejan de cometer errores en los procedimientos.

Quiroga se ríe al otro lado de la línea.

—Eso te pasa por ser una maniática. A ver, Marta, ¿por qué no sales un poco? ¿Por qué no vas con Silvia a bailar? Te vendría bien hacer alguna actividad. Pasas demasiado tiempo encerrada en casa.

Marta suspira.

—Todo me aburre.

—Es por Fran, ¿verdad?

Ella cierra los ojos. Lo veía venir.

—No sé si es por él, por mí, por el asunto de Brenda o porque simplemente nada me motiva.

Quiroga no tarda en soltar otra pregunta, con la confianza de quien ya conoce la respuesta.

—¿Y qué hay de aquello que me comentaste de ser madre?

Marta se cubre el rostro con la mano y niega con la cabeza, aunque él no puede verla.

—Uf, eso ni me lo nombres, que me pongo a llorar. Estoy en una etapa de mi vida en que no sé lo que quiero.

—Pues vente a trabajar a Asturias. Ya sabes que aquí hay buena gente, monte, sidra y fabada.

—Ahora que nombras la fabada, ¿qué tal está tu madre?

—Pues muy bien. Desde que se puso el audífono, se ha transformado. ¿Sabes que se apuntó a una asociación y le pidieron que dé clases de cocina?

Marta suelta una carcajada.

—No me extraña. Con la buena mano que tiene… Me alegro por ella. ¿Y qué tal te va a ti?

—Estoy que trino. Ha vuelto mi superior y me tiene hasta los cojones.

—Vaya… —Marta sonríe con cierta malicia—. ¿Otra vez os estáis matando?

—Es insoportable. Nada, que cualquier día pido un cambio.

—Pues vente a Alicante, hombre. Aquí hay buen tiempo, playa, cerveza fría y arroces de toda clase.

—No me tientes, Marta. No me tientes.

La conversación se suspende por un momento en el que ambos escuchan la respiración del otro. Marta no lo dice en broma. Quizás, en el fondo, le gustaría que Quiroga estuviera más cerca.

—¿Y en qué andas metida ahora? —pregunta él con tono curioso.

Marta deja escapar un suspiro.

—Hace un rato vi el cadáver de una joven maniatada y sin ojos en una cueva marina.

A Quiroga le toma un instante reaccionar antes de soltar una exclamación.

—¡Joder, qué impresión! Ahora entiendo que estés de bajón.

—No ha sido precisamente el mejor día.

—¿Has averiguado algo?

—Esperaremos el informe del médico forense. Ahora mismo estará practicándole la autopsia.

—Espero que lo resuelvas pronto.

Marta guarda silencio un instante, aunque en su memoria sigue viendo el rostro de la víctima, esa expresión congelada en el tiempo, la ausencia inquietante de sus ojos.

—No me la quito de la cabeza —admite en voz baja.

—Por eso te digo que salgas a correr, a tomarte un helado, al karaoke…

Marta suelta una risa sarcástica.

—¡Venga, Quiroga! ¿Me imaginas a mí en un sitio de esos?

—Ni de coña, pero al menos te he arrancado una sonrisa.

Ella niega con la cabeza, consciente de que tiene razón.

—Anda, te vendrá bien dar una vuelta —insiste él—. Voy a dejarte, que tengo que darle la medicación a mi madre.

La llamada se corta.

Debería hacer caso a Quiroga y calzarse las deportivas, salir a correr y dejarse envolver por la música electrónica en los auriculares. En lugar de eso, se queda anclada al sofá, jugando con la pantalla del móvil, moviendo el pulgar de un lado a otro sin propósito real, hasta que se detiene en el último correo de Fran.

Lo abre.

Está en la ciudad de Pweto, cerca de la frontera con Zambia. Marta pulsa en el buscador y aparecen imágenes de un pueblo a orillas de un lago inmenso, rodeado de vegetación exuberante y casas de adobe. Se imagina a Fran allí, cámara en mano, caminando entre hombres de piel oscura con camisas desabrochadas hasta el torso, los pies polvorientos y las manos curtidas por el trabajo en la pesca y la agricultura. Mujeres con coloridos paños anudados a la cabeza, que portean sacos sobre la espalda o cargan bebés dormidos contra el

pecho materno. También niños descalzos que juegan en el agua o corretean por las calles de tierra roja.

A Marta le invade una sensación extraña. No sabe si siente admiración o envidia.

Su dedo duda sobre la pantalla. Se ve tentada a escribirle, a decirle que lo echa de menos, que quiere que regrese ya, o, mejor aún, a preguntarle si hay sitio para ella en aquella expedición. ¿Y si se va? Solo por un tiempo. Solo para ver qué se siente al estar lejos, en un rincón donde nadie la conozca ni se espere nada de ella.

Apaga el teléfono.

Se niega a aceptar que la situación la sobrepasa, que no es tan fuerte en lo emocional como pensaba.

Valora si llamar a Silvia y contarle que está sufriendo una crisis, que necesita compañía, que no quiere estar sola en este apartamento vacío, pero no sabe por dónde empezar.

Vuelve a encender la pantalla con el deseo irracional de que, de un momento a otro, llegue la llamada del forense. Cualquier excusa sería buena para salir de aquí.

Se aproxima a la ventana y la abre.

El aire de la noche le golpea la cara. Fresco, húmedo, con ese olor a mar que se cuela entre los edificios. Su piel lo agradece, aunque su mente sigue atrapada.

Mira hacia abajo.

Trece plantas la separan de la acera.

Tres segundos.

Tres segundos para que todo se apague de una vez por todas.

7 de marzo de 2016

8

7:06. Instituto de Medicina Legal de Alicante.

Marta no ha podido conciliar el sueño. Ha visto pasar cada minuto en el reloj de su mesita, alerta ante la esperada llamada del forense,

aunque también atrapada en un bucle de pensamientos sobre los frentes abiertos en su vida personal. La incertidumbre la consume tanto como el caso.

Cruza la puerta metálica del edificio en la avenida Aguilera. El recibidor está en silencio. A la izquierda, sentado en la sala de espera, está el comisario Albízar. Él tampoco parece haber dormido mucho. Su postura rígida y la mirada fija en el suelo delatan que sigue repasando el caso.

Marta se deja caer en una de las sillas frente a él. No soporta el silencio. No ahora.

—¿Novedades? —pregunta, con la esperanza de que algo haya cambiado durante la madrugada.

Albízar la mira de reojo y suelta el aire con fatiga.

—Hemos revisado las desapariciones y no logramos dar con una denuncia que encaje con la víctima.

Marta endurece la expresión, a la espera de que la autopsia arroje luz sobre el caso.

Unos pasos se escuchan al fondo del pasillo. Aparece Luis Villacreces, con la bata blanca arrugada .

—Venga, chicos, pasad, que tenemos chocolate y cruasanes recién hechos —dice con una sonrisa ladeada.

Albízar y Marta intercambian una mirada antes de levantarse. El comisario se estira el cuello de la camisa con un gesto automático mientras camina con Marta hacia el forense, que los espera junto a la puerta de su despacho.

—Buenos días, Luis —saluda Albízar con un leve asentimiento.

El forense los mira un instante con compasión.

—Eso mismo os deseo yo, porque menudas caras de ánimo traéis. En fin, ¿quién dijo que nuestros trabajos venían acompañados de carcajadas? —Baja la voz con un dramatismo exagerado—. Y yo aquí, esforzándome por alegraros el día con bollería que no existe. En fin… Sentaos, que acabo de terminar el informe.

Se aparta para dejarles pasar. La luz blanca hace que las ojeras de

todos sean más evidentes.

Marta y Albízar toman asiento frente a la mesa abarrotada de carpetas. Villacreces se sienta al otro lado y cruza las manos sobre un expediente.

—Perdonad por no ofreceros nada, la camarera está enferma y no me queda ni un caramelo —bromea.

—No te preocupes, Luis. ¿Qué tenemos? —Albízar no pierde el tiempo. Quiere ir al grano.

Villacreces exhala despacio y abre el informe. Marta sigue el movimiento de sus manos, atenta a cada página que pasa.

—A ver… —dice el forense mientras alisa los papeles—. La causa de la muerte es el ahogamiento. No se ahogó por agua salada, sino por agua dulce, mineral, que no contenía cloro. Ya estaba muerta cuando la sumergieron en el mar.

Marta se inclina, con la mirada fija en los datos.

—¿No fue estrangulación?

—No. No hay marcas que indiquen que se aplicó un lazo o una cuerda para asfixiarla.

Lo que detectamos son evidencias de que la víctima fue sumergida en agua de forma deliberada .

Albízar pliega las cejas con desconcierto y pregunta:

—¿Y el tema de los ojos?

Villacreces chasquea la lengua y mueve la cabeza en señal de reflexión.

—Se los extrajeron post mortem. Nada de cortes irregulares ni violencia innecesaria.

Parece que quisieron conservarlos intactos.

Marta se recuesta en el respaldo de la silla y cruza los brazos. Siente un incómodo revuelo en el estómago.

—¿Había droga en el organismo?

—Sí. Encontramos restos de ketamina en la sangre. Se suele utilizar para sedar a las víctimas antes de asesinarlas. Además, hallamos una veintena de clavos en el interior del aparato digestivo.

Villacreces deja caer la foto sobre la mesa con aire cansado y se reclina en su asiento.

—¿Clavos en el estómago? —Marta rompe el silencio—. ¿Se sabe el motivo?

—No es la primera vez que veo una situación semejante —responde el forense—. Lo que sí puedo decir es que los clavos no fueron ingeridos de manera accidental.

Albízar entrelaza los dedos y apoya los codos en la mesa.

—¿Cuántos dices que había?

—Diecinueve, para ser exactos —dice Villacreces—. Pequeños, de acero común. No parecen clavos de carpintería, más bien de uso doméstico. Los analizaremos.

Marta baja la vista a la fotografía. El rostro es una masa sin rasgos que permitan adivinar quién era.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el agua?

—Por la temperatura del mar y el estado de descomposición, diría que entre tres y cuatro días. No más.

Villacreces apoya otra fotografía en la mesa. Es un primer plano de la dentadura de la víctima.

—Este rasgo es importante. —Señala el incisivo superior derecho—. Está ligeramente torcido. No es especialmente llamativo, pero suficiente para que un familiar lo reconozca.

—¿Y esa pulsera? —pregunta Marta—. No la vi ayer .

—Estaba cubierta por la atadura de la cuerda. Es de plata, sin inscripciones ni marcas visibles. Podría ser un detalle sin importancia, o tal vez encierre algo más.

Marta asiente y repasa la escena en la cueva. No recuerda haber visto ningún reflejo metálico entre las ataduras.

—Sobre las heridas en muñecas y tobillos… —continúa Villacreces—.

La víctima estuvo atada bastante tiempo antes de perder la vida. Es evidente que sufrió mucho.

El nudo en el estómago de Marta se aprieta un poco más. Toma entre las manos una fotografía del cadáver y la examina en silencio: el rostro irreconocible, la boca entreabierta y la ausencia de ojos.

—¿Y qué edad crees que tenía? —consulta Albízar.

—Me atrevería a apuntar que entre dieciocho y veintiún años. Era joven y atlética. No tenía perforaciones en las orejas, tatuajes aparentes ni malformaciones. Los resultados de los primeros análisis apuntan a que era una mujer sana, aunque hay un detalle que todavía no os he contado —baja la voz Villacreces, como si el peso de la revelación lo obligara a moderar la intensidad—. La mujer estaba embarazada. De pocas semanas.

Marta parpadea un par de veces y traga saliva. Sus dedos se crispan sobre el borde de la mesa, conteniendo la reacción en su rostro.

—¿Estás seguro? —pregunta Albízar con resignación.

—Completamente. No hacía mucho que se había enterado. Es posible que ni siquiera hubiera experimentado síntomas.

Marta imagina a la víctima antes de todo esto. Joven, atlética, ajena a lo que le esperaba.

Tal vez ilusionada, tal vez aterrada ante la posibilidad y sin nadie cercano de confianza a quien contárselo.

—Quizás acababa de enterarse —añade el forense mientras baja la mirada al informe y lo cierra con un golpe seco sobre la mesa.

Marta no puede evitar pensar en la frialdad del asesino. No fue un ataque impulsivo ni una cuestión de azar. Se tomó su tiempo y se aseguró de que sufriera. Sabía lo que hacía. Y lo ha hecho antes.

9

8:12. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La comisaría provincial de la Policía Nacional bulle con el trasiego habitual de los lunes a primera hora. Funcionarios uniformados entran y salen de los despachos, teléfonos suenan sin descanso y voces discuten expedientes.

Marta asciende las escaleras hasta la oficina mientras su cabeza todavía da vueltas al dictamen del forense.

Nada más abrir la puerta, se encuentra con Teo Serralba, el informático especializado en ciberdelincuencia, frente a sus cuatro monitores. Pantallas repletas de datos iluminan su rostro con un resplandor azul pálido. A su lado, Silvia Llamazares está sentada con los pies sobre una silla, hojea una libreta mientras mastica un chicle.

Al ver a Marta, Silvia le hace una seña a Teo para que baje el volumen de la música que suena por los altavoces. Una base electrónica de los años noventa.

—Jefa, ¡cuánto tiempo! —saluda Teo mientras le ofrece una bolsa de chucherías—. ¿Un poco de azúcar?

Marta se deja caer en la silla roja sin responder. Apoya una carpeta sobre la mesa y suelta un suspiro cansado.

—Gracias, Teo. Necesitaré algo más fuerte para soportar lo que se nos viene por delante.

Silvia deja la libreta a un lado y se sienta más cerca de Marta, con un bolígrafo en la mano.

—¿Qué tal la autopsia? —pregunta con impaciencia.

Marta abre la carpeta y extrae el informe del forense. Sus dedos recorren el borde de las hojas con parsimonia antes de hablar. Una tras otra enumera las conclusiones que Luis Villacreces le ha contado hace unos minutos.

—¿Clavos en el estómago? —repite en voz baja Silvia, incapaz de asimilar lo que acaba de escuchar—. ¿Qué tipo de psicópata haría semejante cosa?

—Uno que sabe exactamente lo que hace —responde Marta con sequedad.

Silvia se masajea la barbilla.

—Podría ser un método de tortura… o un ritual.

—Esa es una de las hipótesis —confirma Marta—. Y aquí viene otro detalle que aún no os he contado. Estaba embarazada —susurra.

—¿De cuánto tiempo? —pregunta Silvia, con la voz más grave.

—Unas pocas semanas. Probablemente, ni siquiera lo sabía.

Por un instante, Marta queda absorbida por un recuerdo breve pero punzante que se abre paso: el eco lejano de un hospital en silencio, y una noticia que le arrancó de golpe la vida que crecía dentro de ella. No quiere revivirlo, pero la imagen la atraviesa y la deja sin aire.

El silencio se adueña de la oficina.

Marta cierra el informe y se pasa una mano por el rostro.

—No fue un simple asesinato —dice en voz baja—. Fue infinitamente peor.

Se incorpora con decisión y camina hacia la pizarra blanca que ocupa parte de la pared.

Con un gesto automático, desenrosca el tapón del rotulador y escribe en letras grandes:

«TRANSPORTE».

—Chicos, desconocemos quién es la víctima, así que comencemos por el final. Sabemos que el cuerpo fue trasladado. Si habéis estudiado la zona en la que se encontró, coincidiréis conmigo en que solo hay una manera de llevarlo hasta allí.

—Por mar —responde Teo sin dudar.

Marta le lanza una mirada de aprobación mientras repasa el lugar del hallazgo.

—Los buzos del GEAS aseguran que hicieron falta al menos tres personas para introducir el cuerpo en la cueva marina y atarlo. Así que tenemos una embarcación, un mínimo de tres implicados…

—¡Y tres equipos completos de neopreno y oxígeno! —añade Silvia con rapidez.

Marta asiente mientras escribe los datos en la pizarra.

—Correcto. Y ahora quiero que pensemos en logística. Teo, necesitamos imágenes. Sé que entre esas rocas no hay cámaras, pero seguro que algo podrás sacar. Quiero que reviséis todas las cámaras de seguridad del puerto y alrededores. También hay que preguntar en los negocios de alquiler de barcas de recreo y equipos de submarinismo.

No solo en la ciudad. En cuestión de minutos, pudieron llegar desde Torrevieja, Santa Pola o Benidorm.

Teo, que ha tomado nota en un post-it amarillo, levanta la vista.

—Esa tarea nos tomará tiempo.

—Pero daremos con pistas —añade Silvia con convicción—. Estoy segura de que la encontraremos.

—¡Esa es la actitud! —celebra Marta y se da la vuelta de nuevo hacia la pizarra. Escribe en mayúsculas: «EVIDENCIAS».

—Estamos a la espera de que la Científica nos diga si las muestras de ADN de la víctima coinciden con la información registrada.

Teo alza una mano para interrumpir.

—Jefa, perdona un momento. Busqué si había denuncias recientes de una mujer desaparecida, pero no hubo suerte.

—Gracias, Teo. Y hay un detalle más que me tiene en vilo. —La inspectora deja el rotulador sobre la mesa y se cruza de brazos—. En esa cueva vi restos de cadenas y nudos antiguos de cuerda. Tengo la sensación de que no es la primera vez que atan a alguien en ese escenario.

Silvia se remueve en la silla.

—¿Crees que ha habido más víctimas?

—Creo que esa cueva ha sido utilizada antes. Y si no es la primera, tampoco será la última.

Silvia ladea la cabeza.

—¿Acaso insinúas que esto se hace con frecuencia?

Marta toma el rotulador y dibuja un signo de interrogación en la pizarra. Luego, se gira hacia sus compañeros.

—Cuando salimos del anatómico forense, Albízar me dijo que esto tenía pinta de ser obra de una secta. Que era evidente que la víctima había sufrido un rito.

—Las ataduras, los clavos, los ojos extraídos, el ahogamiento en agua dulce. —Enumera Silvia los detalles con un escalofrío—. Y luego la

depositaron en el mar, como un sacrificio.

Teo se acomoda en la mesa.

—¿Y si exploramos la posibilidad de que exista un rito que encaje con esos elementos?

La pregunta resuena en la oficina como una posibilidad que tiene sentido.

Marta fija la mirada en Teo.

—¿Puedes buscar información?

El técnico informático sonríe con desafío. A Marta le divierte ver esa chispa en sus ojos, la misma que al enfrentarse a un reto difícil.

—Haré lo que pueda, aunque esto es más complejo de lo que parece. No estamos buscando documentación convencional. Si de verdad se trata de un rito, es probable que sea antiguo y apenas haya registros.

Silvia arruga la frente.

—¿Te refieres a que deberíamos preguntar a un especialista?

—Exacto. Un historiador, un antropólogo… Alguien que sepa de rituales antiguos y de sociedades secretas .

Marta toma un instante para reflexionar. En este punto del caso, cualquier pista puede marcar la diferencia.

—Podríamos buscar a uno de esos expertos que salen en la tele —sugiere Teo.

Marta niega con la cabeza.

—No vayamos tan rápido. Si esto ha ocurrido en Alicante, lo lógico sería consultar a expertos locales.

—El Museo Arqueológico tiene una biblioteca impresionante —dice Silvia—. Seguro que hay documentación sobre rituales y prácticas antiguas.

—Buena propuesta —admite Marta—, aunque pensaba en algo más específico; en la facultad de Historia de la universidad.

Los tres intercambian miradas.

—Es un buen punto de partida —concluye Silvia—. Y si no encontramos nada, siempre podemos ampliar la búsqueda.

Marta da unos golpecitos con el rotulador sobre la mesa antes de escribir en la pizarra:

«¿RITUAL?».

10

8:30. El portador. Conciencia.

La cortina no llega a cerrar del todo, y por la rendija entra una luz grisácea que se derrama sobre la moqueta con la apariencia de una mancha de leche. La habitación está en silencio, huele a hogar viejo y a desinfectante barato.

Él despierta sin moverse, con los ojos abiertos, clavados en el techo. Parece no saber del todo dónde está ni cuánto tiempo ha pasado. Tiene la boca seca, el cuello rígido, y una sensación viscosa en la garganta. La maleta sigue al pie de la cama, contra la pared, en el mismo lugar donde anoche la dejó. No se ha movido ni un centímetro. Y, sin embargo, no puede evitar comprobarlo con una mirada rápida.

El sueño no ha sido reparador, sumergido durante horas por una pesadilla confusa.

Recuerda fragmentos sueltos: una voz que no reconoce, una escalinata de piedra, una presencia húmeda y antigua que respiraba cerca. Pero lo que no olvida es una frase. No sabe si la oyó o si la pensó. Solo sabe que sigue en su cabeza: «No volverás a ser tú».

Se sienta al borde de la cama. Los pies descalzos tocan la alfombra. Hace frío. Mantiene esa posición, con los codos sobre las rodillas, las manos entrelazadas, la cabeza gacha.

Escucha el latido de su propio corazón en los oídos .

La mañanas lo incomodan más que la noche. La noche al menos es cómplice. Permite esconderse. Pero la luz, aunque sea tan débil como esta, lo expone. Lo obliga a habitar su cuerpo. A recordar.

Avanza hasta el baño con una pesadez que parece nueva. El espejo le devuelve una imagen descompuesta: ojeras, piel apagada, los labios partidos. Se echa agua fría en la cara. No reacciona. El cuerpo ya no responde igual que antes.

Al volver a la habitación, se sienta frente a la ventana. Abajo, la calle está casi vacía. Un ciclista pasa envuelto en una bufanda interminable. Después, alguien pasea un perro.

Hay cierta teatralidad en esa quietud urbana, una escena montada solo para él.

Piensa en volver a la cama, pero no puede. Una fuerza lo empuja hacia la vigilia.

Dormir más le parecería una traición. A lo que viene. A quien lo espera.

Revisa su teléfono. No hay mensajes. Ni llamadas. Solo la hora.

Suspira. El tipo de suspiro que no busca alivio, sino control. Aún queda camino. Aún quedan horas. Se frota la cara con las manos.

La maleta, inmóvil en el suelo, le devuelve la mirada desde su rincón.

Él aparta la vista de ella.

11

10:35. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Alicante.

El campus de la Universidad de Alicante se presenta bajo un cielo despejado y un sol que empieza a tomar fuerza. Aunque el entorno tiene algo de apacible, Marta no está para detenerse a admirarlo.

Llega al Edificio III de la Facultad de Filosofía y Letras. Un bloque de líneas rectas, hormigón claro y ventanales altos que reflejan la luz con cierta desgana.

Dentro, sus pasos resuenan por los pasillos vacíos. Es hora de clase, y los estudiantes permanecen en las aulas. Las paredes lucen carteles de congresos pasados, jornadas filosóficas y exposiciones de fotografía en blanco y negro. Hay algo melancólico en ese edificio: una especie de pausa suspendida, un lugar donde el tiempo transcurre a su propio ritmo. Marta camina hacia la secretaría. Tras un mostrador, una mujer de mediana edad, con gafas de lectura al borde de la nariz, pasa hojas con la parsimonia de quien ha aprendido a ignorar la prisa ajena.

—Buenos días —saluda la inspectora—. Soy Marta Escudero, de la Policía. He quedado con Leonardo Milla.

La mujer levanta la vista.

—Acompáñeme.

Juntas atraviesan un pasillo estrecho, flanqueado por bancos de madera y paredes revestidas con imágenes de iglesias románicas, montañas verdes y pueblos detenidos en el tiempo. Se detienen ante una puerta con una placa plateada que reza: «Hemeroteca».

—Puede esperar dentro. Enseguida se reunirá con usted —dice la mujer.

La sala es pequeña, rectangular, acogedora en su sobriedad. Las paredes están forradas de vitrinas oscuras con puertas de cristal, todas cerradas con llave. Tras el vidrio, cientos de volúmenes encuadernados se alinean con un orden obsesivo. Hay revistas científicas, publicaciones académicas y anuarios apilados.

Marta se sienta sin hacer ruido. Examina el entorno con la mirada entrenada de quien siempre busca más allá de lo evidente. Se deja envolver por el eco mudo del tiempo que emana de aquellos documentos.

Dos golpes firmes en la puerta rompen el silencio de la hemeroteca. La puerta se abre y un hombre de complexión delgada, unos cuarenta y cinco años, entra con paso ligero.

Luce el cabello moreno, algo alborotado, y una barba incipiente que le da un aire descuidado, aunque auténtico.

—Buenos días, soy Leonardo Milla. ¿Usted es la inspectora…?

—Marta Escudero —saluda y se pone de pie para estrecharle la mano —. Y puedes tutearme, por favor.

—Eso está hecho. —Esboza una sonrisa rápida, mientras se acerca a la ventana para abrirla.

—Supongo que estarás ocupado.

—Aquí siempre vamos corriendo —responde Leonardo mientras se acomoda en una de las sillas—. Pero siempre hay hueco para colaborar con una investigación. ¿En qué puedo ayudarte?

Marta relata los detalles del caso: un cuerpo encontrado en el mar, atado de pies y manos con cuerda de cáñamo; una corona de flores marchitas en la cabeza; indicios de que la víctima estaba consciente cuando fue arrojada al agua. Y aunque todo eso ya es perturbador,

también le habla de lo más inquietante: la extracción de ambos ojos y el embarazo.

Leonardo escucha sin interrumpir. Su expresión cambia poco a poco. De interés académico pasa al desconcierto, y de ahí a una mezcla de tensión y genuina preocupación.

—Todo lo que cuentas es muy macabro —dice al fin—. Me recuerda más a una historia antigua que a algo que pueda ocurrir hoy.

—Por eso mismo estoy aquí. En la ejecución vemos que podría haber un componente ritual. Encontramos restos de cuerda en la cueva donde hallamos el cuerpo. Queremos saber si hay precedentes, referencias simbólicas, algo que conecte esto con algún tipo de práctica ritual o cultural.

Leonardo baja la mirada y palmotea despacio sobre el canto de la mesa, mientras parece revolverse entre sus propios archivos mentales.

—Lo de los ojos —empieza a decir en voz baja, todavía indeciso de plantear ciertas hipótesis—, el ahogamiento, la corona… Y estando embarazada. Mmm…

Alza la vista hacia Marta, tras un gesto que denota revelación interna.

—Podría tener relación con el ojo como símbolo de justicia. —Deja que las palabras tomen forma mientras las dice—. Ya sabes, el famoso «ojo por ojo». En algunas tradiciones cristianas medievales se castigaba la lujuria con la mutilación de los ojos. El acto de ver era interpretado como el origen del pecado, sobre todo cuando se vinculaba al deseo. Privar a alguien de la vista era, en lo simbólico, impedirle volver a pecar.

Hace una pausa. Marta no interrumpe. Lo sigue con atención, aferrada al hilo que no debe soltarse aún.

—En cuanto a los rituales, recuerdo que los aztecas practicaban mutilaciones como ofrenda a los dioses —añade—. También los romanos, y ciertas culturas del sudeste asiático. Aunque no tengo constancia de que extrajeran los ojos. Y mucho menos en embarazadas .

Leonardo trata de dar forma a una intuición que aún no toma cuerpo completo.

Aguanta un instante en silencio y luego clava la mirada en los

volúmenes del fondo, entre los lomos encuadernados y la simetría ordenada de los volúmenes. Algo parece encenderse dentro de él.

Y entonces, se levanta casi de un salto.

—Ven, sígueme —dice con apremio.

Marta se sorprende por la súbita energía. Leonardo ya ha salido de la hemeroteca hacia el pasillo.

—¿Dónde vamos? —pregunta ella, tratando de seguirle el ritmo.

—A mi despacho. Tengo algo que quizá nos interese. Un trabajo de fin de máster de hace años. El alumno investigó casos de sacrificios simbólicos. No recuerdo todos los detalles, pero… —Leonardo se detiene frente a una puerta con su nombre inscrito en una placa, saca una llave de su bolsillo y la gira con rapidez—. Si lo que cuentas tiene

raíces rituales, podría haber un eco en alguna de estas prácticas. Aunque hayan sido olvidadas.

Empuja la puerta. El despacho está en penumbra, con estantes abarrotados de libros, carpetas y papeles con marcas adhesivas de colores. Rebusca entre una torre de documentos.

—Si encontramos algo, te prometo que haré lo posible por contextualizarlo.

Minutos después detiene su búsqueda. Se rasca la cabeza y emite un suspiro que no llega a ser resignado del todo.

—Se me debió de quedar en casa o en alguna caja del archivo antiguo. —Su voz suena más ausente que antes, perdido en una bruma mental que no logra disipar.

Acto seguido, se endereza y, sin añadir palabra, se dirige hacia la puerta. Marta no dice nada. El semblante del profesor basta para saber que debe seguirle.

Abandonan el despacho. Leonardo camina deprisa, con las manos en los bolsillos, sin molestarse en explicar adónde van. Marta lo sigue sin preguntar; deja que el misterio se abra paso sin obstáculos, como una corriente subterránea .

Cruzan el vestíbulo del Edificio III y salen al exterior. Recorren unos pocos metros, hasta que Leonardo se detiene frente a un edificio

adyacente, algo más austero. La placa en la entrada indica: «Departamento de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua».

Al entrar, la atmósfera se transforma. La biblioteca del departamento es más sombría.

Huele a piedra vieja, a páginas que han absorbido siglos de polvo.

Las mesas, largas y solitarias, están dispuestas en fila, con sillas de respaldo bajo y unos pocos documentos dispersos sobre la superficie. Al fondo, tras una doble puerta cerrada, se intuye una sala de archivo.

Leonardo se detiene un instante junto a un mueble lateral repleto de libros, posa la mano sobre un volumen grueso y luego se vuelve hacia Marta con la mirada chispeante.

—Aquí es donde guardamos las joyas olvidadas —dice en voz baja, con respeto.

Marta asiente sin palabras. A su alrededor, la biblioteca parece latir, esperando también su momento de revelación.

Leonardo hojea con avidez las páginas del volumen encuadernado que acaba de descolgar de la estantería. Sus ojos se deslizan rápidos por las líneas, guiados por un dedo impaciente que va de párrafo en párrafo en busca de una certeza huidiza. Marta lo observa, sorprendida por la intensidad con la que se ha sumergido en la búsqueda. No esperaba encontrar a alguien tan implicado.

El profesor detiene la lectura por un instante, sacude la cabeza con frustración y pasa la página. Otra sacudida. Otro resultado vacío.

Con un movimiento brusco, cierra el libro y fija la vista al frente, inmóvil. Su expresión ha cambiado: ya no es la del académico curioso, es la de alguien que, pese al desconcierto, se resiste a rendirse.

—Aquí no hay nada —murmura, con voz que deja entrever cierta derrota. Luego alza la vista hacia las filas repletas de lomos encuadernados—. Debe de estar en otro sitio.

Vamos .

No espera respuesta. Da media vuelta y se encamina hacia la salida. Marta vuelve a seguirle, sin saber adónde van esta vez.

Los estudiantes llenan los pasillos, sin percatarse de la tensión que

acompaña a los dos caminantes. Marta nota cómo, a cada paso, el entusiasmo de Leonardo no flaquea.

Avanza con el ímpetu de quien está a punto de descubrir algo valioso.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta ella, intrigada.

—A la Biblioteca General.

El aire acondicionado los envuelve junto al susurro apagado de los estudiantes.

En la planta superior se percibe otro clima. Decenas de universitarios ocupan las mesas de estudio con una concentración devocional. Algunos repasan apuntes, otros teclean en sus portátiles, sumergidos en una burbuja silenciosa donde solo se oye el paso de páginas.

Leonardo avanza sin titubear entre ellos, ajeno a la escena. Marta lo sigue sin frenar el paso. Giran por un pasillo lateral y se detienen frente a un pequeño despacho. Dentro, una mujer de rostro amable se incorpora al verlos llegar. Leonardo la saluda con un leve movimiento de cabeza.

—Necesito entrar en la sala Sebold. ¿Nos puedes abrir? —pregunta mientras ella rebusca en un cajón.

—Claro —responde la mujer y lanza una mirada cómplice a Marta mientras pasa junto a ella con una media sonrisa.

Segundos después, se detienen ante una puerta cerrada. La mujer introduce la llave y abre.

—Por cierto, Susana, ¿puedes llamar a Raimond?

La mujer asiente y regresa a su despacho.

—Esta es la sala Sebold —anuncia Leonardo y cruza el umbral—. Aquí guardamos el fondo más antiguo de la universidad.

Las paredes están revestidas con mobiliario bajo, repleto de volúmenes encuadernados en piel y cajas de archivo con etiquetas manuscritas.

Una larga mesa blanca, despejada y rodeada de sillas negras, ocupa el centro del espacio. Una pantalla de proyección cuelga sobre un pequeño escritorio. A un lado, un expositor con publicaciones raras sugiere que aquí no solo se guarda información: también se honra.

Leonardo entra primero y acaricia el lomo de un libro al pasar, saludándolo con la familiaridad de quien reencuentra a un viejo amigo.

—Aquí guardamos lo que casi nadie consulta. Lo que se olvida.

Leonardo desliza los dedos por los lomos de los libros cuando la puerta se abre. Marta se vuelve. Un hombre de unos sesenta años entra, delgado hasta lo perturbador, con el rostro afilado y la piel pálida que le da un aire espectral. El cabello cano está peinado con una precisión académica. Lleva un bigote delgado y recortado, que contrasta con sus mejillas hundidas. A pesar de su aspecto frágil, sus ojos resplandecen con una lucidez desconcertante. A su lado, se alza una mujer robusta, de mirada firme y postura impecable. Viste un traje de chaqueta y falda gris marengo, el pelo recogido en una coleta baja que no deja lugar al descuido. Sus ojos azules escrutan la sala con la eficiencia de alguien acostumbrada al control.

—Buenos días —dice el hombre con voz clara, aunque algo hueca.

Leonardo se gira en cuanto oye su voz y se acerca a él.

—Hola, Raimond. —Le estrecha la mano—. Ella es Marta Escudero, inspectora de la Policía Nacional.

—Encantado, inspectora. Soy profesor de Historia Antigua. Vengo de una reunión y me acompaña la profesora Sabine Krämer, de la Facultad de Filología Alemana.

—Un placer —dice Sabine en un castellano con un rastro de acento extranjero.

Leonardo expone con cautela la hipótesis de que el crimen tenga raíces rituales.

Menciona los elementos clave —ataduras, corona floral, ojos extirpados, embarazo— y deja que las palabras caigan una a una, como si midiera su impacto.

Cuando Leonardo termina, Raimond se acaricia el bigote, buscando en ese ademán una manera de dar forma a sus ideas.

—El hecho de arrojar un cuerpo al mar con una corona de flores es un gesto antiguo.

Muy cargado de simbolismo. Puede ser una despedida, una ofrenda,

una forma de pedir algo a las divinidades del más allá. Agua y flores son elementos liminales: purifican, y también separan mundos.

Marta asiente con la cabeza. Sabine no dice nada, aunque la intensidad en su mirada revela que está igual de atenta.

—Ahora bien —continúa Raimond—, el embarazo es otra cosa. Más oscura. Durante los siglos en los que Europa vivió obsesionada con la caza de brujas, había relatos (leyendas, declaraciones bajo tortura, supersticiones) que hablaban de sacrificios de embarazadas. Decían que las brujas ofrecían fetos a Satanás. Que parir en medio de un ritual era invertir el equilibrio natural. Un acto aberrante.

Hace una pausa. Nadie lo interrumpe.

—En esa mitología del miedo, la mujer embarazada no era solo víctima, era símbolo. Su muerte representaba la ruptura total del equilibrio. Un vuelco de la realidad, trastornada hasta su núcleo.

Sus palabras flotan un momento en la sala, atrapadas entre los libros antiguos.

—También —añade, más despacio— se pensaba que la muerte de una embarazada podía ser el castigo por una impureza, como adulterio, desobediencia o transgresión moral. En ciertas culturas antiguas, eso era suficiente para justificar un sacrificio.

Nadie dice nada. Marta siente un escalofrío, no por las palabras en sí, sino por la serenidad con la que han sido pronunciadas. Raimond las relata con la naturalidad de quien repasa hechos lejanos, aunque con ecos demasiado cercanos.

—Quizás pienses que soy un curioso —dice Raimond, sin apartar la vista de Marta—, aunque… ¿Podría ver una imagen de la víctima?

Todos los ojos se clavan en Marta. Lleva esas imágenes en el teléfono, tomadas del informe de la autopsia en el anatómico forense. No hay protocolo para esto, pero tampoco tiene nada que perder.

Desliza la mano hasta su chaqueta, saca el móvil y lo desbloquea. Al abrir la galería de fotos, siente una punzada breve, una extraña incomodidad al compartir algo íntimo que no le pertenece.

Las imágenes se despliegan: el rostro sin ojos, desfigurado, mudo; las muñecas y tobillos marcados por la cuerda; la corona, deshecha, aunque aún reconocible.

Marta se gira. Sostiene el teléfono y se lo muestra a los tres.

Lo observan, cuando una voz irrumpe, inesperada:

—¿Me dejas ver esa? —pregunta Sabine, que hasta ahora había permanecido en silencio.

—Claro. —Marta orienta el móvil hacia ella.

Sabine toca la pantalla para agrandar la imagen de la corona. Sus ojos azules se abren de golpe, con el brillo súbito de quien ha reconocido algo dormido en la memoria. Amaga con hablar, pero se contiene.

—¿Ves algo? —pregunta Raimond.

Sabine asiente, sin dejar de contemplar la imagen.

—La flor… —murmura—. Es un aciano.

—¿Un qué? —pregunta Marta.

—El tipo de flor que se distingue en la corona. Es inconfundible por ese azul intenso. Es un aciano.

—¿Tiene algo de especial? —pregunta Leonardo, que se ha acercado más.

—Es la flor nacional de Alemania —responde Sabine—. En el siglo XIX representaba el amor fiel, el amor secreto. Está muy presente en la poesía romántica. Además, fue un emblema político. Wilhelm I la adoptó como insignia del Imperio Alemán. Aunque en origen, es una flor de los márgenes. Crece entre los campos de centeno.

—¿Se puede encontrar en España? —insiste Leonardo.

—Es silvestre, aunque muy rara por aquí. Quizás en algún invernadero o en herbolarios. Se usa en infusión, sobre todo como antiinflamatorio ocular.

Raimond se acerca aún más y señala con el dedo la pantalla del teléfono.

—Me temo que, en este caso, la flor no está por casualidad. Tiene una carga simbólica muy clara. Una corona de flores alemanas sobre el cuerpo de una mujer sacrificada en Alicante… eso tiene un mensaje.

—Sacrificios con coronas de aciano —dice Marta en voz baja—.

¿Podríamos consultarlo con algún experto?

Leonardo se cruza de brazos, Raimond se mantiene pensativo y Sabine, aún concentrada en la imagen, no dice nada. Su mirada refleja una claridad súbita, difícil de ocultar.

—Podemos preguntar en otras universidades —propone Leonardo, aún con los brazos cruzados—. Incluso en las alemanas. Si hay algo, seguro que allá lo han estudiado.

Marta se limita a mirarlos.

—Me cuesta creer que esto lo hayan hecho alemanes que vivan en la zona —opina Raimond, en voz baja—. La mayoría son jubilados que no causan problemas.

Leonardo gira el rostro hacia Sabine, y en su expresión se adivina que acaba de hilvanar una nueva idea.

—Quizá podríamos preguntar en esa asociación…

—¿Qué asociación? —pregunta Marta, sin perder detalle.

—Leonardo se refiere a la Asociación Casa Alemana de Alicante —responde Sabine—.

Son un grupo de alemanes que organizan charlas sobre su historia, costumbres, celebraciones tradicionales… Personas educadas, muy comprometidas con su comunidad. Algunos son incluso docentes jubilados. Podría preguntarles si…

—¡No! —interrumpe Marta, tajante.

Todos la observan. Su voz, firme y repentina, rompe la quietud con la precisión de una hoja bien afilada.

—No, por favor —repite con más contención, sin perder firmeza—. Prefiero hacerlo yo.

Es un asunto delicado y me gustaría que se tratara con cautela.

12

12:20. Club Social 1. Universidad de Alicante.

La cola frente a la barra de la cafetería crece con rapidez: chicos y chicas con mochilas al hombro esperan su turno, algunos absortos en

sus móviles, otros charlan entre risas.

Marta los sigue con la mirada desde su mesa junto a la ventana, con un café entre las manos. Su vista se detiene en un grupo de cuatro veinteañeras. Sujetan carpetas bajo el brazo, el cabello revuelto y los rostros iluminados por la despreocupación. Bromean y se empujan con la confianza de quienes aún tienen toda la vida por delante. Marta se las imagina soñando con futuros lejanos, sin sospechar que la muerte podría alcanzarlas antes de tiempo.

Como alcanzó a la chica de la cueva.

Su teléfono vibra sobre la mesa. El nombre de su hermana aparece en la pantalla.

—¡Qué sorpresa!

La voz de Lara llega rápida, con ese tono entre ansioso y determinado que Marta reconoce bien.

—Oye, ¿sabes si alguien ha estado en el apartamento de Brenda en Madrid?

—¿Cómo dices?

—A ver, céntrate. Brenda tenía un apartamento en Madrid, ¿no es cierto?

—Así es .

—Pues me pregunto si alguien ha ido por allí desde que desapareció.

—¿A qué viene eso ahora?

—Te lo digo por si se te había ocurrido investigarlo. Y si podrías mandar a algún colega tuyo de Madrid a averiguarlo.

—Lara, escúchame. Ya te dije que estoy al corriente de la investigación, aunque todo va muy lento.

—Sí, sí, sí, ese cuento ya me lo sé. No paras de recordármelo. Pero mientras tanto, sigues de brazos cruzados.

El enfado de Lara es como una aguja clavándose en su oído.

—No empieces otra vez —le advierte Marta—. Además, no es el momento, estoy trabajando. ¿Podemos hablarlo otro día?

El silencio al otro lado del teléfono se alarga un instante.

—Nada. Olvídalo. Te dejo trabajar. Adiós.

Y cuelga.

Marta fija la vista en la pantalla apagada. Sabe que Lara no dejará este tema en paz. Y, aunque no quiera admitirlo, le preocupa lo mucho que su hermana sigue aferrada a la necesidad de encontrar respuestas sobre Brenda.

Claro que sabe que nadie ha entrado en ese apartamento. Durante los dos meses posteriores al fallecimiento del padre de Brenda y su desaparición, la vivienda estuvo bajo vigilancia. Si no fuera porque está convencida de que la vio en el cementerio de La Roda, juraría que está muerta.

Nadie ha accedido a sus cuentas corrientes. Nadie ha usado sus tarjetas de crédito. Ni una sola actividad en su correo electrónico. Es una desaparición sin huella, absoluta.

Teo le echa una mano con este asunto. La investigación fue derivada a una comisaría de Madrid, y él revisa lo que puede sin levantar sospechas. Los resultados siempre son los mismos: nada.

Nada, salvo la imagen fugaz en el cementerio, la que aparece en la cabeza de Marta en los momentos más inesperados.

Se lleva el café a los labios y bebe un sorbo .

En la pantalla del móvil aparece una llamada perdida de Silvia y un mensaje breve:

«Llámame cuando puedas». Marta no lo duda. Recoge su chaqueta del respaldo de la silla y abandona el club social mientras marca el número.

Silvia responde al primer tono.

—¿Sigues en la universidad?

—Dime que tienes buenas noticias.

—¿Te sirve que el Madrid le metió siete goles al Celta?

Marta deja escapar un resoplido irritado.

—No empieces con el fútbol.

—Vale, vale, vamos al grano, como sueles decirme.

—Eso es.

—He localizado al chico que encontró el cuerpo. —Silvia adopta un tono más serio—. Y

le he dicho que queremos hablar con él. Estudia Geología en la Facultad de Ciencias.

Las cejas de Marta se hunden hacia dentro.

—¿En la Universidad de Alicante?

—Por eso te he avisado. Le he dicho que le llamaremos en unos minutos. Te paso su número por mensaje.

—Buen trabajo —reconoce Marta mientras pisa la acera. A pocos metros de allí tiene aparcada su moto—. ¿Habéis averiguado algo más?

—Teo sigue de lleno con las cámaras. Yo he empezado a visitar los lugares donde se alquilan embarcaciones y equipación para buceo.

—Oye, antes de que se me olvide, dile a Teo que aparque todo y que hable con Albízar para que mande un requerimiento a la Policía Local de Alicante, San Vicente, Muchamiel y San Juan. Quiero que pidan al padrón un listado de las mujeres de origen alemán que tengan entre dieciséis y veinticinco años.

—¿Alemanas? —duda Silvia.

—Acabo de hablar con un profesor de Historia y puede que la muerte de la víctima tenga relación con un rito germano. Por favor, que lo solicite con la mayor rapidez

posible, o que incluso mande a algún agente en persona. A ver si a lo largo del día podemos tener esa información.

Silvia deja escapar un silbido tenue.

—Joder, Marta. De acuerdo, nos ponemos a ello. Te mando el número del chaval.

Un minuto después, Marta llama a Iñaki, el buzo que encontró el

cuerpo. Queda con él en la puerta del Paraninfo, a escasos metros de allí.

Poco después, el joven aparece y Marta lo invita a sentarse junto a una fuente cercana.

Su chaqueta, llena de parches de bandas de rock, tiene las mangas algo desgastadas, y su expresión oscila entre la inquietud y la curiosidad.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Y qué estudias?

—Tercero de Geología.

—Así que te gustan las rocas y el mar.

Iñaki suelta una risa breve, aunque sigue con los hombros en tensión.

—¿Lo dices por lo de ayer?

—Tranquilo. Solo quiero que me cuentes cómo acabaste allí.

El chico suspira con fuerza y niega con un leve movimiento.

—Ya se lo conté a tus compañeros…

—Te lo pido, por favor —insiste Marta, con un tono más calmado.

Iñaki duda, y al final accede.

—Suelo quedar con unos colegas los domingos para hacer inmersiones. Nos gusta bajar y contemplar los peces y las rocas, como tú dices.

Marta le dedica una sonrisa.

—Pues eso, que ayer no vinieron. El sábado fueron a un concierto y estaban de resaca.

Así que decidí ir yo solo, cerquita, a un lugar donde no hay peligro.

—¿Era la primera vez que ibas a ese punto?

—No, qué va. Ya había estado.

—¿Conocías la entrada a esa gruta?

El chico traga saliva y desvía la mirada antes de responder: —Sí que la conozco, pero nunca había entrado. El hueco es muy pequeño.

—¿Y por qué entraste ayer?

Iñaki se mueve incómodo en el banco, y su voz baja un poco cuando responde.

—No, no, no. Estás equivocada. Yo no entré. Curioseé desde fuera. Vi salir un par de pétalos de flores que me llamaron la atención. Entonces apunté con el frontal y, al fondo, vi el cuerpo.

Se calla un instante y luego continúa, con un hilo de voz: —Parecía un espíritu, daba la impresión de estar gritándome que saliera de ahí cuanto antes.

—¿Estás seguro de que no entraste?

—Segurísimo. Me cercioré de que era un cuerpo y me largué lo más rápido que pude.

Vamos, que estaba acojonado.

—¿Y qué hiciste?

—Llamar a la Policía. No lo dudé. Aquello daba mucho miedo.

—Además de los pétalos y el cuerpo, ¿recuerdas algún detalle más?

—Ya no volví a mirar. Estaba cagado.

Marta asiente y le da un respiro.

—Comprendo. Oye, bajaste allí con botella de oxígeno, ¿cierto?

—Sí.

—¿Es tuya?

—No, qué va. Es prestada.

Marta deja que el silencio se extienda. Luego le tiende la mano.

—Bueno, Iñaki, muchas gracias por todo. Te volveremos a llamar si tenemos más preguntas.

Él se levanta con rapidez y se lleva las manos a los bolsillos con gesto nervioso.

Marta lo ve alejarse, aún dándole vueltas a su relato. Hay algo en su actitud que no termina de cuadrarle.

13

13:42. Calle Daya Nueva. Alicante.

Marta regresa a la ciudad con el objetivo de visitar la Asociación Casa Alemana que el profesor de Historia le ha nombrado. Antes de partir de la universidad, ha consultado en Internet. Se fundó hace más de veinte años y, entre otras muchas actividades, es la organizadora del Oktoberfest en Alicante. Por las fotografías que ha visto, son un grupo de amigos que, además de reunirse para beber cerveza, también participan en el carnaval y dan charlas para acercar la cultura germana a la sociedad alicantina.

La moto se apaga con un ronco susurro cuando Marta la estaciona junto a la acera. Se quita el casco y lo guarda en el compartimento.

La calle Daya Nueva está próxima al hospital de Alicante. No hay peatones, solo algunas persianas bajadas y escaparates polvorientos que delatan la escasa actividad comercial de la zona.

Marta pasea la mirada por los bajos del edificio del número 92. En una de las persianas, una placa metálica anuncia «Casa Alemana de Alicante». Algo más arriba, una fila de balcones cerrados con cristales polarizados y aparatos de aire acondicionado sobresalen de las paredes desgastadas por los años.

Cruza la calle despacio, sin apartar la vista del edificio. Camina por la acera sin un rumbo fijo, y se permite un momento de observación. A estas horas, la mayoría de la gente está en plena comida o durmiendo la siesta.

Regresa junto a la moto y se fija en el adhesivo de la alarma que, aunque descolorido, no parece tan viejo como el resto del edificio.

Su mirada se cruza con la de una mujer que en ese momento se asoma desde la ventana, justo encima del local.

—Buenas tardes —saluda Marta con naturalidad—. Busco a alguien de la asociación.

La mujer la mira con una expresión inescrutable.

—¿Para qué?

—Soy inspectora de policía.

La vecina ronda los ochenta años de edad, con el cabello suelto y una actitud risueña.

Sin embargo, su expresión se endurece al oír la palabra «policía». Parece debatirse entre la desconfianza y la curiosidad.

—¿Puede abrirme? Me gustaría hacerle unas preguntas.

La mujer titubea, después asiente y desaparece de la ventana. Marta no pierde el tiempo y corre hasta el portal. Para cuando llega al primer piso, la anciana espera en la puerta con una pose más seria.

—¿Quiere pasar?

Desde el interior llega un aroma de repostería recién horneada. Marta identifica la mezcla de canela y mantequilla en el aire.

—No es necesario —responde con cortesía—. Solo quiero saber si la asociación sigue en activo.

La anciana se apoya en el marco de la puerta y asiente con la cabeza.

—Se reúnen los martes y los jueves por la tarde.

—¿Y qué hacen?

—Supongo que ver fútbol y beber cerveza. ¿Alguien los ha denunciado por ruido?

Marta niega con la cabeza.

—¿Acaso son escandalosos?

—Para nada. Son muy respetuosos, y nunca han causado problemas.

—¿Los conoce?

—De vista. Si me ven, me saludan y poco más. A veces pasan tiempo en la acera, charlando.

—Abajo pone que son alemanes.

—Sí, aunque hablan castellano entre ellos. ¿Acaso han hecho algo malo?

—No, no —repite Marta—. Solo me gustaría hablar con alguno de ellos. ¿Sabe dónde podría encontrarlos?

La anciana se toma un momento para pensarlo. Luego señala hacia arriba con un movimiento de la cabeza.

—Puede preguntar en el tercero B. Ahí vive el presidente de la comunidad, seguro que tiene el teléfono de la dueña del local.

—¿El local pertenece a una mujer?

—Sí, a una rubia alta y fuerte. Hace muchos años que no la veo. Era de armas tomar.

Marta guarda el dato en su memoria.

—Muchas gracias. Voy a ver si hablo con su vecino.

La anciana le dedica una última sonrisa antes de cerrar la puerta. Marta sube hasta el tercero y pulsa el timbre del B. Espera. Vuelve a insistir. Nada.

Después de un último intento, suelta un suspiro y baja las escaleras. En la calle, el ambiente sigue igual de tranquilo. Se ajusta la cazadora, echa un último vistazo al cartel de la Casa Alemana y se marcha.

De camino a la moto, escucha el sonido repentino de un motor eléctrico a su espalda. La persiana metálica de la Casa Alemana se levanta con lentitud. El mecanismo sigue en marcha hasta que queda abierto y deja ver una puerta de aluminio con cristales opacos.

Un hombre sale al exterior. Es alto, cercano a los sesenta, con el pelo entrecano tirando a rubio, bigote espeso y rasgos tranquilos. Lleva vaqueros y una camisa de cuadros remangada hasta los codos. En una mano sujeta una bolsa de supermercado; con la otra, gira la llave para cerrar .

Marta se aproxima.

—¿Eres de la asociación? —pregunta sin preámbulos.

El hombre se gira.

—Sí.

—Busco al responsable.

—¿Para qué?

—Me mandan de la universidad. Es para una consulta sobre una investigación de tradiciones alemanas.

Él la observa y luego asiente.

—A lo mejor puedo ayudarte. Me llamo Rudolf. Pasa, si quieres.

Vuelve a abrir la puerta, y Marta entra tras él.

Banderas alemanas cuelgan en forma de guirnaldas. En las paredes, imágenes de castillos bávaros, montañas nevadas, pueblos pintorescos y jarras de cerveza. Una mesa larga ocupa el centro de la sala, flanqueada por sillas de plástico. En un rincón hay más sillas apiladas y, al fondo, una televisión enorme cuelga en la pared, frente a una repisa con altavoces.

Rudolf enciende las luces y deja la bolsa sobre la mesa.

—¿Qué quieres saber? —pregunta, mientras acerca una de las sillas a Marta.

Ella no se sienta. Todavía no.

—No te he sido sincera, trabajo en la Policía —dice, mirándolo a los ojos mientras le muestra la placa identificativa—. Investigo un asesinato.

El rostro de Rudolf se contrae: alza las cejas un poco.

—Vaya —responde—. Eso sí que no me lo esperaba.

—La víctima es una mujer joven. La encontramos muerta en el agua, atada a unas rocas.

Cubierta con una piel de vaca.

Rudolf se inmoviliza. La mención de la piel le provoca una reacción instintiva de rechazo y da un pequeño paso atrás para tomar distancia de lo que acaba de oír.

—Menuda desgracia. No entiendo en qué puedo ayudarte con algo así.

—Llevaba una corona con flores. Acianos.

El nombre de la flor parece descolocar a Rudolf. Su rostro muestra perplejidad.

—¿Acianos? —pregunta, para confirmar lo que acaba de oír.

—Acianos, esa flor de color azul intenso.

Rudolf baja la vista por un momento, hurgando en los rincones de su memoria.

—Esa flor es muy común en Alemania, sí —admite finalmente—. Aquí es imposible de encontrar. Créeme, ya me gustaría adornar este local con ellas. Son preciosas, pero no las encuentras ni siquiera en floristerías.

—Por eso mismo estoy aquí —insiste ella—. Ese símbolo alemán nos hace pensar que la víctima, o al menos el ritual, podría tener algún vínculo con vuestro país.

El hombre se pasa una mano por la nuca. Mira hacia la puerta, como si esperara que alguien más entrara y lo sacara de esa conversación.

—A ver… Puede que sí. Es probable. No sé qué quieres que te diga sobre esa mujer o sobre cómo murió. No puedo imaginar quién podría hacer algo así.

Marta no baja la guardia. Da un paso más, con la voz cargada de firmeza.

—Tenía clavos en el estómago —dice—. Y estaba embarazada.

La palabra cae como un peso muerto.

Rudolf exhala bruscamente por la nariz y da un paso atrás hasta apoyar una mano en el respaldo de una silla.

—¿Embarazada? —repite en un susurro, sin estar seguro de haberlo oído bien. Mira al suelo. Luego a la mesa. Luego a Marta. No dice nada.

—¿Cuántas personas formáis la asociación? —pregunta Marta, que tantea un terreno menos abrupto al ver que la conversación anterior no conduce a ninguna parte.

—Cerca de doscientas —dice, algo más relajado.

—¿Doscientas? Aquí no cabéis.

—Estamos repartidos por la provincia. Aquí solo venimos los de la ciudad. Quedamos un par de veces a la semana. A veces somos veinte, otras solo cuatro o cinco.

Marta asiente con aire distraído. Luego lanza una nueva pregunta, esta vez más directa:

—¿En la asociación hay alguien que practique buceo?

—No, que yo sepa —responde con un deje de desconfianza que se le clava en la voz—.

¿Qué buscas en realidad?

Marta se mantiene serena, sin alterarse.

—Te lo he dicho antes: un vínculo.

Rudolf niega con la cabeza, ya con la expresión endurecida.

—Aquí vienen hombres, en su mayoría. Gente corriente: jubilados, autónomos, padres de familia… Hablamos de política y de fútbol. También organizamos encuentros con alemanes de otras provincias, y colaboramos con institutos, con la Concejalía de Cultura…

Hace una pausa. Su tono apenas se eleva, pero la incomodidad es evidente.

—Jamás había escuchado algo parecido al sacrificio que me cuentas. Y que lleve una corona con flores alemanas no significa que el asesino forme parte de esta asociación.

Marta está a punto de replicar, de suavizar sus intenciones. Pero no lo hace. Reconoce que Rudolf ya se ha cerrado.

—Te ruego que no hables de esto con nadie —dice, y se marcha.

14

14:55. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Marta encuentra a Albízar en los pasillos de la comisaría y le pone al tanto de los avances en la investigación.

Después, se detiene frente a la puerta de la UCIC. Sabe que al cruzarla se encontrará con Teo y Silvia, y que la investigación absorberá toda su concentración. Todavía siente la espina clavada de la última

conversación con su hermana Lara y la forma en que le colgó.

Duda. Luego saca el móvil del bolsillo. Piensa que tal vez lo mejor sea apaciguar las cosas, hacerle ver que no ignora sus preocupaciones.

El tono de llamada suena en su oído. Uno, dos, tres tonos. Nada.

Va a colgar cuando, en el último momento, la llamada se conecta.

—¿Qué quieres? —responde Lara sin preámbulos, con la voz cargada de irritación.

—Oye, tranquilízate, que solo quiero hablar contigo.

—Que qué quieres —repite ella, tajante.

Marta trata de mantener la serenidad.

—Mira, he pensado que tienes razón. Quizás sea buena idea pedirles a mis colegas que echen un vistazo a la casa de Brenda en Madrid. Solo para asegurarnos de que…

—No hace falta que les digas nada.

El instinto de Marta se enciende al instante.

—Sí, sí, espera, déjame decirte que…

—Que no hace falta que vengan ya.

—¿Cómo dices?

—Que no te molestes —vuelve a decir Lara, con una frialdad escalofriante—. Ya he venido yo a por ellos.

Marta siente que el suelo se le mueve bajo los pies.

—¿Adónde has ido?

—A Madrid, joder. Estoy en el edificio donde vivía Brenda.

La revelación la golpea con fuerza.

—¿Estás loca? ¿Has ido a Madrid?

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no crees?

Marta se pasa una mano por el rostro; la frustración le hierve en la

sangre.

—¡Qué narices, Lara! Oye, lárgate de ahí.

—No tengo miedo —responde su hermana, con una firmeza que la inquieta aún más—.

He tocado el timbre. Y estoy dispuesta a entrar. Creo que no tiene alarma.

El corazón de Marta se acelera. Su hermana está a punto de meterse en un lío, y lo peor es que parece no importarle.

—¡Lara! ¿Te has vuelto loca? Te vas a meter en problemas, y a mí también. Sal de ahí y hablamos con tranquilidad. Si quieres, llamo ahora mismo a la comisaría de Madrid y les digo que…

—Ya es tarde. Tengo la decisión tomada.

Y cuelga.

Marta se mantiene con el teléfono pegado al oído y el pitido sordo de la llamada finalizada.

Pulsa de nuevo el icono de llamada en la pantalla de su móvil.

Lara ha apagado el teléfono.

Aprieta los dientes y siente los nudillos tensarse alrededor del dispositivo. La inspectora se encuentra en Alicante, a más de cuatrocientos kilómetros de Madrid, mientras su hermana se mete de cabeza en un lugar donde no debería estar. La imagen de Lara cruzando la puerta del apartamento de Brenda sin saber lo que la espera al otro lado, se le clava en la mente.

Podría correr a la estación y tomar el primer tren a Madrid. En menos de cuatro horas estaría allí. Pero para entonces ya sería tarde. Lara es impulsiva y testaruda. Si ha dicho que va a entrar, lo hará.

Marta cierra los ojos un instante y deja escapar un suspiro. Pensar en opciones no la lleva a ningún lado. No hay una solución buena. Si llama a sus compañeros en Madrid, podría complicarlo todo. Pero si no hace nada y ocurre algo, nunca se lo perdonará.

—¡Marta!

Un compañero la saluda al pasar a su lado y la saca de su

ensimismamiento. Se obliga a esbozar una débil sonrisa y asiente en respuesta. No puede quedarse bloqueada en medio del pasillo. El deber la llama.

Abre la puerta de la UCIC.

Silvia está al teléfono, con una veintena de folios esparcidos sobre la mesa. Su bolígrafo puntea contra uno de los papeles mientras escucha con atención al otro lado de la línea.

A su lado, Teo está concentrado ante sus monitores. No la ha oído entrar.

Marta avanza un par de pasos y deja su móvil sobre la mesa con un golpe seco.

Teo despega la vista de la pantalla y se da la vuelta. Silvia, aún al teléfono, lanza una mirada fugaz, atenta a su voz.

—Jefa, no tienes buena cara —advierte Teo.

Marta toma aire.

—Tengo un día de mierda —anuncia ella mientras introduce la mano en un recipiente repleto de golosinas.

Ambos esperan a que Silvia se desocupe; continúa concentrada en la llamada, asintiendo una y otra vez.

Mientras tanto, Marta vuelve a llamar a su hermana. Teclea con rapidez en la pantalla del móvil. El resultado es el mismo: el teléfono apagado. Siente la frustración con una fuerza que la hace querer gritar. Lara no es de las que se echan atrás. Si ha decidido entrar en ese apartamento, lo hará. Y ella está aquí, atrapada, sin poder hacer nada.

—¿Has conseguido imágenes? —pregunta a Teo.

Él levanta la vista del monitor y se rasca la barbilla.

—Como ya esperábamos, no hay ninguna cámara en el Cabo de las Huertas. Lo único que tenemos son algunas grabaciones en el puerto y en la playa de San Juan. Si ya es complicado encontrarlas en la calle, imagina en el mar.

—¿Y los satélites? —insiste Marta, con la mirada fija en la pantalla de Teo.

—Ya lo había pensado —admite él—. De hecho, lo hemos hablado en otras ocasiones: sería una herramienta cojonuda. Pero no es tan sencillo ni accesible como quisiéramos.

—Vale la pena probar, ¿no te parece?

—Podríamos solicitarlo, aunque ya sabes que las cosas de palacio van despacio.

—¡Mierda! —exclama Silvia de repente, lanzando el teléfono sobre los papeles.

Marta y Teo dirigen la atención hacia ella.

—¿Qué pasa? —pregunta Marta, mientras Silvia se levanta y se acerca al bote de golosinas; extrae un puñado y las introduce en la boca con frustración.

—He llamado a todos los negocios de alquiler de equipos de buceo. En los últimos días, nadie ha alquilado nada que coincida con lo que buscamos.

—¿Has ampliado la búsqueda?

—Desde Benidorm hasta Torrevieja, incluso un club de buceo en Elche. Nada de nada.

Marta golpea la yema de los dedos sobre la mesa.

—Eso quiere decir que los buzos tenían material propio.

—Eso parece —asiente Teo.

—¿Existe algún registro de las cargas de oxígeno de este tipo de botellas? —pregunta Marta a Silvia.

La subinspectora no pierde el tiempo y anota en su libreta.

—Voy a investigarlo. No es algo que la gente suela vigilar demasiado, pero si han abastecido sus botellas en algún sitio, tendremos un nombre.

Teo la sigue con la mirada.

—Jefa, ¿tocamos otro asunto?

Marta se frota la cara con ambas manos.

—Dime.

—Tenemos un listado de noventa y tres mujeres nacidas en Alemania, que residen en Alicante y alrededores, y que tienen entre dieciséis y veinticinco años.

—¿Has conseguido el padrón de todas las localidades?

—Ya sabes cómo va esto. Todos ponen pegas cuando les exiges inmediatez. Al final, hemos recortado la franja entre dieciocho y veintiún años. ¿No dijo el forense que la víctima andaba por esa edad?

La inspectora suspira, con la mirada fija en la pared durante un instante.

—¿Cuántas tenemos?

Silvia sostiene un folio con la lista impresa.

—Dieciocho.

—¿Y qué habéis averiguado?

—Hemos localizado a quince —confirma Silvia—. Tirando de compañeros que han ido hasta sus casas. La mayoría estaban en clase, trabajando o de viaje.

Marta consulta la hora en su reloj.

—¿Y las otras tres?

Silvia niega con la cabeza.

—No hay nadie en sus domicilios y los teléfonos están apagados.

Marta estira la mano.

—Dadme las direcciones, que yo misma iré.

Teo y Silvia intercambian una mirada.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta Silvia.

—Será mejor que sigáis con los frentes abiertos. Además, quiero que averigüéis quién gestiona la asociación de alemanes —dice Marta mientras toma un par de gominolas del frasco.

Silvia le tiende el folio con las tres direcciones.

—Llámame si necesitas refuerzos.

Marta recoge su chaqueta. Al abandonar la oficina, mira de reojo su móvil otra vez.

Lara sigue sin responder.

15

17:15. El portador. Mitad de camino.

El autobús avanza por una carretera estrecha, flanqueada por campos anegados y árboles desnudos que se doblan bajo el viento. La lluvia, tímida y persistente, empaña los cristales. Las gotas trazan recorridos caóticos sobre el vidrio, como si buscaran un destino y se perdieran en el intento.

Él viaja solo en una fila doble, junto a la ventana. Lleva más de dos horas sin hablar, sin mirar a nadie. El movimiento monótono del vehículo lo mece con ternura. Ha intentado leer, distraerse, incluso escuchar por los auriculares la canción «Du Hast» del grupo Rammstein. Pero su mente se niega a aferrarse a nada que no sea la espera.

El paisaje se repite. Casas con tejados inclinados, molinos detenidos, canales tranquilos que bordean los caminos con la huella de una vieja herida. Hay algo melancólico en todo aquello. Un silencio que parece más profundo que el propio campo. Un lugar donde las cosas desaparecen y nadie pregunta por ellas.

El teléfono vibra en el bolsillo.

Lo saca con rapidez. No es un número conocido. La pantalla solo muestra una cifra larga, sin prefijo. Lo mira un instante. Después, responde.

No hay saludo. Solo una pausa breve, y una voz áspera, sin emoción :

—No sigas. Haz noche en Gasthaus zum Greif, dentro de tres paradas, y espera nuevas instrucciones.

El autobús gira en una curva cerrada y su cuerpo cae ligeramente hacia un lado. La voz vuelve a hablar, más baja:

—Se ha movido todo. No preguntes.

La llamada se cierra desde el otro lado.

Él sostiene el teléfono aún encendido. Tarda en reaccionar. El mensaje se clava en su interior como astilla que no se ve, pero molesta al respirar. Algo ha cambiado. El mapa

mental que llevaba, trazado con tanta exactitud, se arruga de repente. El ritmo se rompe.

Mira alrededor. Ninguno de los pasajeros parece haber notado nada. Una mujer duerme con la cabeza contra la ventanilla. Un hombre hojea un periódico arrugado. Una adolescente lleva auriculares y los ojos cerrados. Todos están atrapados en su propia rutina. Todos continúan.

Él no.

Hay algo humillante en la incertidumbre, una grieta que fisura la estructura misma de la fe. Durante meses le enseñaron a obedecer sin preguntar, a confiar en las decisiones del círculo, a aceptar los cambios como parte del diseño mayor. Pero esta espera no estaba en los planes. Este paréntesis no fue anunciado.

Una parte de él quiere levantarse, detener el autobús, bajarse y correr. Otra se sostiene inmóvil, sin saber si moverse sería desobedecer.

El campo pasa veloz al otro lado del cristal. El cielo se vuelve más gris, más bajo. Una torre de iglesia asoma en la distancia, solitaria, erguida sin propósito, sin señalar destino alguno.

Él baja la mirada. En su regazo, sus propias manos parecen ajenas, demasiado quietas.

Sabe que no está perdido.

Pero por primera vez, no está del todo seguro de hacia dónde va.

16

17:23. Calle Doctor Buades. Alicante.

El cielo amenaza tormenta y Marta se mentaliza para acabar empapada sobre la moto.

No le importa demasiado. Ya ha visitado dos direcciones del listado. Ha encontrado a una de las chicas en su lugar de trabajo, una tienda del centro. La otra ha devuelto la llamada al ver el mensaje de Silvia,

y le ha ahorrado el viaje. Ahora solo queda una, Hannah Weber, cuyo número de teléfono no da señal.

La inspectora detiene la moto frente al número 109 de la calle Doctor Buades. A su alrededor, el barrio de Carolinas Altas exhibe su mezcla de edificios envejecidos y vida de barrio. Las fachadas muestran el paso del tiempo, con toldos verdosos y macetas secas que cuelgan en los balcones. Algunos pisos han cerrado sus persianas, otros mantienen la ropa tendida en el alambre, que se agita con la brisa cada vez más fría. La acera es estrecha y el tráfico escaso, salvo por un par de coches aparcados en doble fila y una motocicleta con el tubo de escape humeante.

Marta apaga el motor y guarda el casco. Su mente le juega una mala pasada cuando el rostro sin ojos de la víctima le vuelve a la memoria. Agita la cabeza con frustración y se obliga a pensar en otra cosa. El siguiente pensamiento es igual de inquietante: Lara, su hermana, sola en Madrid, en ese maldito apartamento. Se lleva la mano al teléfono y marca su número.

—Mierda —susurra, y le deja un mensaje de voz—: Lara, dime algo en cuanto escuches esto. Necesito saber que estás bien.

No espera respuesta inmediata, aunque al menos lo ha intentado. Guarda el móvil en la chaqueta, justo cuando un hombre joven sale del portal con prisa.

—¡Eh! No cierres —le pide Marta, acelerando el paso.

El chico mantiene la puerta abierta.

—¿Vives aquí? —pregunta ella.

—Aquí vive mi abuela.

—¿Sabes cuál es el piso de Hannah Weber?

El chico hace memoria por un instante.

—¿Hannah? ¿La alemana? Segunda planta, puerta A.

—¿La conoces?

—Mi abuela me ha hablado de ella. Vive justo enfrente.

—Gracias —dice Marta, ya enfocada en su siguiente movimiento.

El joven se marcha y ella presiona el timbre varias veces, a la espera de alguna señal tras la puerta. Nada. Suspira y toma la decisión de subir.

En la segunda planta, golpea la puerta de Hannah con los nudillos. Espera. Prueba otra vez. Nada.

Se gira hacia la puerta de enfrente. Si la vecina tiene información, será mejor obtenerla cuanto antes.

Llama a la puerta y, en cuestión de segundos, la hoja cede unos centímetros.

La anciana que deja ver parte del rostro no dice una palabra. Observa a Marta con interés y cautela. Viste una bata de flores desteñida y zapatillas de lana. Su cabello canoso está recogido en un moño bajo, y sus ojos, pequeños y oscuros, analizan a la desconocida.

Marta esboza su mejor sonrisa sin perder el tono serio.

—Buenas tardes. Soy inspectora de policía. ¿Podría hacerle unas preguntas sobre su vecina Hannah Weber?

La anciana no responde de inmediato, valorando si merece la pena una respuesta.

Marta mantiene la actitud cordial mientras la mujer abre la puerta un poco más. Su mirada sigue cautelosa, pero hay un atisbo de interés en ella.

—¿Por qué pregunta? ¿Acaso le ha pasado algo?

—¡Oh, no, no se preocupe! Es por un asunto burocrático. Solo quiero cerciorarme de unos datos relacionados con su documentación. Estamos buscándola. ¿La ha visto hoy?

La mujer aprieta los labios con un gesto pensativo y al final niega con la cabeza.

—Ahora que lo dice, hace tiempo que no la veo. Por lo menos una semana. De todas formas, no se crea que se deja ver mucho. Es una chica que pasa poco tiempo en casa.

Sobre todo desde que empezó a trabajar.

La inspectora la escucha con atención, sin perder detalle.

—¿Sabe dónde trabaja?

—Uy, eso no lo sé. Es una chica de pocas palabras.

—¿Vive sola?

—Sí, está de alquiler.

Marta retiene la información y prosigue con cautela.

—¿Y sabe quién es el dueño del piso?

—Sí, se llama Felipe y tiene una clínica de masajes en la calle de atrás.

—¿Recuerda cuándo se mudó?

La anciana hurga en la memoria.

—Pues creo que entró a principios de diciembre.

—Es usted muy amable. Gracias por su tiempo.

La mujer asiente con satisfacción, como si el hecho de ser útil la complaciera.

La inspectora da un paso atrás mientras la puerta se cierra despacio. Sigue un momento más en el rellano. Si Hannah Weber no ha aparecido por casa en una semana y es tan reservada como su vecina dice, encontrarla no será fácil. Desciende por la escalera de regreso.

El teléfono suena con una melodía de bachata. Sabe que Silvia está al otro lado.

—Dame buenas noticias, que ni tan siquiera el tiempo está hoy de nuestra parte —dice Marta al ver las primeras gotas de lluvia rebotar en el asfalto.

—Acabo de hablar con la responsable de un club de buceo en el puerto de Alicante. Me comenta que no todas las recargas de botellas se realizan en centros homologados.

También hay embarcaciones que tienen sus propios compresores portátiles.

—O sea, que quizás nuestros buzos tengan patrón.

—¿Quién sabe? Además, hay personas que también poseen

compresores para llenar botellas en sus casas.

La inspectora chasquea la lengua.

—Eso complica la búsqueda mucho más.

—Y también existe gente que ofrece servicios sin estar dado de alta.

—Explícame eso —pide Marta.

—Me refiero al intrusismo: instructores que no aparecen en ningún registro ni pagan impuestos. Además de dar clases y hacer inmersiones sin cumplir la legislación, tienen locales clandestinos donde alquilan equipos y recargan botellas sin ningún tipo de control.

Marta calla un instante. Su mente encaja piezas, hasta que recuerda las palabras de Iñaki.

—Joder.

—¿Qué pasa? —pregunta Silvia al otro lado.

—Iñaki, el buzo que encontró el cuerpo, me dijo que su botella de oxígeno era prestada.

Si tenemos suerte, puede que conozca a alguno de esos instructores piratas.

—Voy a llamarlo ya —afirma Silvia.

—Hazlo. Yo voy a buscar al dueño del piso donde vive la alemana que me queda por localizar.

Cuelga y guarda el móvil en el bolsillo. La lluvia arrecia. Duda entre ponerse a caminar o preguntar a algún vecino. Mira a ambos lados de la calle, en busca de alguna pista sobre la clínica que mencionó la anciana. Antes de decidirse, una chica se aproxima con paso tranquilo. Viste una cazadora negra con la capucha puesta y mantiene la vista

clavada en el móvil. Se detiene frente al portal del edificio de Hannah y extrae una llave del bolsillo.

—Perdona.

La joven alza la cabeza. Se retira la capucha y se quita los auriculares. Parpadea con curiosidad al ver a Marta frente a ella. Sus ojos reflejan una ligera desconfianza, el reflejo automático de alguien que no está

acostumbrado a que la detengan en la calle.

—¿Eres Hannah? —pregunta la inspectora, de frente.

El rostro de la chica se tensa por un instante, sobresaltada por la pregunta inesperada.

—No, no soy yo.

—Disculpa, es que estoy buscándola —añade Marta, atenta a su reacción—. ¿Vives aquí?

—Sí.

—¿Y no la conoces? Es una chica alemana, de tu edad.

—Sé quién es, pero no la veo muy a menudo.

Marta asiente. No vale la pena insistir si la joven no aporta más información.

—Okey. ¿Puedes decirme dónde hay una clínica de fisioterapia cerca?

La chica señala con la cabeza hacia la esquina de la calle.

—Si sigues por ahí y giras a la izquierda, verás una enfrente del parque.

Marta se aleja en la dirección indicada. Con cada paso, la lluvia golpea más fuerte el asfalto y empapa el aire con ese aroma tan característico de las tormentas inminentes.

Frente a ella, aparece la puerta de la clínica y empuja el cristal.

Es hora de hacer preguntas.

17

18:45. Calle Doctor Buades. Alicante.

La clínica de fisioterapia de Felipe Berenguer rebosa actividad, con pacientes que abarrotan la sala de espera, llena de murmullos y sonidos de teléfonos vibrando. Marta ha tenido que armarse de paciencia hasta que, a regañadientes, Felipe le ha concedido unos minutos para hablar. No parecía entusiasmado con la idea, pero, tras una breve conversación y la insistencia de la inspectora, ha accedido a acompañarla hasta el piso de Hannah Weber.

Ahora camina delante de ella con evidente incomodidad. Sostiene un manojo de llaves en la mano derecha. No ha dicho ni una palabra desde que salieron de la clínica ni ha preguntado por qué la Policía está interesada en su inquilina. Tampoco ha mostrado la menor curiosidad sobre el asunto. Su único objetivo es cumplir con el trámite y regresar a su trabajo lo antes posible.

Felipe se detiene en el portal y suspira antes de introducir la llave en la cerradura.

—Espero que no nos lleve mucho tiempo —dice con impaciencia.

Marta lo sigue mientras ascienden por la escalera hasta el segundo piso. Cuando alcanzan la puerta de Hannah, Felipe toca el timbre por mera formalidad antes de girar la llave.

—¿Se puede? —Asoma el rostro unos centímetros dentro del apartamento.

Sin esperar respuesta, abre la puerta del todo y entra. Marta avanza tras él, atenta a cualquier señal.

Felipe va directo a los dormitorios y enciende las luces, apurado por salir de allí cuanto antes. Pero Marta no está dispuesta a dejarle tomar el control.

—¡Perdona! —lo detiene con firmeza—. Si no te importa, quédate en la entrada y déjame a mí.

Felipe se da la vuelta con una ceja alzada, irritado por la petición. Sin embargo, no discute. Vuelve a la puerta y se apoya en el marco.

—Por favor, termina pronto, que tengo mucha prisa —insiste.

Marta le dedica una mirada fugaz antes de concentrarse en el interior del apartamento.

Da un paso más hacia el salón y se deja llevar por la intuición mientras recorre con la vista. La estancia está recogida, pero hay un vacío que no termina de encajar. Sobre el sofá hay una manta doblada con demasiada precisión. No parece un espacio abandonado, aunque da la impresión de que nadie ha estado allí en los últimos días.

Camina con cautela y abre una de las puertas interiores. Dentro hay una pequeña habitación con una cama individual, una estantería con algunos libros en alemán y una maleta cerrada en el suelo. Nada llama

especialmente la atención, salvo que el armario deja entrever lo que guarda. Se acerca y corre la puerta con suavidad. Entre las perchas, cuelga ropa, y en la parte baja sobresale una caja de cartón.

Las solapas no cierran bien. Con cuidado, separa los bordes y echa un vistazo al interior.

Lo que ve le arranca una mirada recelosa. Dentro hay una libreta con anotaciones escritas a mano, un sobre con dinero y un pasaporte alemán. Lo toma y revisa el nombre: Hannah Weber. El cabello claro podría corresponder con el de la víctima. El rostro es risueño, con una mirada atractiva.

Se endereza con el documento en la mano y regresa al recibidor.

—Felipe —dice mostrándole el pasaporte—, ¿sabes si Hannah tenía intención de viajar?

—Ya te digo que apenas hablo con ella. A mí solo me paga el alquiler y poco más.

Marta fija los ojos en él y calibra sus palabras. Algo no cuadra. Si la chica no ha aparecido desde hace una semana y su pasaporte sigue aquí, ¿dónde está?

Guarda el documento en su lugar y vuelve a examinar el apartamento con una inquietud creciente. Hay un detalle en este entorno, en su meticulosidad excesiva, que no le gusta nada.

Marta avanza hacia la cocina. Es un espacio reformado, con los muebles blancos y la encimera de granito oscuro. La luz entra a través de una puerta acristalada que da a un patio interior. Sobre la mesa, un portátil cerrado descansa junto a un vaso y un cenicero con cuatro colillas. Marta saca su móvil y fotografía la escena. Algo le dice que esas colillas pueden ser importantes.

En el suelo, junto a la galería, hay una papelera pequeña. Se agacha, levanta la tapa y examina el contenido: una piel de plátano ennegrecida, un envase de yogur, dos papeles arrugados, un folleto de publicidad y un paquete vacío de tabaco. Nada que, a simple vista, parezca relevante. Sin embargo, Marta ya ha aprendido que los detalles más insignificantes pueden ser clave.

Antes de incorporarse, su mirada se detiene en el frigorífico. Sin pensarlo, arranca un trozo de papel de cocina y lo utiliza para abrirlo sin dejar huellas. En el interior hay huevos, un poco de queso envuelto

en plástico y un paquete de hamburguesas cuya fecha de caducidad expiró hace tres días.

—¿Te queda mucho? —Se escucha la voz ansiosa de Felipe.

—Voy enseguida. Un momento, por favor —responde ella sin apartar la mirada del mueble de la cocina.

Se dirige a los cajones. En el primero hay unos pocos cubiertos y una espátula de silicona. En el segundo, da con una bolsa de plástico. Marta la toma y en su interior introduce dos colillas envueltas en papel de cocina y el paquete de tabaco.

Esconde la bolsa en el interior de su chaqueta y da un último vistazo antes de tranquilizar a Felipe.

—¡Ya salgo!

Camina hacia la salida, cuando se detiene al ver un dormitorio que todavía no ha revisado. Felipe sopla con disgusto.

Marta empuja la puerta y entra. El cuarto es pequeño, con paredes de un tono pastel claro y muebles sencillos. La cama no tiene una sola arruga en la colcha. Sobre la mesita de noche, una fotografía enmarcada llama su atención.

En ella, Hannah sonríe junto a un hombre y una mujer de mediana edad. Tienen el mismo tono de cabello rubio ceniza y los rasgos parecidos. Sin duda, son sus padres. La joven parece feliz.

Deja la foto en su sitio y abre el cajón de la mesita con la esperanza de encontrar más información. Solo hay objetos personales sin relevancia.

Suspira y lanza una última mirada a la habitación antes de dar media vuelta y salir.

Felipe espera en la puerta, inquieto, y ve a Marta detenerse ante una maleta de mano que hay junto a una cómoda y una percha con tres bolsos colgados.

—Felipe, una última pregunta: ¿a qué se dedica Hannah?

El hombre se muestra molesto por la insistencia. Se pasa una mano por la nuca antes de responder con tono cargado de fastidio:

—Dijo que venía a estudiar hostelería. El mes pasado me comentó que se había puesto a trabajar porque la vida en Alicante era más cara de

lo que imaginaba.

—¿Sabes dónde trabaja?

—En un bar.

—¿Cuál?

Felipe la contempla con evidente desinterés.

—No tengo ni idea.

Marta evalúa sus palabras. Algo en su actitud le resulta sospechoso, aunque sin pruebas no tiene sentido presionarlo más.

—Vaya —murmura, más para sí misma que para él.

—Nos vamos ya, ¿no? —insiste él, moviéndose hacia la puerta.

—Sí. Gracias por tu colaboración.

Felipe le da la espalda y sale del apartamento con rapidez. Marta lo sigue, y cierra la puerta tras de sí con una sensación incómoda. Algo no cuadra. Demasiada pulcritud en la vivienda, el pasaporte abandonado, la comida caducada en la nevera. Y, sobre todo, esa maleta de mano junto a la cómoda.

Ya en la calle, la lluvia ha amainado y dejado el asfalto reluciente bajo las luces anaranjadas de las farolas. Felipe se despide con un insignificante gesto de cabeza y se aleja, sin mirar atrás, rumbo a su clínica.

Marta lo sigue con la vista desde la acera. Luego saca el teléfono y marca el número del comisario.

18

20:35. El portador. Desajuste.

El autobús se detiene frente a una marquesina solitaria, oxidada por el salitre y las heladas. El conductor desaparece hacia una pequeña gasolinera al otro lado de la carretera. Dice algo por el altavoz, algo rápido, en dialecto, que suena a «quince minutos».

Él tarda en reaccionar. Su cuerpo aún vibra con la voz de la llamada, esa voz sin rostro que le dio una instrucción breve y desapareció como arrastrada por el viento: apearse en la tercera parada.

Baja los escalones con la maleta en la mano y se encuentra con un frío distinto al de la ciudad: uno que parece salir del suelo, húmedo, profundo, exhalado por la tierra misma.

El pueblo es una hilera de casas bajas, techos de teja ennegrecida, ventanas estrechas.

Todo parece detenido. Ni un coche. Ni un perro. Solo el crujido de sus propias pisadas sobre la grava mojada.

Camina unos metros, sin alejarse demasiado. Cruza la carretera hasta un pequeño almacén con un toldo descolorido. Dentro, un anciano lo observa desde el mostrador.

Tiene las manos apoyadas sobre una caja registradora antigua, de esas que hacen ruido al abrirse.

Él entra .

El aire dentro está impregnado de un olor difícil de definir, entre pescado seco y cuero viejo. En los estantes hay latas de conservas, cajas sin etiqueta y unas cuantas botellas con nombres impronunciables.

El hombre no dice nada. Solo lo sigue con la mirada.

Él recorre el pasillo central y escoge una botella al azar. Lee la etiqueta. No está seguro de por qué ha entrado. No necesita nada. Solo quería moverse. Romper la espera.

Se agacha. Una lata cae de la estantería. El sonido metálico rompe el silencio con fuerza repentina. El anciano da un paso hacia delante. No mucho. Solo lo justo.

Él recoge la lata y la deja en su sitio.

—Perdón —dice, sin voz.

Sale de la tienda con el corazón acelerado. No corre, pero siente una presión invisible clavada en la espalda. Afuera, el viento sopla más fuerte. La marquesina cruje. Cruza la calle sin mirar. A su alrededor, el pueblo parece aún más desierto que antes. Hay una quietud forzada, una tensión retenida en cada esquina.

Un gato lo mira, fugaz, antes de desaparecer entre los setos.

El conductor ha regresado. Algunos pasajeros bostezan, otros revisan

sus móviles. Todo parece seguir igual.

Entonces ve un rótulo discreto, colgado sobre una puerta de doble hoja: Gasthaus zum Greif. Un halcón tallado en relieve lo corona, las alas abiertas, la mirada fija hacia el suelo. Debajo, un cartel más pequeño reza: Zimmer frei. Habitaciones libres.

Da la impresión de que el lugar lo estaba aguardando.

Se despide del conductor y se acerca al edificio.

El picaporte está frío. Al empujar, una campanilla suena con un tintineo metálico.

Dentro huele a sopa reciente. Una lámpara con pantalla de tela lanza una luz amarillenta que no alcanza los rincones más alejados.

Una mujer mayor aparece por un pasillo. No le ofrece opciones ni le pide documentos.

—Una noche, ¿verdad?

Él asiente .

La mujer le entrega una llave atada a un llavero voluminoso.

—Segundo piso. Al fondo.

La habitación es sencilla, con muebles antiguos y robustos. Un armario, una mesa pequeña, una cama bien hecha. Las cortinas están cerradas. La única ventana da al campo abierto. No se ve nada, salvo la oscuridad.

Deja la maleta junto al armario y se sienta en la cama sin desvestirse. Mira sus zapatos, cubiertos de polvo claro. Luego se recuesta despacio y apoya la cabeza sobre la almohada.

El techo es bajo. Las vigas de madera forman líneas imperfectas que se entrecruzan con un patrón oculto. Cierra los ojos, pero no duerme. Siente el cuerpo más pesado. El día ha sido largo y el camino incierto.

Recuerda la tienda, la mirada del anciano, la lata cayendo, ese instante en que todo pareció detenerse.

Y ahora, esta habitación. Demasiado oportuna. Demasiado lista.

Se repite lo que le dijeron: haz noche.

No puede evitar preguntarse quién eligió ese destino.

Si él… o algo más.

19

21:17. Vivienda de Marta Escudero. Playa de San Juan. Alicante.

Antes de dar la jornada por finalizada, Marta se ha reunido con el comisario. Albízar ha permanecido atento, con semblante serio, sin interrumpirla, hasta que ha mencionado la bolsa con las colillas y el paquete de tabaco recogidos en la casa de Hannah Weber.

La reacción del comisario ha sido inmediata.

Le ha advertido que tenga cuidado con sus métodos y que no se extralimite en sus funciones. Marta ha insistido en que se trata de una simple verificación, que solo necesita descartar una posibilidad antes de seguir adelante. Le ha rogado que pida un favor a la Científica para comparar las muestras de ADN con el perfil de la víctima hallada en el Cabo de las Huertas. Después de la discusión, Albízar ha accedido con reticencia, y ha dejado claro que no le gusta la manera en que a veces Marta se salta los límites del procedimiento.

Por su parte, Teo y Silvia han avanzado en sus respectivas líneas de investigación, y los resultados han sido escasos. Algunos informes aún están en proceso y han acordado que lo retomarán con más calma a primera hora del día siguiente.

Marta, en la soledad de su apartamento, intenta despejar la mente. La lluvia ha cesado y el viento marino le llega lejano a través de la ventana abierta. Se apoya en el marco para contemplar el paseo marítimo desde la altura de su apartamento. Las luces reflejan destellos sobre el agua, y la gente que pasea por la avenida junto a la playa parece diminuta. Desde allí arriba, todo se ve distante, como si los problemas no pudieran alcanzarla.

Pero lo hacen.

Sigue sin tener noticias de Lara, que ha hecho justo lo que le pidió que no hiciera. Su teléfono continúa apagado.

Suspira y marca otro número. Su tía Maite responde desde Guardamar. Marta le pregunta por Lara. Su tía le dice que su hermana se fue por la mañana a Valencia para un curso y que volverá mañana.

Marta no la corrige. No le dice que eso es mentira.

Cuelga y deja el móvil sobre la mesa. Sabe que Lara no está en Valencia. No hay ningún curso. La mentira es evidente.

Se gira y recorre con la mirada el apartamento en penumbra. La única luz proviene de la cocina. Sabe cómo será la noche que le aguarda, con la vista fija en el móvil, pendiente de una llamada que tal vez nunca llegue. Otra noche con los pensamientos atrapados entre el caso de la chica sin ojos, la obsesión de Lara por Brenda y el sentimiento de culpa por estar perdiendo a Fran.

Seguro que los medios ya han hablado del hallazgo del cuerpo. Tiene la opción de consultar el iPad las teorías han soltado los periodistas, oír especulaciones sin sentido…

Pero no quiere hacerlo. Necesita desconectar.

Mira la botella de vino que descansa en la encimera. Se le pasa por la cabeza servirse una copa. Tal vez dos. Aunque beber sola nunca ha sido lo suyo.

Otra opción es llenar la bañera, apagar la luz y sumergirse en el agua caliente y el aroma de alguna espuma relajante. Podría poner música, cerrar los ojos y fingir, solo por un rato, que el mundo no existe.

O también puede llamar a Silvia.

Ella nunca dice que no a una noche de películas y comida basura. Juntas podrían vaciar la despensa, reírse de cualquier tontería y evitar, aunque sea por unas horas, la opresión de sentirse al borde del derrumbe.

Pasa el dedo con lentitud por la pantalla del móvil mientras valora sus opciones.

Al otro lado del tabique del salón, la música vibra en el aire. El vecino DJ ha decidido dar un giro en su repertorio: ha cambiado la música electrónica por el reguetón.

Después de meses asegurando que se mudaría a Ibiza, todavía sigue aquí, haciendo directos en Internet en horas intempestivas. Marta suspira. Por lo menos, el sonido constante de los bajos impide que el silencio se vuelva insoportable.

Una notificación suena en el teléfono.

En un acto reflejo, cruza la estancia en dos zancadas y toma el móvil con dedos ansiosos.

Un mensaje de WhatsApp ilumina la pantalla. Es de Fran.

Quiero hablar contigo. ¿Puedes ahora?

Por un instante, se queda en blanco.

Lo ha estado esperando. Lo ha estado temiendo.

Sostiene el teléfono con ambas manos, consciente de que soltarlo rompería algo que apenas empieza a construirse de nuevo. Su respiración se vuelve más lenta; su cuerpo contiene la avalancha de emociones que de pronto la invade.

Quiere hablar con él.

Quiere saber qué significa ese mensaje.

Quiere preguntarle si todavía siguen juntos, si todavía hay algo que salvar, si todo este tiempo en silencio ha servido para algo o si, por el contrario, ya ha tomado una decisión y solo necesita ponerle el punto final.

Pero también tiene miedo.

Porque si contesta, si acepta hablar con él ahora, puede que tenga que enfrentarse a la verdad. Y no está segura de estar lista para escucharla.

Su mente se agita con fuerza. Se imagina todas las versiones posibles de la conversación: Fran diciéndole que la echa de menos, Fran diciéndole que ya no puede seguir con esto, Fran pidiéndole que se vean, Fran despidiéndose de ella con la frialdad de un extraño.

Cada escenario es un disparo directo a su estómago.

Aprieta el móvil con fuerza. Sabe que no puede quedarse así, paralizada. Tiene que tomar una decisión y, con un nudo en la garganta, le responde con un escueto: «Sí, dime». Su dedo se ha separado de la pantalla cuando el móvil vuelve a vibrar en su mano.

—¿Una videollamada? —murmura, desconcertada.

El pecho se le encoge con nerviosismo. No, no quiere que la vea así. Se toca la cara y siente la piel cansada, el rastro de una jornada demasiado larga reflejado en cada línea de su expresión. No está en

condiciones para esto. No esperaba tener que sostenerle la mirada, simular que todo está bien, que no le ha dolido cada uno de estos días sin él.

Es tarde para dudar.

Se suelta el pelo y lo sacude con los dedos para darle volumen. Respira hondo y acepta la llamada.

La imagen de Fran aparece en la pantalla.

Tiene el pelo más largo de lo habitual y una barba espesa cubre la parte inferior de su rostro. Marta reconoce esa sonrisa que le dedica, la que tantas veces la ha hecho sentir en casa. Hoy es diferente, distante.

Detrás de él, la pared blanca de una habitación. Un cuadro torcido rompe la monotonía, un detalle insignificante, pero que, de pronto, se vuelve tristemente simbólico.

—Marta… —dice él, pausado, observándola con una mirada indefinida que ella no logra descifrar del todo.

Quizás no esperaba encontrarla así, con esa mirada opaca, con el peso de la incertidumbre en el rostro.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunta ella, y su propia voz le parece lejana, atrapada detrás de una barrera de miedo para salir de sus labios.

—Pues… ahí ando —responde él y ap enas mueve los hombros—. En un poblado cercano a una ciudad. Es difícil conseguir Internet por estos lados.

Él intenta sonar despreocupado, presentarlo como una anécdota más de su viaje, aunque a Marta solo le llega el trasfondo: que él ya ha aprendido a vivir sin ella.

Marta se obliga a sostener la compostura.

—¿Cuándo vuelves? —No quiere explicaciones vagas. Quiere saber.

Fran mira a un lado antes de contestar.

—Pues de eso mismo quería hablarte. La productora tiene pensado viajar a Arabia Saudí para documentar la construcción de una ciudad. Me han hecho una oferta. ¡No veas la pasta que tienen los jeques! Allí

hay mucho movimiento y también posibilidades. No sé… Me lo estoy pensando.

Su voz suena animada. Se le ilumina la cara al hablar del proyecto. Marta lo conoce demasiado bien para notar que ya ha tomado la decisión.

Ella no forma parte de ese futuro.

La conversación se apaga, dejando un silencio incómodo. Marta lo percibe como una grieta que ya nadie se molesta en cerrar. Quiere decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se le quedan atascadas. No quiere llorar ni tampoco dejar que él la vea quebrarse.

Fran espera. Probablemente, a que ella le diga que lo apoyará, que está orgullosa de él, que lo entiende.

Marta no puede.

No ahora.

Traga saliva y, con una frialdad que la destroza por dentro, fuerza una media sonrisa.

—Fran, persigue tu sueño.

Antes de que él pueda responder, Marta finge una distracción.

—Tengo que dejarte, me está entrando una llamada del comisario.

Y sin esperar respuesta, pulsa el círculo rojo de la pantalla y la imagen de Fran desaparece.

Inmóvil, contempla el teléfono en su mano, el reflejo de la luz de la pantalla que tiembla en sus pupilas. Un nudo le oprime el estómago, la voz, todo el cuerpo.

Quiere gritar. Quiere llorar. Quiere lanzar el maldito teléfono por la ventana y no volver a tocarlo nunca más.

Pero no puede.

Ese teléfono tiene que sonar esta noche.

Lara.

Cierra los ojos un instante, contiene la rabia, el dolor y la impotencia.

Camina hasta la cocina. Allí, sobre el mueble, la botella de vino sigue esperándola.

—Te ha tocado aguantarme esta noche —susurra.

Descorcha la botella y llena la copa hasta el borde. Acerca el cristal a la boca y bebe, para que el líquido le arda en la tráquea y le adormezca por un instante el torbellino de emociones que la envuelve sin piedad.

No es la noche que quería, pero es la que tiene.

8 de marzo de 2016

20

9:51. Vivienda de Marta Escudero. Playa de San Juan. Alicante.

Un ding dong suena cerca. Tan cerca que parece que alguien juegue con una campanilla en su oreja. El sonido se diluye lentamente, como un eco lejano que se funde con el silencio. Es casi agradable. Casi. Hasta que vuelve a repetirse, esta vez con más claridad, y rompe la tranquilidad.

Marta sigue acostada, adormecida, con la cabeza hundida en la almohada bajo una presión que no es solo física. La noche anterior se bebió toda la botella de vino. Lloró, pensó y volvió a llorar mientras los sorbos vaciaban la copa y su mente se nublaba en un trance cada vez más pesado. No recuerda en qué momento dejó de luchar contra sus pensamientos y el sueño la atrapó. Ahora, la resaca le taladra las sienes y el cuerpo parece fundido al colchón.

El timbre vuelve a sonar y Marta abre un ojo. Por un instante, no reconoce el lugar en el que se encuentra. Su habitación parece extraña, y tarda en darse cuenta de que no es la habitación la que ha cambiado, sino ella. O su estado.

Cierra el ojo de nuevo. No quiere despertar. No quiere enfrentarse al día. Entonces, algo la sobresalta: la luz se cuela por la ventana. Ya ha amanecido. Y con eso, la certeza de que hoy no es domingo. No puede serlo, porque el día anterior fue lunes. Y hoy había quedado con Silvia a las siete y media de la mañana en la comisaría.

La campanilla suena por tercera vez. Ahora sí la reconoce. Es el timbre de su casa. Su timbre. Que no suena nunca. Su cuerpo se tensa. ¿Quién puede ser?

Se incorpora con torpeza y el vértigo la obliga a sentarse de nuevo. Aprieta los ojos para que la habitación deje de girar. La resaca irrumpe con fuerza. Sabe que el alcohol no le sienta bien, aunque anoche no le importó. Anoche fue una ocasión especial para reconciliarse con él.

Y ahora, él la traiciona y le deja con una jaqueca insoportable.

Marta procura apoyar los pies en el suelo. Se empuja a sí misma a levantarse, tambaleante, con las piernas entumecidas y la boca seca. El timbre no suena de nuevo, pero el mal presentimiento se le ha instalado muy dentro. Mientras camina hacia la puerta, se pregunta quién está al otro lado.

—¿Paquita? —Marta parpadea, desconcertada al verla en el pasillo.

Es su vecina del piso de arriba. La mujer la observa con el teléfono móvil en una mano y sujetándose la bata con la otra. Su expresión es de clara preocupación.

La vecina la mira de arriba abajo. Marta nota su escrutinio y, por primera vez desde que se levantó, repara en su aspecto. Va en pijama: una camiseta vieja, demasiado holgada, y un pantalón de algodón que alguna vez fue blanco. Su cabello es un desastre, revuelto y pegado a un lado de su cara. El reflejo en sus ojos confirma lo que teme: parece un espectro.

—Hija, ¿estás bien? —pregunta la vecina, con voz temerosa.

—Sí. —Marta se frota la cabeza y el dolor punzante de la resaca se extiende por toda la frente—. ¿Por qué?

La mujer tarda en contestar; la evalúa con otra mirada de arriba abajo. Marta siente la náusea removerse en su estómago y, sin previo aviso, una arcada le sube hasta la boca.

Logra contenerla, pero la presión en el cráneo se intensifica, como si quisiera estallar desde dentro .

Paquita se muestra preocupada.

—Me ha llamado tu compañera Silvia. Estaba muy nerviosa. Me pidió que viniera porque no te localiza por ninguna parte.

Las palabras de la vecina tardan en calar en la mente embotada de Marta, y cuando lo hacen, un pensamiento le atraviesa el cuerpo.

—¡Lara! —exclama de golpe, mientras su corazón da un vuelco.

—¿Lara? —repite Paquita, confundida.

Marta mueve la cabeza de un lado a otro, intentando apartar el nombre de su lengua, incapaz de compartir con su vecina la tormenta interna que acaba de desatarse en su interior.

—Nada, Paquita, no te preocupes. Ahora mismo llamo a Silvia. Es solo que no me sonó el despertador y me quedé dormida.

Paquita la mira con evidente escepticismo. No parece del todo convencida de su respuesta, pero tras la duda, asiente con un resoplido y se ajusta la bata.

—Bueno, hija, me voy. Llámala rápido, que parecía bastante alterada.

—Sí, claro. Gracias.

Marta fuerza una sonrisa tranquilizadora y cierra la puerta en cuanto la vecina se gira hacia las escaleras. Apoyada en la madera, con el pulso acelerado, hace lo posible por ordenar el caos que acaba de explotar en su cabeza.

Lara.

Silvia.

Algo ha pasado.

La resaca queda relegada a un segundo plano. Busca su teléfono y lo halla sobre una silla del salón, con el cable del cargador separado de la ranura: un fallo milimétrico que lo ha dejado sin batería.

—¡Maldita sea! —se lamenta en voz baja.

Se asegura de enchufar bien el conector. La pantalla sigue en negro. Es un bloque muerto, como ella misma en la cama minutos antes. Mira a su alrededor e intenta recomponerse, aunque el malestar y la tensión se combinan en un cóctel difícil de digerir.

Da media vuelta y con pasos torpes cruza el apartamento hasta la cocina. Sus ojos van directos al reloj de pared.

Son las diez de la mañana.

El impacto de la hora la sacude sin previo aviso. Hace dos horas y

media que debería estar en la comisaría.

Sus músculos entran en un estado de alerta inmediata. En lugar de correr, se obliga a mantener la calma. Sabe que entrar en pánico le hará perder más tiempo. Tiene que serenarse.

Cierra los ojos.

Después, se mueve.

Corre al baño y abre el grifo. Se lanza agua a la cara, con la esperanza de despejarse; el frío le hiela la piel y le despierta de golpe. Luego va al botiquín, revuelve a toda prisa y saca un blíster de analgésicos. Introduce una pastilla en la boca y la traga con el agua que corre en el lavabo.

La presión en la cabeza persiste, aunque ahora no tiene tiempo para distracciones.

Se mete bajo la ducha y los primeros chorros de agua fría impactan contra su piel.

Tiembla, se estremece, pero no se aparta. Se deja empapar hasta que el agua se templa y la sensación de resaca se disuelve, aunque solo un poco.

Mientras el agua resbala por su cuerpo, el peso de la culpa se asienta sobre sus hombros. La investigación avanza sin ella. Sus compañeros se parten el alma, siguen pistas y mueven contactos. Y ella ha perdido el control.

La vergüenza le asciende por el pecho y se le instala en la boca con un regusto amargo.

Busca una excusa válida para justificar su ausencia, aunque todas le parecen ridículas.

Nada justifica el hecho de que se haya pasado la noche bebiendo, lamentándose por Fran e ignorando las llamadas de Silvia.

Tras salir de la ducha, se viste con rapidez, se enrolla la toalla en el pelo y conecta el secador cerca del teléfono aún apagado, mientras asume que no hay excusas.

La espera es insoportable. Con una mano se seca el pelo, mientras con la otra pulsa el botón de encendido del móvil. Insiste, sin éxito.

El secador zumba en su oído y el aire caliente le acaricia la piel, aunque Marta está en otra parte. Sus pensamientos son un caos. Imagina el estado de Silvia, de Albízar, de Teo. Sabe que habrán tratado de localizarla y que estarán preocupados. Pensarán que algo le ha pasado.

La pantalla del móvil se enciende.

El logo de inicio brilla en la oscuridad de su pantalla y, en cuanto el sistema carga, observa las llamadas perdidas de Silvia, Teo y Albízar.

Pero hay más.

Quince mensajes de Lara.

Su estómago se contrae de golpe.

Y, como si eso no fuera suficiente, un correo de Fran.

El temblor que siente en las manos se extiende por el torso y le oprime los pulmones.

No puede procesarlo todo a la vez.

La náusea sube desde su estómago sin previo aviso. Esta vez no puede contenerla.

Suelta el secador, se cubre la boca con una mano y corre al baño.

Se agacha junto al inodoro justo a tiempo. Su cuerpo se sacude con violentas arcadas y expulsa todo lo que tiene en el estómago. Tose, se asfixia, nota un latido punzante en la frente que le martillea el cráneo. Apenas logra mantenerse en pie.

Apoya la frente en la pared; jadea con dificultad. Su estómago sigue revuelto, pero su prioridad no es su malestar. Tiene que reaccionar.

Se enjuaga la boca con el agua del grifo, evitando mirarse en el espejo. No quiere descubrir la imagen destrozada de sí misma reflejada ahí.

Regresa a la cocina, con el pulso aún descontrolado. Agarra el teléfono. Sube el volumen del timbre al máximo. Y marca.

Silvia responde al primer tono.

—¡Marta! ¿Dónde te has metido ?

La inspectora aleja el terminal del oído. El grito de su compañera retumba con fuerza y le taladra las sienes. Al poco, acerca de nuevo el móvil al oído; trata de estabilizar su respiración, necesita centrarse.

—He pasado una noche de perros y me quedé dormida… y sin batería —murmura con voz ronca—. Lo siento, pero no me ha sonado la alarma. ¿Alguna novedad?

El silencio al otro lado dura un momento, suficiente para que el nerviosismo se dispare.

—Oye, ven pitando a la comisaría.

La tensión en sus palabras basta para que Marta se enderece, consciente de que algo importante está por estallar.

—¿Qué pasa?

—Hace una hora Albízar ha entrado por la puerta preguntando por ti —dice Silvia, apresurada—. ¿Recuerdas la colilla que trajiste de la casa de Hannah Weber?

Marta se pasa una mano por la frente.

—La Científica asegura que el ADN es el mismo que el de la víctima de la cueva marina.

El mundo se detiene.

Marta siente cómo se le escapa el aire de los pulmones. Rebobina imágenes a toda velocidad: la caja de cartón, el pasaporte, la fotografía de la joven junto a sus padres sobre la mesita de noche.

—¡No jodas! —exclama, con un vuelco que la estremece por dentro.

Silvia toma aire al otro lado de la línea.

—Por eso te digo que corras —dice con seriedad—, porque la jueza quiere explicaciones.

21

10:38. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

El taxi avanza bajo una fina lluvia. La ciudad despierta con el bullicio de peatones apurados con paraguas en mano, coches que circulan entre charcos y un cielo encapotado que amenaza descargar con más

fuerza en cualquier momento. Marta apoya la cabeza en el cristal; siente el frío traspasar su piel. Ha preferido dejar la moto porque no se siente en condiciones de conducir. Los analgésicos le mitigan el dolor de cabeza, aunque con una lentitud exasperante.

En el asiento trasero, saca el móvil del bolsillo y pasa el pulgar por la pantalla para revisar las notificaciones. Su estómago se revuelve al ver los mensajes de Lara. Sus dedos tiemblan mientras abre la conversación. Hay varias fotografías y una serie de vídeos adjuntos.

Lara ha estado en la vivienda de Brenda en Madrid. Marta examina las imágenes con atención: un apartamento de diseño moderno, amplio y con grandes ventanales que dan a un parque urbano. Los muebles son de líneas rectas y colores neutros. Todo está demasiado perfecto. Demasiado impersonal. Un espacio sin alma.

Pasa a los vídeos. En uno de ellos, Lara recorre la cocina con la cámara del móvil. Los electrodomésticos son de última generación: la encimera impoluta, y en una esquina, una cafetera de cápsulas con una taza en el fregadero. Nada más. En otro clip, su hermana avanza por un pasillo estrecho y se detiene en el dormitorio. El armario está a medio abrir y deja a la vista una colección de vestidos clasificados por tonalidades.

Sin embargo, es el último vídeo el que le llama la atención. Lara está en lo que parece el despacho. Una mesa de cristal domina la estancia, iluminada por una lámpara de diseño vanguardista. En la pared principal, en lugar de la típica orla universitaria, hay una gran fotografía enmarcada: Brenda, en el día de su graduación, recibiendo el birrete de manos de su padre.

Marta retrocede el vídeo y lo observa de nuevo, esta vez con más detenimiento. Su mirada se fija en cada detalle del despacho de Brenda. No hay objetos sobre la superficie pulcra de la mesa, salvo un cuaderno cerrado con una portada de cuero y un bolígrafo caro. En la pared, la fotografía de la graduación domina el espacio.

En la estantería del fondo se apilan libros de medicina, neurociencia y liderazgo empresarial. Apenas hay adornos personales, salvo un par de figuras decorativas y una fotografía enmarcada en una de las baldas. En ella, Brenda aparece con un hombre de su misma edad. Él sonríe con confianza y rodea el cuello de ella con el brazo, de forma posesiva. Su ropa es cara: un jersey de lana azul marino sobre una camisa blanca. Parece un joven de éxito, alguien acostumbrado a moverse en círculos privilegiados. Lo que atrapa la atención a Marta,

sin embargo, es el fondo de la fotografía.

El edificio que aparece detrás de la pareja es inconfundible. De líneas blancas y angulosas, con una estructura imponente que parece desplegarse como un abanico. Lo ha visto muchas veces. Es el Palacio de Congresos de Oviedo, una obra del arquitecto Calatrava. Un edificio que nunca gozó de la simpatía de los ovetenses, aunque con el tiempo se convirtió en un punto de referencia en la ciudad.

Marta se endereza en el asiento. La curiosidad la envuelve con fuerza. ¿Qué hacía Brenda en Oviedo? ¿Quién es el hombre de la foto?

Sin pensarlo, marca el número de Lara. Hace horas que espera hablar con ella, desde la noche anterior. Siente alivio en cuanto oye el tono. Al menos, su hermana no ha apagado el móvil.

Lara no responde.

Marta aprieta los labios y vuelve a llamarla. Otro tono. Y otro. Nada.

El taxi avanza entre la fina lluvia. Marta tamborilea con los dedos sobre el asiento. Algo en su interior se remueve con una molestia difícil de explicar.

Piensa que tal vez Lara esté ocupada o que quizás haya guardado el teléfono en el bolso, silenciado.

Mira de nuevo la imagen en la pantalla: Brenda y aquel hombre en Oviedo.

El teléfono vibra de repente, y la melodía grave del comisario irrumpe en el interior del taxi.

—Dime, Albízar —contesta con la voz aún ronca.

—Escudero, ¿dónde estás?

Marta nota que su pulso comienza a acelerarse.

—Cerca de la comisaría. Tardo dos minutos.

—Ven directamente a mi despacho.

El tono en el que Albízar pronuncia esas palabras no deja espacio para interpretaciones.

No es una petición, es una orden. Y eso solo significa una cosa: malas

noticias.

Marta corta la llamada y deja escapar un suspiro. Siente la presión atenazarle los pulmones. Su mente, ya saturada, busca dar sentido a las piezas sueltas que se van acumulando: la colilla de la casa de Hannah Weber, el ADN que coincide con la víctima de la cueva, la foto de Brenda en Oviedo, la llamada ignorada de Lara. Y, como una sombra que se mantiene en la periferia de sus pensamientos, el correo de Fran, que sigue sin abrir.

Ni el caso de su hermana ni el de Fran pueden ocupar espacio en su cabeza en este momento. Tiene que centrarse en lo urgente.

Suelta el móvil en su regazo y saca la tarjeta de crédito para pagar la carrera. Afuera, la lluvia cae con esa persistencia que empapa poco a poco sin que uno se dé cuenta. El taxista se detiene frente a la comisaría, y Marta se toma el tiempo justo para agradecerle antes de bajar. No tiene un segundo que perder.

El día acaba de empezar y ya tiene la certeza de que será uno de esos que no se olvidan con facilidad. Confía en que termine mejor. Al menos, sin la impresión constante de que un puñado de martillos le golpean la cabeza con cada paso.

Marta se asoma por la puerta entornada del despacho y da unos suaves toques en el marco con los nudillos.

—¿Se puede? —pregunta con la voz algo más firme de lo que esperaba.

La luz gris del exterior recorta la figura de Albízar, de pie junto a la ventana. Sostiene un cigarrillo entre los dedos y examina unos documentos. Al momento, se quita las gafas con lentitud.

—Adelante, Escudero.

La inspectora cierra la puerta y se planta frente a él con las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta, aparentando una calma que está lejos de sentir.

—¿Qué te ha pasado esta mañana? —pregunta el comisario sin dar pistas sobre si está molesto o solo quiere saber.

Marta duda un instante. No ha encontrado una excusa creíble en el trayecto hasta la comisaría y ahora, bajo la mirada inquisitiva de Albízar, la presión se intensifica. No puede decirle la verdad. No

puede soltar que ha pasado la noche ahogando su tristeza en vino.

—Anoche trabajé hasta las cinco —improvisa, sin perder el contacto visual—. Me tomé una pastilla para dormir y esta mañana no me ha sonado el despertador.

Albízar deja escapar un resoplido y curva los labios en una mueca que deja claro que la entiende. No del todo, pero lo suficiente para no seguir interrogándola. Apaga el cigarro en el cenicero y vuelve a su escritorio. Apoya ambas manos sobre la madera antes de hablar.

—Espero que vengas despejada, porque tenemos avances. Siento tener que darte la razón, porque sabes que el procedimiento no fue el correcto. Tu colilla era de la víctima.

También coinciden las huellas del paquete de tabaco. He tenido que ingeniármelas para convencer a la jueza de que autorice un registro para la vivienda de Hannah Weber.

Marta asiente despacio. Sabe exactamente lo que eso significa. Un registro en toda regla.

La oportunidad de encontrar algo más, una pista que les diga quién era esa chica.

—Quiero que estés allí la primera —dice Albízar, con la mirada fija en ella—. Que nadie haga ruido. El caso ya ha salido en los medios y no quiero tener que dar explicaciones porque alguien habló más de la cuenta.

Ella se muerde la lengua. Sabe que ese comentario va dirigido, en parte, a Fran. Lo que Albízar no sabe es que en esta ocasión él no será un problema. Está muy lejos de allí.

—Te acompañarán el cerrajero y un par de personas de la Policía científica —añade el comisario—. Avísame si necesitas más efectivos.

—¿A qué hora estarán allí? —pregunta ella.

—Llevan media hora esperándote. Les he dicho que se tomen un café mientras llegas.

Marta se incorpora de un salto. No tiene tiempo que perder.

22

11:22. Vivienda de Hannah Weber. Alicante.

Silvia conduce su Renault Clio con la misma soltura con la que se mueve entre los pasillos de la comisaría. El coche es un viejo trasto heredado de su abuelo. Se niega a cambiarlo porque dice que le da suerte.

—Contacté con Iñaki —dice sin apartar la vista de la carretera—. Me indicó dónde alquilaba la bombona de oxígeno. Es un local que hay en la playa de la Albufereta. Fui esta mañana a las siete en punto. Estuve a punto de invitarte, pero no quería ponerte en un compromiso.

—Muy considerada —murmura Marta, que se masajea la cabeza para aliviar el martilleo persistente.

—A esas horas ya había cinco personas esperando a que abrieran —continúa Silvia—.

Enseguida llegó un tipo al que llamaron «Monje», y entre bromas levantó la persiana.

—Venga, Silvia, ve al grano —interrumpe Marta—, que pareces Teo con tanta vuelta.

—Lo tiene montado como asociación, aunque se ve a leguas que es un negocio clandestino. Al principio me dio largas. Después de mostrarle la placa, se abrió más. El miércoles pasado alquiló cuatro botellas y cuatro monos de buceo a un hombre que va por allí de vez en cuando. Se llama Manuel Cazorla, aunque todos lo conocen como

«Manolet». Me dio su número de teléfono y Teo ha averiguado dónde vive. Es un jubilado. Albízar ha pedido a Olmedo que lo investigue.

—Buen trabajo —reconoce Marta, que a pesar de su agotamiento, siente una chispa de entusiasmo porque el caso empieza a tomar forma.

—Teo ha averiguado que el local de la Asociación Alemana está a nombre de una mujer que desapareció hace doce años.

Marta se gira hacia ella con una expresión de incredulidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hay rastro de ella. Alguien denunció su desaparición y fin de la historia.

Nunca hubo seguimiento, ni búsqueda, nada. Se desvaneció sin dejar

rastro.

—Eso es muy extraño.

—Y tanto que lo es —afirma Silvia—. Teo iba a ponerse con ese asunto. Demasiadas coincidencias.

Marta no dice nada. Su mirada se clava en el paisaje urbano mientras se acercan a la vivienda de Hannah Weber.

Silvia golpea el volante con impaciencia.

—Odio la lluvia —masculla—. No sé cómo aguantaste tanto tiempo en Asturias.

—Al final te acostumbras. Pero no creas que llueve tanto como dicen.

—Es odioso. La gente se pone de los nervios y…

—Ya lo veo —dice Marta, al ver que su amiga fuerza el volante con una mueca de disgusto.

Está a punto de sonreír, pero no puede. No está de humor. El cansancio y el malestar le pesan demasiado. Si no fuera porque están a punto de llegar, tumbaría el asiento para recostarse un poco.

—Antes de nada, quiero que sepas que estoy para tirarme a un contenedor. Ayer me bebí una botella de vino yo sola —confiesa de repente.

Silvia se gira un instante, sin perder de vista la carretera.

—¡No puedo creerlo! ¿En serio? ¿Quedaste a cenar con alguien?

—No, no, no. Tranquila, que no van por ahí los tiros. Hablé con Fran y la cosa no pinta bien. Además, mi hermana…

—¡Joder! —grita Silvia de golpe.

Pisa el freno con brusquedad y el Clio se detiene en seco. Un hombre cruza el paso de peatones. Marta se agarra al salpicadero por instinto, sacudida por un vuelco que le revuelve las entrañas.

—Es que no veo una mierda con esta lluvia —murmura Silvia, que retoma la marcha—.

¿Qué decías de tu hermana?

Marta duda. Por un momento ha estado a punto de soltar lo que en realidad le preocupa. Aunque tiene confianza con Silvia, prefiere no hablar más de Lara hasta no tener claro qué ha averiguado en Madrid.

—Nada, que me lleva loca con el tema de Brenda. Está obsesionada.

—¿Tienes noticias?

—Qué va. Parece que este tema se haya guardado en un cajón.

Silvia la mira de reojo y chasquea la lengua.

—Pues tendremos que abrirlo, ¿no crees?

Marta aparta la mirada hacia la ventana y ve la lluvia resbalar por el cristal.

—No sé si quiero meterme en ese asunto. Es algo personal y…

—¿Y qué pasa? Asesinaron a su padre y ella desapareció al mismo tiempo. Podrías encargarte del caso. Si quieres, lo hablamos con Albízar.

—¡Para…! Esto es más delicado de lo que parece y no quiero precipitarme.

Silvia frena de nuevo, esta vez para aparcar en un pequeño hueco junto a unos contenedores. Apaga el motor y se gira hacia Marta.

—Estoy segura de que yo no me quedaría de brazos cruzados. Si no lo haces por ti, al menos inténtalo por tu hermana. Ella…

—Ella está dolida, y eso me preocupa todavía más. Déjalo, que no tengo la cabeza para estos rollos.

Silvia no insiste. Se quita el cinturón y, antes de abrir la puerta, la mira con complicidad.

—Sí, anda, que beberte esa botella tú sola… Egoísta. Yo habría ido a compartirla contigo.

Nada más llegar al portal, un hombre con mono de trabajo y una caja de herramientas se aproxima con cara de pocos amigos. Marta lo reconoce al instante. Es el técnico habitual, y no parece estar de humor.

—Vaya, ya era hora —gruñe—. Llevo una hora esperando.

Marta levanta las manos en señal de disculpa.

—Lo siento. Dame un minuto. Voy a intentar conseguir las llaves y así evitamos hacer ruido.

El cerrajero inclina la cabeza en señal de desacuerdo. Silvia presencia la escena en silencio, sin interceder, mientras Marta desaparece por la calle en dirección a la clínica de fisioterapia del propietario. Regresa unos minutos después con un llavero en la mano.

—El dueño nos las ha prestado —informa y muestra las llaves—. Le he enseñado la autorización del juez y no ha puesto pegas.

El cerrajero resopla, más molesto aún.

—Pues nada, ya me dirás quién me paga el tiempo perdido.

—Habla con el comisario. Seguro que llegáis a un acuerdo —responde Marta, conteniendo la ironía en el tono, antes de girarse hacia Silvia —. Vamos.

Las dos suben las escaleras seguidas por una pareja de la Policía científica. Un hombre y una mujer con mochilas. Marta les lanza una mirada seria antes de cruzar el umbral.

—Antes de tocar nada, quiero fotos de cada estancia —dice en voz baja—. Y no remováis nada hasta que os lo indique.

Ambos asienten sin cuestionar la instrucción. Todos se ponen calzas y guantes.

Marta enciende las luces y avanza por el pasillo hasta el salón. Todo está igual que el día anterior.

Cuando Marta da la señal, Silvia se dirige al dormitorio: examina la maleta y el pasaporte. Sin perder tiempo, se pone a revisar cada rincón. Abre el armario y pasa los dedos entre las perchas. Algunas prendas todavía tienen la etiqueta puesta. Introduce la mano en los bolsillos de un abrigo colgado en una esquina. Nada. Luego, revisa los

cajones de la mesita de noche. Un par de libretas, un cargador de teléfono y un paquete de chicles.

Mientras tanto, Marta inspecciona el baño. Todo está colocado con esmero. Ni un solo bote de champú fuera de lugar, ni una toalla arrugada.

—Parece que era amiga de la limpieza —comenta uno de los agentes de la Científica.

Marta se gira.

—¿Por qué lo dices?

—Una chica de diecinueve años no suele tener una casa tan ordenada. La cocina y el baño están impolutos. Tampoco hay ropa sucia. ¿Y qué me dices del sofá? La sábana que lo cubre está puesta sin una sola imperfección.

Silvia se suma a la conversación desde la puerta del dormitorio.

—En la habitación no encuentro nada relevante —dice—. En la percha hay unos bolsos, pero vacíos. Todo está tan limpio que me da hasta escalofríos.

La mirada de Marta se detiene en la mesa de la cocina. Sobre ella está el portátil. Lo abre con cuidado. En la pantalla aparece una fotografía de Hannah con otra chica de su edad.

Es rubia y lleva gafas. Las dos posan en un festival, envueltas en luces brillantes y el bullicio de la multitud.

De pronto, una ventana de inicio de sesión se despliega en la pantalla; solicita una clave para acceder al sistema.

—Lo que nos faltaba —dice Marta con fastidio.

—No te preocupes, que Teo lo desbloqueará en un par de minutos —comenta Silvia.

Marta se aparta para dejar espacio a los técnicos de la Científica.

—Chicos, ¿podéis sacar huellas antes de que nos lo quedemos en custodia ?

Marta y Silvia retroceden hasta el salón. Allí permanecen en silencio, sumidas en sus propios pensamientos, hasta que Silvia rompe la quietud con un comentario.

—Me extraña mucho que no haya un pijama o camisón bajo la almohada, sobre la cama o en el cubo de la ropa sucia.

Marta la mira con preocupación.

—A mí también me ha extrañado no ver el cepillo de dientes —añade en voz baja—. ¿Y

si no pasó la última noche aquí?

Silvia cruza los brazos.

—O peor —dice—, ¿y si alguien vino a borrar huellas? No me creo que una chica tan joven fuera tan maniática de la limpieza.

Marta asiente.

—Eso mismo pienso yo. ¿Has visto la foto del otro dormitorio?

—Sí. Tienen pinta de ser sus padres.

—Tenemos que localizarlos —afirma Marta—. Necesitamos saber todo de ella: quién era, dónde trabajaba, quiénes eran sus amistades, su familia, qué hacía en España…

Silvia se detiene y alza una mano para pedir silencio.

—¿Has oído eso? —susurra.

Marta afina el oído. Un sonido débil, apenas audible, resuena en algún rincón del piso.

—¿Un teléfono? —pregunta Silvia en voz baja, escudriñando la habitación.

Ambas recorren el salón con la mirada. Revisan la mesa, el sofá, el revistero con un periódico antiguo olvidado. Nada.

Silvia entorna los ojos y se gira hacia Marta.

—¿Puede que sea el tuyo?

Marta mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, confundida. Saca el móvil y ve la pantalla encendida. La llamada ya se ha cortado.

—Era Olmedo —dice, con un nudo en el estómago.

23

12:15. El portador. Nuevas instrucciones.

El sonido del teléfono lo saca del entumecimiento con una vibración

casi imperceptible.

Lo tenía al alcance, sobre la mesa, aunque hacía rato que no lo consultaba. Ni lo esperaba ya. Al desbloquearlo, ve un solo mensaje; sin remitente, sin saludo, sin contexto:

«Gasthaus zum Greif. A 50 km. Llega antes del anochecer. Mantente allí».

Eso es todo.

No hay preguntas. Una orden que no admite réplica.

Mira por la ventana. El día perdura quieto desde el amanecer, envuelto en ese gris que no permite adivinar la hora real.

Recoge lo que ha ido dejando fuera de la maleta. No hay nada que empaquetar: ha vivido estas últimas horas con la sensación de haber estado de paso.

Al salir, cierra la puerta sin hacer ruido.

Camina de regreso hacia la carretera. El trayecto es menos incierto esta vez. Sus pasos se hunden con seguridad en el barro del sendero. Cuando por fin ve la curva asfaltada más adelante, siente un alivio que se instala sin motivo evidente.

En la estación de servicio cercana, una estructura metálica rodeada de campos abiertos, pregunta por el pueblo al que debe ir. El dependiente, un hombre calvo de ojos acuosos, señala hacia una de las rutas secundarias y añade algo sobre un autobús que pasa en menos de veinte minutos.

Compra una botella de agua y se sienta en un banco de hormigón frente a los surtidores. La maleta entre las piernas. El teléfono en el bolsillo. Nadie más espera. El viento levanta polvo, y durante unos minutos todo parece suspendido en ese espacio intermedio: entre la instrucción recibida y su cumplimiento, entre lo que deja atrás y lo que se le impone.

El autobús aparece en la distancia y se prepara sin prisa. Sube con la cabeza gacha. El conductor no pregunta destino, solo cobra y le entrega un billete sin mirarlo.

Él se sienta junto a la ventana. Afuera, los árboles se alargan de nuevo, con ese vaivén que transforma el paisaje en algo borroso y

cambiante.

Desconoce qué encontrará al llegar, pero sabe que, una vez allí, no podrá marcharse por decisión propia. Y esa conciencia lo acompaña durante todo el trayecto, como un peso fijo justo detrás del esternón, respirando con él.

24

13:18. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Olmedo suena tranquilo al otro lado de la línea. Ha localizado a Manolet, el hombre que alquiló los trajes de buzo la semana pasada.

—Hasta el momento, no hay nada raro —informa—. Es un jubilado de manual. Esta mañana acompañó a su mujer al mercado, después se sentó en un banco a charlar con unos amigos, rodeado de palomas. Luego, compró el pan y regresó a casa.

Marta escucha en silencio.

—¿Quieres que me acerque a hablar con él? —pregunta Olmedo.

—Aún no. Prefiero esperar a que Teo investigue su historial. No quiero levantar la liebre antes de tiempo.

—A tus órdenes. Te aviso si hay movimientos.

Corta la llamada mientras Silvia estaciona frente a la comisaría.

—Te dejo aquí y volveré a las cuatro.

Marta baja del coche cuando el móvil vuelve a sonar.

Es Lara.

Una inquietud repentina le recorre el cuerpo. Contesta al instante.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Oye, acabo de llegar a la estación de tren. ¿Estás ocupada?

—Sí, eh… digo, no. Ahora tengo algo de tiempo. ¿Comemos juntas? —pregunta Marta, ansiosa por ver a su hermana y saber qué ha averiguado en Madrid.

—Voy camino a la comisaría. Si quieres, nos vemos en la tapería de

enfrente.

Marta cuelga y cruza la calle con paso rápido. El camarero de la tapería le reserva una mesa junto a la ventana y regresa a la comisaría.

Entra en la oficina, donde Teo trabaja. Él la ve llegar y arquea las cejas con curiosidad.

—Jefa, ¿qué tal ha ido por…?

—Teo, perdona, tengo que salir un momento.

Le tiende el portátil de Hannah Weber.

—Necesito que lo revises de inmediato. Está bloqueado y no encontramos nada en la casa que nos dé una pista. Esto es lo único que tenemos.

Teo la mira con la boca a medio abrir, pensativo. Marta, impaciente, le da un toque con el portátil en el brazo.

—Estoy segura de que lo conseguirás, Súper Teo.

Él suelta una carcajada y luego la esconde con una tos fingida.

—Enseguida me pongo con él.

Toma el equipo con ambas manos y, justo cuando Marta se da la vuelta para irse, añade:

—Tengo novedades que contarte.

—¿Sabes si han localizado a los padres de Hannah?

—Eso lo lleva la embajada. Iban a contactar con la policía alemana para que fueran ellos mismos quienes informaran de lo ocurrido a la familia.

—En cuanto tengamos ocasión, quiero hablar con esos padres.

Teo señala una pantalla de su ordenador, donde se proyecta un informe digitalizado.

—Quería comentarte algo sobre la Asociación Alemana. La dueña del local se llama Sophia Schneider. Nació en Lübeck, Alemania. Desapareció hace doce años. Ahora tendría cincuenta y seis.

—¿Tenemos la denuncia de la desaparición?

Teo asiente y desliza un par de folios impresos sobre la mesa.

—Sí, aquí la tienes. Lo más relevante es quién figura como actual responsable de la asociación. Se llama Rudolf Schäfer, también de cincuenta y seis años. Reside en España desde hace veintiún años.

Marta parpadea.

—Espera, con ese hombre hablé yo. ¿Dices que es el marido de Sophia?

—Exacto —afirma Teo—. Y ella desapareció hace doce años.

—Sigue, por favor.

—Rudolf nació en Plön, cerca de Lübeck. Allí fue marinero, hasta que se vino a España.

Trabajó seis años en el puerto de Alicante, luego compró una embarcación y ahora ofrece excursiones por la bahía: cenas a bordo, paseos románticos…

—¡Qué cabrón! Con razón se molestó cuando le pregunté si alguien de la asociación practicaba buceo —aclara Marta.

—Lo curioso es que en los últimos ocho años, ha empadronado en su casa a doce compatriotas alemanes. Todos con el mismo patrón: llegan, pasan un par de meses y, cuando consiguen trabajo, se mudan a otra vivienda. Además, tiene un hijo, se llama Gilbert y trabaja en una inmobiliaria de San Juan.

Marta entorna la mirada.

—Y aún hay más. Quizá sea una tontería, pero escucha esto: Hannah Weber era de Bad Segeberg, un pueblo de la misma región donde nacieron Sophia y Rudolf. Hay pocos kilómetros entre ellos.

Marta siente una chispa encenderse en su mente.

—Joder, Teo, eres un máquina. Tenemos que indagar más.

Marta toma su móvil y busca en la galería.

—Te voy a pasar la foto de Hannah con un hombre y una mujer, que suponemos son sus padres. Y en la pantalla del portátil verás que

aparece Hannah con una amiga.

Necesitamos saber todo sobre esa chica.

En ese momento, el móvil de Marta suena: es Lara.

—Teo, vuelvo en media hora —dice mientras se encamina a la puerta —. Buen trabajo.

Eres muy grande.

Él sonríe con orgullo.

—Díselo a mi madre, que aún cree que debería haber sido abogado.

Marta suelta una risa breve y abandona la sala con el móvil pegado al oído.

Lara espera en la entrada de la tapería con el cuerpo encogido y la expresión contraída.

Viste un gorro grueso que le cubre la cabeza y la frente, y un pañuelo le oculta la parte inferior del rostro.

Marta acelera el paso.

—¿Estás bien? —pregunta en cuanto llega a su altura e inspecciona su rostro con atención.

Lara asiente de forma rápida y esquiva, transmitiendo un mal humor evidente.

—Sí. ¿Comemos?

Marta la mira un poco más, aunque decide no insistir de momento. En silencio, la anima a seguirla al interior de la tapería.

El ambiente es acogedor. Se dirigen hacia la mesa esquinada que Marta había reservado. Toman asiento y el camarero se acerca con la libreta en mano. Ambas piden sin mirarle, centradas en todo menos en el menú.

Marta se acomoda en su asiento, con los ojos fijos en su hermana. Lara mantiene la cabeza baja y sostiene su frente con la palma de la mano; una postura de hastío que la delata.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Marta de nuevo, esta vez con más

suavidad. El gorro le sigue pareciendo una rareza. La temperatura dentro de la tapería es agradable, y ese abrigo excesivo no tiene sentido.

La garganta de Lara se mueve levemente y, de repente, una lágrima se desliza por la piel sin que pueda evitarlo. Disimula girando la cara con torpeza, aunque Marta

reacciona rápido. Extiende una mano hasta su barbilla y la obliga a alzar el rostro con delicadeza.

Lara hace una mueca de malestar.

A Marta se le enciende una alarma sorda que la sacude.

Su mirada se clava en los ojos enrojecidos de su hermana, en la forma en la que se muerde el labio, en el nerviosismo que endurece su postura. Lara nunca ha sido de las que buscan consuelo, nunca muestra debilidad. Y ahora ha venido hasta ella.

Marta tiene que estar a la altura.

—Quiero ayudarte —le susurra, y toma su muñeca para reconfortarle.

Lara cierra los ojos un instante, mientras valora si puede permitirse confiar.

En ese instante el camarero aparece con las bebidas. Marta advierte con impaciencia que su hermana aprovecha la interrupción para llenar los pulmones y aplazar lo que iba a decir.

Cuando vuelven a quedarse a solas, Lara alza las manos al cuello y, temblando, aparta el pañuelo.

Marta siente un hormigueo helado recorrerle la espalda. Arañazos y golpes recientes marcan la mandíbula y la base del cuello de Lara.

Sus manos se cierran en puños.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta con la voz quebrada por una emoción que no logra disimular.

Lara vuelve a ocultar las heridas y aparta la mirada. Tiembla. Varias lágrimas aparecen mientras lucha por no venirse abajo.

Luego, en un movimiento torpe, se quita el gorro con lentitud.

Marta abre los ojos de par en par.

La frente de Lara está cubierta de hematomas oscuros, mal curados, con un color que grita sufrimiento.

Marta se tensa. Siente un ardor furioso subiéndole por dentro y su instinto toma el control .

—¿Quién te ha hecho esto? —Su voz ya no es solo preocupación, es furia desatada.

Lara baja la mirada e inquieta, juega con la servilleta entre los dedos.

—Es largo de explicar —murmura.

Marta toma su móvil y, sin dudar, lo apaga delante de su hermana.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Lara traga saliva. Vuelve a cubrirse la frente con el gorro y toma un sorbo de agua. Evita mirar a Marta, replegada en sí misma, con la vergüenza latiendo bajo la piel.

Marta se acerca más a la mesa, obligándola a conectar con ella.

—Puedes confiar en mí. Prometo que te ayudaré en todo.

Lara cierra los ojos con fuerza. Su respiración se vuelve inestable. Aparta la mirada hacia la ventana para esquivar el contacto directo con Marta, como si reunir el valor para hablar le costara un esfuerzo titánico.

—Tiene que ver con la cárcel —dice al fin, con un hilo de voz—. ¿Recuerdas que te dije que la vida allí era complicada?

El camarero se acerca con los primeros platos y los deposita sobre la mesa. Marta no se percata de su presencia. Su mirada sigue fija en Lara, que sostiene el vaso de agua con ambas manos.

—Tengo una deuda con alguien de allí —susurra finalmente.

Un latigazo de realidad atraviesa a la inspectora. Todo cobra sentido de golpe: la herencia, el viaje apresurado de Lara a Madrid, su interés desesperado por encontrar respuestas…

—¿Una deuda? —repite despacio.

Lara asiente sin mirarla.

La indignación y la preocupación se mezclan dentro de Marta. Quiere mantener la calma y pensar con claridad. Se imagina todos los escenarios posibles.

Y ninguno es bueno.

Apoya los codos sobre la mesa y entrelaza los dedos para contener el impulso de exigir respuestas.

—Lara —su voz suena firme, pero no agresiva—, necesito que me lo cuentes todo.

Ahora.

Lara traga saliva y aprieta la servilleta entre los dedos con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos.

Marta siente que la paciencia se le agota.

—No quería decírtelo —admite Lara, con la voz rota—. Ya no puedo más. Llevan semanas acosándome. Primero fueron llamadas y mensajes. Luego, hace unos días, un hombre me paró en la calle para amenazarme.

—¿Aquí? ¿En Guardamar?

Lara asiente, con la mirada fija en la mesa.

—Saben dónde vivo, con quién vivo. Incluso te mencionaron.

Su voz se quiebra en ese instante y sus ojos se llenan de lágrimas. Intenta frenarlas, y se seca el rostro con la servilleta, pero no consigue evitar que le tiemblen los dedos.

—Ya no puedo más —susurra.

—¿Quiénes son?

Lara se remueve en el asiento.

—Es complicado…

—No te he preguntado si es complicado. Te he preguntado que quiénes son los que te han hecho esto.

—No quiero ponerte en un aprieto.

Marta exhala con impaciencia. Empieza a perder el control.

—Se llama Andrea Gutiérrez, aunque allí la conocen como la «Veneno». Tiene gente trabajando para ella. Al tipo que me acosa le llaman «Cano», y es muy agresivo. Es quien me hizo todo esto.

—Tienes que denunciarlo, Lara.

—¡Ni hablar!

La respuesta es seca, inmediata, repetida una y otra vez en su cabeza.

—Solo así podré ayudarte.

—Me matarán. No sabes cómo se las gastan.

Marta se esfuerza por mantener la voz firme, sin dejar que la ira la domine.

—Hay que pararles los pies.

Lara niega con la cabeza, se cubre la cara con las manos y deja escapar un sollozo ahogado.

—Tengo que pagar. Esa es la única solución. Pagar o sufrir. Llegué a pensar en desaparecer, igual que hizo Brenda. Si me esfumo, no podrán encontrarme. Entonces pensé que si lo hacía, irían a por ti. No se detienen ante nada. Son mafiosos. Enganchan a los presos con drogas, les prestan dinero y los intereses suben sin límite.

Marta siente cómo la rabia le arde en la sangre.

—¿Cuánto les debes?

Lara se resiste. No quiere responder.

—¿Cuánto? —insiste Marta, con la paciencia colgando de un hilo.

Lara cierra los ojos y, de golpe, suelta la cifra:

—¡Cuarenta y dos mil euros!

Marta parpadea. La cifra cae como un mazazo. No es una deuda, es una condena.

16:00. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

El día mantiene una intensidad desbordante desde que Marta puso el pie en la oficina, pero tras la confesión de Lara, todo adquiere otra dimensión. Las hermanas abandonan la tapería con los pasos en sincronía y los pensamientos revueltos.

Lara camina cabizbaja, envuelta aún en su gorro y su pañuelo. Marta no la presiona.

Podría abordarla con preguntas, con órdenes incluso. Entiende que su hermana se ha vaciado y que cualquier empujón extra podría romper lo poco que le queda de entereza.

—Vamos a la farmacia —dice al fin, sin esperar respuesta.

Cruzan hasta la esquina. Marta siente cada paso como un ejercicio de paciencia. En la farmacia todo transcurre en un extraño silencio. Marta elige una crema antiinflamatoria, analgésicos suaves y un par de apósitos. Lara no dice nada. Ni siquiera protesta cuando su hermana paga.

Al salir, Marta se detiene frente a ella.

—Quiero que te vayas a mi casa —dice sin dejar espacio a la réplica —. No vas a volver sola a Guardamar. Al menos esta noche.

Lara levanta los ojos. Su mirada está enrojecida, hinchada por el llanto, también cargada de una fatiga más profunda, de esa que no se cura con dormir. Está a punto de negarse, lo revela la tensión en sus labios, pero luego algo se rompe.

—Vale —susurra.

Ambas esperan en silencio mientras Marta llama un taxi. La inspectora aprovecha ese momento para sacar un pequeño llavero del bolso y se lo entrega sin ceremonia.

—Tienes lo que necesitas en la nevera. El mando de la tele está sobre la mesa del salón.

Iré lo antes posible.

Lara asiente de nuevo, tragando saliva. Cierra los dedos con cuidado sobre las llaves, con una delicadeza que sugiere algo más que simple

gratitud.

Cuando llega el taxi, Marta abre la puerta y Lara entra sin decir nada más, con ese andar encogido que ha mantenido desde que confesó su deuda. No se gira para despedirse.

Marta se mantiene en la acera mientras el coche se aleja entre el tráfico. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, aunque no por frío. Es su forma de contener la furia, la impotencia. Y sabe que esto es solo el principio. Lo verdaderamente peligroso aún no ha mostrado su rostro.

La tarde avanza a un ritmo frenético en la UCIC.

Teo está sentado frente a su monitor con los ojos fijos en la pantalla. Sus dedos vuelan por el teclado mientras repasa el informe que acaba de terminar. Al ver a Marta entrar, se quita los auriculares y alza la voz.

—Tengo novedades. El portátil de Hannah Weber no ha sido fácil, pero he descubierto que hace poco fue formateado. Apostaría a que lo compró de segunda mano al llegar a España.

Silvia entra en ese momento con un café en la mano y se coloca al lado de la inspectora, expectante.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Marta a Teo.

—Muy poca cosa. Apenas hay documentos. Solo algunos resguardos: uno de una cuenta bancaria y otro de una compra online. Todo muy básico. Lo interesante está en Instagram .

Teo proyecta el perfil de Hannah en una pantalla cercana.

—Solo tiene treinta seguidores y una imagen colgada. Solo una.

—¿Una? ¿De qué? —interviene Silvia, sorprendida.

—De una flor. Aunque lo importante es que tiene dos conversaciones privadas recientes. Una en alemán con un chico, y otra en español con una chica llamada Noelia.

Marta endereza la postura.

—¿Qué sabes de Noelia?

—Esta sí es más activa. Perfil público, bastantes fotos… Y vive en

Alicante.

—¿Podemos contactar con ella?

—En eso mismo estoy ahora. Pronto encontraré su dirección.

A Marta le ronda algo en la cabeza.

—¿Y lo del chico?

—Por ahora nada. El alemán está lleno de expresiones coloquiales, y la conversación está cortada. Parecen amigos de antes. Quizás de su país.

Marta se apoya en el respaldo de una silla.

—¿Algo más?

Teo vacila antes de hablar, le cuesta decirlo.

—Sí. En su historial de navegación encontré búsquedas recientes. Todas giran en torno al embarazo y a las clínicas abortivas.

—Vaya… —Marta deja escapar el aire con lentitud—. Así que era consciente del embarazo.

Sus ojos permanecen fijos en la pantalla, aunque su mente divaga ya en otra dirección.

—¿Y qué sabemos de Olmedo? —pregunta, arrastrando las palabras por el cansancio.

Teo se rasca la barbilla sin apartar los ojos de la pantalla.

—Estaba siguiendo a Manolet, el jubilado que alquiló los trajes de buzo, ¿recuerdas?

Marta activa el manos libres del teléfono. El tono de llamada suena limpio y llena la sala con su ritmo insistente. Los tres están atentos, en silencio. Un clic, y entra Olmedo, con interferencias y ruido de fondo: platos, risas, conversaciones solapadas, una cuchara golpeando un vaso…

—Marta, espera un momento, que salgo de aquí.

Se escucha el arrastre de una silla, una puerta que se abre y se cierra. Un coche pasa cerca.

—¿Me oyes?

—Sí. ¿Tenemos avances? —pregunta Marta, todavía esperanzada.

—Pues poca cosa. Manolet salió de su casa hace un rato, vino caminando hasta aquí, se sentó en una mesa, pidió un carajillo y ahora juega al dominó con tres colegas. Así que imagina lo entretenido que estoy.

Marta frunce el ceño, Silvia pone los ojos en blanco y Teo suspira, dejándose caer en la silla.

—¿Dónde está ese bar? —dice Silvia, para romper la decepción colectiva.

—En el barrio de Rabassa. Se llama Casa Juan. Es un bar de toda la vida, de esos con barra de acero, servilletas en el suelo y olor a calamares desde las once de la mañana.

Sirven almuerzos, chatos de vino y mucha conversación geriátrica. Estoy rodeado de jubiletas —añade Olmedo, medio en broma.

—Ese es el ambiente que te espera dentro de poco —responde Marta con ironía, aunque su cabeza no está para bromas. Habla mientras repasa qué más podría sacarle a Olmedo, si hay algo que hacer o solo queda esperar.

La llamada sigue activa, y el silencio que se cuela tiene forma de duda compartida.

—Puedo abordarlo e interrogarlo —sugiere Olmedo.

—Es pronto. Aún no tenemos nada contra él. Solo que alquiló unos trajes de buzo y unas botellas de aire. Con eso no basta.

—Créeme, Marta —insiste Olmedo—, el hombre se mueve bien, se le ve ágil para la edad que tiene, aunque no me lo imagino zambulléndose en el mar en plena noche.

Marta echa un vistazo al calendario que cuelga de la pared, anclado con un imán en forma de gato detective.

—Hoy es martes… Olmedo, mantente ahí, cerca de ese hombre. Quizá luego te pida algo más.

—¿Acabaremos tarde? —pregunta él, y aunque lo dice con tono ligero, Marta capta el trasfondo de resignación.

—Los martes y los jueves suele reunirse un grupo de alemanes en el local de una asociación. Beben cerveza y ven fútbol. Nada fuera de lo común, pero quizás…

—Me gusta ese plan —interrumpe Olmedo, animado—. Además, hoy juega el Bayern de Múnich.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunta Marta, entre curiosa y perdida.

—Es el equipo más famoso de Alemania. Si hay alemanes en la zona, seguro que están atentos al partido.

—De acuerdo. Hablamos más tarde. Y, Olmedo…

—¿Sí?

—No pierdas de vista al abuelo. Aunque solo esté jugando al dominó.

—Recibido —responde él, antes de que la línea se corte con un pitido.

Marta deja el móvil. Su mente sigue atrapada en el rostro herido de su hermana. En la oficina, el silencio espeso lo envuelve todo; ni teclas, ni voces, solo el zumbido del aire y el tic tac del reloj.

La puerta se abre sin aviso. El comisario Albízar aparece con su habitual compostura, aunque sus ojos delatan cierta prisa.

—Ya me han dicho que no encontrasteis nada en el piso de la chica —lanza al aire.

Marta tiene la mirada clavada en algún punto del suelo, le cuesta alzarla. Su voz emerge, apagada.

—Solo su ordenador.

No añade nada más.

Albízar sigue junto al marco de la puerta, a la espera de más información. Pero Marta no se mueve. No dice una palabra.

Todos notan la preocupación en su rostro.

Silvia intercambia una mirada con Teo. Luego, da un paso hacia delante.

—¿Te encuentras bien? —pregunta en voz baja.

Marta no contesta. Tiene la espalda rígida y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo.

El rostro herido de Lara le ha dejado una imagen que no consigue borrar, ni con furia, ni con trabajo. La investigación no avanza al ritmo que debería. Sigue sin noticias de Fran. Hannah, silenciada.

Y además está eso otro.

Lo que calla. Lo que no puede compartir. Esa voz interior y persistente que le habla al llegar a casa y le incita a saltar por la ventana. En ocasiones ha pensado qué pasaría si diera un paso. Solo uno. Pero no lo hará porque sabe que el hueco que dejaría sería irreparable. Y los huecos, lo sabe bien, son el principio de todos los derrumbes.

No es una mujer de llorar delante de los demás. No es de las que se permiten flaquear.

Ser fuerte es su armadura, su trinchera.

Se dice que puede con esto. Que ha podido con todo hasta ahora. Que su dolor no es excusa. Que sus dudas, sus tristezas, el nudo en el pecho, no son más grandes que su deber.

—Escudero, ¿estás bien? —vuelve a preguntar Albízar, a quien se le marca una línea de duda en la frente.

Ella tarda en reaccionar. Al fin, algo en su interior se activa. Alza el rostro, aunque no dice nada. Solo asiente, da media vuelta y cruza la sala sin mirar a nadie. Camina por el pasillo y desaparece en el aseo.

La puerta se cierra con suavidad tras ella.

Albízar no se mueve. Solo guarda silencio. Como si supiera —sin necesidad de palabras— que incluso los más fuertes a veces necesitan un instante para respirar. O

para no derrumbarse.

26

17:38. El portador. La soledad.

La carretera termina en un sendero rodeado de arbustos. Ha tenido que seguirlo a pie durante una hora, con la maleta a cuestas, sintiendo el suelo transformarse bajo sus botas: primero grava, luego barro, luego algo más blando, más húmedo, musgo rendido ante cada pisada.

El bosque se abre de pronto. Una llanura se extiende hasta donde el mar toma el relevo del paisaje. Allí, adherida al paisaje como una costra, aparece la casa. Aislada. De piedra oscura y tejado a dos aguas, con una sola chimenea que humea a intervalos. No hay caminos que lleguen hasta ella. Solo ese sendero estrecho que ahora se cierra detrás de él.

Se detiene con la maleta en la mano. El sol atraviesa las nubes con una luz lechosa, indiferente.

La puerta está abierta lo justo.

Empuja despacio. El interior huele a humedad, a algas secas, a madera envejecida por la sal. Hay una cocina de piedra, una mesa con una sola silla, y un banco de trabajo cubierto por telas y cuerdas. Todo está limpio y ordenado. Antiguo, con señales de uso real.

Sobre la mesa hay un mensaje escrito a mano, en una caligrafía oblicua y firme. No lleva firma. Solo una línea:

«Mañana al amanecer. No salgas».

No dice más.

Él lee la frase dos veces. Luego la deja en su sitio, sin tocar nada más. Sube la maleta a la habitación del piso de arriba. Hay una cama simple, una manta gruesa de lana y una ventana estrecha que da al mar.

Deshace el equipaje solo hasta donde necesita: ropa de abrigo, algo de comida. La caja más importante ni siquiera la mira. No todavía.

Cuando baja, la casa ya está en penumbra. No enciende la lámpara. Se sienta en la silla, frente a la mesa. Escucha el viento, el murmullo lejano de las olas y los crujidos de la madera al asentarse. Hay un tipo de silencio que no se parece al de ningún otro lugar: un silencio antiguo que parece surgir desde debajo de las piedras.

Hace frío. Se envuelve en su abrigo y se acerca a la chimenea. Las llamas apenas crepitan. Alguien la encendió antes de que él llegara. Alguien sabía que vendría.

No piensa en quién.

No quiere hacerlo.

Perdura allí, sentado durante horas, viendo cómo las sombras de las llamas se mueven por las paredes. A ratos parece que respiran.

Se levanta solo cuando el sueño le pesa en la nuca. No apaga el fuego. Sube las escaleras en silencio. Todo está como lo dejó. Aunque hay una sensación nueva en el aire. Un silencio que ya no le parece vacío, sino expectante.

Se mete en la cama con la ropa puesta. La manta huele a humo, a sal y a otra cosa que no reconoce.

Mañana, al amanecer.

Eso decía la nota.

Y mientras cierra los ojos, se pregunta si realmente hay algo fuera de esa casa. O si todo lo demás ha dejado de existir.

27

18:26. Vivienda de Noelia Verdú. Alicante.

En la calle todavía hay luz suficiente para que todo parezca normal. Tranquilo. El tipo de quietud que incomoda más de lo que reconforta. Silvia detiene su Renault Clio frente a una hilera de casas adosadas e idénticas, salvo por pequeños detalles: una maceta en una verja, un felpudo con mensaje cursi, un toldo medio descolgado. La de Noelia Verdú es la tercera de la fila.

Tiene una fachada blanca con molduras de ladrillo visto y una verja baja que delimita un pequeño jardín delantero. Un limonero crece junto a la entrada; sus ramas se desbordan hacia la acera. Desde fuera, se distingue una lámpara encendida en la ventana del salón, cálida y amarilla; una señal de que hay alguien dentro.

Marta sale del coche. Debido al cansancio acumulado, su cuerpo se mueve por inercia.

Silvia la sigue sin decir palabra, respetando ese silencio tenso que comparten desde que abandonaron la oficina.

El ambiente allí cambió desde que Marta regresó del baño. No hacía falta que gritara para que todos entendieran que algo dentro de ella se había reconfigurado. Habló con sus compañeros. Les contó la verdad sobre Lara: la deuda, la amenaza. El gesto de Albízar se endureció al escucharla. Le prometió apoyo, pero también le pidió cabeza.

Que tuviera mucho cuidado con esa organización. «No les tiembla el pulso», dijo.

Ahora, frente a la casa de Noelia Verdú, Marta pulsa el timbre. El sonido se pierde detrás de la puerta metálica.

Un perro ladra a lo lejos, alguien corre por el parque de enfrente, con música en los auriculares, y el limonero se agita con la brisa. Todo parece apacible, aunque Marta sabe que la calma, a veces, es solo el silencio previo a algo importante.

Silvia la mira de reojo, sin intervenir. Ambas saben que lo que venga después puede abrir una nueva grieta. O cerrar alguna. Lo que tienen claro es que no pueden permitirse perder más tiempo.

Dentro de la casa, alguien se aproxima con lentitud.

Marta da un paso atrás. Se prepara.

La puerta se abre despacio y les recibe una mujer de unos cincuenta y pocos años, con semblante amable. Lleva vaqueros oscuros, una blusa blanca de manga tres cuartos y, colgada al hombro, una mochila con forma de raqueta de pádel, de esas que dejan claro que viene o va a entrenar. Al ver a las dos mujeres en la puerta, dibuja una sonrisa automática, como quien se prepara para una conversación amable con una vecina. Pero esta cambia en cuanto Marta le muestra la identificación policial.

—Buenas tardes. Buscamos a Noelia Verdú.

—Es mi hija… —La sorpresa le enturbia la mirada—. ¿Ocurre algo?

—¿Está en casa? Solo queremos hacerle unas preguntas —añade Marta, con el tono neutro de quien busca apaciguar antes de tiempo.

—¿A mi hija? ¿Ha hecho algo malo? —insiste la mujer, con el rostro tensado por la preocupación.

—No, no se preocupe —responde ahora Silvia, amable—. Solo queremos preguntarle sobre una amiga.

La mujer deja la mochila junto al marco de la puerta y, sin decir nada más, se hace a un lado para dejarlas pasar. Marta cruza primero, seguida de Silvia. Suben unos escalones de terrazo hasta una entrada modesta, con una alfombra de bienvenida un poco gastada. Dentro huele a colonia fresca y detergente.

—¡Noelia, baja! —grita la mujer hacia las escaleras que se abren a la derecha.

—¿Qué quieres? —responde una voz cargada de fastidio.

—Ven, baja, que te buscan.

—¿Quién es?

—Anda, ven al salón, que es importante.

La mujer guía a las dos policías hacia una estancia amplia y limpia. El salón tiene una decoración sencilla, sin pretensiones, pero acogedora. En el centro, una mesa redonda de madera clara con cuatro sillas a juego. En una esquina, una bicicleta elíptica descansa entre la pared y una estantería repleta de libros, álbumes de fotos y figuras de cerámica.

La televisión, grande y moderna, cuelga de la pared opuesta. Enmarcada sobre el sofá,

hay una fotografía de una niña de comunión —sin duda Noelia— con un vestido blanco de volantes; a su lado, un niño más pequeño, quizás su hermano.

Marta y Silvia se detienen a examinar esas imágenes.

Se escuchan pasos en la escalera. Aparecen primero los pies, cubiertos por calcetines rosas. Luego, el resto del cuerpo. Noelia baja los escalones en chándal gris, con la capucha colgando a la espalda y absorta en la pantalla del móvil. Es joven, quizás diecisiete o dieciocho años, y teclea con los pulgares a toda velocidad.

Cuando pone un pie en el salón y alza la vista, sus ojos se abren con sorpresa al ver a las dos desconocidas en el salón y a su madre junto a ellas, firme, con los brazos en jarra.

—¿Qué pasa? —pregunta Noelia, bajando el teléfono. Su voz suena más alerta ahora.

Marta la contempla con firmeza, sin perder la cortesía.

—Hola, Noelia. Solo queremos hablar contigo un momento. ¿Te importa sentarte?

La joven lanza una mirada rápida a su madre en busca de una pista sobre cómo reaccionar. La mujer asiente con la cabeza, sin moverse de

su sitio. Noelia se acerca con paso lento.

—Vale… —responde con un hilo de voz .

Y se sienta.

—Soy la inspectora Marta Escudero, de la Policía Nacional, y ella es la subinspectora Silvia Llamazares.

Noelia traga saliva y desvía brevemente la atención hacia su madre.

—Queremos preguntarte por Hannah Weber.

El efecto es inmediato. El nombre actúa como un disparo invisible. El rostro de Noelia se transforma. La expresión se inmoviliza y los labios se endurecen. Su madre también se vuelve hacia ella, desconcertada.

—¿Hannah? —repite Noelia, casi en un susurro, para asegurarse de que ha oído bien.

—¿Quién es Hannah? —pregunta su madre, descolocada.

—Sabemos que hablabas con ella por Instagram —aclara Marta, sin apartar la vista de la joven.

Noelia duda un momento.

—La conozco desde hace un mes y medio. ¿Ha hecho algo?

—Háblanos de ella —dice Marta, cuya expresión no deja espacio para evasivas.

La joven baja la mirada y luego vuelve a levantarla.

—Me escribió diciendo que acababa de llegar a España y que no conocía a nadie. Quería hacer amigas, conocer gente de su edad. Quedé con ella un par de veces.

—¿Cuándo fue la última vez? —reacciona Silvia con rapidez.

—Hará cosa de una semana. Coincidimos en un pub después del trabajo.

—¿Sabes en qué bar trabajaba?

—¿Trabajaba? —A Noelia se le oscurece la expresión y se vuelve hacia Marta—. ¿Acaso le ha pasado algo?

La inspectora mantiene el contacto visual solo lo justo para que lo entienda por sí sola.

—¿Recuerdas el nombre del bar?

—Sí, claro. Bromeamos mucho con eso.

—¿Cómo se llama? —presiona Silvia.

—Casa Juan .

Silencio.

Marta y Silvia cruzan una mirada fugaz. La conexión es inmediata. La misma descarga eléctrica. Casa Juan: el bar donde Olmedo había estado un par de horas antes. El lugar donde Manolet jugaba al dominó.

—¿En el barrio de Rabassa? —pregunta Marta, aunque ya conoce la respuesta.

Noelia asiente con lentitud.

—Ella decía que no era un sitio muy glamuroso, pero que le venía bien porque vivía cerca.

El aire en el salón se carga de tensión. Noelia no para de frotarse los dedos con nerviosismo, mientras su madre continúa de pie sin comprender la magnitud de lo que está ocurriendo.

—¿Pueden decirnos de una vez qué pasa con esa chica? —pregunta con un tono tajante.

Se percibe que la incomodidad ha dado paso a una inquietud más profunda.

Marta recorre a ambas con la mirada. Y entonces lo suelta: —Ha fallecido.

Las palabras caen como una losa. No hay metáforas posibles. Solo eso: una caída abrupta y devastadora.

Noelia parpadea, confusa. Entorna los ojos, incapaz de procesar lo que acaba de oír.

—¿Qué? —susurra.

Su madre gira la cabeza hacia Marta con incredulidad.

—No, no puede ser —balbucea Noelia—. Pero si… si hablé con ella hace nada. ¿Cómo que ha muerto?

Se levanta de golpe. La silla chirría contra el suelo. Tiene los ojos desorbitados y el cuerpo a punto de estallar.

—¿Qué ha pasado? ¡¿Qué le ha pasado?! —grita, con la voz rompiéndosele al final.

Su madre reacciona y cruza el salón para abrazarla.

—No puede ser… No puede ser… —repite una y otra vez, con el rostro pálido.

Silvia da un paso hacia ellas y levanta las manos en señal de calma .

—Tranquilas, por favor. Necesitamos hablar con vosotras.

La madre de Noelia asiente, aunque se la ve aturdida. Se aparta de su hija y va hasta la cocina. Se escuchan cajones abrirse, una botella de agua que golpea el mármol, el crujido de una caja de pañuelos.

Mientras tanto, Noelia sigue en pie, como un espectro en medio del salón. Marta se levanta despacio, evitando movimientos bruscos.

—La investigación está abierta —dice con suavidad—. Puedo adelantarte que encontramos su cuerpo en el mar.

Noelia se cubre la cara con ambas manos y rompe a llorar. Su madre llega para abrazarla de nuevo.

—No puede estar muerta —repite entre sollozos—. No puede…

Se suelta de golpe y sube corriendo las escaleras. Se escuchan puertas, pasos desordenados. Silvia se gira hacia Marta, sin saber si ir tras ella o esperar.

La joven baja poco después, con un cigarrillo entre los labios.

La madre la mira atónita.

—¿Tú… tú fumas?

Noelia da una calada larga. Las manos aún le tiemblan.

Marta se acerca con cuidado.

—Sé que es un golpe duro. Lo entiendo. Pero necesitamos tu ayuda.

Noelia la mira con los ojos todavía húmedos. Asiente, muy despacio.

—Apenas sabemos nada de ella —continúa Marta—. Solo que llegó a España hace un par de meses. En su piso no hay pistas, ni amigos, ni familia cerca. Queremos entender quién era, qué buscaba, qué temía. Cualquier cosa que puedas decirnos puede ser importante.

Noelia mira a un punto fijo en la pared, como si todavía estuviera viendo el rostro de Hannah.

Y por fin, con la voz rota, murmura:

—Vale… Os contaré todo lo que sé.

28

18:43. Vivienda de Noelia Verdú. Alicante.

Silvia saca una libreta y un bolígrafo con clic metálico que resuena en el salón. Marta, a su lado, activa la grabadora de su móvil tras haber pedido permiso con una simple mirada. Noelia se limita a asentir, incapaz de articular una palabra sin que la voz le tiemble por dentro.

Las cuatro están sentadas en torno a la misma mesa redonda. La luz cálida no logra disipar la tensión que se cuela entre las miradas y los silencios que se deslizan por el salón.

Noelia ha recuperado el color en el rostro, aunque sus ojos siguen brillando con un resplandor opaco, entre la rabia y la incredulidad. Se ha pasado el dorso de la mano varias veces por la nariz. El cigarrillo que había encendido minutos atrás se ha consumido hasta la mitad en el cenicero que ha traído su madre sin decir palabra, con la expresión encogida de quien no sabe qué hacer para consolar a su hija.

Nada en ella recuerda ya a la chica resuelta de las redes sociales, la de los selfis con filtros y poses estudiadas frente al espejo del gimnasio o en la playa. Esa Noelia ha quedado aparcada, sustituida por una versión más humana, más frágil, más real. Es lo que tiene el dolor: llega sin avisar, sin maquillaje, sin filtros. Y cuando se asienta, ya nada vuelve a tener la misma forma.

La madre, sentada junto a ella, mantiene una mano sobre su hombro.

Su actitud protectora habla por ella. Mira a Marta con respeto, y también con una súplica muda: que sean cuidadosas, que no rompan más de lo que ya está roto.

Lo que Noelia tiene que contar podría no solo ayudar en la investigación, también ofrecerle un poco de alivio. Nombrar a Hannah, compartir lo poco que sabe, quizás sea una forma de sostenerla un poco más, de no dejarla ir del todo.

En ese silencio previo al relato, las miradas se cruzan.

—Empieza cuando estés lista —dice Marta con ese tono empático que utiliza en los momentos en que las palabras duelen más de lo habitual.

—Hannah apareció en mi vida por sorpresa. Me escribió por Instagram, igual que hacen muchas chicas. Su mensaje transmitía urgencia. Acababa de llegar a Alicante y no conocía a nadie. Buscaba hacer amigos. Suelo subir vídeos con mis colegas, por ahí, de fiesta o de excursión, y ella pensó que tal vez podría ayudarla a integrarse.

Hace una pausa breve. Se frota las palmas contra el pantalón del chándal, intentando sacudirse el frío que aún le recorre.

—Al principio pasé un poco de ella —admite—. No me gusta fiarme de los desconocidos en redes. Pero insistió. Me contó que era alemana y que había venido a estudiar cocina. Que le gustaba el deporte, correr, nadar, senderismo… bucear.

—¿Bucear? —alza la voz Marta con un matiz que hace que Noelia y su madre se sobresalten en el acto.

Noelia asiente con rapidez, apresurada por justificarse.

—Sí, lo mencionó en un mensaje. Está ahí, puedo enseñártelo si quieres.

—Lo veremos después —responde Marta con el tono más calmado.

Noelia se recompone.

—Hace un mes, la invité a una quedada con amigos en un local. Me pareció más seguro que vernos a solas. Ella vino… y… ¡Joder! Eclipsó la noche. Era guapísima. Me recordó a esa modelo alemana… rubia, famosísima…

—¿Claudia Schiffer? —dice Silvia.

—¡Esa! —Noelia esboza por fin una media sonrisa, fugaz—. Los chicos no paraban de preguntarme si ella tenía novio. Más allá de lo guapa, era… no sé, un encanto. Muy simpática, sin hacerse la interesante.

—¿Y qué te contó esa noche? —pregunta la inspectora.

—Estaba entusiasmada, rebosando emoción. Rodeada de tanta gente de su edad. Me dijo que había solicitado entrar en la Escuela de Hostelería. Mientras tanto, trabajaba en un bar. Le pregunté si vivía sola. Me dijo que sí. Que había dejado Alemania para venirse aquí y empezar por su cuenta.

—¿Te habló de su familia o algún contacto en España? —inquiere Marta, con la voz un punto más baja para no intimidarla.

—Al principio, nada. Me pareció raro, la verdad. Muy valiente para venirse sola, sin conocer a nadie. No quise darle vueltas. Después de eso, seguimos hablando por mensajes.

Silvia toma notas sin levantar la vista.

—Dijiste antes que volvisteis a veros —recuerda Silvia.

Noelia asiente con rapidez.

—Sí. Joder, incluso tengo que tener una foto por ahí. Quedamos para tomar una cerveza.

La emoción vuelve de golpe. Noelia aprieta los labios mientras mueve la cabeza. Lucha por evitar que la memoria le juegue otra mala pasada. Tiene los ojos vidriosos de nuevo y se esfuerza por mantener el control.

—Tranquila. No hay prisa. Tómate tu tiempo —dice Marta con la compasión justa.

Noelia se pasa una mano por la frente y se dispone a continuar.

—Me habló de un chico que había conocido —revela con la mirada algo más firme, aunque el temblor no abandona su voz—. También era alemán. Me dijo que le hacía gracia. Que habían quedado un par de veces. Nada serio, pero le gustaba.

—¿Sabes su nombre?

Noelia niega despacio.

—No. Solo me habló de él un par de veces. Sin detalles.

—¿Cómo era? ¿ Dónde lo conoció?

—Solo dijo que habían cenado en una hamburguesería de esas modernas, gourmet. Una que habían abierto cerca del centro comercial Gran Vía.

—¡La conozco! —interrumpe Silvia de pronto.

Marta gira la cabeza hacia ella con una ceja alzada, sorprendida por el entusiasmo.

Silvia se muestra un poco avergonzada.

—Fui un par de veces. Tienen una con queso brie y mermelada de higos que es una locura.

—Noelia, ¿podrías decirme en qué fecha más o menos estuvo Hannah en ese local?

—Pues… Déjame pensar. ¡Ah, sí! Fue para San Valentín. Lo recuerdo porque dijo que el chico llevó una vela y la encendió. Ella se avergonzó.

Marta le pide a Silvia que avise a Teo para que averigüe si hay cámaras de vigilancia en ese establecimiento. Después, vuelve a centrar su atención en Noelia.

—¿Se le veía ilusionada cuando hablaba de ese chico? —pregunta, más interesada en el trasfondo emocional que en los datos concretos.

—Sí —asiente la joven—. Tenía esa sonrisa de tonta enamorada, esa expresión típica del principio de una historia en la que todo parece posible. Me dijo que era diferente, educado, tímido.

—¿Sabes si tenía pendiente viajar?

—No lo sé. —Noelia niega con el mismo gesto apesadumbrado de antes.

—Además de sus ganas de estudiar cocina y hacer amigos, ¿nunca te contó alguna preocupación? ¿Algo que la inquietara?

Noelia mueve los labios sin llegar a decir nada. Luego baja la vista, extraviada en un punto de la mesa, atrapada en algo que no termina de aflorar.

—Pues… —murmura, con duda.

—Por favor, piénsalo bien —insiste Marta—. Necesitamos saber dónde se movía, con quién hablaba, qué cosas la alteraban. Cualquier detalle, por pequeño que parezca, puede marcar la diferencia.

Solo se escucha el deslizar pausado del bolígrafo de Silvia sobre la libreta.

—Hablaba muy bien español —dice Noelia, como si la revelación le hubiera brotado de golpe—. Me sorprendió. Se lo dije una vez. Y me respondió que su madre se había criado aquí.

Marta hace una seña breve con la mano hacia Silvia, que ya ha entendido el mensaje: anotar. Ese detalle puede abrir una línea nueva.

Noelia, por primera vez desde que comenzó la conversación, parece haberse sumergido en sus recuerdos con intención de ayudar. Ya no solo como amiga de Hannah, sino como alguien que también necesita comprender qué pasó.

—¿No te contó nada más… privado? —pregunta Marta, con una pausa medida entre palabra y palabra.

—¿Privado?

La inspectora baja la vista un instante y apoya las manos sobre la mesa, buscando la forma más delicada de abordar lo que viene a continuación. Silvia permanece en silencio, con su bolígrafo inmóvil por primera vez. La madre de Noelia, sentada a su lado, gira el rostro hacia su hija, también expectante.

Marta deja que el silencio haga parte del trabajo. A veces, unos segundos de nada sirven para que alguien, en su interior, revise lo que calla.

Noelia niega con la cabeza. Lenta, convencida.

—No —dice finalmente—. No me contó nada especial. O no, que yo recuerde.

Los ojos de Marta, clavados en los de la joven, ya no buscan datos, buscan verdad.

—Verás, Noelia —dice con un tono más bajo—, Hannah estaba embarazada.

La noticia estalla en la habitación. No hay gritos ni aspavientos, solo un desconcierto absoluto que se extiende en el aire, punzante.

Noelia pierde el habla. Su boca se entreabre, atrapada en el eco de una verdad imposible de asimilar. Baja la vista, luego la alza de golpe hacia Marta, esperando que sea una broma, una confusión, cualquier otra cosa.

—¿Cómo…? —balbucea, sin llegar a completar la pregunta.

Su madre se cubre la boca con una mano, en un acto instintivo de contención emocional.

Su otra mano busca de nuevo el hombro de su hija, pero esta vez Noelia no parece notarlo. Continúa suspendida en la imagen que acaba de invadir su mente: Hannah, con esa sonrisa perfecta y aire despreocupado… sosteniendo en silencio un secreto de tal magnitud.

—No estaba de mucho tiempo —añade Marta con suavidad—. Creemos que se acababa de enterar. Todo apunta a que aún no lo había hablado con nadie. Tal vez, ni siquiera con el padre.

Noelia respira con dificultad. Se toca la frente, el cabello, el pecho.

—Dios… —susurra, con un temblor que ya no disimula—. No me lo puedo creer.

—Lo entendemos —dice Silvia por primera vez en varios minutos. Baja la libreta al regazo—. Necesitamos saber si alguna vez notaste algo. Una frase, una señal, cualquier detalle que ahora tenga sentido.

A la joven no le salen las palabras y se rompe con un llanto entrecortado, de esos que apenas suenan, aunque duelen más que los que lo inundan todo. Es el tipo de llanto que parece brotar cuando la culpa y la tristeza se sientan juntas en lo más hondo. De pronto, pesa no haber visto, no haber preguntado, no haber estado más atenta.

Marta la observa en silencio con los ojos marcados por la empatía. Lo que acaban de abrir entre todas no es solo una línea de investigación. Es una herida. Y, como toda herida, necesitará tiempo para que alguien pueda cerrarla.

29

20:08. Bar Casa Juan. Alicante.

La noche extiende su manto sobre la ciudad, y aunque todavía quedan resquicios de claridad en el cielo, las farolas ya han despertado una a una, tiñendo las calles de un ámbar cansado. En una acera cercana al bar Casa Juan, Marta, Silvia y Olmedo se han detenido junto a un banco.

—Manolet es un jubilado de manual —resume Olmedo con ironía y resignación—. Solo le ha faltado acompañar a los nietos a catecismo.

Marta entorna los ojos sin apartar la vista del cartel descolorido de «Casa Juan». La tipografía antigua, las letras despintadas y las persianas metálicas a medio subir le recuerdan a un lugar detenido en otra época.

—Durante todo el tiempo que has estado siguiendo a Manolet, ¿no ha tenido contacto con ningún alemán?

—Para nada —responde Olmedo—. Es un hombre de los de toda la vida, de barrio.

Habla con todo aquel que se le cruza.

—¿No te parece una coincidencia que juegue su partidita justo en el bar donde trabajaba la víctima?

—Si no fuera poli, te diría que es una simple casualidad. Pero ya sabes cómo va esto.

Aquí cualquier cosa puede esconder una trampa. No damos nada por hecho .

Marta mira un instante hacia el interior del bar, donde las voces se entremezclan con el ruido metálico de cubiertos y platos. Hombres mayores, animados, toman vino peleón mientras discuten por una jugada de dominó.

—Voy a hablar con el dueño —dice al fin, con decisión.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofrece Olmedo, y da un paso hacia ella.

—Será mejor que no te vean conmigo. Prefiero que vayas al local de la Asociación Alemana, el de la calle Daya Nueva. Hoy habrán quedado para ver ese partido de fútbol que me dijiste. Averigua qué hacen allí. Y quiero que te pegues al presidente.

—¿Por qué el presidente?

—Lo conocí esta mañana. Se llama Rudolf y es muy majo. Hemos descubierto que ayuda a otros alemanes a instalarse aquí. Quiero saber si esa ayuda es tan desinteresada como parece.

Olmedo se aleja y Marta busca el contacto de Lara en su teléfono. Le escribe un mensaje rápido: «Estoy terminando unas gestiones. No tardaré».

Lo envía sin pensarlo demasiado. Guarda el móvil y se encamina hacia la puerta del bar. Al cruzarla, una ráfaga caliente de olor a fritanga le invade el rostro.

El interior del bar es un santuario para los habituales: paredes adornadas con fotografías enmarcadas de equipos de fútbol antiguos, botellas alineadas con descuido tras la barra, y el inconfundible zumbido de una vieja nevera que parece resistirse al paso del tiempo. Huele a vinagre, calamares y grasa de freidora acumulada. El ambiente, cargado de voces roncas y risas de sobremesa, solo se altera ligeramente al verlas entrar.

La pareja camina hasta la barra. Al otro lado, con los codos apoyados y la espalda algo encorvada, hay un hombre de unos sesenta años. Tiene el pelo apelmazado por el sudor. Una barba desordenada le cubre media cara, entrecana y mal recortada. Lleva puestas unas gafas de lectura, de montura gruesa, y hojea el periódico con seriedad.

Marta se apoya en la barra, frente a él.

—Perdona —dice, con educación .

El hombre levanta la vista y se quita las gafas, que deja apoyadas sobre la esquina del periódico doblado.

—¿Qué os pongo?

Intenta recomponerse. La sorpresa es evidente: no es habitual que dos mujeres, y mucho menos con esa actitud, crucen esa puerta al anochecer.

—Queríamos preguntarte por Hannah —responde Marta, sin tapujos.

El semblante del camarero se crispa por un instante. No de alarma, más bien de desconcierto.

—¿Hannah? —repite, como si necesitara encajar el nombre en su memoria.

—La cocinera —añade Marta con paciencia.

—Ah, sí, la chavala alemana.

Silvia y Marta asienten al unísono.

—No trabaja aquí —dice él, buscando cerrar la conversación antes de que empiece.

—Vaya… Nos habían dicho que sí.

—Se fue hace unos días.

Evita la mirada de ambas. Su mano arruga sin querer el borde del periódico.

—¿Por qué? —pregunta Silvia, algo más incisiva.

—Ni idea.

Marta decide cortar la evasiva con una seriedad más marcada.

—¿Eres el dueño del local?

—Desde hace treinta y seis años.

Marta saca su placa con discreción, lo justo para que la vea.

—Verás, soy inspectora de policía. La chica ha desaparecido. Y todo lo que puedas decirme de ella me ayudará mucho. Te prometo que, si me lo cuentas ahora, nos ahorraremos llamarte a testificar en comisaría.

El rostro del camarero cambia al instante. Su mirada se ensombrece, y un suspiro se le escapa antes de hablar.

—Joder… —murmura, más para sí mismo que para ellas—. No sabía que fuera tan grave.

Marta no dice nada. Solo espera.

El camarero se rasca la barbilla. Mira a Marta con desconfianza. Su tono es más honesto que antes, menos defensivo.

—No sé qué quieres que te diga —empieza, con un aire de resignación

—. Buscaba trabajo y le dijimos que empezara como ayudante de cocina. Venía al mediodía para ayudar con los menús y por la noche hacía bocadillos, patatas bravas o alguna ración.

—¿Y la conocía mucha gente por aquí? ¿Tenía trato con los clientes? —pregunta Marta.

—No, no. Esa chica solo salía de la cocina para fumarse un cigarro en la puerta. Ni móvil, ni charla con la clientela, ni nada. Muy suya. Se metía ahí dentro y no paraba. Se notaba que le gustaba. Tenía entusiasmo, ¿sabes? Ganas de aprender. Quien tuvo más contacto con ella fue Pepi, la cocinera.

—¿Y por qué se fue?

El camarero vuelve a echar un vistazo hacia el interior del local y se aproxima un poco más a ellas.

—Es que…—baja aún más la voz—. Me pidió que le hiciera contrato. Quería estar dada de alta. Pero yo… Los números no me dan. Este es un bar de barrio, y si empiezo a hacer nóminas, me arruino. Así que le dije que no podía.

El rostro de Marta se endurece.

—Te entiendo, aunque no lo comparto —responde con la intención de que sus palabras calen hondo—. Y mucho menos con el peligro que hay en una cocina. Me parece muy irresponsable de tu parte. Dejémoslo ahí.

El hombre no replica. Baja la mirada aceptando el golpe sin discutir.

—Antes de hablar con Pepi, quiero preguntarte algo más —añade Marta—. Te pido que esto no salga de aquí.

El camarero la mira, algo desconcertado.

—¿Qué me puedes contar de Manolet?

El hombre se echa hacia atrás, sorprendido por la mención. Parpadea un par de veces, sin entender por qué alguien traería ese nombre a la conversación.

—¿Manolet? —repite—. ¿Qué pasa con él?

—¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco. ¿Quién no? Ese hombre viene aquí desde antes de que yo tuviera canas. Es parte del mobiliario. Se sienta con sus amigos a jugar al dominó y se toma su vinito. Siempre ha sido muy correcto. Nunca ha tenido una mala palabra ni ha dado un solo problema.

—¿Alguna vez lo has visto hablar con Hannah?

—¿Con la chica? No… Pero tampoco lo puedo asegurar. Como te digo, ella estaba siempre metida en la cocina y él con los del dominó.

Marta mira a Silvia y hace un sutil gesto con la cabeza. Es hora de ver a Pepi. Antes, lanza una última mirada al camarero, cargada de advertencia silenciosa. Él la capta al instante. No dirá nada. No necesita hacerlo. Aquí, todos saben cuándo hablar… y cuándo no.

La cocina del bar Casa Juan parece detenida en otra época. Las

paredes, salpicadas de grasa y azulejos viejos, destilan años de uso continuo. El aire está saturado de un olor a fritura recalentada, cebolla tostada y humo anclado a la campana extractora.

Al fondo, Pepi reboza unas pechugas de pollo, concentrada en la rutina. Lleva un delantal a rayas, manchado de harina y aceite, y el recogido deshecho del cabello le da un aire de agotamiento permanente.

Marta y Silvia cruzan la puerta sin ceremonias. Marta va por delante. El cansancio la persigue en silencio: demasiadas horas, demasiadas preguntas sin respuesta. Aunque no está dispuesta a irse de allí con las manos vacías.

Pepi sostiene un filete en las manos, cuando el dueño las presenta y se quedan a solas.

—¿De la policía? —reacciona más sorprendida que asustada.

—Han denunciado la desaparición de Hannah —responde Marta, con franqueza—. La chica que estuvo ayudándote en la cocina. Nos gustaría que nos contaras todo lo que sepas.

La preocupación se dibuja en el rostro de Pepi, quien deja la carne sobre la encimera.

Hay un breve silencio en el que parece que todo el bar se aleja.

—¿Desaparecida? —repite para creérselo.

Se quita el delantal, camina hacia el fregadero y se lava las manos mientras procesa la noticia. Luego se seca con un paño de cocina raído y se gira hacia las agentes.

—Era un encanto de niña —dice con emoción—. Quería convertirse en chef internacional, trabajar en restaurantes de lujo y dar conferencias. Hasta inventó su versión de las patatas bravas… y no veas lo buenas que estaban. Le ponía alioli de ajo negro y un toque picante. Tenía iniciativa y muchas ideas.

—¿Habló de su familia? —interviene Silvia, mientras toma apuntes.

—Me dijo que había dejado todo en Alemania. Que sus padres estaban separados y que había discutido con su padre. Que necesitaba comenzar una nueva etapa.

—¿Y se vino sola? ¿Con diecinueve años? —pregunta Marta, incrédula.

—Eso le dije yo también —responde la mujer, con una curva melancólica en los labios—

. Pero no me sorprendía. Era madura, muy echada «p'alante». Tenía ganas de adquirir experiencia, de profesionalizarse. Me dio pena que se fuera, de verdad. Le había cogido cariño.

Marta y Silvia se miran para tantear la siguiente pregunta.

—¿Te habló de algún chico? —pregunta Marta, sin adornos.

—Sí. —Pepi esboza una sonrisa cómplice—. De uno que se llamaba Rubén… o Robben, creo que lo pronunciaba así. Me dijo que era hijo de alemanes. Habían quedado un par de veces. Ella lo contaba con ilusión. Se notaba que ese chico le hacía tilín.

—¿Dónde lo conoció?

—Según ella, fue por sorpresa. Como en una película de amor. Se le acercó y le habló en alemán. Y claro, a ella eso le tocó la fibra. Me lo contaba con una chispa especial.

—¿Te habló de algún sitio que frecuentara? ¿Algún amigo? —insiste Silvia.

—Le gustaba nadar en el mar. Quería apuntarse a un club de buceo, pero decía que no podía permitírselo. Le insistí en que con lo mona que era y sabiendo idiomas, no tardaría en encontrar un trabajo mejor pagado.

Marta y Silvia cruzan una mirada rápida que Pepi capta al instante. Su expresión se contrae, inquieta.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Por qué os miráis así?

Marta se debate entre hablar o no, y decide no revelar más por ahora.

—Nada, Pepi. Nos has ayudado mucho —responde con sinceridad.

Abandonan el bar con una imagen más perfilada de Hannah, aunque muchos interrogantes se ciñen sobre ella. El último, la aparición de Robben. Marta decide que ese tema lo tocarán mañana.

Aunque todavía le queda un hueso que tratar en el día de hoy, y le

espera en su casa, tumbado en el sofá.

30

21:35. Vivienda de Marta Escudero. Playa de San Juan. Alicante.

Sobre la mesa del salón, una tortilla de patata recién hecha ocupa el centro. A un lado, una bandeja de verduras asadas aún humea. Los moratones en el rostro de Lara tienen mejor pinta que horas atrás. Ahora sostiene una botella de vino en una mano y pelea con el sacacorchos en la otra.

—¿Acaso celebramos algo? —pregunta Marta al entrar y deja las llaves sobre la encimera.

—Celebraremos que por una vez cenarás algo decente —responde Lara sin apartar la vista del corcho—. He tenido que ir al súper. Tienes la nevera pelada.

—Por mí no abras el vino —dice Marta, que todavía arrastra el recuerdo de las náuseas de la mañana.

—No te preocupes, que la que va a beber soy yo. Llevo tentada a hacerlo toda la tarde.

Marta sabe que su hermana no está bien, que solo se esfuerza por aparentar cierta normalidad.

—¿Te duelen? —Señala Marta al rostro de su hermana.

—Los moratones son lo de menos.

—¿Cómo estás?

—Acojonada —responde Lara justo cuando el tapón sale con un sonido hueco—. Me han vuelto a llamar con amenazas. Esto es un sinvivir.

—¿Tienes el número de teléfono?

—¡Qué va! Siempre llaman con número oculto.

—No te preocupes, que mañana lo rastrearemos.

Lara la mira con gratitud.

—Me da mucho miedo que te involucres —confiesa, y da un sorbo

largo al vino—. No sé cómo he acabado metida en este lío.

Marta necesita un respiro, un momento para ordenar las ideas. Va al aseo, cierra la puerta con cuidado y apoya las manos en el lavabo. Sabe que tiene que hablar con Lara sobre su visita al apartamento de Brenda en Madrid.

—Vi los vídeos que me enviaste —dice Marta mientras se aproxima a la mesa—. ¿Cómo diste con la dirección de Brenda?

Lara levanta una ceja, dejando entrever cierta diversión ante la pregunta.

—Mira que eres curiosa. La encontré por mis propios medios. ¿Acaso ibas a dármela tú?

Marta suelta una risa breve, sin alegría.

—Uy, uy… Veo que no hemos comenzado con buen pie —admite, sentándose—. Bien, si te parece, cuéntame lo que quieras sobre tu visita a Madrid.

Lara sirve una porción de tortilla en cada plato y habla sin mirar.

—Estuve un rato vigilando desde fuera. En ese edificio tienen portero. Aproveché un momento en el que entraba y salía mucha gente para colarme —explica Lara mientras termina de llenar las copas—. Luego subí hasta la décima planta.

—¿Y abriste tú sola la puerta?

—Sí, vamos… No fue complicado. Hoy en día encuentras cómo hacerlo en Internet.

Marta tuerce el gesto. No necesita más. La forma en la que Lara baja la mirada mientras sirve el vino la delata al instante. Está mintiendo. Y mal.

—Mira, Lara —dice con tono firme—. Ya no somos niñas, y esto no es un juego. No pienso tragarme nada de lo que me has contado. Así que deja de mentirme ahora mismo y cuéntame lo que realmente pasó.

—¿Mentirte, yo? —responde Lara, que finge sorpresa.

—¡Basta ya! —Marta golpea la mesa con la palma abierta—. ¿Acaso crees que me voy a tragar el cuento que me acabas de soltar? El apartamento de Brenda está en un edificio residencial de lujo. ¿Sabes

lo que eso significa? Que nadie entra allí sin autorización. No

es un bloque cualquiera. ¡Ah! Y eso de que abriste la puerta… vamos ya. No eres una experta, Lara. No me tomes por idiota. O hablas claro o, te lo digo en serio, no podré ayudarte.

—¡Cállate! —grita Lara, con los ojos brillando. Agarra su copa y se levanta de golpe.

Camina hasta la ventana y permanece de espaldas, ante la oscuridad del exterior.

Marta la observa en silencio.

Lara vuelve al salón con la copa vacía y el rostro al borde del colapso. Tiene la mandíbula apretada, los ojos húmedos, pero aún se resiste a romperse. Marta mastica un trozo de tortilla que se le hace eterno. Lo come por inercia, por mantener una apariencia de serenidad que en realidad no tiene.

—¿Sabes qué te digo? —Lara revienta de repente, agarra la botella de vino y la alza hasta la boca—. ¡Que a la mierda con todo!

Deja caer la botella con brusquedad sobre la mesa, aunque no la suelta. La aferra con ambas manos, con la necesidad de estrangular el cuello de vidrio y desahogar en él todo el veneno acumulado.

—No imaginas el esfuerzo que estoy haciendo por quedarme aquí sentada —escupe con la voz rota—. Se me ha pasado por la cabeza salir a por un chute. No quisiera volver a meterme, pero es que ¡estoy a punto de explotar, Marta! ¡Esto no hay quien lo soporte!

Marta ya está de pie. Se acerca con calma, sin titubeos, y le sujeta las manos. Lara tiene la mirada clavada en la mesa; se niega a alzarla. Tiembla mientras libra una batalla silenciosa que, Marta lo sabe, podría perder en cualquier momento.

—Comprendo que lo estés pasando mal — le dice con suavidad—. Aun así, tienes que dar un paso firme. Cueste lo que cueste. Estoy aquí, dispuesta a ayudarte. Solo necesito que seas sincera. Nos jugamos mucho las dos.

Lara alza los ojos, por fin, y se clavan en los de su hermana. No dice nada. Solo se lanza contra su hombro y se cubre la boca con la mano para ahogar el llanto. Marta la rodea con los brazos y le acaricia el hombro, sin apretar. Es un gesto torpe y sincero. No están

acostumbradas. La cercanía les resulta extraña. Pero en ese momento no hay barreras.

—Si te parece bien —susurra Marta—, vamos a empezar desde cero. Quiero que me cuentes cómo averiguaste dónde vivía Brenda.

Lara sigue con la cabeza apoyada en el hombro de Marta, tratando de recomponerse.

—Vamos, Lara —insiste—. Juntas podemos dar la vuelta a esta situación.

Lara se aparta y extiende la mano hacia la botella, aunque Marta es más rápida y la aparta con decisión. Lara la mira, a punto de protestar. Se contiene. Asiente sin decir nada y se deja caer en la silla, esta vez lejos del vino. Sabe que tiene que hablar. Y que el momento ha llegado.

—No fui sola —dice Lara al fin, y exhala con alivio.

—Bien hecho, Lara. Suéltalo.

—Ya te dije que no dejan de amenazarme, de pedirme pasta. Les comenté que sabía dónde conseguir dinero, que podía ser fácil, que solo tenían que venir conmigo y servirse. Todo parecía sencillo…

Se tapa la cara con las manos y llora sin contenerse. Marta se mantiene cerca.

—Les hablé de Brenda. —continúa Lara entre sollozos—. Les dije que estaba forrada, que había desaparecido y que nadie la echaba de menos. ¡Joder! Ellos averiguaron dónde vivía. Lo planearon todo. Yo solo… solo fui con ellos. Fui a Madrid cuando me aseguraron que sabían cómo entrar. Sobornaron al portero. Ll egamos con un cerrajero.

¡Hasta sabotearon la alarma!

Niega con la cabeza, sin atreverse a mirar a Marta. La vergüenza le pesa más que el miedo.

Marta la observa desde la silla de al lado. Sabe que interrumpir ahora sería un error. Lo que Lara está haciendo en este momento cuesta más que cualquier confesión policial. Es su verdad desnuda.

—Me sentía hecha un lío. Por eso te llamé. A punto estuve de

contártelo, de decirte todo. Pero ¿de qué iba a servir?

—Sabes que no es así.

—¡Sí lo es! —explota Lara—. Me había metido de mierda hasta el cuello. Solo buscaba que me dijeras que valía la pena, que era por nosotras. Pensaba en quitarme la maldita deuda, en recuperarme. Estoy condenada, Marta. Aunque no me encierren, mi vida es eso. Una condena.

Marta traga saliva. Le cuesta oírla, pero sabe que tiene que hacerlo.

—Siento no haber respondido como esperabas.

—No tienes la culpa. Me metí yo sola. Siempre he sido así. Aunque esta vez me pasé. Y

lo sé.

Deja de hablar, hasta que Marta pregunta:

—¿Y qué pasó entonces?

Lara suspira largo.

—Les pedí entrar primero. Quería grabar los vídeos, los que te envié. Necesitaba pruebas, no sé, sentir que tenía algo en las manos. Estaba muy nerviosa. No sabía qué harían. Pero estaba segura de que después entrarían a saquearlo todo.

Hace una pausa, con los ojos fijos en el suelo, mientras su voz se vuelve más débil.

—Y eso fue justo lo que hicieron. Yo salí corriendo. Me escondí en una parada de autobús, en la esquina. Tardaron como media hora en salir.

—¿Quiénes?

—Eran dos —responde Lara, sin levantar la vista.

—¿Nombres?

—Ya te hablé de Cano y al otro le llamaba «Rafita» —dice Lara.

—¿Cómo son?

—De rasgos gitanos. Les va el oro y soltar hostias —responde con

desprecio.

—¿Fueron ellos quienes te agredieron?

Lara cierra los ojos al recordarlo.

—Se pusieron violentos cuando vinieron a buscarme a la parada del autobús. Me dijeron que la deuda había subido cinco mil euros más, por los gastos ocasionados en balde. Según ellos, no había nada de valor en el apartamento de Brenda. ¡Malditos hijos

de puta! Estoy segura de que se largaron con joyas, relojes, dinero… Las mochilas iban repletas, ¡joder! ¿Cómo pude ser tan estúpida?

—Tranquila, no tenías otra opción.

—¡Claro que la tenía! Podía haberles preparado una encerrona y que los hubierais pillado con las manos en la masa.

—Lara, deja de montarte películas. Volvamos a la realidad.

—¿La realidad? La realidad es que tengo que pagarles cincuenta mil euros en tres días.

O vendrán hasta aquí para darme otra paliza.

Marta contrae el entrecejo.

—¿Has dicho cincuenta mil?

—¡Sí! Hoy ha subido tres mil más. Dicen que pierden mucho tiempo conmigo y que el tiempo vale dinero.

Marta sabe que tiene que cortar esa dinámica. Aún le ronda algo en la cabeza.

—Vi las grabaciones. —Saca el móvil del bolsillo—. Y hubo un detalle que me llamó la atención.

Lara se acerca con curiosidad. Marta detiene el vídeo.

—Es una fotografía en una balda del armario. Mira. —Señala la pantalla mientras amplía la imagen congelada—. Es Brenda con un chico.

—No me suena haber visto esa foto. Ya te he dicho que estaba nerviosa.

—El edificio de detrás está en Oviedo.

—¿Y eso qué significa?

—En principio, nada. Pero si Brenda tenía esa foto expuesta, es que ese chico era importante para ella.

Lara toma el móvil y entrecierra los ojos.

—A este tío lo he visto yo —murmura—. Joder, ¿no se puede ver con mejor calidad?

—¿Te suena de algo?

Su atención se congela. Luego su expresión cambia. Busca la mirada de Marta.

—Me he cruzado con él.

—¿Recuerdas dónde?

—Pues… no sé decirte.

—¿En el funeral de Mauricio Vega?

—No, en el funeral no. Más reciente. ¡Ya lo sé!

—¿Dónde?

—¡En Madrid!

—¿En Madrid?

—Sí, ¡no me lo puedo creer! Es él. Pero tenía barba. Estaba más descuidado. ¡Qué fuerte!

—¿Dónde lo viste?

—Mientras Cano y Rafita me golpeaban, él apareció de repente. Se interpuso entre ellos y yo. Les gritó que se largaran o llamaba a la Policía. ¡Se la jugó por mí!

—¿Te dijo algo más?

—No, solo preguntó si me encontraba bien. Yo estaba hecha polvo, no tenía fuerzas ni ganas de hablar con nadie.

—Lara, por favor, piensa bien. ¿No te dijo nada más?

Lara se lleva la mano a la frente. Cierra los ojos.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Me dijo una frase… Y ahora tiene todo el sentido.

—¿Qué frase?

Lara la mira a los ojos. Su voz es un susurro.

—Dijo: «La próxima vez, quizá el ángel no llegue a tiempo».

9 de marzo de 2016

31

8:30. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La conversación con Lara no se alargó de la medianoche. Acordaron dejar en pausa el asunto de Brenda y los matones de la Veneno. Necesitaban dormir. Marta, al menos, logra descansar hasta las seis, cuando suena la alarma. Se calza las deportivas y sale a correr por el paseo de la playa. Sin proponérselo, termina en el Cabo de las Huertas, justo cuando el sol empieza a despuntar. Desde lo alto, contempla el mar rompiendo contra las rocas, muy cerca de la cueva donde apareció el cuerpo de Hannah Weber.

Cierra los ojos y la imagina conducida por varios buzos, hundida y abandonada. Siente un escalofrío, y corre de vuelta.

A las ocho y media entra puntual en la oficina. Teo lleva allí desde las siete.

—¿Por qué madrugas tanto? —Apoya las manos en los hombros de su compañero—.

¿Acaso el niño no te deja dormir?

—No, no es por él, jefa —responde sin apartar la vista de las pantallas —. La verdad es que estamos en racha. Solo se despierta tres o cuatro veces por noche. Una maravilla.

Ambos ríen. El cansancio compartido une más que cualquier brindis .

—Me vine pronto porque quería tener material calentito que enseñarte

—añade, con una mueca traviesa.

—¡Buenos días, equipo! —saluda Silvia desde la puerta, con un café en la mano y el cabello aún a medio domar.

—Ven, que Teo va a enseñarnos las novedades —dice Marta, haciéndole hueco.

—¿No me digáis que estáis viendo una serie? —bromea Silvia al ver una imagen pausada en la pantalla—. ¿Qué es eso, una hamburguesería?

—Es justo la que está en Gran Vía, la que tiene el queso brie y la mermelada de higos —

responde Teo, señalando el monitor.

—¡Ay, la del pan de semillas! —Silvia la reconoce de inmediato.

—Atended —dice Teo—. Aquí está Hannah el día de San Valentín con este chico.

—El que le gustaba, el tal Robben que mencionó la cocinera —añade Marta.

—Pero eso no es todo —anuncia Teo, como un mago antes del truco final—. Atentas.

Cambia de pantalla. En la segunda, abre un perfil de Instagram. Ese chico aparece otra vez, con su característica expresión torcida.

—¿Os acordáis del tipo con el que Hannah compartió unas palabras en Instagram? Pues es él. Sin duda, el de ambos momentos.

En la pantalla, las dos imágenes se colocan lado a lado: la del vídeo de la hamburguesería y la de la red social.

—¿Se parece? —pregunta Teo.

Marta no lo duda:

—Es él. ¿Sabemos su nombre?

Teo amplía el perfil con un par de clics. En la pantalla aparece el alias del usuario: BücherWolf.

—¿Qué significa eso?

—Algo así como «Lobo de libros» —traduce Teo—. Solo tiene tres publicaciones, y todas son viñetas de un cómic: «Shit Happens!».

—No parece un perfil muy activo —comenta Silvia, apoyada en el respaldo de la silla.

—Tiene solo cuatro seguidores —añade Teo—. En una de las imágenes, alguien le dejó un comentario: «Me chifla esa caricatura, Robben».

Silvia se incorpora al instante.

—Así se llamaba el chico que le gustaba a Hannah.

—¿Puedes tirar de ese hilo? —pregunta Marta.

Teo se aparta del teclado y gira la silla hacia ellas.

—Podríamos volver a solicitar los censos municipales. Buscar si hay algún Robben, de origen alemán, residente por la zona. No será rápido, pero puede darnos algo.

—Hazlo. Y ahora que lo pienso —añade Marta—, ¿podrías pasar su rostro por el reconocimiento facial?

—Ya lo hice esta mañana y no aparece en la base de datos. No está fichado.

—Buen trabajo, Súper Teo —dice Marta, mientras coge un rotulador del borde de la pizarra y se acerca para escribir el nombre «Robben» bajo el bloque de conexiones.

—Jefa, te recuerdo que tienes que llamar a la madre de Hannah —le dice Teo con suavidad.

Marta se queda inmóvil, aún con el rotulador en la mano.

—Lo sé… y no podemos aplazarlo más. Albízar me comentó anoche que la policía alemana había localizado a la madre y que le habían dado la noticia.

—Dijisteis que era española, ¿no? —pregunta Silvia.

—Así es —confirma Teo—. Nació en Murcia, aunque desde niña reside en Alemania.

Todavía no han podido contactar con el padre.

Marta mira el reloj de la pared. Las agujas apuntan a las 8:42.

—Un poco temprano para dar malas noticias, pero cuanto antes lo hagamos, mejor.

Veamos si contesta.

Nadie lo dice en voz alta, pero todos entienden lo que se viene. Es uno de esos momentos que no se entrenan. Simplemente, se atraviesan .

Marta se aparta unos pasos de la mesa y coge un folio en blanco. Con el bolígrafo en mano, escribe nombres. Une algunos con flechas, rodea otros con círculos y, sin darse cuenta, dibuja una especie de árbol genealógico improvisado. Luego marca el número.

Dos tonos. Luego una voz en alemán, firme, algo cortante.

—Hola, ¿eres Marie?

Un silencio breve, y después una respuesta dubitativa, en español forzado: —Soy yo.

—Te llamo desde España, en concreto desde la comisaría de Policía de Alicante. Soy la inspectora Marta Escudero. Antes de nada, quisiera mostrarte mis condolencias. Siento mucho el dolor que debes estar pasando.

—Gracias.

—Estoy a cargo de la investigación, haciendo todo lo posible para esclarecer lo ocurrido.

Sé que ahora no sirve de consuelo, pero… no estás sola.

—¿Estás segura de que es mi hija? —pregunta Marie.

Marta aprieta el bolígrafo entre los dedos, como si el objeto pudiera darle firmeza.

—Las muestras de ADN de los objetos personales de Hannah coinciden con el cuerpo.

Además, hay otro detalle que tú podrás confirmarme: la dentadura de Hannah tenía un incisivo superior torcido.

—Es… ella —dice emocionada.

—La encontraron en el mar.

—¿Se ahogó ella sola?

—A ver, Marie. No sé si será mejor que hablemos de eso en otro momento.

—No, no, no. Quiero saber qué le ha pasado a Hannah —dice ahora con la voz más clara—. No me puedes dejar así. Esto es una locura, estoy muy lejos, necesito saberlo ya.

—Apareció en una cueva marina, atada de pies y manos. Pensamos que fue víctima de un ritual. Sé que es mucho pedir en este momento tan delicado, pero desde ya necesitamos tu colaboración. Apareció desnuda, envuelta en una piel de vaca, con una corona de flores de acianos y… —Marta orienta la mirada a Silvia y Teo, buscando el apoyo necesario para lo que va a decir a continuación—. Y le faltaban los ojos.

Marie llora con fuerza. Marta se mantiene en silencio al otro lado, sin interrumpirla.

Sabe que tiene que dejarla sacar el dolor.

Silvia, desde su escritorio, mira a Teo, que ha bajado la vista al teclado. Es una escena difícil.

—¿Dónde está? —pregunta Marie, cuando por fin consigue articular algo. Su voz suena apagada por culpa de un dolor que la invade desde muy hondo.

—En el depósito forense, a la espera de que la familia se haga cargo de ella.

Un silencio ahogado atraviesa la línea. El teléfono de Marta vibra con una llamada entrante que rechaza.

—Ahora mismo estoy en shock —Marie traga saliva—. No puedo creerlo. Hannah era una chica tan buena…

—¿Sabes si tenía problemas? ¿Alguna preocupación reciente? ¿Algo que no te contara del todo?

—¿Ella? No… no, qué va. —Toma un respiro para recuperar el aliento —. Tenía ilusión de ser cocinera. Desde pequeña lo tuvo claro. Le fascinaba crear platos nuevos y experimentar. Era feliz cocinando.

—¿Por qué vino a España?

Marta aprovecha para tirar de uno de los cabos que aún no han atado.

—Fue cosa de su padre. Sé que discutieron, pero no sé los detalles. Hannah solo me dijo que necesitaba distancia para empezar en otro lugar. Soñaba con ganar una estrella Michelín. Quería aprender de los mejores cocineros y en España tenía buenos referentes.

—¿Tenéis relación con algún alemán afincado aquí?

—Mi exmarido… Elias. Él conocía a alguien en Alicante. Hannah me llamó una noche muy contenta porque había encontrado piso y pronto comenzaría a estudiar .

Marie rompe a llorar otra vez, pero se recompone enseguida.

—La oí tan ilusionada… y ahora… Ahora nada.

Marta mira de reojo a Silvia y Teo, que siguen atentos, respetando el duelo que se despliega al otro lado del teléfono.

—Queremos hablar con el padre de Hannah —dice Marta—. Elias, ¿verdad?

—Sí, Elias Weber.

—¿Y habla español?

—Lo entiende, pero no lo habla. Le cuesta mucho.

—No hay problema, buscaremos un intérprete. Ya que estoy contigo, quisiera preguntarte por un chico… Robben. Sabemos que Hannah quedó con él en alguna ocasión.

—¿Robben? —Marie repite el nombre con una expresión de absoluta extrañeza—. No me suena. No lo conozco.

—¿Sabes si Hannah tenía algún amigo cercano en Alemania? Alguien con quien pudiera haber mantenido contacto últimamente.

—Su mejor amiga se llama Mia. Eran inseparables. Siempre estaban juntas.

—¿Es rubia y con gafas de pasta?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Encontramos una foto en su portátil. Estaban en un festival.

—Iban mucho a bailar. Ya te digo que Hannah era una chica alegre.

—También hablaremos con Mia. Pero antes, Marie… Con todo lo que te he contado,

¿hay algo que recuerdes y que pudiera ayudarnos?

La línea se queda muda.

—Estoy muy nerviosa. No me creo que esto me esté pasando. Hannah no se metía con nadie. Nunca tuvo problemas. Era una chica tranquila. Soñadora, sí, pero no de las que hacen locuras.

—¿Sabes si tenía novio?

—Hace tiempo salió con alguien, pero solo duraron unas semanas. Ni siquiera llegué a conocerlo. De esas cosas no hablaba conmigo.

—Marie — añade Marta con delicadeza—, Hannah llevaba una pulsera de plata en el tobillo. ¿Sabes si tenía algún significado?

Al otro lado se oyen más lágrimas.

—Se la regaló Mia el verano que cumplieron dieciséis. Dijo que la tendría puesta siempre. Una promesa de esas que hacen las adolescentes… Hannah jamás se desprendía de ella. Nunca.

—Sabemos que naciste en Murcia y luego migraste a Alemania. ¿Tienes familia o algún vínculo en España? —Marta busca atar posibles lazos que puedan resultar útiles.

—Nos fuimos cuando yo era muy pequeña —responde Marie, con la voz aún quebrada—. Hace cuarenta años, más o menos. Mi padre encontró trabajo y toda la familia se trasladó. Allí viven algunos primos, pero no tengo relación con ellos.

Marta asiente en silencio y toma aire. Va a entrar en un terreno más técnico.

—De acuerdo, Marie. Ahora te voy a citar varios nombres. Quiero que me digas si alguno te resulta familiar. ¿Estás preparada?

—Sí —responde, aunque su tono revela que aún está desconcertada.

—El primero es Manuel Cazorla.

—No lo he oído nunca.

—Rudolf Schäfer.

—Tampoco. No me suena.

—Nació en Plön.

—Vaya… No, no tengo memoria de él. ¿Quién es?

—Ahora mismo eso no es importante —responde Marta con tacto. No quiere cargarle con más información de la que puede procesar.

—Otro nombre: Sophia Schneider.

—¿Sophia Schneider?

—Sí. Sophia. Nació en Lübeck.

Hay un pequeño silencio, y Marie reacciona.

—Oh… sí. Recuerdo a una mujer con ese nombre. Era pariente de mi marido. Más mayor que él. No tuve mucha relación con ella, pero ahora que lo mencionas… sí, sí.

Creo que su marido era marinero y pasaba bastante tiempo fuera de casa. Hace muchos años que se fue a vivir a España.

—Ahora tendría unos cincuenta y seis años —apunta Marta.

—Debe de ser ella. Pero ya no volví a saber de esa familia. Elias puede darte más detalles.

—Necesito hablar con él. ¿Tú podrías ayudarnos con la traducción?

—Oh, lo siento, pero llevamos como cinco años sin hablarnos. Él me pegaba y acabamos en juicio. Lo único que nos une es Hannah… Pero ahora…

—Gracias, Marie. Ya buscaremos la manera de entendernos.

Marta mira de nuevo el folio que tiene sobre la mesa, el árbol de nombres, las líneas y flechas garabateadas. La realidad de Marie es ahora una de esas líneas, una que tiembla.

—Te prometo que vamos a trabajar sin descanso para esclarecer lo que ha ocurrido. No te dejaremos sola en esto.

Y con esa promesa, Marta cuelga despacio y permite que el silencio regrese a la sala.

Silvia y Teo continúan estáticos. Nadie dice nada. Nadie necesita decir nada.

32

8:57. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Marta regresa a la oficina con un café en la mano. Se ha tomado unos minutos para respirar, despejarse, asimilar la tristeza que ha volcado Marie por teléfono. Piensa en ella, en ese corazón de madre destrozado y también en lo que ha preferido callar. No le ha dicho que Hannah estaba embarazada. No ha podido. No hoy. No así. Esa verdad aún pesa en su estómago como una piedra. Ya tendrá que afrontarlo, pero no ahora. No cuando esa mujer se ha roto en mil pedazos.

Antes de entrar, Marta saca el teléfono del bolsillo. Un icono en la pantalla le recuerda que tiene un mensaje de audio pendiente. Es de la llamada que había ignorado mientras hablaba con Marie. Pulsa para reproducirlo.

La voz del otro lado le resulta familiar al instante.

—Inspectora, soy Leonardo Milla, el profesor de la universidad. Tengo algo interesante que contarte. Por favor, llámame —dice en un tono urgente.

Marta se detiene ante la puerta abierta de la UCIC.

—Jefa, ¿mira qué foto he encontrado de Elias Weber, el padre de Hannah? Y antes de que lo digas, tiene un aire a Anthony Hopkins en *El silencio de los corderos*. Juro que no es sugestión .

Silvia suelta una risa.

Marta lo recuerda de la fotografía familiar en el dormitorio de la joven. Más sonriente y con mejor aspecto que esa imagen.

—Y aquí —dice Teo pasando a otro monitor—, te presento a Mia, la amiga de Hannah.

Su perfil de Facebook es una mina. Aparece con ella en varias fotos: en un festival, en una cafetería, incluso en la cocina de lo que parece un piso de estudiantes. Escribe en alemán, pero también en inglés. Nos

vamos a entender bien con ella.

—Buen trabajo, Teo —responde Marta, mientras deja el café sobre la mesa—. Encargaos vosotros de hablar con la amiga. Yo voy a salir un momento a la calle, que necesito aire.

Voy a devolver la llamada al profesor de la universidad. Dice que tiene algo interesante.

En el ascensor, mientras baja, le escribe un mensaje rápido a Lara: «Buenos días. No me he olvidado. Estoy con lo de Cano. Pronto lo solucionamos».

Tiene ganas de encontrar a ese tipo. De mirarlo a los ojos. De poner fin a esa amenaza.

Pero la mañana ha comenzado intensa y no ha tenido oportunidad de pedirle a Teo que averigüe el número desde el que Cano amenaza a Lara.

Ya en la calle, se cruza con un par de compañeros que entran a la comisaría. Les saluda y avanza sin detenerse, hasta la esquina donde está la tapería de Rodri. Se sienta en una mesa de la terraza, de cara a la calle. El camarero la reconoce y se acerca sin que tenga que llamarlo. Marta pide una botella de agua y un bolígrafo.

Saca el móvil, localiza el número de Leonardo Milla y llama.

—¿Diga? —responde él al primer tono.

—Soy Marta Escudero.

—Hola, inspectora. Te iba a llamar anoche, pero se me hizo tarde. He realizado algunas consultas con colegas, tirando de archivos, y he encontrado algo que te puede interesar.

—Te lo agradezco, Leonardo.

—No sé cómo vas de tiempo. Te aviso que es un poco denso.

—Estoy lista —dice mientras destapa la botella y se moja los labios—. Adelante.

—Antes de nada, quiero que sepas que las fuentes que he consultado son sólidas —

empieza Leonardo al otro lado del teléfono—. Historiadores alemanes

reputados, colegas de universidad, incluso un periodista especializado en folclore germánico.

Algunas cosas pueden sonar extrañas, pero verás que todo tiene sentido.

Su tono es idéntico al que usó aquel día en la hemeroteca: entusiasta, apasionado, con un fondo académico que no le impide sonar cercano.

—Vamos allá. Apunta este nombre: Biikebrennen. Así, con K. Es una festividad que se celebra cada 21 de febrero en la zona norte de Alemania y en una parte de Dinamarca.

¿Sabes en qué consiste?

—Jamás lo había escuchado —responde Marta, bolígrafo en mano.

—En hogueras grandes. Se prenden para despedir al invierno y dar la bienvenida a la primavera. Pero su origen es más antiguo: costumbres paganas, claro. En la Edad Media las encendían para espantar a los malos espíritus, proteger los campos y pedir buenas cosechas. Aunque lo interesante es que en los siglos XVII y XVIII la cosa cambia. El Biikebrennen pasa a simbolizar otra cosa: la despedida de los balleneros. ¿Me sigues?

—Con mucha atención —dice mientras toma notas sobre una servilleta.

—Bien. Las mujeres encendían las hogueras para desear un viaje seguro a sus maridos e hijos, que se iban al mar durante meses. Era un rito de protección. Pero claro, cada comunidad lo adaptaba a su manera. Y ahí entra la magia: las deformaciones, las leyendas, las supersticiones…

Hace una pausa breve para confirmar que Marta sigue atenta.

—¿No te has dormido, inspectora?

—Estoy aquí —dice ella, sin apartar los ojos de sus notas.

—Perfecto. Porque aquí es donde de verdad se pone interesante. En la región de Frisia Septentrional, en Schleswig-Holstein, la tradición marinera es muy fuerte. Y con ella, una cantidad impresionante de supersticiones. Un historiador local me contó que hasta mediados del siglo XVIII eran frecuentes los rituales para invocar al dios del mar.

Algunos se hacían con flores (la flor nacional, el aciano) y otros… con sacrificios.

Marta se endereza y apoya el bolígrafo a un lado. No dice nada.

—Uno de los académicos con los que charlé y también un colega en Hamburgo me hablaron de historias transmitidas oralmente, nada documentadas, claro, pero insistieron en que durante ciertas épocas oscuras se ofrecían mujeres jóvenes y fértiles como símbolo de entrega al mar. Para que el dios protegiera a los hombres en alta mar.

Se trataba de rituales de clanes, casi sectarios, y que fueron sepultados con el tiempo. Y

aquí viene el detalle que me llamó la atención.

Leonardo se toma un instante, calculando el efecto de lo que va a decir.

—Uno de ellos recordaba haber oído de niño que, en ciertos casos, se les quitaban los ojos. Castigo, o prueba de entrega total. No ver. No regresar.

Marta adhiere el móvil contra la oreja.

—Esto se pone interesante, ¿verdad, inspectora?

—Estoy deseando conocer el desenlace —dice ella, con la mirada fija en el vacío.

—Ayer por la tarde —continúa Leonardo con voz aún más baja, con tono de confidencia— me puse en contacto con un periodista de sucesos de un periódico bastante conocido en Alemania. Quería contrastar ciertas ideas. Lo sorprendente fue que me derivó a un compañero suyo… y prepárate, porque esto no te lo esperas.

Marta se inclina hacia delante, intentando acortar la distancia con la verdad a través del teléfono.

—Ese compañero —prosigue Leonardo— lleva años investigando un rito ancestral. Me dijo que, aunque parezca increíble, hay indicios de que podría seguir practicándose.

—¿Me estás diciendo que continúa vigente? —interrumpe Marta, sin ocultar la sorpresa.

—Exacto. Le impactó el caso de la joven sacrificada en Alicante, tal

como tú me lo describiste. Se le encendieron todas las alarmas. Dijo que coincidía con demasiados elementos.

Marta aprieta el bolígrafo entre los dedos. Las palabras sobre las servilletas ya no son solo anotaciones. Son pistas.

—¿Y qué dijo? ¿Qué piensa hacer?

—Que estaba a punto de abandonar la investigación —dice Leonardo con un deje nostálgico—. Después de años sin avanzar, sin nadie que le tomara en serio. Pero ahora, con esto… está ilusionado. Quiere hablar contigo. Conocerlo todo de primera mano.

—¡Eso es fantástico! ¿Puedo contactar con él?

—Por supuesto. Me ha dado su número. Está deseando que le llames.

Marta siente la adrenalina.

—No sé cómo agradecértelo, Leonardo. De corazón. Ojalá hubiera más gente como tú.

Él ríe, casi con vergüenza.

—¿Te refieres a chiflados que se obsesionan con el pasado y llenan sus casas de libros polvorientos?

—Me refiero a personas que no se rinden. Aunque los demás crean que están locas.

Leonardo no responde de inmediato. Al otro lado, Marta imagina esa sonrisa que ya ha escuchado antes.

—¿Te anotas el teléfono del periodista alemán? El hombre habla perfecto el español y dice que le encanta Palma de Mallorca.

33

9:00 El portador. La entrega.

La noche ha sido larga, rodeado de sonidos apagados, el crujir de las vigas, el eco del mar colándose por los resquicios. El fuego en la chimenea se apagó antes del alba. El frío subía desde el suelo como un aviso.

A las cinco, el cielo comenzó a palidecer. Ahora, cuatro horas después, la luz es blanca y dura, sin calidez.

Sale de la casa con la maleta en la mano.

Nadie le ha dicho dónde debe ir. Pero lo sabe. Desde que puso un pie en aquel lugar, supo que, tras los árboles, había algo esperando.

El camino lo encuentra a él.

Primero una vereda de piedra, luego tierra apisonada, luego hierba aplastada por pasos antiguos. Aunque no hay señalización, el rastro está ahí, invisible y firme, heredado por generaciones que lo recorrieron antes.

El sendero desemboca en un claro. Al fondo, un acantilado.

Y más allá, el mar.

Pero no es eso lo que lo detiene. Es lo que hay en el centro. Un altar de piedra cubierto de musgo. Sobre él, una estructura de madera trenzada con cuerdas, ramas secas y objetos difíciles de nombrar: plumas negras, tiras de barro, caracolas rotas, fragmentos de hueso. Parece inestable, pero se sostiene. Y en su centro, un hueco.

Un receptáculo.

Se acerca y coloca la maleta sobre la piedra. La abre con cuidado y extrae la caja interior

—pequeña, sellada, envuelta en lino— y la deposita dentro del receptáculo.

No la mira. No la toca más de lo necesario.

Hay una sensación extraña en el aire. El viento se detiene. El sonido del mar parece alejarse, replegándose sobre sí mismo.

Una bandada de pájaros negros cruza el cielo en silencio.

Se ancla al sitio, a la espera. No sabe cuánto tiempo pasa. No espera aplausos, ni cantos, ni presencias visibles. Solo la aceptación.

Y entonces ocurre.

Un cuervo, enorme, desciende desde lo alto del acantilado. No grazna. Solo aterriza sobre la estructura e inclina la cabeza hacia el interior del receptáculo. Lo observa.

Él sostiene la mirada. No por desafío, sino por respeto. El cuervo

parpadea una vez, y después se marcha.

El silencio vuelve, aunque algo ha cambiado. Lo sabe.

Da un paso atrás. Otro. Cierra la maleta vacía y camina de regreso, sin mirar atrás.

La entrega ha sido realizada.

Lo demás ya no le pertenece.

34

9:06. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

El buzón de voz ha saltado en el teléfono del periodista alemán Lukas Koch. Marta le deja un mensaje corto, claro y directo. Se presenta, le dice que es inspectora de Policía en España y que le urge hablar con él. Le da su número y le pide que devuelva la llamada lo antes posible.

Mientras regresa a la comisaría, se acuerda de Olmedo. Desde que lo envió a vigilar de cerca la Asociación Alemana y al presidente, Rudolf Schäfer, no ha recibido noticias.

Está a punto de marcar su número cuando una voz conocida la llama desde la entrada.

—¡Escudero! —Albízar se aproxima alterado.

Marta se gira.

—Dime.

—Acaban de llamarme desde la planta baja. En la oficina de denuncias hay un matrimonio alemán. Dicen que su hija ha desaparecido.

El rostro de Marta se endurece. Traga saliva antes de responder.

—¿Alemana? ¿Qué edad?

—Veintiún años.

—¡Mierda! ¿Puedo hablar con ellos ?

Sin perder tiempo, ambos caminan hacia la oficina de denuncias. El pasillo bulle de actividad. Al llegar, encuentran a una pareja sentada frente al escritorio. De unos cincuenta años, están tomados de la mano

y enmudecidos por el miedo. Los ojos de la mujer lucen rojos e hinchados. El hombre mantiene los músculos faciales marcados por una contención difícil de sostener.

—Ella es la inspectora Escudero —anuncia Albízar mientras le cede el paso.

Marta se acerca despacio.

—Me comentan que su hija ha desaparecido.

La mujer busca los ojos de su marido; no tiene fuerzas para hablar.

—Nuestra hija se llama Katrin Braun —dice él con un castellano entendible—. Está aquí con una beca de Erasmus. Nosotros llegamos hace tres días para visitarla. Ayer por la noche dijo que iba al cine con unas amigas y no volvió.

—¿Han intentado llamarla?

—Mil veces. Su teléfono está apagado.

—¿Y han hablado con esas amigas?

—Dicen que Katrin nunca apareció. Que la esperaron, pero no contestó a sus mensajes.

—¿Es habitual en ella? ¿Ha hecho algo así antes?

—Nunca —responde el padre, bajando la cabeza—. Katrin es una chica responsable. No desaparece sin avisar.

La mujer se rompe y Marta siente cómo el corazón se le encoge. Le resulta imposible no ver en esa escena el reflejo del dolor reciente de Marie, la madre de Hannah.

—¿De qué parte de Alemania son ustedes?

—De Kiel.

—¿Queda lejos de Plön?

Ambos levantan la vista de golpe. La mujer arruga la frente. El hombre traga saliva antes de responder.

—A treinta kilómetros. ¿Por qué?

Marta dirige los ojos a Albízar.

—¿Qué pasa? —pregunta el padre de Katrin.

—¿Conocen a Hannah Weber?

Los dos niegan al unísono.

—¿Y a Sophia Schneider ?

Misma respuesta. Negación rotunda.

Marta no quiere dejarse arrastrar por la frustración y lanza la última carta.

—¿Y a Rudolf Schäfer?

El rostro del padre se transforma. Se le tensa el cuello, y un temblor le recorre la parte inferior del rostro.

—¿Lo conoce? —insiste Marta.

—¿Ese no es el apellido del hombre que le consiguió el alojamiento a Katrin? —

interviene la madre, volviéndose hacia su marido.

Él asiente despacio.

—Nos criamos juntos. Quedamos en vernos uno de estos días.

Marta da un paso atrás. Cruza una mirada con Albízar mientras decide el siguiente paso a tomar.

—¿Puedes quedarte con ellos para que te cuenten todo lo que recuerden sobre Rudolf, sobre su relación con Katrin, sobre cómo se conocieron? Cada detalle.

—¿Y tú?

—Regresaré en unos minutos.

No necesita decir más. Katrin podría ser la siguiente, y Marta no piensa llegar tarde esta vez.

La inspectora sube los escalones de dos en dos, con el teléfono pegado al oído. Cada tono que suena al otro lado retumba en su sien como un

metrónomo siniestro. Por fin, una voz responde.

—¡Olmedo! —salta ella, sin respirar.

—Estaba a punto de llamarte —contesta él, con tono bajo.

—¿Has averiguado algo de Rudolf?

—No te vas a creer lo que ven mis ojos: Rudolf y Manolet están desayunando juntos.

—¿Cómo? ¡No los pierdas de vista! Sobre todo al alemán.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche desapareció otra chica.

Al otro lado se oye el murmullo de la cafetería.

—Ayer me colé en el local de la asociación. Era noche de fútbol, gritos, cerveza… Nadie me prestó atención. Rudolf estaba rodeado de varias personas, no paraba de reír. Estuve charlando con él. Incluso me cayó bien, joder.

—¿Lo viste hacer alguna llamada? ¿Algo raro?

—Entraba y salía del aseo cada dos por tres. Pensé que tenía la vejiga hecha polvo por tanta cerveza, pero ahora lo dudo.

—¿Qué hizo después del partido?

—Lo seguí hasta casa. Llegó a las doce y media. Esta mañana ha salido temprano, sobre las ocho, y se ha metido en un local pequeño, cerca del bar donde trabajaba Hannah.

Tiene una puerta de aluminio con los cristales opacos. No he podido ver más.

—¿Cuánto rato ha estado dentro?

—Unos treinta minutos. Luego ha venido aquí, a la cafetería. Y ahora está con Manolet.

Marta se detiene en mitad del pasillo, ante la oficina de la UCIC.

—¿Estás con ellos?

—Sí. En una mesa en la esquina opuesta. Llevo gafas de montura y auriculares. Parezco un jubilado con Spotify.

—Perfecto. Infórmame de cualquier cosa. ¡Y no te distraigas!

—Espera, Marta, espera. —Susurra aún más bajo—. El alemán acaba de sacar dinero.

Varios billetes. Se los está dando a Manolet.

—¿Cuánto?

—No puedo verlo bien desde aquí. Cien, doscientos, tal vez trescientos euros.

Marta se da la vuelta y baja de nuevo por las escaleras.

—Envíame la ubicación exacta del bar. Ahora. Voy a mandar refuerzos. No les pierdas de vista ni un segundo. Quiero saber qué hacen, adónde van. ¡Todo!

—Entendido .

Cuelga. Si Katrin está viva, cada minuto cuenta. Y puede que ahora mismo esté a una sola decisión de dar con ella.

Marta pide a Albízar que salga de la oficina de denuncias.

—Necesito enviar a alguien para apoyar a Olmedo. Que sean discretos. Nada de coches oficiales, ni uniformes. Que no levanten sospechas. Hay muchas posibilidades de que Rudolf y Manolet estén implicados en la desaparición de Katrin Braun.

Albízar asiente sin hacer preguntas. Sabe que, si Marta habla así, es porque cada minuto cuenta.

Antes de que pueda volver a tomar aire, el móvil de Marta vibra en su mano. Es un número internacional con prefijo alemán.

—¿Sí?

—Soy Lukas Koch —dice una voz aguda al otro lado, acompañada de un leve rumor.

—Y yo, Marta Escudero. Me pillas en medio de un asunto delicado, pero tengo dos minutos.

—Es suficiente —responde Lukas—. La víctima que encontrasteis fue sacrificada siguiendo un rito ancestral. Se llama Das Schweigen der Seejungfrau. Lo traducirías como «El silencio de la sirena».

Marta ha llegado a la puerta de la oficina de la UCIC. Se apoya en la pared del pasillo.

—Es un rito muy antiguo —continúa Lukas—. Pocos lo conocen. Solo algunos clanes lo preservan en secreto. Escogen a una joven bella, de presencia inocente. La coronan primero, un símbolo de entrega. Luego le obligan a ingerir objetos afilados que bajan al estómago. El objetivo es que el corazón se dispare, que palpite como si estuviera entregándose por voluntad propia. Como si su cuerpo celebrara el sacrificio. Es una forma cruel de simular pasión y entrega.

Marta permanece atenta a cada detalle.

—Después de eso —prosigue Lukas—, la sumergen. La purifican con agua, según el rito. La ahogan, sí, aunque no de cualquier forma. Dicen que primero «le limpian el alma», permitiendo liberarla de su pecado. Solo entonces la matan.

—¿Y los ojos? —pregunta Marta.

—Se los extraen porque deben ser trasladados por un joven valiente a un lugar junto al mar, donde anidan los cuervos. La ofrenda se completa allí, con los ojos y con una súplica. Piden a los dioses del mar protección para los marineros: buena pesca, riqueza… una vida sin tormentas.

El silencio al otro lado de la línea es corto y tenso.

—La víctima cumple todos los requisitos. —Marta baja la vista hacia el suelo—. Tenía la corona, las heridas en el abdomen y le faltaban los ojos. Todo lo que has dicho está en el informe forense.

—Todos… —responde Lukas—, menos uno.

Marta levanta la cabeza, atenta.

—¿Cuál?

—El embarazo.

—¿Qué pasa con eso?

—La tradición exige que la joven sea fértil, sí, pero no puede estar

embarazada. El cuerpo que se entrega debe estar «limpio». Así lo recogen las versiones más antiguas. El embarazo invalida el rito. Es una alteración, una falta grave.

Todo lo que sabe, todo lo que Marta ha visto, se tambalea con ese matiz.

—Entonces, ¿por qué seguir con el sacrificio?

—Ahí está la pregunta —responde Lukas, sombrío—. O se equivocaron, o algo ha cambiado. Y si ha cambiado, la tradición ha dejado de ser solo un ritual. Se ha convertido en algo más oscuro, más libre, más peligroso.

35

9:23. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Marta irrumpe en la oficina con la urgencia de quien tiene algo importante que contar.

Sabe que sus compañeros se sorprenderán tanto como ella con los avances que en solo unos minutos ha tomado la investigación. No sabe si comenzar por la desaparición de Katrin, por la conversación mantenida con el periodista alemán o por el encuentro inesperado de Rudolf y Manolet en una cafetería.

Apenas pone el pie en la oficina, Silvia la llama:

—¡Marta, ven, corre! —le pide con la intensidad que Silvia muestra cuando está emocionada.

—¿Qué pasa por aquí?

—Te has perdido una bomba —anuncia Teo sin apartar la vista de sus pantallas.

—He conseguido hablar con Mia, la amiga alemana de Hannah —dice Silvia—. Y tengo la impresión de que estaba esperando nuestra llamada.

—¿Por qué?

—Dice que en la última conversación que tuvo con Hannah, ella le confesó que se veía con un chico y que había algo raro en él. Que no sabía explicarlo, pero que le daba mala espina. Usó palabras como «intenciones oscuras», aunque no quiso dar muchos detalles.

Fue muy reservada. Cosa extraña, porque entre ellas había muchísima confianza. Al final, Mia logró sonsacarle el nombre del chico: Robben Schneider.

—¿Schneider? —reacciona Marta—. Así se apellida Sophia, la mujer de Rudolf, la que lleva doce años desaparecida.

—Estás en lo cierto, pero no te lances todavía. Es uno de los apellidos más comunes en Alemania. Teo ha rastreado en Internet para saber más de ese chico, y lo que hemos averiguado no pinta nada bien.

—Jefa, es este de aquí. —Teo señala uno de los monitores—. Veinticuatro años, trabaja en la empresa familiar que gestiona una lonja en un pequeño pueblo alemán llamado

Maasholm. Hemos encontrado su verdadero perfil en Instagram, y no aparecen viñetas de cómic ni nada referente a su alias «BücherWolf» en el otro perfil. El chaval es atractivo y posee estudios superiores. Las fotografías indican que ha viajado a muchos países y no parece presentar problemas económicos.

—¿Y dónde está ahora? —pregunta Marta, desesperada.

—Jefa, presta atención. Su última foto publicada fue de hace dos días. Aquí está: una maleta sobre una silla. «Se termina el buen tiempo», escribió, antes de etiquetar al aeropuerto de Alicante.

—¿Y a dónde voló?

—He hablado con AENA. Por la hora en la que publicó la imagen, tuvo que tomar un vuelo de Alicante a Hamburgo.

Marta observa a sus compañeros. En sus rostros se refleja la misma convicción: no es una coincidencia.

—Debemos encontrarlo cuanto antes —dice Marta mientras toca la pantalla de su teléfono.

—¿A quién llamas? —le pregunta Silvia.

—Al periodista con el que he hablado hace unos minutos. Sabemos que el rito procede de allí; lleva años investigándolo. Si alguien puede mover hilos, es él.

Pulsa el botón verde.

—¿Lukas? Soy Marta. ¿Conoces a alguien en la Policía alemana? Un

chico. Se llama Robben Schneider. Aterrizó en Hamburgo hace dos días. Te voy a enviar toda la información. Necesitamos que lo localicen. Es urgente.

Marta cuelga la llamada y deja el móvil sobre la mesa. Se dirige a sus compañeros. Sabe que hay que actuar rápido.

—La chica que ha desaparecido se llama Katrin Braun. Tiene veintiún años y estaba de Erasmus. Sus padres están abajo poniendo la denuncia. Casualidad o no, conocen a Rudolf, el presidente de la Asociación Alemana. Para echar más leña, Olmedo me ha llamado para decirme que Manolet y Rudolf están juntos en una cafetería. He pedido a Albízar que envíe a alguien a apoyar a Olmedo.

Marta se acerca a la pizarra. Las conexiones que había trazado ya no le sirven. Borra algunas notas, reescribe otras, cambia las flechas de lugar. Añade nombres nuevos, relaciones que no se intuían antes. Robben. Katrin. Mia. Rudolf. El esquema se desborda.

—A todo esto, ¿habéis conseguido hablar con el padre de Hannah?

—La policía alemana sigue sin dar con él —responde Silvia, que ve a Marta desde la mesa martilleando suavemente los dedos contra la carpeta que sujeta.

Su expresión lo dice todo: necesita acción. No soporta estar atada a una silla cuando sabe que ahí fuera hay una joven a punto de morir. Se incorpora.

—Marta, me estoy agobiando. Necesito moverme. Esta oficina me queda pequeña.

¿Puedo ir con Olmedo? Lo relevo si hace falta.

Marta la mira con indecisión.

—Te necesito aquí. Teo no puede con todo. Hay que preparar la información que vamos a pasarle a Lukas…

El móvil de Marta vuelve a sonar. Contesta sin pensarlo.

—¿Alguna novedad?

—Se están levantando —informa Olmedo al otro lado—. Rudolf y Manolet se van. ¿A quién sigo ?

—¿Albízar no te ha dicho nada? Se suponía que te mandaba un

refuerzo.

—A mí no me ha sonado el teléfono —dice él, tenso.

Marta no vacila.

—Sigue a Rudolf. No le pierdas. Te aviso en cuanto tenga algo.

Cuelga y se gira con decisión.

—¡Silvia, coge las llaves de tu coche! Nos vamos.

Ambas salen disparadas hacia las escaleras con el corazón oprimido en la garganta. En el pasillo se cruzan con Albízar, que está con el móvil pegado a la oreja. Marta le hace señas con la mano, y en cuanto cuelga, se lanza: —¿Has podido localizar a alguien para ayudar a Olmedo?

Albízar niega con la cabeza, exasperado.

—Nada. Todos los de paisano están ocupados. Ningún agente está disponible.

—Silvia, ve tú —ordena Marta sin dudar—. Llama a Olmedo, poneos de acuerdo.

Encárgate de Manolet.

Silvia asiente y echa a correr. Marta la acompaña hasta la calle y luego echa un vistazo rápido a su móvil. La pantalla muestra dos notificaciones nuevas. Una es un mensaje de Fran. La otra, de Lara.

Otros dos frentes abiertos. Dos fuegos que arden fuera de su alcance. Pero ahora no puede apagarlos. Hay una chica desaparecida, una cuenta atrás sin espacio para errores.

Marta guarda el móvil; no es momento de distracciones.

Todo a su alrededor parece ir más lento: conversaciones apagadas, pasos arrastrados…

Todo se mueve, sí, aunque en otra frecuencia. Una que no es la suya.

Y algo en su cabeza se activa. Un chispazo. Gira bruscamente hacia la derecha.

Un rostro.

Un rostro conocido.

Ya ha desaparecido.

Marta parpadea, se adelanta dos pasos y escudriña la zona. Nada.

—No puede ser él —murmura, sacudiéndose la duda.

Pero sabe que lo ha visto.

Echa a andar. Recorre la acera sin pestañear, sin dejar que la lógica la detenga. Llega hasta la esquina y dirige la vista hacia la calle, al fondo. Nada.

Se le escapa un suspiro de frustración, pero sigue agitada, con una urgencia que pugna por salir desde dentro.

—¿Sí o no? —se pregunta en voz alta, esperando una respuesta que no llega.

Da unos pasos más. Busca en cada cara, en cada coche que pasa. Nada.

Jura que lo ha visto.

Ese rostro no se le olvida. El de la fotografía con Brenda y el edificio de Oviedo a sus espaldas. El hombre que Lara describió, el que se interpuso entre ella y sus agresores.

La barba. Los ojos.

Estaba ahí, la ha mirado.

—¡No puede ser! —exclama, sin contener el aliento.

No es un fantasma. No es una coincidencia.

36

9:49. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Los padres de Katrin están al límite. El hombre se ha puesto agresivo, desbordado por la presión. Exige respuestas que Marta aún no tiene. No le ha gustado nada que ella mencionara a Rudolf Schäfer entre los nombres clave. Ha querido llamarlo ahí mismo, delante de todos. Marta le ha rogado que dejara ese asunto en manos de la Policía, pero el hombre no cesaba en su empeño y la inspectora se ha visto obligada a quitarle el teléfono de las manos.

—¡Solo quiero preguntarle si sabe algo de mi hija! —grita mientras su mujer, con los ojos hinchados, solloza sin consuelo.

Albízar tiene que intervenir. Se planta entre ellos y baja la voz, firme, para calmar el ambiente. Poco a poco, la tensión cede.

Cuando por fin consiguen sentarlos, la pareja les muestra varias fotografías recientes de Katrin, su número de teléfono y el de Rudolf. Marta se gira hacia Albízar y le pide una solicitud urgente para localizar el terminal. No pueden perder más tiempo.

De vuelta a la oficina, la inspectora se deja caer en su silla roja, aún con el móvil en la mano. Llama a Silvia, que contesta enseguida.

—Manolet ha vuelto a casa —informa ella—. Lo he seguido hasta la panadería y luego directo a su portal. Ha salido con una bolsa de pan y acaba de subirse a la furgoneta.

Voy detrás.

—Perfecto. No lo pierdas. Si se cruza con Rudolf, quiero saberlo.

Cuelga y marca a Olmedo.

—¿Dónde estás ?

—Sentado en un banco frente a un local que desconocíamos. Rudolf ha entrado, así que me he agenciado un folleto de Carrefour para disimular —responde él con tranquilidad.

—¿Sigue dentro?

—Sí. La persiana es azul y tiene un cartel antiguo de golosinas y alimentación. Muy discreto.

—¿Sabes la dirección?

—Plaza del Sol, número 6.

Marta cuelga y le entrega a Teo un papel.

—Necesito que averigües a nombre de quién está este local.

Tiene la sensación de que algo se le escapa. ¿Y si Katrin está retenida ahí? Se acerca a la pizarra y rodea su nombre con un rotulador rojo. Necesita encontrar el nexo.

Las últimas personas que vieron a Katrin fueron sus padres. Salió para ir al cine con unas amigas. No volvió. ¿La interceptaron por el camino? ¿Alguien la estaba esperando?

—Teo —lo llama, sin apartar la mirada de la pizarra—, sé que no podemos saltarnos el procedimiento, pero ¿hay alguna forma de revisar su actividad digital? WhatsApp, Instagram, llamadas… Quizá Katrin tuvo relación con un chico, igual que sucedió con Hannah. Los padres no saben nada, pero esas cosas no se cuentan fácilmente. Ni a los padres, ni siquiera a las amigas.

—Jefa, lo que necesitas es tomar un poco de aire —dice Teo con una sonrisa suave—.

Acabo de mandarle toda la información de Robben a Lukas. Ahora me pongo con Katrin, ¿vale?

—Gracias.

Marta vuelve a la pizarra. Su mirada cae sobre la imagen más cruda: Hannah, inmóvil sobre la mesa de autopsias. Se aproxima hasta rozar el plástico con la nariz.

—A ver, Hannah… —susurra—. Te metieron clavos, te maniataron, te quitaron los ojos y te lanzaron al mar. Pero antes…

Se detiene. Se gira hacia Teo con brusquedad.

—Teo, ¿recuerdas lo que dijo el forense? Hannah murió ahogada, sí… aunque en agua dulce. Y no era del grifo. Nada de cloro ni cal. Dijo que era mineral.

A Teo se le forma una arruga vertical entre sus cejas.

—Entonces descartamos bañeras y piscinas. En Alicante el agua lleva bastante cal.

—¿Ríos?

—O embalses —añade él, pensativo—. Aunque ojo, muchos se alimentan de depuradoras. Podrían tener químicos, desinfectantes… El agua de los embalses no es mineral.

El teléfono de Marta vibra. Mira la pantalla. Es su hermana.

Suspira con fuerza y cuelga sin pensarlo. Sabe que Lara va a preguntarle por Cano, por la Veneno, por todo lo que le prometió

investigar. Y tiene razón. Le debe respuestas, pero ahora no puede.

Son las diez de la mañana y no ha movido un solo hilo en ese frente. Y no va a pedirle a Teo que se salte ningún protocolo por algo personal. No mientras hay una vida en juego.

Por eso cuelga. Porque prefiere darle largas a mentirle otra vez.

Por un instante, todo se desordena en la cabeza de Marta. Los nombres se acumulan en fila, tambaleantes: Hannah, Mia, Marie, Katrin, Robben, Rudolf, Sophia… Las conexiones, los rostros, los datos, los miedos. Una cadena interminable que le aprieta la respiración, como una soga invisible.

Observa la pizarra, donde las líneas rojas se entrecruzan con la crudeza de una herida sin cerrar. A su lado derecho, la pantalla de Teo está inundada de datos. Después mira la puerta, tentada por la idea de huir, aunque sabe que no puede.

Está a punto de decirle a Teo que no aguanta más, que se derrumba, que necesita parar… que algo dentro de ella se rompe.

Suena el teléfono.

Lara.

Otra vez.

El simple nombre en la pantalla es un zarpazo directo. No quiere contestar, no quiere hablar con ella, no quiere mentirle. Pero sus dedos, impulsados por un reflejo involuntario, pulsan el botón verde.

Y ya está hecho.

—Estoy trabajando.

—¡Marta, escúchame! —grita Lara, fuera de sí.

—¿Qué ocurre? —pregunta, ya con la alarma prendida en el estómago.

—¡Es importante!

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien. No sabes lo que acaba de pasarme. —La voz de Lara vibra con miedo.

Teo levanta la vista. Puede oír la conversación desde su sitio.

—Tranquilízate —le pide Marta.

—Me ha llamado otra vez.

—¿Quién? ¿Cano?

—No. Él no. Esta vez ha sido la Veneno.

La afirmación la deja devastada.

—¿Cómo dices?

—Que me ha llamado desde la cárcel. ¡No me lo puedo creer!

Marta contiene el aliento. Algo no cuadra.

—¿Qué te ha dicho?

—Que estamos en paz. Que alguien ha pagado por mí y que la deuda está saldada.

Marta se paraliza, con el mundo entero suspendido. La mirada de Teo busca respuestas, pero ella no puede decir nada. Solo repite las palabras en su cabeza, intentando procesarlas.

Alguien ha saldado la deuda.

¿Quién? ¿Por qué ahora?

¿Y a qué precio?

37

10:18. Vivienda del guardián.

No sabe dónde está ni cómo ha llegado hasta allí. El sonido del agua es lo primero que la alcanza. Suave, rítmico. No es un mar abierto ni un grifo goteando. Es otra cosa. Una corriente serena que fluye cerca. Demasiado cerca.

Después llega el olor. Una mezcla de tierra húmeda, piedra vieja y algo más… dulce, floral, quizás. O no. Difícil de precisar. Lo reconoce, aunque no lo ubica.

Abre los ojos con esfuerzo. La luz es tenue, filtrada. No ve el cielo,

solo un techo irregular, pálido, con el aire cubierto por una gasa translúcida. Frente a ella, hay una mesa blanca, impecable. El mantel que la cubre reluce, estirado con esmero, sin una sola arruga.

En el centro, una corona de flores de un azul profundo. Las ha visto antes, en campos abiertos y en ceremonias. Son acianos. Las recuerda de su infancia en Alemania. Pero jamás las había visto aquí. Ni tan bien dispuestas.

Parpadea. Algo no va bien.

Quiere mover los brazos, pero no puede. El cuerpo entero parece adherido al suelo, o al banco, o a lo que sea que la sostiene. No siente frío ni calor. Solo un entumecimiento homogéneo, una ausencia de contacto consigo misma .

Mira a la izquierda.

Ve una piel extendida, colocada con una meticulosidad casi reverente. Tiene un patrón irregular de tonos claros y oscuros, líneas curvas que evocan las manchas de un animal.

Es suave a la vista y, sin embargo, hay algo en ella que perturba; algo que desentona.

A la derecha, una copa de plata antigua. Lo nota por el tallado, por las marcas del tiempo en su superficie. No brilla, aunque impone. Parece haber aguardado ahí desde siempre.

No oye voces. No hay relojes ni puertas visibles.

Solo ese sonido constante del agua, y el lánguido zumbido en su oído que no sabe si viene de fuera o de dentro.

Parpadea de nuevo. La visión se le nubla por un instante. Después vuelve a enfocarse en la corona de flores, en su simetría y en lo extrañamente bello de todo aquello.

Pero la belleza, lo sabe, a veces es el disfraz más siniestro.

Y ella no recuerda cómo ha llegado allí.

38

10:34. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Teo no deja de enviar documentos a la impresora. Desde hace unos

minutos, respeta el momento de introspección de su jefa, que continúa dándole vueltas a la llamada de Lara. Alguien ha saldado su deuda. ¿Quién? ¿Por qué?

De repente, Albízar entra en la oficina con una furia poco habitual. Tiene el cuello de la camisa torcido, el pelo despeinado y la mandíbula tensa. Algo grave ha pasado.

—No vais a creer la que ha montado el padre de Katrin —dice sin aliento—. Se me ha encarado. ¡Ha hecho mención de venir hacia mí a agarrarme del cuello!

Marta levanta la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Ha perdido los papeles. He estado a punto de soltarle una hostia. Te juro que me he contenido por los pelos.

—¿Todavía está abajo?

—¡Qué va! Se ha ido de un portazo y ha dejado a la mujer sola. Lo último que ha dicho es que no hacemos nada para encontrar a su hija. Me exigía que le devolviera el móvil y le he dicho que ni hablar. Ha pegado un puñetazo a la pared que por poco la revienta.

¿Viste las manos que tiene ?

—¿Crees que ha ido a buscar a Rudolf?

—No me extrañaría lo más mínimo. Está fuera de sí, y eso puede ser un problema muy serio.

—Voy a avisar a Olmedo —dice Marta, ya marcando el número.

Activa el altavoz. La voz de su compañero suena clara al otro lado.

—¿Sigues en el parque? —pregunta Marta.

—Sí. Hace unos minutos han entrado dos hombres. Uno de ellos estuvo ayer en la asociación. No me olvido de esa cara.

—Olmedo —interviene Albízar—. Escucha. El padre de la chica desaparecida conoce a Rudolf. Se ha largado cabreado y creemos que va a buscarlo. Si ves a un tipo rubio, de unos cuarenta y pocos, con bigote y los puños listos para romper algo… mantente alerta.

—Entendido. Espero que no aparezca.

—Una cosa —añade Marta—. ¿Qué crees que hacen ahí dentro?

—No lo tengo claro, pero no paran de sacar cosas. Uno acaba de cargar una caja grande en un Volvo. El otro ha salido con unas perchas cubiertas por una bolsa gris enorme. Me da que están vaciando el local. Lo raro es que cierran la puerta muy rápido, como si no quisieran que se vea el interior. ¿Y por allí, cómo vais?

—Tenemos un contacto en Alemania rastreando a un chico relacionado con Hannah —

informa Marta—. Es posible que esté metido en esto o que sepa demasiado.

Un pitido interrumpe la conversación.

—Olmedo, mantente alerta. Te corto, que entra otra llamada: es Silvia.

Marta cambia de línea. La voz de su compañera irrumpe agitada.

—¡Marta! No te imaginas dónde está Manolet.

—Silvia, no me hagas adivinar, que no estamos para juegos.

—En el local de la playa de San Juan donde alquiló las bombonas y los trajes de buceo.

El miércoles pasado, ¿lo recuerdas?

Marta se queda helada.

—¿Continúa allí?

—Sí. Desde donde estoy no lo veo, porque ha acercado la furgoneta. Estoy segura de que está cargando algo. Material, quizá.

Una imagen asalta a Marta sin piedad: Hannah, inerte en la cueva, atada con cuerdas, el cuerpo sumergido.

—Llamazares, no te separes de él —ordena Albízar con voz tajante.

Marta continúa atrapada en la imagen de Hannah bajo el agua, en la furgoneta, los trajes… Todo se conecta.

—Jefa —la llama Teo, que alza la voz para sacarla del trance—. En la

impresora tienes el informe sobre Katrin Braun. Nada llamativo. Excelente expediente académico, perfil discreto… Libros, naturaleza, gastronomía. Hay algo más —añade Teo—. En muchas fotos aparece buceando.

Esa frase clava los pies de Marta al suelo. Al momento, se acerca a la pizarra, coge el rotulador rojo y escribe nuevos detalles junto al nombre de Katrin. Dibuja una línea gruesa que conecta su nombre con «mar», y otra con «buceo».

Antes de responder, suena el teléfono fijo. Ella no lo oye. Está demasiado lejos de sí misma. Es Teo quien lo coge.

—UCIC, Teo al habla.

Al momento, cubre el micrófono con la mano y se dirige a ellos.

—Es Mia. La mejor amiga de Hannah.

Marta reacciona al instante.

—Pásamela.

—Habla en inglés.

—Conecta el altavoz y graba —dice ella, acercándose a la mesa.

Enseguida, la voz nerviosa de Mia llena la sala. Marta la saluda con suavidad, y la chica empieza a hablar rápido, temiendo quedarse sin tiempo.

—He hablado con varios compañeros de la universidad —dice Mia—. Robben coincidió con Hannah el año pasado en un club de lectura. Nadie lo menciona demasiado, pero parece que estudiaba por las tardes, mientras trabajaba en la lonja de su padre. Es muy

reservado. Pasa la mayor parte del tiempo en un gimnasio cerca del campus de Lübeck.

Se llama Olympus Fitness.

Marta apunta el nombre sin dejar de mirar la pantalla. Luego cuelga y llama a Lukas Koch. El periodista responde, aunque su voz ya no suena tan abierta como antes.

—Estoy con el Kriminalkommissar. Me ha dicho que están desbordados. Que sin una denuncia formal, por Interpol o algo de

rango similar, no pueden movilizar nada. Así que hoy no será posible.

—Lukas, escúchame —insiste ella—. Ese chico tuvo contacto con la víctima hace menos de una semana. Esta mañana ha desaparecido otra chica en Alicante. También alemana.

Acabo de descubrir que el sospechoso frecuenta un gimnasio cerca del campus de Lübeck. No podemos esperar. ¡Convence al comisario!

Al otro lado hay un silencio inquieto. Finalmente, Lukas promete intentarlo. Marta le da el nombre exacto del gimnasio y le pide que al menos averigüe si el chico está allí.

Cuelga y se gira hacia Albízar.

—¿Tú puedes mover algo?

—Déjame probar suerte —responde él—. Pasadme los datos del periodista y del gimnasio.

Teo ya se encarga de enviarlos.

Marta camina por la oficina, de un lado a otro. Todo a su alrededor le resulta asfixiante.

Mira el reloj de la pared, son las diez y media.

Demasiado pronto para lo mucho que ya ha ocurrido. Demasiado tarde si no actúan.

Decide llamar por teléfono a Olmedo.

—Marta, siguen sacando cajas —responde él—. El Volvo está a rebosar. No sé qué hay dentro, pero no paran.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en marcharse?

—No mucho. Están recogiendo deprisa.

—¡Voy para allá! —estalla ella—. Quiero saber qué demonios están tramando. Olmedo, tú seguirás a Rudolf. Yo me ocupo del cargamento.

Se enfunda la chaqueta. Teo se ha levantado para darle el casco. Marta le lanza una orden mientras cruza la puerta: —Cualquier novedad, avísame de inmediato.

Y desaparece.

39

10:45 El portador. El olvido.

El viaje ha sido más largo de lo que imaginaba, aunque el trayecto en sí haya durado unas horas. Es el peso lo que lo agota. No el del cuerpo, sino el que ha ido acumulando dentro, en ese rincón donde se guardan las decisiones que no se cuentan.

Hay imágenes que no lo dejan. No importa cuánto parpadee, cuánto cambie de escenario: siguen ahí. La forma en que los dedos se entrelazaron. La curva de una sonrisa que no le pertenecía, pero que le quedó grabada para siempre. El tacto tibio de un cabello que rozó su mejilla al inclinarse sobre ella. Momentos pequeños, humanos e irrecuperables.

Se repite, una vez más, que todo ha sido por una causa mayor. Que alguien tenía que hacerlo. Que no todos están hechos para mirar al abismo y sostener la mirada. Aún así, ni la lógica ni la necesidad consiguen borrar el hecho: él lo hizo. Nadie más.

Ha vuelto a casa en silencio. La maleta descansa junto al armario, todavía manchada de polvo. No la ha abierto, ni lo hará. Ha tomado la mochila de deporte. Hace días que no corre, y el físico ya le pasa factura.

Sale a la calle. El barrio lo recibe sin cambios, con ese gris habitual de las aceras húmedas y los escaparates apagados a medias. Hay un olor a pan reciente que se mezcla con el de la gasolina vieja. Todo le resulta ajeno, incluso lo familiar.

Pasa junto a un parque donde solía ver niños jugar. Solo queda un columpio que se mece por inercia, movido por un viento que arrastra las hojas secas. Se detiene un instante. Escucha el chirrido del metal y piensa que hay sonidos que parecen venir de otro tiempo.

Poco después, un perro atraviesa la calle. Un anciano le lanza un trozo de pan desde un banco. Todo sucede despacio.

Camina sin rumbo fijo. Observa los rostros que se cruzan con el suyo: algunos aceleran el paso, otros ni lo notan. Nadie lo reconoce. Y eso lo alivia.

Se pregunta, no por primera vez, si lo que hizo es perdonable. Si

alguien, en algún lugar, podría entenderlo. No justificarlo, no absolverlo. Solo entender. ¿Qué se hace con el propio reflejo cuando ya no refleja nada?

No sabe si pagará por sus actos. Tal vez lo haga, aunque no ante una ley. Quizás sea la vida quien le cobre, a plazos, cada vez que intente dormir. Cada vez que evoque el olor del mar, o el temblor de unos dedos que no volverán a tocar nada.

Se esfuerza por no mirar atrás, sin éxito.

Acelera el paso. El aire le entra frío en los pulmones. Un par de adolescentes sonríen al pasar por su lado y, por un instante, le parece ver en una de ellas una mirada parecida.

No es ella, claro. Pero desde hace unos días su mente le juega esas trampas.

Una palabra le asesta en las sienes: «olvido». ¿Es posible? ¿Se puede olvidar a alguien a quien se sostuvo con las dos manos mientras la luz se apagaba? ¿Se puede borrar ese instante exacto en que todo lo humano se reduce a un hilo de vida que se escapa?

Quizás no.

Quizás lo único que se puede hacer es seguir caminando. Con la mochila al hombro y la cabeza llena de ecos. Y con esa certeza silenciosa de que, a veces, amar a alguien es también entregarlo al vacío.

40

10:34. Plaza del Sol. Alicante.

El motor vibra bajo su cuerpo mientras esquiva coches entre el tráfico. Marta aprieta el manillar con fuerza. La voz de Silvia retumba en sus oídos gracias al sistema de sonido del casco.

—Manolet ha arrancado la furgoneta —dice Silvia—. Vuelve hacia la ciudad por la carretera de la costa. Voy detrás.

—Bien —responde Marta sin perder el ritmo—. Mantén la distancia. Que no se dé cuenta.

Otra llamada entra. Es Olmedo.

—Rudolf está metiendo cajas en su coche. Tres, quizá cuatro. Tiene un

Mitsubishi enorme. Creo que se van a ir en breve. Uno de los acompañantes ya se ha subido al Volvo. ¿Dónde estás?

—Tardo un minuto. —Acelera en una curva cerrada y sortea por milímetros un taxi que cambia de carril sin señalizarlo.

—Date prisa. El otro acaba de salir con más perchas.

—Olmedo —dice Marta, con la voz más baja—, me mata pensar que Katrin pudiera estar en ese local. ¿Y si está ahí dentro? ¿Y si la estamos dejando atrás?

—No lo creo. Es pequeño, cuarenta metros a lo sumo. Muy ajustado para ocultar algo así.

—Hemos visto cosas peores en sitios más estrechos.

—Ya, ya… —responde Olmedo con resignación—. Ey, atención: el ot ro se ha subido al coche. Están saliendo.

—Ya estoy aquí. Si giras la cabeza, me verás justo enfrente, cruzando el parque. Dime qué coche es.

—Te veo. Es ese Volvo gris, a mi izquierda. No alcanzo a ver la matrícula. ¡Ya están en marcha! ¿Lo ves?

—Sí. Voy tras ellos. Encárgate de Rudolf.

Marta pasa por delante de Olmedo y se engancha al tráfico. Mantiene una distancia prudente detrás del Volvo. No puede arriesgarse a ser descubierta. Advierte el piloto de reserva de combustible encendido. No tiene tiempo para lamentaciones, y con un dedo roza el botón del manos libres y llama a Teo.

—¿Jefa?

—¿Alguna novedad?

—Hoy será complicado que nos den los datos de geolocalización de Rudolf y Katrin.

Hay un problema con un servidor informático en Madrid; todo está patas arriba. Un pequeño caos.

—Estupendo —dice ella.

—Albízar ha salido a mover hilos con sus contactos. La policía

alemana todavía no ha logrado contactar al padre de Hannah. En su trabajo les han dicho que ha tomado vacaciones. Un momento… Espera. Justo miraba una cosa que me…

Teo hace una pausa y luego se cuela un susurro casi imperceptible.

—Aquí lo tengo. ¡Hostias, qué fuerte!

—¿Qué pasa?

—He revisado los datos del catastro. El local donde Rudolf ha cargado cosas pertenece a Manuel Cazorla Pinto.

—¿Manolet?

—Exacto. Es de él.

Marta traga saliva. Todo encaja, y al mismo tiempo todo se descompone. Sigue al Volvo, que cruza un semáforo que cambia a ámbar. Marta reacciona tarde. La revelación la ha sacado por completo del momento.

Acelera.

—¿Jefa? ¿Sigues ahí? —La voz de Teo le llega amortiguada.

—Sí, sí… —responde ella, au nque no le presta mucha atención.

La luz cambia a rojo.

Demasiado tarde.

Un coche aparece por la derecha. Ella acciona el freno, pero la velocidad es alta. Gira el manillar con violencia, derrapa. La rueda trasera pierde agarre. El rugido de la moto se convierte en un chillido. El asfalto se acerca con la inercia de algo inevitable.

El mundo se pone del revés.

Metal contra piedra. Cuero contra el suelo. Un chasquido. Y luego, el silencio brutal del impacto.

La moto resbala varios metros y queda inerte junto al bordillo. Marta no se mueve. Solo se oye su respiración, agitada, desordenada, dentro del casco.

Y el Volvo, allá al fondo, desaparece por la avenida.

Durante unos segundos no hay nada. Ni sensación corporal, ni sonidos externos, ni ideas claras. Solo un zumbido que lo envuelve todo. Marta se mantiene inmóvil, pegada al asfalto, con el aliento entrecortado y con la mejilla presionando el interior del casco.

Aún no se atreve a moverse. Espera. Aguza el oído.

El claxon de varios vehículos le devuelve la consciencia a ráfagas. Después, gritos lejanos y pasos rápidos. Pero una voz suena por encima del resto, familiar y angustiosa.

—¡Jefa! ¡Jefa! ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Estás bien?

Es Teo, al otro lado del intercomunicador.

Marta logra decir unas palabras:

—No pasa nada. Hablamos luego.

Presiona el botón del casco con la punta del dedo y corta la comunicación. El silencio vuelve, aunque ahora cargado de pitidos intermitentes.

Toma conciencia de sí misma. Está tumbada de lado, con una pierna medio flexionada y el brazo dolorido bajo la presión del torso. El bordillo ha frenado su caída.

Tres pares de piernas se detienen a su alrededor. Una persona se agacha. Otra la imita.

Sus voces llegan amortiguadas, como si estuvieran bajo el agua. Ella levanta una mano, temblorosa, y la mantiene en alto para indicar que está consciente.

—¿Te ayudo? —pregunta alguien.

Asiente con un movimiento apenas visible. Dos manos firmes rodean las suyas y tiran con suavidad. Le duelen varios puntos del cuerpo: la rodilla, el hombro, el glúteo izquierdo. Un ardor extendido, una punzada que crece a medida que se endereza. Lo soporta. Tiene que hacerlo.

Cuando consigue ponerse en pie, la cabeza le da un vuelco. Todo se tambalea. Las piernas flaquean. Siente que se desploma, pero alguien la sujeta antes de que caiga. No ve el rostro. Solo percibe la voz junto a su oído.

Marta tensa los músculos y explora el cuello con un giro suave. Inhala hondo.

Tranquila.

—Ayúdame a quitar el casco —logra decir y mantiene los ojos todavía cerrados.

Las manos de la persona que la sostiene son precisas y lentas. Desabrochan la sujeción y deslizan el casco con lentitud. Marta oye una llamada entrante en el casco, un pitido lejano que se desvanece mientras alguien lo aparta.

Se obliga a reaccionar. No tiene tiempo para perderse en el aturdimiento. Se frota la cara y se recoge el pelo hacia atrás. Luego abre los ojos, primero uno, después el otro. La visión se estabiliza.

Delante de ella hay un pequeño grupo de personas. Cinco, tal vez seis. Nadie habla.

Todos la contemplan con expectación, con nerviosismo, con ese miedo que se tiene frente a alguien que podría estar roto.

Marta da un paso. Luego otro. Levanta los brazos, los mueve. Todo duele, sí, pero no hay nada roto.

—Estoy bien, de verdad. No os preocupéis.

Avanza hasta la moto y la apaga.

Una mujer se le acerca. Tiene los ojos vidriosos y le tiemblan las manos.

—Apareciste de la nada… No te vi. Iba en verde…

Marta extiende la mano y le toca el antebrazo con suavidad.

—Tranquila. Me lo salté. Soy policía. Iba tras unos delincuentes.

La mujer parpadea, confundida, y asiente.

Marta vuelve la vista hacia la calle. El Volvo ya no está. Se ha esfumado. Y con él, una de las pistas más cercanas al paradero de Katrin.

El malestar aumenta, aunque eso no importa.

Marta se agacha. Sus dedos buscan el manillar de la moto, aún caliente por la fricción del asfalto. Tira de él con lo que le queda de fuerza, pero la inercia del peso metálico la vence. Todo su cuerpo protesta, rígido y dolido. Casi se le escapa un gemido.

Alguien se acerca. No lo ve venir, solo siente su presencia que se coloca a su lado y, sin decir una palabra, le echa una mano. Entre ambos, la moto se yergue. Marta acciona el caballete con la punta del pie, gira el rostro para dar las gracias… y el tiempo se detiene.

Ahí está.

La barba, la expresión tranquila y los ojos que no necesitan palabras. Todo en él le resulta conocido y, a la vez, borroso.

El hombre de la fotografía junto a Brenda en Oviedo. Él fue quien ayudó a Lara en Madrid. El rostro que vislumbró, fugaz, esta mañana frente a la comisaría.

Él la mira. Le sonríe, breve, en secreto. No dice nada, aunque no hace falta. En sus ojos hay algo que confirma lo que Marta no puede verbalizar.

Entonces, una mujer se cruza entre ambos.

—No te olvides el casco. —Le devuelve a Marta el objeto que había quedado en el suelo.

Marta lo toma con las manos aún entumecidas. Durante un instante, su mente se apaga.

Una pausa involuntaria. Una rendija de calma en mitad del colapso.

Cuando vuelve a alzar la mirada… ya no está.

El hombre ha desaparecido.

Parpadea. Busca con la vista. A un lado, al otro. Nada. Como si el asfalto se lo hubiera tragado. Otra vez.

Entre la multitud, un policía local se acerca con el gesto torcido. Marta da un paso atrás y niega con la cabeza. No por el agente. Por ella misma. Por ese instante en que se le ha escapado de entre los dedos.

11:15. Vivienda del guardián.

Un zumbido agudo irrumpe en la quietud. ¿Un timbre? Suena distante, pero inconfundible. Le recuerda al de la casa de sus padres en Alemania, ese chirrido que atravesaba la cocina cada vez que alguien llamaba desde la calle. Vuelve el silencio, aunque el eco se ha quedado latiendo dentro de su cabeza.

Está agotada y le cuesta respirar. Sin embargo, aún le quedan fuerzas para pensar. Y lo hace.

Piensa en su madre. La ve caminar en círculos, con el teléfono en la mano y el corazón estrujado. La busca, pregunta, llora. Solo de imaginarlo le duele más que cualquier herida.

Luego recuerda a su padre, con esa figura imponente que siempre le transmitió seguridad. No es un hombre de muchas palabras, pero está segura de que ha removido cielo y tierra, irrumpiendo en comisarías, en las oficinas de la universidad, y que ha exigido respuestas, aunque nadie supiera dárselas. Lo imagina con los puños apretados, enfurecido e impotente.

No sabe cuánto tiempo lleva aquí, tendida. Ni cuánto ha pasado desde aquel paseo rumbo al cine. Lo último que recuerda es que empezó a ver borroso, que se sentó en el borde de un portal para recuperar el aliento y que el aire se volvió pesado. Después, simplemente dejó de estar .

Un calor húmedo la alerta. Por su entrepierna, nota un líquido que recorre su piel con lentitud. Tarda en comprender que se ha orinado. No puede mover las piernas. Ni ejercer control sobre su cuerpo. Lo habita desde fuera, sin control, sin pertenencia.

Otra vez el timbre. Más lejano. Más irreal.

Se oyen voces, o cree escucharlas. Aunque se funden con el sonido del agua, que no ha dejado de sonar. Es constante, envolvente. Y por un momento, ese sonido la arrulla, la desconecta.

Piensa en los monjes que meditan frente a cascadas, y en los documentales que veía cuando no podía dormir, sobre mujeres que viajaban a templos perdidos en Asia en

busca de su centro, su paz, su silencio interior. Ella misma se imaginó más de una vez marchándose lejos, muy lejos, para encontrarse consigo de nuevo. Siempre pensó que para hallar el equilibrio debía

huir del ruido cotidiano. Ahora, sin embargo, ese silencio parece haberla encontrado a ella. Y le aterra.

Delira.

Sabe que está gastando energía que no tiene. Intenta abrir los ojos. Cree que los había cerrado. ¿Cuánto tiempo ha pasado? No lo sabe. Todo sigue igual: la corona azul, la piel de vaca y la copa.

Y ahora, nuevas presencias.

Unas veinte velas encendidas lanzan una luz temblorosa que proyecta sombras sobre las paredes. Las llamas no titilan. Se mantienen estables, verticales, resguardadas de cualquier corriente. El techo es una cúpula de roca oscura y rugosa, y la humedad gotea desde pequeñas grietas, lágrimas que no cesan.

Sabe que tiembla. Lo sabe porque ve las gotas caer de su barbilla a su pecho desnudo.

Hay una desconexión alarmante entre lo que su cuerpo muestra y lo que su mente percibe.

Todo lo que hay a su alrededor tiene una disposición ceremoniosa. No hay caos, no hay prisa. Cada elemento —las flores, la tela blanca, la piel extendida con esmero, la copa de plata— parece ocupar el lugar que le ha sido reservado. Nada es aleatorio. Y eso, en realidad, es lo que más miedo le da .

Ya no se pregunta qué es este sitio.

Ahora solo quiere saber cuándo va a empezar todo.

Y si su madre alcanzará a llegar antes.

42

11:24. Calle Daya Nueva. Alicante.

Marta desciende del taxi con una leve cojera y el casco sujeto en una mano. La moto ha quedado inutilizada.

El taxi se aleja y ella camina hasta el coche de Olmedo. Abre la puerta trasera, lanza el casco sobre el asiento con rabia y, sin mediar palabra, se acomoda al lado del conductor.

—Tranquilo —dice al cerrar la puerta—. No le contaré a nadie que

haces sudokus mientras estás de servicio.

Olmedo le lanza una mirada fugaz sin despegar la espalda del asiento.

—Así que te la metiste con la moto —comenta, como quien suelta una obviedad, sin quitar la vista del local frente a ellos.

—Se me escaparon —responde Marta, seca y ya sin rastro de humor.

Olmedo asiente y vuelve la mirada al frente.

—¿Hace cuánto que está ahí dentro? —pregunta ella.

—Más de veinte minutos. Aparcó en la esquina y entró sin nada. Ni una sola caja.

Marta palpa los bolsillos de su chaqueta. Saca el móvil; está hecho trizas, con la pantalla rota en mil fragmentos.

—Quería llamar a Silvia, pero mira esto. Necesito un teléfono. Urgente .

—¿Te sirve el mío?

—Llámala tú. Pregunta dónde está y si ha conseguido seguir a Manolet.

Mientras Olmedo teclea, Marta se gira hacia el espejo del copiloto. Se examina el rostro con detenimiento: una línea de sangre seca, polvo en la frente, el pelo revuelto… Se pasa los dedos por la raíz del cabello.

—Silvia —dice Olmedo al teléfono—. Marta está conmigo. Sí. Entera, aunque no lo parezca. Dime dónde te encuentras.

Marta entorna los ojos, concentrada en las puertas del local. Hace señas a Olmedo. Hay un hombre que acaba de golpear el cristal.

—Un momento, Silvia, que pongo el altavoz y hablas con tu jefa.

—Marta, ¿me escuchas? —La voz de Silvia suena nítida en el altavoz.

—Sí, aquí estoy.

—¿Te encuentras bien?

—Mañana te lo diré.

—Manolet ha aparcado en una zona reservada del puerto. Yo me he tenido que ir al parking. Hace unos minutos que lo localicé. Está dentro de un barco. Por el aspecto, apostaría a que es la embarcación de Rudolf, en la que organiza cenas y paseos marítimos. Espera… está saliendo. Empuja un carro de ruedas. Te digo una cosa: se conserva bastante bien para estar jubilado.

Marta frota la pantalla de su móvil destrozado, trata de ver algo entre las grietas. A su lado, Olmedo observa con atención.

—Está descargando —dice Silvia—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué ves?

—Botellas de oxígeno. ¡Son botellas de buceo!

Marta se incorpora en su asiento con el cuerpo todavía dolorido, pero la tensión le anestesia las articulaciones.

—A este tío hay que detenerlo antes de que esto pase a mayores —masculla en voz baja, más para sí que para los demás.

—Cinco botellas —añade Silvia—. Y ahora ha dejado una bolsa sobre el carro.

—¿Podrían ser neoprenos?

—Tiene toda la pinta. ¿Qué piensas? —pregunta Silvia al notar el silencio.

—Que si no me equivoco, Manolet está preparando la fiesta de esta noche. Pero no será en cubierta.

—¿Quieres que lo intercepte?

—¡Ni se te ocurra hacerlo tú sola! —salta Marta.

—Solo digo que no podemos dejarle salir de ahí.

—Puedo enviar a uno de mis hombres —interviene Olmedo, que no ha quitado la vista del local.

Marta lo mira, asiente.

—¿Cuánto tardaría?

—Siete u ocho minutos, como máximo.

—¿Has oído, Silvia?

—Sí. No haré nada hasta que llegue.

—Mantente en posición. Y si se mueve, llámanos. No dejes de vigilarle.

Olmedo cuelga y se pone a marcar. Su pulgar va directo al contacto de confianza. Marta se reclina de nuevo. Ha visto al hombre entrar en el local de la asociación.

Se desespera y, sin previo aviso, abandona el coche. Ni una palabra para Olmedo.

Cruza la calle con paso firme y la mandíbula tensa, y se planta junto al Mitsubishi de Rudolf. No pierde el tiempo fingiendo disimulo. Se inclina, pega el rostro al cristal y usa ambas manos de visera para evitar los reflejos. Tiene que ver qué hay ahí dentro.

En los asientos traseros hay tres cajas blancas. En una de ellas, una palabra escrita con rotulador negro le salta a la vista: «masken». Marta frunce el ceño. Máscaras. ¿De qué tipo? ¿Para qué? Mira el resto del interior. Camisetas con el logo de Paulaner cubren los asientos, una botella de agua junto al freno de mano, un cargador, un paquete de chicles y una funda de gafas en el salpicadero. Todo normal.

Entonces, algo llama su atención .

Una prenda arrugada yace en el suelo del asiento del copiloto. Roja, con lunares blancos. Un estampado tan específico que le acelera el corazón.

Se aleja del coche dando un rodeo.

Poco después, regresa al vehículo de Olmedo y se lanza al asiento.

—¿Estás loca? —le recrimina él al verla entrar.

—Llama a Albízar.

—¿Para qué?

—¡He dicho que lo llames! Es importante.

Olmedo no discute. Marca. La inspectora no para de murmurar mientras él espera a que la llamada conecte. Tiene los ojos fijos en la puerta del local.

—Dime, Olmedo —responde al fin la voz del comisario.

—Albízar, soy Marta.

—¿Escudero?

—Sí. Tuve un accidente con la moto y perdí a los del Volvo. Ahora estoy delante del local de la asociación. Rudolf está dentro. Acaba de entrar un hombre con él. He mirado su coche: hay cajas con la palabra «máscaras» y he visto una prenda que me ha dejado helada.

—¿Qué prenda?

—Una chaqueta roja, con lunares blancos. ¿Recuerdas las fotos que nos mostró la madre de Katrin?

—Sí. Se las tomó ayer. ¿La llevaba puesta?

—Exacto. Y es la misma prenda. No tengo pruebas, pero lo sé.

—¿Estás segura?

—No tengo tiempo para dudarlo, comisario.

—¿Quieres detenerlos?

—Deberíamos esperar. Creo que van a reunirse todos. Han cargado dos coches con material, y si seguimos sus pasos podemos llegar hasta la chica.

—¿Y Silvia?

—En el puerto. Ha visto a Manolet subir botellas de buceo y neoprenos en el barco de Rudolf. Acaba de pedir refuerzos. Estamos actuando rápido.

—¿Estás segura de todo lo que dices?

—No tenemos tiempo para formalismos. Rudolf, Manolet… Todo apunta a que esta noche planean algo, y no podemos fallar.

—Acabo de conseguir que el inspector alemán hable con el periodista Lukas Koch. Irán al gimnasio a detener al chico. Lo tendrán retenido a la espera de nuestras instrucciones.

Marta asiente, aunque nadie pueda verla. Justo en ese instante, Olmedo le señala algo a través del parabrisas. Ella gira el cuello. La

puerta del local se ha abierto.

—¡Hostias! —exclama, entre dientes.

—¿Qué pasa? —pregunta Albízar al instante, desde el altavoz.

—No puede ser. —Marta se lleva una mano a la frente y niega, como si necesitara resetear su percepción.

Dos personas salen del local. Una es Rudolf. La otra…

No puede apartar los ojos de él.

Alto, delgado, cabello claro y rostro afilado. Camina con naturalidad.

Ese rostro lo ha visto antes.

No en la calle.

En una foto.

En el dormitorio de Hannah. Enmarcado sobre la mesita de noche. Un momento familiar, de los que se conservan para siempre.

—¡Es él! —susurra primero, y luego repite más alto—. ¡Es el padre de Hannah!

—¿Qué? —Olmedo se gira hacia ella.

—El que va con Rudolf. Es Elias Weber.

El silencio se impone al otro lado del teléfono.

43

11:41 El portador. La luz.

El zumbido de las máquinas de musculación, el golpeteo rítmico de los sacos y de una cuerda de salto. Todo se mezcla con el jadeo colectivo del esfuerzo. Dentro del Olympus Fitness hay un orden invisible, una coreografía inconsciente en la que cada cual está ensimismado con su cuerpo, con sus repeticiones, con su rutina.

Menos él.

Está en una de las bicicletas estáticas del fondo, con los codos pegados al manillar, la frente empapada y los ojos fijos en un punto sin

importancia. Suda a conciencia. No busca rendimiento, ni estética, ni resistencia. Solo quiere agotarse. Vaciarse. Intenta centrifugar la culpa a través de las piernas. Espera que, al subir una vez más el nivel de esfuerzo, el corazón lata tan fuerte que logre silenciar el murmullo de su conciencia.

Las gotas caen al suelo y dibujan pequeños charcos a sus pies. No las limpia. No se detiene. Hay algo desesperado en su constancia.

Se pregunta cuánto tiempo pasará hasta que vea el rostro de los padres de ella en algún medio. Quizás en una entrevista conmovedora, en una portada de periódico o en una alerta urgente en televisión. Tal vez en un reportaje de investigación sobre desapariciones, donde alguien ponga voz a esa imagen: la de una madre sujetando un retrato mientras suplica que la encuentren. ¿Y él? ¿Qué hará entonces? ¿Dónde se esconderá su mirada?

No lo sabe. No puede saberlo.

Aunque lo teme.

Se ha repetido a sí mismo que cumplió con su parte. Que no fue una elección, sino una exigencia que él aceptó. Aún así, hay frases que no resisten el eco. Y esta es una de ellas.

Empuja más fuerte los pedales. Quiere borrarlo todo con sudor, diluir su memoria en ácido láctico. Desea ser solo músculos ardiendo y no pensamientos, ni historia, ni carne marcada por lo irreparable.

A su alrededor, el gimnasio vibra con su propio ritmo. Dos jóvenes compiten en dominadas y cuentan chistes entre repeticiones. Una mujer hace estiramientos lentos frente al espejo, con los auriculares a tope. Un hombre mayor intenta mantener la coordinación en una cinta de correr.

Y entonces lo ve.

El encargado, junto a la puerta de la sala de cardio, habla con alguien que señala hacia él.

La respiración se le atraganta.

A su lado hay un policía de uniforme. Serio. Firme. Y detrás, otro más, de paisano, con una carpeta en la mano y gafas de pasta negras. El tipo repasa algo en sus documentos, luego levanta la vista. Le miran y caminan hacia él.

Uno, dos, tres pasos. La cuenta atrás ha comenzado.

Su primer impulso es levantarse y huir. Pero no hay escapatoria para lo que ha hecho.

Ni siquiera sabe si hay perdón.

Los ve aproximarse mientras la gente sigue con sus abdominales, sus sentadillas y sus tiempos. Nadie repara en el temblor que le sacude las piernas, ni en las palabras que está a punto de oír.

El policía se detiene frente a él, con la voz seca y clara, imposible de esquivar:

—¿Robben Schneider?

Asiente .

—Tiene que acompañarnos a comisaría.

Y en ese instante, todo el ruido del gimnasio desaparece. Ya no hay zumbido, ni jadeo, ni música. Solo el corazón golpeando sin ritmo, en busca de aire a trompicones.

Porque sabe que la luz ha llegado.

Y no viene a iluminar. Viene a exponerlo todo.

44

11:52. Carretera CV-777. El Campello.

El Mitsubishi avanza por una carretera secundaria, ya lejos del bullicio costero. Olmedo los sigue a distancia, sin hacerse notar. Marta, en el asiento del copiloto, no despega el móvil de la oreja. Lleva más de diez minutos pendiente de la conversación que Silvia mantiene con Manolet en el interior del barco.

La voz del hombre resuena tranquila, incluso amable. No parece incómodo con la presencia policial.

—No me vienen mal unos eurillos extras, ¿sabe usted? Después de toda una vida dejándome la espalda, me ha quedado una pensión que da risa. Así que voy tirando con los alquileres y algún recado como este. ¿Qué hay de malo en transportar un poco de material al barco? Mañana tienen una excursión, eso es todo.

Marta hace una mueca. Sabe que los criminales no siempre parecen criminales.

—Manuel —pregunta Silvia—, ¿sabe qué guarda Rudolf en el local que ocupa en la plaza del Sol?

—Pues lo usa para su escuadra, claro. Rudolf participa en los Moros y Cristianos de San Blas. Ahí guarda los trajes, los artilugios, las armas de atrezo. Eso siempre está lleno de cajas. Hace tiempo que no entro allí. Sé que el material lo alquilan a otras comparsas de otros pueblos. Es una fuente de ingresos. ¿Qué tiene eso de raro?

—¿Conoce a Hannah Weber? —insiste Silvia.

—¿Hannah? ¿Qué nombre es ese?

—Una cocinera joven. Trabajó en Casa Juan.

—Ahora que lo dice… Me suena, sí. Pero poco. Creo que ya no va por allí. Vamos, que la vi poco.

—¿Llegó a hablar con ella?

—Dos o tres veces, tal vez. No más. ¿Por qué?

—¿Sabía que era alemana?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Le habló de ella a Rudolf?

—¿A Rudolf? ¿Por qué me pregunta siempre por él? No sé qué pinta él con esa chica, la verdad.

—¿Le comentó algo sobre las vacantes en el bar?

—Mire, subinspectora —suspira Manolet—. En ese bar siempre buscan cocineras. Pagan poco, la gente se va en cuanto reciben el primer sueldo. No es novedad.

—¿Cree que Rudolf tuvo contacto con ella?

—¿Qué voy a saber yo? Pero le diré una cosa: Rudolf hace mucho por los suyos. Les consigue papeles y les ayuda con el alojamiento. Hace poco me pidió uno de mis pisos para una chica que venía a estudiar.

Marta presiona el móvil contra la oreja.

—¿Recuerda el nombre de esa chica?

—No, no, para nada. Él siempre me paga en mano. Si algo hago mal, es cobrar en negro.

Por ahí sí que me pilla usted. Le soy sincero. Como le dije antes, llevo toda la vida pagando y cotizando, para que luego me quede una ruina de paga. Pues no estoy de acuerdo, y por eso me niego a declararlo a Hacienda. Yo cobro, y él se apaña. A veces envío a alguien a limpiar. Poco más.

—¿No le suena el nombre de Katrin Braun?

—Para nada. Es la primera vez que lo oigo.

Ambos vehículos avanzan por la vía rural. Olmedo sigue pendiente de la carretera, mientras gira por una curva cerrada.

Marta pide a Silvia que retenga a Manolet unos minutos y corta la llamada.

—¿Lo ves? —dice con voz baja—. Rudolf es un artista. Lleva años moviéndose en la sombra, sin que nadie le cuestione. Fiestas, alquileres, ayuda humanitaria… y todo bajo control.

—Es perfecto para esconder lo otro —añade Olmedo.

Los dos miran hacia el vehículo que sigue delante y toma la rotonda que hay junto al polideportivo, sin prisa, y se interna en la carretera que conduce hacia lo alto de la montaña. Marta observa el paisaje transformarse: las calles asfaltadas del pueblo quedan atrás y dan paso a un entorno más agreste, de barrancos abruptos, laderas surcadas por sendas angostas y pinares que se amontonan sobre la roca.

—¿A dónde se dirigen? —pregunta, con la voz baja, sin querer perturbar el silencio extendido ante ellos.

Olmedo cambia de marcha con suavidad. Mantiene la mirada fija en la carretera que asciende con lentitud.

—¿Nunca has estado en las cuevas del Canelobre? —le responde, sin apartar la vista del coche que persiguen.

Marta niega con la cabeza, aunque él no la mire.

—Pues prepárate. —Olmedo señala con la barbilla hacia delante—. Están en la ladera del Cabeçó d'Or, una de las montañas más

emblemáticas de la zona. Las cuevas poseen una de las bóvedas subterráneas más altas de España. Dicen que recuerdan al interior de una catedral gótica, por eso las llaman así, por los candelabros.

Marta permanece atenta al entorno. La carretera se estrecha, entre paredes de piedra viva y curvas cerradas. Hay tramos en los que el asfalto apenas se sujeta a la ladera.

—Durante la guerra civil —continúa Olmedo—, las usaron como taller de reparación de aviones. Ahora es un reclamo turístico. Viene mucha gente a hacer senderismo, a escalar, a comer por aquí arriba. Hay zonas de pícnic, miradores y un restaurante cerca del aparcamiento, donde hacen unas chuletas de escándalo.

—¿Y crees que van a eso, a comer chuletas? —pregunta Marta, irónica
.

Las palabras flotan en el interior del coche. Delante, el Mitsubishi toma una curva y se pierde entre árboles. Marta observa el terreno. El camino se estrecha todavía más. A la izquierda, una caída directa al valle. A la derecha, muros de piedra salpicados de

arbustos silvestres. La forma en que el coche serpentea por esa carretera, con su avance constante, le provoca inquietud.

—¿Dónde demonios van? —susurra, más para sí que para Olmedo.

—Creo que deberíamos pedir refuerzos —dice él, sin quitar la vista de la carretera—.

¿Te das cuenta de que estamos en el culo del mundo?

Marta se fija en el Mitsubishi que acaba de girar a la derecha. El vehículo se interna por un camino de asfalto agrietado y borde irregular. En cuanto toman el desvío, Rudolf realiza otro giro a la izquierda, siguiendo una ruta que parece bien aprendida.

—Mira esto —añade Olmedo—. Casas de campo aisladas, algunas con vallas metálicas, otras medio abandonadas. Y todas rodeadas de monte. Si tuvieras que esconder algo,

¿dónde lo harías?

Al lado de la carretera se suceden parcelas con piscinas cubiertas por lonas azules, cobertizos de ladrillo mal puestos, caminos de tierra y portones oxidados. A cada curva, la pendiente aumenta. El paisaje es

cada vez más escarpado, salpicado de pinos y cicatrices de roca que brillan al sol.

—¿Sabes cómo se llama este camino? —pregunta ella.

Olmedo echa un vistazo rápido al GPS del teléfono.

—Placita del Cabeçó —responde—. Y, según esto, vamos en dirección al inicio de la senda Pla del Cabeçó.

Marta baja la ventanilla. El aire de la montaña le acaricia el rostro, aún dolorido por el accidente. Toma una bocanada lenta, con la esperanza de que el oxígeno le disuelva algo del peso en el pecho.

—Marca a Albízar —dice, sin levantar la voz.

Olmedo asiente y pulsa la pantalla. La llamada se establece.

—¿Olmedo? ¿Escudero? —La voz del comisario suena al instante, crispada por la espera.

—Soy Marta — responde—. Hemos pasado Busot. Ahora mismo seguimos al Mitsubishi por una vía rural próxima a las cuevas de Canelobre. Suben sin prisa, aunque algo me dice que no va a ser un paseo.

—¿Qué tenéis?

—En cualquier momento podrían detenerse. Y si lo hacen, no podemos actuar solos.

—Os enviaré un equipo —dice Albízar—, pero tardarán un rato. ¿Localización exacta?

—Placita del Cabeçó, subiendo hacia la senda. En unos minutos podríamos estar completamente aislados.

—Entendido. Mantenedme informado. Y tened cuidado.

La llamada se corta. Marta vuelve a mirar al frente. El Mitsubishi continúa ascendiendo, sereno y confiado. Da la impresión de conocer ese terreno a la perfección.

—¿Cuánto crees que tardarán en detenerse? —pregunta Olmedo.

—Tengo la sensación de que el sitio ya lo tienen elegido. Y que no vamos a gustarles cuando lleguemos.

12:03 Vivienda del guardián.

Un crujido. Luego, el roce sordo de unos pasos. No necesita abrir los ojos para saber que alguien está allí. Lo siente antes de que ocurra: una presencia que rompe la quietud artificial del lugar.

Cuando por fin los abre, lo ve.

Una persona se recorta frente a ella. Alta, envuelta en una túnica grisácea, descolorida por el tiempo, y las manos manchadas de rojo. No sabe si es pintura, barro, o algo peor.

Lo que la paraliza es la máscara. Tiene forma de animal, aunque no identifica cuál. En ella hay una expresión inmutable, casi sagrada, que no transmite emoción, sino un propósito definido.

Esa silueta se agacha con lentitud. En sus manos muestra un pañuelo de tela negra.

Ella se resiste. Tensa el cuello. Busca un rincón en su interior desde donde extraer fuerzas, pero su cuerpo ya no responde. Se arquea, tiembla, incapaz de moverse. Parece haber sido vaciada desde dentro. Le queda únicamente la consciencia. Y el miedo.

El pañuelo le cubre los ojos.

Siente cómo lo anudan con suavidad en la nuca, con una delicadeza que contrasta con la situación. Todo se oscurece: la luz, las formas, las referencias… Lo único que queda es el tacto de la tela, el roce del nudo que se ajusta sobre su piel .

Percibe el aliento cálido pegado a su oreja. Y una voz baja y firme, en alemán. No entiende las palabras, aunque percibe que no le hablan; le están declarando algo. Una verdad, quizás. Un destino. No hay pregunta, hay certeza.

La voz se va. Otras manos la reemplazan.

Unos brazos la sostienen por los hombros. El cuerpo le cuelga inerte, ajeno a su voluntad. Algo grueso y áspero le cubre la desnudez. Luego, siente dedos por su cabello peinándola.

Y, por último, el peso. Le colocan algo sobre la cabeza. No necesita verlo. Es la corona.

La ha visto varias veces en la mesa. De azul intenso, imposible de ignorar. Ahora está sobre ella. Ahora es suya, sin haberla pedido.

Querría llorar, pero ni siquiera eso puede hacer.

La alzan de nuevo en volandas. Brazos que la sostienen con firmeza, sin ejercer violencia. La trasladan a otro espacio. Lo sabe porque el sonido del agua crece, resuena, se multiplica. El aire cambia, se vuelve más húmedo. El suelo bajo los pies es resbaladizo. Escucha el eco de los pasos descalzos, el roce de las plantas de los pies sobre piedra mojada.

Están en una cueva. Lo sabe. Lo siente.

Querría gritar que ya está bien, que basta. Que ha sido suficiente, que era una broma, un juego de mal gusto, una obra de teatro absurda. Querría pedir que la devuelvan a sus padres, que la dejen despertar de este sueño pesado. Pero no hay voz, tampoco control.

La tumban.

Siente la dureza bajo su espalda. Le atan las manos. Una cuerda en cada muñeca.

Luego, los tobillos. Lo hacen con método, sin prisas, como quien sigue un manual.

Palabras se elevan en la caverna, graves y rítmicas. No las entiende, salvo una pronunciada con claridad:

—Ya está preparada.

Y ella sabe que sí. Que lo está. Aunque nadie le haya preguntado.

46

12:05. Carretera Placita del Cabeçó. Busot.

La pantalla del móvil de Marta parpadea sin cesar. Intenta responder, pero las grietas en el cristal son como cicatrices que se burlan de ella. Nada funciona. Lleva demasiado tiempo sin comunicación directa. Y ahora, en mitad de la montaña, con una sospecha quemándole la nuca y el coche de Rudolf a unos metros, se siente expuesta y vulnerable.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Olmedo, sin apartar los ojos del Mitsubishi.

—No tengo ni idea —responde ella, seca, observando el portón de una finca que empieza a abrirse.

—Ahora me dejas más tranquilo —replica él, con esa ironía de quien está acostumbrado a pisar la cuerda floja.

—¿Vas armado?

—Sí. ¿Y tú?

—Siempre.

El motor del Mitsubishi ronronea a pocos metros. La grava cruje bajo las ruedas del coche al avanzar.

—Olmedo —dice Marta de pronto—, en esas cuevas que has mencionado, ¿corre agua?

—Sí. Agua de filtración. Subterránea. Hay estalactitas enormes. ¿Por qué?

—Porque el forense confirmó que Hannah murió ahogada en agua mineral. Y este terreno es calizo, ¿verdad?

—Estás pensando que…

La voz de Olmedo se desvanece, tragada por la revelación que ambos comparten sin necesidad de más palabras.

Marta no deja de pensar en Elias Weber, el padre de Hannah, viajando en el asiento del copiloto, con ese aire de serenidad tan impostado, tan cuidadosamente fabricado.

—¿Imaginas que Elias haya estado involucrado en la muerte de su hija? No podría soportarlo.

El Mitsubishi frena delante de otro portón. A su alrededor, la montaña se levanta igual que una muralla antigua.

—Atención —dice Olmedo, mientras detiene el coche entre unos arbustos, ante la verja de una finca vecina.

Ambos enfocan la mirada. Al momento, un golpecito en la ventanilla rompe la tensión.

Una mujer mayor, con sombrero de paja y una regadera en la mano, los mira con curiosidad.

Olmedo baja el cristal.

—¿Buscan el aparcamiento de la senda? Está un poco más arriba —informa ella, amable.

—No, gracias. Verá, somos policías. ¿Sabe de quién es esa finca?

El rostro de la mujer se oscurece.

—¿Y para qué quieren saberlo?

—Es importante. Créame.

Duda, luego asiente, resignada.

—Hace unos doce o trece años la compró una alemana. Una mujer seria. A veces viene uno de sus hijos con amigos. No molestan. Son discretos.

—¿Usted tiene móvil? —pregunta Marta.

—¿Eh?

—Necesito ir hasta allí y a la vez estar comunicada con mi compañero. Solo serán unos minutos.

—No sé, no me gusta…

—Se lo devolveré —insiste Marta—. Se lo prometo.

La mujer se lo entrega a regañadientes, tras exigir ver las placas de ambos.

Mientras tanto, Olmedo llama a Albízar.

—Marta quiere hablar contigo.

—¿Escudero?

—Sí. Estamos frente a una finca. Rudolf y Elias ya están dentro. El portón se acaba de cerrar. ¡Necesitamos refuerzos!

—Ya van de camino. Dos patrullas desde Alicante, otras dos de la Guardia Civil desde El Campello. Deberían estar allí en cinco, diez minutos, como mucho.

—Escucha, comisario. —Marta toma el teléfono—. Olmedo te va a

enviar nuestra ubicación. Necesito que hagas lo mismo con los refuerzos; que los guíes hasta aquí.

—Dejad el coche donde está. No os mováis. Esperad a los equipos.

—No —responde Marta, con calma, pero firme—. Nosotros nos adelantaremos. Vamos a tomar posición. Si la chica está dentro, no podemos perder un solo segundo.

—¡Ni hablar, Escudero! —estalla Albízar—. ¡No te atrevas a actuar sin respaldo!

—Albízar, confía en mí. Si espero diez minutos más, quizás no haya nadie a quien rescatar.

Se sucede una pausa.

—¿Sabes cuántas veces te he dicho que un día tu ángel de la guarda te va a dejar tirada?

—Pues diles a los refuerzos que se den prisa, y que apaguen las luces y las sirenas antes de llegar. Cuando encuentren el coche de Olmedo, verán a una señora muy simpática con una regadera. Ella les dirá dónde estamos. Me ha prestado su móvil. Con eso me bastará para comunicarme con Olmedo.

—Escudero, te lo advierto, esta vez te expedientaré, ¿queda claro?

—Hazlo, Albízar. No tengo tiempo para que me amenaces. Y tú tampoco para dudar de mí .

Cuelga antes de oír la respuesta. Le devuelve el móvil a Olmedo. Luego, se ajusta la chaqueta y carga el arma en silencio.

—Vamos. No pienso quedarme sentada.

47

12:10 Vivienda del guardián.

La oscuridad pesa sobre sus párpados. Todo es silencio y sombras pegadas al cuerpo.

Hasta que algo cambia.

Un chasquido. Luego, otro. Las antorchas se encienden una a una, como ojos que despiertan en las paredes. El resplandor anaranjado

invade la cueva; proyecta sombras retorcidas que danzan sobre la roca húmeda. Los cánticos arrancan, primero lejanos, después más cercanos, emergiendo de las entrañas mismas de la tierra.

Alguien se agacha sobre ella y, con manos cuidadosas, le retira la venda de los ojos.

Katrin pestañea con fuerza. La luz la hiere; aun así, sostiene la mirada. La cúpula de la caverna se extiende sobre ella, viva, jadeante, y parece exhalar y latir al mismo tiempo.

Los cánticos no cesan. Un murmullo repetitivo le retumba en los oídos.

Y entonces lo ve.

Una silueta destaca entre todas. Más alta, más solemne. Porta una máscara diferente: blanca, con formas simétricas que recuerdan a un cráneo animal. En sus manos sujeta la copa de plata. La misma que vio sobre la mesa. El brillo del metal se fusiona con el de las llamas.

Dos asistentes se acercan. Sin brusquedad, la toman por los hombros y la incorporan.

No se queja. No puede. Sabe que no serviría de nada.

Uno de los ayudantes le sostiene la cabeza con ambas manos. El otro le acaricia la mejilla y susurra:

—Abre la boca.

Ella cierra los labios. Una negativa muda. Toda la voluntad que le queda se concentra en esa tensión. El líder se aproxima. Eleva la copa y dice, con voz grave y ceremonial:

—El Dios de las Sombras está con nosotros.

Bendice el contenido, luego vierte el líquido hacia los labios de Katrin. El borde de la copa toca su piel. No se mueve.

Uno de los hombres que la sujeta le murmura algo al oído. Sus palabras apenas son un soplo que le atraviesan la mente:

—No te resistas. Bébela. Es por tu bien.

La voz le resulta familiar. Algo en el tono, en la cadencia, le remueve recuerdos cálidos y antiguos. Sin embargo, el miedo impide que los

ubique. Siente un vértigo breve, el suelo parece desaparecer bajo sus pies. Entreabre la boca. El líquido cae en su lengua con un sabor metálico y un picor que le araña la garganta. Siente el calor extenderse por su interior, un hilo ardiente que desciende con lentitud y enciende sus entrañas.

Sus ojos, fijos en la máscara frente a ella, se humedecen. Hay algo en esa mirada vacía que le impide apartar la vista. Los cánticos se intensifican. Las sombras danzan más deprisa. El mundo entero gira a su alrededor, fuera de control.

Ella ya no sabe quién es. Solo que está sentada entre dos cuerpos que no conoce, rodeada de gente con máscaras talladas en pesadillas. Que las paredes de la cueva están cubiertas de símbolos que suplican algo con cada línea. Y que alguien, en algún lugar, ha dicho en voz alta que ya está preparada.

La tela vuelve, aunque esta vez no para cegarla. El pañuelo negro, húmedo en las esquinas, se ciñe ahora sobre su boca y la amordaza. No hay voz, ni suspiros, ni súplicas. Solo un jadeo ahogado que muere al nacer.

Ella no se resiste. Ya no puede. El líquido que le hicieron tragar arde en su interior. Una punzada le sacude las entrañas y le curva el vientre hacia dentro; algo parece moverse en su interior. Las lágrimas brotan sin aviso, cálidas, inevitables. Las siente rodar por las mejillas, resbalar por las orejas y perderse entre su pelo húmedo.

Una mano le acaricia el hombro, y otra más firme la obliga a recostarse. Los cuerpos enmascarados se mueven a su alrededor con una precisión ritual, gestos ensayados durante generaciones.

La bajan de nuevo con delicadeza. Sus muñecas son guiadas hacia los laterales, y en cuanto los brazos tocan la roca fría, siente el roce de los grilletes. Escucha el clic del metal al cerrarse sobre ella. Luego, lo mismo con los tobillos. La inmovilizan con calma, como si fuera parte de un objeto ceremonial, no una persona.

El líder, con la copa vacía aún en las manos, da unos pasos hacia atrás. El resplandor del fuego lo sigue, dibuja su silueta sobre la roca húmeda. La máscara que viste parece contemplarla, juzgarla, con cuencas que no contienen solo sombra, también algo más profundo.

Los cánticos vuelven, ahora distintos. Más graves. Más oscuros.

Son voces que no entiende y que la golpean con una fuerza

primigenia. Uno a uno, los demás se colocan a su alrededor y forman un círculo cerrado. Las túnicas rozan contra la piedra. Las máscaras brillan bajo la luz de las antorchas. Todo en ellos parece ajeno al tiempo.

El eco del agua se entremezcla con el sonido de las voces: goteo, canto, alientos acompasados. Todo se fusiona en un ritmo que hace vibrar el suelo bajo su espalda.

Siente cómo la cueva entera late con una pulsación invisible, sincronizada con su propio cuerpo.

Las lágrimas siguen cayendo. No por el dolor, sino por la certeza. Porque ahora lo sabe.

No habrá vuelta atrás. Y nadie, nadie sabe dónde está.

48

12:12. Carretera Placita del Cabeçó. Busot.

Marta se agacha tras el último pino, ante el vallado. El móvil prestado por la vecina sigue en llamada activa con Olmedo, que vigila escondido tras un pequeño muro de bloques, junto al acceso a la finca.

—Cinco vehículos —susurra ella—. El Mitsubishi y el Volvo, más tres turismos aparcados en paralelo, junto al lateral del garaje. Todo apunta a que hay al menos diez personas.

El edificio es grande, dividido en dos estructuras conectadas por un pasillo cubierto: un bloque principal que parece vivienda, con tejas rojizas y una pequeña terraza, y un segundo módulo algo más bajo destinado a garaje o trastero. Las persianas están todas bajadas, excepto una, en la planta baja, justo al lado de la entrada principal. Una cortina de tiras de goma cubre el umbral como una lengua negra suspendida. Nadie a la vista.

Pero eso no tranquiliza a Marta. Todo está demasiado quieto.

Sin dudarlo, toma impulso y, en un salto ágil, se cuela al otro lado de la valla. Sus botas pisan tierra suelta, luego gravilla. Se mantiene pegada al muro lateral, agachada y con el arma en alto. Avanza en línea recta hasta quedar junto a la fachada trasera de la vivienda.

—Estoy dentro del perímetro —informa por teléfono .

—Ya te he visto saltar —responde Olmedo, desde su cobertura—. Lleva cuidado, por favor.

Marta ignora la advertencia. Rodea la casa en silencio hasta quedar frente a la ventana que tiene la persiana medio subida. Echa un vistazo con la pistola pegada al pecho.

Dentro no se ve nada. Ningún movimiento. Una sala sin luces, unas cajas y parte de un sofá.

Se agacha de nuevo y llega hasta la puerta.

—Voy a entrar —anuncia.

—Ni hablar —replica Olmedo—. Escúchame bien, Marta. No seas imprudente. Ahí dentro estás vendida.

La respiración de Marta es lenta y profunda. La tensión le endurece los músculos. Sujeta la pistola con fuerza. Abre con la mano libre un pequeño hueco entre las tiras de la cortinilla de goma. El interior huele a humedad, a encierro.

—La gente está a punto de llegar. Espera, por favor. Un par de minutos —insiste él.

—Hay demasiado silencio —murmura ella—. Y eso nunca es buena señal.

Y sin esperar una respuesta, apoya una mano sobre la puerta. Está entornada. La empuja. Cruje un poco y cede. Da un paso. Luego otro. Está dentro.

El salón es una estancia amplia, despejada, con techos bajos y paredes blancas. Dos sofás enfrentados y una mesa de centro. En el suelo hay seis cajas. Todas abiertas. De ellas sobresalen telas, pliegos de papel, cuerdas, máscaras.

Marta desliza los pies sobre el suelo con la cautela de quien pisa cristales. Avanza sin soltar la pistola, con el dedo índice descansando junto al gatillo. Los ojos recorren cada esquina.

No hay nadie; ni voces, ni un televisor encendido, ni pasos.

—¿Dónde demonios se han metido? —susurra.

Siente urgencia. Una sensación clara y cortante: Katrin puede estar cerca. Muy cerca.

Pero Marta también está el peligro. Y está sola. Lo sabe. Y, aun así, ha entrado. Porque si no lo hace ahora, quizás después no tenga a quién rescatar.

—Estate quieta, que oigo los coches llegar —anuncia Olmedo al otro lado del teléfono—

. Los dos de la Guardia Civil. ¿Me recibes?

La mirada de Marta se desplaza rápido por las tres habitaciones que ha revisado. En cada una, las camas están cubiertas con ropa abandonada a toda prisa: pantalones, camisas, jerséis… Todo esparcido sin orden. Al lado, carteras entreabiertas, llaves, móviles… La identidad de sus dueños parece haberse borrado, reemplazada por otra. El estómago se le revuelve.

Hay un pasillo que conduce hasta un aseo. Al fondo, un acceso cerrado con llave. Intuye que es la entrada al garaje. A su izquierda, otra puerta más baja, metálica, con un pomo

desgastado. La abre con sigilo. Un golpe de humedad le invade los pulmones. No solo es el olor: es la densidad del aire, pegajoso, cargado con una sustancia indefinible.

Cruza un corto pasillo. Enfrente, una habitación de techo bajo y sin ventanas. En el centro, una base de madera sobre bloques de hormigón. Hay marcas en ella: mechones de cabello suelto y un par de sogas cortadas. A su lado, una mesa cubierta con una sábana blanca. Sobre ella, pétalos marchitos de flores azules. Acianos. Los reconoce al instante. Son los mismos que adornaban la corona de Hannah.

—Olmedo, al fondo de la casa, la puerta metálica a la izquierda. Estoy en un cuarto con mucha humedad. Hay restos de ropa de la chica. Sobre una silla. Alguien ha estado atado.

—Cuatro guardias civiles vienen hacia mí. No te muevas. Entramos.

—Se oye el agua correr. —Marta baja aún más la voz—. Parece que estamos justo encima de una corriente subterránea. Frente a mí hay otra puerta.

—Marta —responde Olmedo, más tenso que nunca—, no se te ocurra continuar. Ponte a cubierto.

Ya es tarde.

Marta se ha acercado a la puerta metálica. Tiene una rejilla de ventilación en la parte superior. Se pone de puntillas, alza la vista. Al otro lado, percibe una melodía. Una salmodia profunda, gutural. Voces humanas, sí, distorsionadas por el eco hasta perder su carácter. Empuja lo justo para abrir un resquicio y mirar.

Un pasillo de piedra, estrecho, con escalones que descienden y giran hacia la izquierda.

El aire está más frío.

—Olmedo —susurra—, he abierto el acceso. Voy a mirar dentro. Te bajo el volumen. Te mantendré informado.

No espera su respuesta. Baja el volumen al mínimo. Guarda el teléfono en la chaqueta.

La mano derecha sujeta con firmeza la pistola. La izquierda se aferra a la barandilla mientras empieza a bajar.

Uno, dos, tres escalones. El cuarto está húmedo. Resbala. Se detiene. Toma aire. Luego gira el cuerpo y se agacha, pegando la cara al hueco. La escena aparece con la claridad de un secreto desvelado.

Una caverna natural se abre con la forma de una garganta, como si la tierra misma hubiera sido desgarrada. Las antorchas, sujetas en soportes clavados en la roca, iluminan con una luz temblorosa que hace que las sombras bailen. Y en ese vaivén, Marta ve. Ve todo.

Diez extraños rodean una forma central. El cuerpo de una joven, tumbado sobre una piedra lisa. Envuelta en una piel manchada, coronada con flores azules. Katrin.

El corazón de Marta se detiene.

La imagen de Hannah aparece en su mente, fría, flotando en el mar, con las muñecas y los pies atados.

Siente un impulso animal: bajar, gritar, disparar. Pero se contiene. La razón le dice que un paso en falso arruinaría el operativo. Que si actúa ahora, lo perdería todo. Incluida la vida de Katrin.

El círculo se abre para dejar paso a alguien más. Una presencia más alta, más dominante. Lleva una máscara distinta: más elaborada, más cruel. En su mano, un cuchillo de hoja ancha que brilla con la luz del fuego.

Marta traga saliva. No puede esperar más .

Acerca el teléfono a los labios y susurra:

—Olmedo, van a sacrificar a Katrin. Hay once personas. Voy a intervenir. Corred, por favor.

No espera respuesta. Guarda el móvil. Afianza la pistola con ambas manos. Desciende.

Sus botas chapotean el agua de un riachuelo que cruza los escalones. El sonido alerta a los presentes. Uno de los encapuchados gira la cabeza. Luego, otro. Marta apunta con rapidez.

El silencio se impone de golpe, una explosión sorda que vacía el espacio de sonido. Los presentes se giran hacia ella, envueltos en túnicas desgastadas y máscaras grotescas que ocultan rostros que ya no importan. Algunas parecen de madera vieja, otras tienen formas animales o símbolos pintados. Están mojadas por la humedad, erguidas, intimidantes. Piezas arrancadas de otro siglo, de otro mundo.

El templo natural que los rodea, con su techo alto, los salientes rocosos, las vetas de agua que surcan las paredes y el coro suspendido del silencio evoca una ceremonia primitiva rescatada de un libro prohibido.

Marta da un paso más. Apunta al líder.

—¡Policía! —grita—. ¡Todos al suelo!

Nadie se mueve. Nadie habla.

Katrin, ahí en el centro, apenas respira.

El grito de Marta reverbera con fuerza entre las paredes de piedra. El eco se repite, afinado y cada vez más frágil, replicando su urgencia. La inspectora da otro paso. Cada músculo de su cuerpo es tensión pura. Siente el sudor correr por su espalda.

El cañón de su arma apunta al pecho del líder.

—¿Dónde coño está Olmedo? —murmura para sí, sin apartar la vista.

Nadie responde.

El líder, erguido con su máscara bestial, mira a Marta y levanta el

brazo con el cuchillo bien alto. La hoja capta la luz de las antorchas y relampaguea como una amenaza. Al instante, los otros diez lo imitan. Un movimiento sincronizado. Inhumano. Demasiado exacto para ser improvisado. Cada uno alza el puño derecho, cerrado con fuerza, hacia el cielo de piedra.

Marta parpadea. No puede creer lo que ve.

—¿Qué demonios…?

El líder da un paso hacia ella.

—Ni uno más —advierte. El tono de su voz se le quiebra un instante.

Siente el dedo apoyado con firmeza sobre el gatillo. Una sola orden mental, una mínima duda en las acciones del otro, y apretará. Lo sabe. Pero no quiere hacerlo. Si dispara, puede desatar un infierno. Y Katrin sigue inmóvil, tendida sobre la roca y al filo que pende sobre su destino.

Escucha un crujido detrás de ella. No es la puerta. Es un paso.

Gira los ojos.

Demasiado tarde.

Algo impacta en su nuca con fuerza. Un impacto seco y directo. No hay tiempo para el sufrimiento, solo para el reflejo.

El dedo se contrae y el disparo revienta el aire de la caverna.

El eco de la detonación es brutal. Rebota en las paredes, una estampida que no deja rincones en silencio. Las antorchas tiemblan. El humo de pólvora arde en las fosas nasales. Marta cae de rodillas por la fuerza del mazazo, sin soltar el arma. El cuerpo le arde, el oído le zumba. No sabe si ha alcanzado a alguien o si el tiro se ha perdido en la piedra. Solo ve sombras desorientadas, movimiento frenético. Gritos, aunque no son de dolor. Son gritos que escupen furia. Alarma.

El círculo se rompe. Varios encapuchados huyen en distintas direcciones.

Marta se arrastra hacia la base de la escalera para buscar cobertura. La cabeza le palpita con fuerza y la visión se le nubla.

—¡Policía! ¡Quietos!

La advertencia viene desde lo alto de la escalera. La ceremonia ha terminado.

49

12:27. Vivienda del guardián.

El silencio que queda tras la detonación se rompe por un nuevo estruendo: botas apresuradas bajando la escalera, órdenes gritadas entre jadeos, metales chocando.

Olmedo irrumpe con los cuatro agentes de la Guardia Civil. No hay tiempo para dudas.

Los encapuchados intentan dispersarse, pero son reducidos con rapidez. Algunos forcejean; la mayoría, no. Uno tras otro, son empujados contra las paredes de piedra y esposados. Once, doce. Todos boca abajo, con los rostros pegados al frío húmedo del muro. Ninguno dice una palabra; ni una súplica, ni un insulto.

Olmedo jadea con fuerza. Mira hacia el fondo de la caverna. Ve a Marta arrodillada junto al altar.

—¡Marta! —grita.

Ella no contesta. Está concentrada. Su cuerpo se mueve rápido, con ese instinto animal que nace de la furia y la compasión. Ha llegado hasta Katrin, que yace inmóvil sobre la piedra. Le quita la piel que la cubre, aún húmeda. Le corta las cuerdas de las muñecas.

Los grilletes de los tobillos ceden con un chasquido. Luego le agarra la cara entre las manos.

—¡Katrin! ¡Vamos, Katrin, abre los ojos! —La sacude con fuerza.

Nada.

Marta le da dos palmadas suaves en la mejilla. Luego tres. Le grita otra vez. No hay respuesta.

—¡Mierda, Katrin! ¡No me hagas esto!

Le echa el cabello hacia atrás, le busca el pulso en el cuello. Es una locomotora. Su pecho vibra con fuerza bajo la yema de sus dedos.

La piel de la joven está pálida, empapada de sudor. Un hilo de sangre seca en la comisura del labio. Marta le desabrocha la piel que le cubre

el abdomen y lo ve.

Moratones oscuros, recientes, que se extienden por la parte inferior del vientre. Una flor maldita creciendo bajo la piel. Marta se echa atrás, con la mirada clavada en el cuerpo herido.

—No, no, no, no…

La situación es idéntica a la que aparece en el informe de Hannah: el abdomen inflamado, las manchas y el veneno metálico.

—¡Le han hecho lo mismo! ¡Olmedo, han vuelto a hacerlo!

—¿Qué? —Olmedo se acerca corriendo.

—Los clavos… igual que a Hannah… ¡Está sangrando por dentro!

—¡Hay que llamar a una ambulancia, ya!

—Ya viene en camino —responde uno de los agentes de la Guardia Civil—. Está subiendo por la pista.

Marta se lleva las manos a la cabeza. La adrenalina apenas la deja razonar. Se tambalea, pero se mantiene firme. Se inclina de nuevo sobre Katrin, que suelta un gemido.

—Aguanta, cariño. Ya estás a salvo. Ya casi.

Detrás de ella, Olmedo se acerca al líder, que sigue en pie, esposado. Su túnica está manchada de sangre a la altura del hombro, allí donde la bala de Marta hizo diana.

El hombre no se ha quejado en ningún momento.

—Te han abierto un buen boquete —murmura Olmedo.

Y le arranca la máscara con un tirón. El cuero se retuerce al desprenderse del rostro.

Marta se gira.

—¿Qué…? —balbucea—. No, no puede ser…

Lo reconoce al instante. Su rostro. Sus ojos. Esa expresión neutral, esa boca que no transmite ni dolor ni arrepentimiento.

—¿Lo conoces? —pregunta Olmedo, sin entender su reacción.

Marta se fija en sus enormes manos. Apenas puede asentir.

—Es… —susurra—. ¡Es el padre de Katrin!

El eco de la última palabra aún resuena entre las paredes de roca cuando Marta rompe el espacio que la separa del líder esposado y le propina un puñetazo en la mandíbula.

—¡Hijo de puta! —escupe, con los ojos desbordados de furia.

El golpe hace girar la cabeza del hombre, pero él no emite un solo quejido. Permanece cabizbajo y respira despacio.

—¡Desgraciado! —grita Olmedo, y con un impulso visceral, le golpea en el abdomen.

El líder se tambalea. Aun así, no pierde la compostura. Marta se acerca de nuevo y grita sin contenerse: —¡¿Qué has hecho?! ¡¿A tu propia hija?! ¡¿Cómo has sido capaz?!

Su voz se quiebra. Ya no es una pregunta, sino un lamento desgarrado que se desangra en la caverna. Su impotencia no encuentra salida y se convierte en llanto. Se gira, de nuevo, hacia Katrin. Se arrodilla y le coge la mano.

—Tranquila… Ya ha pasado… Tu madre está buscándote. He hablado con ella esta mañana. Tenéis los ojos idénticos, la misma sonrisa. Vas a verla, te lo prometo.

La voz le tiembla, pero no se detiene.

—Vas a salir de esta. Vas a ponerte bien. Los médicos ya vienen. Solo aguanta un poco más. Un poco más… Esto va a ser solo un mal sueño. Te lo prometo.

La acaricia. Le limpia el sudor de la frente. Le habla desde la orilla de un abismo, convencida de que Katrin aún puede regresar.

—Cuando te recuperes, vendrás a ver las cuevas. Son preciosas… Vas a vivir para contarlo.

Un agente de la Policía Nacional aparece por la escalera, seguido por un médico con un maletín en una mano y un fonendoscopio que le cuelga del cuello. Marta se levanta de un salto.

—Le han dado ketamina o una sustancia peor. Y clavos. Han debido obligarla a tragarlos. ¡Haced algo!

El médico se arrodilla junto a Katrin y empieza a explorarla.

—Necesito espacio. Déjeme trabajar.

Marta duda. No quiere separarse. Le prometió que estaría ahí. Que no la dejaría.

—Vamos. —Olmedo le rodea por el hombro y la aparta con suavidad —. El médico está con ella. Ahora nos toca confiar.

Marta da unos pasos hacia atrás. Mira a Katrin con la desesperación de quien teme perderla al mínimo parpadeo. Siente la presión latir en sus sienes.

Los detenidos, ya sin las máscaras, esposados, alineados contra la pared. Rostros reales.

Humanos. Hasta que uno de ellos, en particular, le corta el aliento.

—No… —susurra al recordar su parecido con Anthony Hopkins.

Elias Weber, el padre de Hannah.

El que la policía alemana no lograba localizar. El que desconoce que su exmujer padeció la noticia de la muerte de su hija a miles de kilómetros de distancia. El que la había maltratado en el pasado.

Marta lo mira. Él baja la vista. No dice nada. Y algo estalla dentro de ella.

Sin que Olmedo lo note, le quita la pistola del cinturón con una rapidez brutal. Y

camina hacia Elias. Paso a paso.

—¡Marta! —grita Olmedo, aunque ya es tarde.

Ella apunta. Le tiembla el brazo, pero no la voluntad. El cañón se apoya en la frente de Elias.

—¡¿Por qué lo hiciste?! —le grita, fuera de sí—. ¡Era tu hija! ¡Eras su padre! ¡Tú tenías que protegerla!

Los labios de Elias tiemblan, pero no se abren.

—¡Eres un monstruo! ¡Un hijo de puta! —chilla, sin aire, activando el seguro del arma.

—¡Marta, no! —brama Olmedo desde detrás—. ¡No dispares! ¡Te vas a arruinar la vida!

—¡Se lo merece! —gime ella, con los ojos anegados—. ¡Lo permitió! ¡Hannah estaba embarazada!

El estampido resuena como un trueno que se traga la caverna.

Olmedo la derriba al instante y le arrebata el arma.

—¡Basta! —Grita él—. ¡Basta, joder!

Ven un cuerpo cayendo de rodillas.

Es Rudolf Schäfer.

Con las manos aún esposadas, se desploma hacia delante. Un hilillo de sangre corre por su espalda.

La bala ha rebotado en la roca. Una bala loca. Mortal.

Marta lo ve. Su cara se contrae y grita. Se arranca de los brazos de Olmedo y sube por las escaleras como una fiera acorralada.

Una vez fuera de la casa, bajo la luz del mediodía, entre el polvo de la montaña y los coches policiales que acaban de llegar, se abalanza contra el Mitsubishi de Rudolf.

Golpea el capó, da patadas a las ruedas y puñetazos al cristal. Grita, llora y se derrumba.

Todo lo que había contenido, todo lo que había sacrificado, ha estallado al fin.

En estos momentos, la inspectora Marta Escudero no puede seguir siendo policía.

Solo puede ser humana. Y dejar que el dolor la quiebre por completo.

50

13:43. Dirección de Policía de Lübeck. Alemania.

La luz cenital cae sobre la mesa. Dos vasos de agua: uno intacto, el otro a medio beber, olvidado junto a una carpeta gris que ha sido abierta y cerrada varias veces, sin éxito.

Robben Schneider está sentado con las manos apoyadas sobre las rodillas. No está esposado.

Frente a él, el inspector Hartmann hojea los documentos enviados desde Alicante. Su voz es baja. Práctica.

—¿Conocía a Hannah Weber?

Silencio.

—La encontraron muerta en el mar. Sin ojos. —Hace una pausa—. Tenía diecinueve años. Sabemos que estuvo con ella la semana pasada en España.

Robben no parpadea. Ni un músculo se le contrae.

El inspector lo observa. Cambia de folio.

—¿Y a Rudolf Schäfer?

Nada.

—¿Cuál fue el propósito de su viaje? No llevaba equipaje facturado. Solo una maleta de mano.

Robben baja la mirada.

—¿Qué había en esa maleta, señor Schneider?

Otra pausa igual de estéril.

Hartmann apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Desde su regreso no ha usado tarjetas, ni ha registrado movimientos públicos.

¿Dónde estuvo entre el día seis y hoy, día nueve?

Robben sigue en silencio. Pero en su silencio hay una forma de respuesta: está aquí por elección.

El inspector lo mira con atención. Luego, sin levantar la voz: —¿Sabe que la familia de Hannah no ha dejado de buscarla? ¿Sabe lo que significa callar?

Por fin, Robben levanta la mirada. Lo hace despacio, con una serenidad que desarma.

No hay rabia ni desafío, solo una fatiga profunda, el agotamiento de quien ha soportado durante demasiado tiempo con una verdad que no puede compartirse.

Hartmann abre la última carpeta. No la mira. Es solo un gesto, el último.

—¿Cuál es su papel en todo esto?

Y entonces, Robben habla. Su voz es suave e inquebrantable.

—Ich bin der Überbringer.

Soy el portador.

Nada más.

La frase no necesita idioma ni contexto. Parece haber aguardado siglos en silencio para salir a la luz.

Hartmann entiende que no obtendrá detalles, ni tampoco saldrá de esa sala con una historia para cerrar el caso. Pero ha visto lo suficiente para saber que este hombre no actúa por locura. Actúa por propósito.

Hay quienes cargan con armas, y quienes cargan con decisiones. Y Robben Schneider, lo quiera o no, ha elegido lo segundo.

Al final, no deja testimonio, solo un hueco perfectamente sellado, una ofrenda o quizás una advertencia: en algún lugar, alguien más ya se prepara para ocupar su sitio.

51

16:11. Hospital General de Alicante.

Marta Escudero abre los ojos.

Al principio, todo es blanco. Un blanco suave, sin forma, un espacio suspendido y sin dirección. Luego, con lentitud, los contornos se definen: una lámpara fijada en el techo, la línea de una cortina corrida a medias, el marco de una ventana sin vistas. A su izquierda, una máquina lanza pitidos acompasados.

No se mueve aún. Observa el gotero colgado en el aire, el tubo transparente que baja hasta una vía insertada en su antebrazo. Y entonces lo recuerda: la cueva, el disparo, la mirada de Katrin y el cuerpo desplomado de Rudolf.

Un vértigo le atraviesa el estómago, como si todo lo que había encerrado en un cofre sellado con rabia se abriera de nuevo, centímetro a centímetro. Cierra los ojos con fuerza para frenar las imágenes. Se agita.

Alarga una mano hasta el pulsador rojo que descansa junto a su mejilla, sobre la almohada.

Un pitido corta el aire, y ella se arrepiente al instante. El sonido le martillea la cabeza.

De manera instintiva, se lleva los dedos al punto donde sintió el impacto en la caverna.

La piel está sensible y punzante. Molesta, pero no tanto como todo lo demás.

Sabe que Albízar querrá verla, que habrá partes médicos, informes, declaraciones. Tal vez un expediente. Tal vez algo peor.

Y no le importa. Se repite que necesita huir de todo y de todos. De su propio uniforme.

Piensa en Fran, en aquel plan descabellado de viajar juntos al Congo. Ahora le parece la única opción cuerda. Una excusa perfecta para marcharse sin mirar atrás.

Ha estado cerca de la muerte demasiadas veces, y ya es suficiente.

Solo quiere desaparecer.

Se imagina atravesando la puerta del hospital sin aviso, envuelta en una sábana, cruzando pasillos con el sigilo de un espectro. Lo ha visto en películas y ahora lo desea con una claridad que da miedo.

Hasta que la imagen de Katrin vuelve a su mente: moribunda, desnuda, atada y rodeada de hombres con máscaras y túnicas.

Siente cómo el aire se le atasca en el pecho. Y por un instante, vuelve a preguntarse si llegó a tiempo.

¿Sobrevivió o se le escurrió entre los dedos?

Esa duda la arrasa más que el latido que le atraviesa la cabeza.

La puerta se abre con suavidad. Marta no gira el rostro. Solo escucha los pasos de unas suelas de goma. Una voz juvenil rompe el silencio:

—Soy Lucía. ¿Cómo se encuentra?

La enfermera es baja, con el pelo recogido y una expresión agradable. No muestra apuro. Se acerca con cuidado.

Marta desea decirle que no lo sabe, que está rota, que ansía gritar y que no tiene ganas de ver a nadie. Pero lo único que logra hacer es asentir.

—Ahí fuera hay dos chicas que quieren verte. ¿Les digo que pasen?

Por un instante, el rostro de Marta se transforma. La línea tensa de su mandíbula se relaja. Sus ojos, todavía pesados, se iluminan con una chispa breve. No pregunta quiénes son. Lo sabe. Y asiente con un movimiento de cabeza.

La puerta se abre y aparecen las personas que intuía. Lara entra primero; los labios le tiemblan.

—Martita… —susurra, emocionada.

Esquiva cables y monitores, y se inclina para besarla en la frente. Después se sienta en la silla junto a la cama y le toma la mano.

Silvia entra detrás y se apoya en los pies de la cama.

—Mira que te gusta este sitio, ¿eh? —dice, con tono burlón—. No me digas que dan bien de comer, porque no me lo creo.

Marta suelta un bufido, casi una risa.

—¿Cómo estás? —pregunta Lara, con la voz quebrada.

—Bien —responde Marta, que deja escapar un suspiro—. Un poco adormecida. Y sin entender qué hago aquí.

—¿No te acuerdas de nada? —pregunta Silvia, más seria.

Marta niega muy despacio, con la mirada puesta en el gotero.

—Más bien no quiero acordarme —dice—. Solo dime si la he liado gorda.

Silvia se cruza de brazos y tarda en responder.

—La has liado gordísima. Pero nada que no se arregle con tiempo y paciencia.

—¿Voy a ir a la cárcel? —pregunta Marta, sin ironía, con una franqueza infantil.

—No creo, mujer. Bueno, ya se verá. Ahora no toca pensar en eso.

Lara le acaricia el cabello, como hacía cuando eran niñas.

—Ahora tienes que descansar y pensar en ti, solo en ti.

Marta no dice nada. Cierra los ojos un momento. El calor de las manos de su hermana, la voz de Silvia, ese cuarto de hospital… Todo duele, sí. Pero es la primera vez en días que no sufre en solitario.

Contempla las motas de polvo que flotan en la luz de la habitación y acaricia el vendaje que envuelve su muñeca izquierda, como si así pudiera rozar también todo lo que acaba de pasar. Pero no, no se puede tocar lo intangible.

Sin poder contenerlo más, lanza la pregunta que lleva ardiendo en su lengua desde hace minutos: —¿Cómo está Katrin?

La pregunta pilla a Silvia en un flanco débil. Cruza los brazos y después los descruza.

Mira a Lara, que baja la vista.

—Parece que ha pasado lo más grave —responde al fin—. Está en la UCI. No temen por su vida, aunque son muy cautos. Tiene el estómago destrozado. Imagínate…

Silvia se muerde el labio. Se detiene de golpe, consciente de lo que acaba de decir.

—Perdona. No quería decirlo así.

—Tranquila —la interrumpe Marta, sin rencor—. Me alegra saber que todavía sigue luchando. La vi tan apagada, que me temí lo peor.

Baja la mirada.

—¿Me vas a poner al día o vas a dejar que me entere de todo cuando me enfrente a Albízar?

—Lo siento, Marta. Por muy amigas que seamos, tengo que seguir sus órdenes. Me debo a un superior.

—Menuda mierda —responde Marta, con resignación—. Esta vez me

he pasado de la raya y me tocará pagar.

Silvia asiente.

—Me ha pedido que te dé las gracias por tu implicación y que te desea una pronta recuperación. Ya hablaréis cuando salgas de aquí.

—No puedes dejarme así, Silvia —insiste Marta—. Lara, búscame mi teléfono. Voy a llamar a Teo. Seguro que él…

—Tu teléfono está hecho trizas —interviene Lara enseguida—. Me dieron una bolsa con tus cosas. No hay mucho que rescatar.

—Pues déjame el tuyo. —Marta estira la mano con algo de desesperación.

Pero Silvia se adelanta y coloca una mano sobre la suya, firme.

—Marta… —suspira—. Escúchame. Tienes que tomártelo en serio. El último disparo alcanzó a Rudolf en la espalda. Reza para que no termine en tragedia.

Las palabras son una bofetada seca. Marta cierra los ojos y vuelve a apoyar la cabeza sobre la almohada .

—Tengo que volver a comisaría —dice Silvia, más suave ahora—. Estaré en contacto con tu hermana.

Se acerca y le da un beso en la mejilla, con una ternura que busca calmarla.

—No seas cabezota y, por una vez, piensa en ti. Aprovecha esto y relájate.

Marta no contesta. No puede. Solo asiente y deja que el silencio la envuelva de nuevo mientras la puerta se cierra tras su amiga.

Después orienta la cabeza hacia la mesita que hay junto al ventanal, justo debajo de la televisión apagada. Sus ojos se fijan en un ramo de flores frescas. Flores silvestres, en su mayoría, entremezcladas con lirios blancos y alguna flor azul intensa que le recuerda a los acianos.

—¿Y esas flores? —Las señala con la mirada.

—La enfermera nos dijo que aparecieron por sorpresa y que no tiene constancia de que haya entrado nadie. Ni visitas, ni entregas.

Marta se incorpora, con cuidado de no forzar el cuello.

—¿Llevan algo en la base? Ese trozo blanco… ¿Es un papel?

Lara se acerca al jarrón de cristal, se agacha, y lo ve.

—Es un sobre.

Sus dedos lo despegan con cuidado del lazo que rodea el ramo. Está pegado con una tira de celo y no lleva remitente.

—¿Quieres que lo abra?

—Sí, por favor.

Lara lo hace con lentitud, temiendo romper algo más que el papel. Dentro hay una tarjeta pequeña, doblada en dos mitades. La despliega.

Marta contiene la respiración.

Lara endurece la expresión, primero sin entender. Luego, se vuelve rígida y una alerta recorre su cuerpo.

—¿Qué dice? —insiste Marta.

Lara levanta la mirada. Su voz, al pronunciarlo, suena diferente : — Recuerda que no eres un gato.

Durante un instante, ninguna dice nada.

Marta traga saliva. El corazón le da un vuelco. Conoce esa frase. La ha escuchado antes.

Y no en sueños.

La habitación se le hace más estrecha.

—¿Sabes lo que quiere decir? —pregunta Lara, mientras le tiende el papel a Marta con cierta cautela.

Los ojos de la inspectora siguen clavados en la tarjeta, encerrada en un recuerdo que parece resonar solo para ella.

—Esa frase se la oí a Mauricio Vega —susurra al fin—. La primera vez que hablé con él, en Villajoyosa, me dijo que durante años había estado protegiéndonos, pero que conmigo tenía un problema.

—¿Qué problema?

—Me dijo que era temeraria. Que me había jugado la vida demasiadas veces, y que no era un gato. —Marta esboza una sonrisa amarga—. Que él no podía ser mi ángel de la guarda si yo no dejaba de tentar a la muerte.

—¿Eso te dijo? —pregunta Lara, sorprendida.

—Lo recuerdo perfectamente. Me miró fijo, sin drama. Con una seguridad que lo volvía imposible de rebatir.

Los pensamientos de Marta corren más deprisa que su pulso.

—¿Sabes a quién vi esta mañana? —añade, rescatando una imagen del fondo de su conciencia—. Al mismo hombre que te ayudó en Madrid y que también vi esta mañana en la esquina de la comisaría.

—¿En serio?

—Me ayudó a levantar la moto tras el accidente.

—¿Estás segura de que era él?

—Tan segura como que esta nota es suya —dice, mientras agita la tarjeta en el aire.

Lara se cruza de brazos.

—Pero… si Mauricio murió —susurra Lara, más como una pregunta que como una certeza.

—Ya —murmura Marta—. Pero estoy convencida de que Brenda está viva. Y este hombre… este hombre nos sigue de cerca.

Lara la observa, incrédula.

—¿Un emisario enviado por Mauricio desde el cielo? —bromea para aligerar el vértigo que empieza a invadirla.

—No lo sé. Creo que su cometido es seguir con la misión de Mauricio: protegernos.

Lara disimula una risa nerviosa. Da un par de pasos atrás, buscando una distancia que le ayude a ordenar lo que escucha.

—¿Insinúas que ha sido él quien se ha encargado de saldar cuentas

con la Veneno?

Marta endurece su rostro y mira a la ventana.

—No tengo ni idea —responde, por fin—. Pero pienso averiguarlo.

52

18:15. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Hay una aglomeración en los alrededores de la comisaría. Los micrófonos asoman erguidos como lanzas desde las manos de los periodistas que esperan en las inmediaciones. En sus rostros hay hambre de titulares.

Marta Escudero desciende del taxi. Las gafas oscuras le cubren la mirada. Lara baja tras ella, incómoda ante la expectación que las rodea. Los periodistas alzan la voz en cuanto la reconocen: —¡Inspectora Escudero! ¿Puede confirmar que la víctima estaba viva al ser encontrada?

—¿Es cierto que hay un vínculo con la chica hallada muerta en el Cabo de las Huertas?

Marta esquiva las preguntas. Todo esto ha estallado más rápido de lo que esperaba. Las detenciones en Busot se han filtrado a los medios y ahora el caso está en boca de todos.

Se detiene un instante en la puerta del edificio.

—Ve a la tapería. Te llamo en cuanto pueda.

Lara sabe que es mejor no intentar convencerla de lo contrario. Marta desaparece tras las puertas de la comisaría, donde hay más movimiento del habitual.

Dos agentes custodian las salas de interrogatorio. Marta evita cruzar la mirada. No quiere preguntas. No ahora. Su objetivo está en el piso superior, donde se encuentra la oficina de la UCIC. Sube las escaleras sin detenerse. Atrás queda la discusión con el médico del hospital, que se negó a firmarle el alta. Marta firmó la voluntaria. No iba a permitir que se repitiera la misma historia que en uno de sus últimos casos, donde no pudo estar presente tras las detenciones por encontrarse hospitalizada.

Quiere mirar a los ojos a sus compañeros, enterarse de las novedades,

saber si alguien ha cantado y quién sigue en silencio. Y, sobre todo, qué papel ha jugado cada uno.

La cara de Teo se transforma cuando la oye entrar en la oficina.

—¿Jefa? ¿Qué haces aquí?

Marta cierra la puerta, con la intención de contener todo el ruido del mundo.

—No sé de qué te extrañas. Trabajo aquí —responde con media sonrisa mientras se acerca a la mesa.

—Es que… mira, te lo tengo que decir. Albízar nos ordenó que, si aparecías, le llamáramos de inmediato.

La sonrisa de Marta se borra al fijar la vista en la pizarra de la pared. Todo sigue igual: las notas con rotulador, los esquemas de relaciones, las fotos… El mismo rompecabezas incompleto que dejó antes de la caída. No iba mal encaminada, aunque eso ahora da igual.

—Dame dos minutos, solo dos. —Se gira hacia él—. Ponme al corriente y te juro que yo misma le llamaré.

Teo la mira, dubitativo. Luego asiente con resignación.

—No quiero problemas —dice, mientras Marta se coloca tras él y posa una mano sobre su hombro.

—¿Y esto? —Se inclina hacia los monitores.

—Son datos del móvil del padre de Katrin. Albízar me pidió que lo volcara todo. Está en alemán. Hay material interesante: conversaciones cifradas, borradores, imágenes extrañas…

—¿Los detenidos han declarado?

Teo niega con la cabeza.

—Nada. Todos en silencio, como si hubieran sellado un juramento con sangre. ¿Acaso los imaginas confesando algo? Algunos estaban dispuestos a sacrificar a sus hijas. Con eso te lo digo todo.

Ella traga saliva.

—¿Y Robben?

—Detenido en Alemania. Tampoco canta. Lo único que ha dicho es que es «el portador». Así, sin inmutarse.

—¿Lo encontraste en los censos?

—Qué va, solo estuvo tres semanas en España. Rudolf le pagó el hostal. Tenemos claro que su misión era acercarse a Hannah, ganarse su confianza y conducirla al matadero.

—¿Han aparecido los ojos? —pregunta Marta en voz baja.

Teo niega con pesar.

—El periodista alemán está convencido de que Robben los trasladó a Alemania. Dice que es parte del ciclo. Una ofrenda. El inspector de allí ha pedido rastrear sus movimientos y conexiones. Pero aún no tenemos respuesta.

Marta apoya los nudillos contra la mesa.

—¿Y Silvia?

—Abajo, en la sala de interrogatorios.

—¿Con Manolet?

—No, a ese lo han trasladado al calabozo. Ya sacaron todo lo que podían. Dice que envió a alguien a limpiar el piso de Hannah. Y la vecina de enfrente ha reconocido a Rudolf en las fotografías que le hemos mostrado. Se le vio varias veces por allí.

—Entonces, ¿a quién interroga Silvia ahora?

—A un tal Gilabert: el hijo de Rudolf. Un forzudo de veintisiete años. Estaba en la cueva, con los otros. Albízar sospecha que iba a ser el próximo portador.

—Me muero de ganas de ir ahí abajo.

—No te conviene, jefa —advierte Teo—. Te va a caer una buena. Albízar está que muerde. ¿Recuerdas cómo entró esta mañana cuando el padre de Katrin casi lo agarra de la pechera? Pues no tiene nada que ver con el cabreo que tenía hace un rato. Si sigue igual, te mandará a casa de una patada .

Marta esboza una sonrisa sin alegría. Ha asumido lo que viene. No necesita que se lo digan. Está preparada para pagar.

—También han traído a declarar al del centro de buceo, ese tal Monje, el que alquilaba las botellas —añade Teo mientras vuelve la vista al monitor—. Albízar está muy encima, tragándose todo tu trabajo.

Ella aprieta los labios y desvía la mirada.

—No entiende cómo pudiste perder los papeles así —continúa él—. ¿De verdad apuntaste al padre de Hannah a la frente?

Marta deja escapar un soplido largo, harta de cargar con la culpa.

—Ese hombre merecía morir.

Las palabras quedan flotando, crudas y desnudas, entre ambos. Teo la observa con desconcierto.

—Al final, disparé al lado. Y la cagué —añade ella, sin dramatismo—. Ya me tocará lidiar con ello.

Desvía la atención hacia la pizarra. Sus ojos se fijan en un nombre que no se ha actualizado en el tiempo.

—¿Y la mujer de Rudolf? Sophia. ¿Se sabe algo de ella?

Teo niega.

—Es un misterio. Desaparecida desde hace doce años. Sin rastro. Nadie ha vuelto a verla.

—Visto lo visto, quizás también la sacrificaron.

—Era un poco mayor, ¿no?

—Es cierto, pero también puede que intentara denunciar algo. O simplemente estorbara. A lo mejor la utilizaron de prácticas.

Teo orienta la cabeza hacia ella. La expresión en su rostro cambia, más serio y cauteloso.

—Jefa, con todo el respeto, creo que no estás en condiciones de seguir con esto. Te veo muy afectada. Y lo de «utilizarla de prácticas» suena a que estás delirando.

—Pues imagínate cómo estaré cuando se me pase el efecto de los relajantes que me enchufaron en el hospital. Mejor voy a ver a Albízar ahora, porque dentro de un rato no sé ni cómo voy a reaccionar.

—¿Quieres que te acompañe ?

—Espera un momento. —Alza una mano—. Hay algo que me ronda por la cabeza.

Teo la mira, atento.

—¿De quién estaba embarazada Hannah? Dices que Robben solo estuvo aquí tres semanas. Es poco tiempo para…

—Exacto. Muy poco. Silvia comentó ese detalle con Albízar. Han pedido extraer muestras de ADN a todos los detenidos. Lo compararán con el del embrión.

Marta se acerca a Teo y apoya la mano en su hombro.

—No sabes lo orgullosa que estoy del equipo que tengo. Sois unos fenómenos.

Teo la mira de reojo, incómodo con el halago, aunque agradecido.

—Voy a echaros de menos una temporada —añade Marta.

53

21:23. Vivienda de Marta Escudero. Playa de San Juan. Alicante.

La luz del portal se enciende automáticamente al detectar movimiento. Marta introduce la llave en la cerradura. Suspira. Su reflejo en el cristal tintado de la puerta le devuelve la imagen de una mujer derrotada. Una que ha dejado de aparentar fortaleza.

Lara sube tras ella con paso cansado. Ninguna ha dicho una palabra desde que salieron de la comisaría. El silencio era necesario.

Horas antes, Marta había intentado hablar con Albízar. Le esperó en el pasillo durante más de media hora. Al final, fue uno de los inspectores quien le transmitió el mensaje:

—El comisario no va a recibirte. Te pide que te marches inmediatamente y que tomes unos días de descanso. También que, si eres lista, solicites la baja médica cuanto antes.

Marta lo entendió todo sin necesidad de más palabras. Le están preparando el terreno para el castigo. Un parte psiquiátrico: una defensa preventiva y elegante de frenar el escándalo. Pero ella no se rebela. No hoy. Hoy está demasiado cansada para discutir y

demasiado humana para hacerse la dura.

Tras una nueva ráfaga de flashes en la salida —menos intensos esta vez, ya sin sorpresa—, Marta abandonó la comisaría, con las orejas gachas. Después, compró un teléfono nuevo y junto a Lara regresó a casa.

Ahora, al fin, Marta gira la llave y empuja la puerta.

Lara entra detrás y se deja caer en el sofá sin quitarse la chaqueta. Marta lanza las llaves sobre la encimera y no dice nada, inmóvil, con la bolsa del móvil aún colgando de la mano. Todo está igual, y al mismo tiempo, todo ha cambiado.

Deja el teléfono nuevo sobre la mesa. No lo enciende. No quiere hablar con nadie. No ahora. No hasta que recupere algo que se parezca a sí misma. Se acerca al ventanal.

Abre la persiana a medias. El mar está ahí, callado e indiferente. Las luces del paseo de la playa de San Juan parpadean a lo lejos. Una pareja pasea cogida de la mano.

—¿Quieres que te prepare algo de cenar? —pregunta Lara desde el sofá, sin moverse.

Marta niega con la cabeza.

—Gracias, pero no tengo hambre.

No tiene nada. Ni apetito, ni rabia, ni fuerzas. Solo una cama en la que dejarse caer.

—Voy a darme una ducha —anuncia.

Se encierra en el baño. Abre el grifo del agua caliente y deja que el vapor empañe los azulejos. Mientras el chorro salpica la cerámica, se desnuda con lentitud, con el cuerpo pesado, como si cada prenda fuera una culpa. Luego, se mete bajo el agua y se permite llorar sin testigos.

No por lo que ha hecho, sino por todo lo que no pudo evitar.

El agua cae con fuerza sobre su espalda, pero Marta apenas la siente. No hay temperatura en su piel. No hay cuerpo. Solo una corriente tibia que resbala por encima de algo roto.

Apoya ambas manos en la pared de la ducha y hunde la frente entre los brazos, y deja que las lágrimas se confundan con el agua. Llora con

la desesperación de quien se vacía por dentro, con la esperanza de escurrirse entera por el desagüe.

Está agotada de fingir que puede con todo, de ser la inspectora que siempre llega, que siempre sabe, que siempre resiste.

Está harta de recoger cadáveres, de mirar a los ojos a víctimas que ya no pueden hablar, de ver cómo los culpables se diluyen entre informes y protocolos. Harta de llegar tarde.

Harta de tener que soportar cada fracaso.

La imagen de Katrin, tendida en aquella piedra, vuelve a visitarla. Y, detrás, la de Hannah, flotando sin ojos en un mar que parecía de cristal. Ambas tan jóvenes. Ambas a punto de vivir. Ambas utilizadas, devoradas por una maquinaria que ni siquiera entiende del todo.

Siente una punzada en su interior. Porque por más que se empeñe, no ha conseguido salvarlas.

Y, de pronto, desde algún rincón oculto del dolor, piensa en Fran.

Fran, con su manera pausada de hablar y su forma de observar la vida sin confrontación. Con esa virtud de calmar sin tocar, de comprender sin preguntar. Piensa en sus paseos junto al mar, en las mañanas lentas, en las noches sin palabras. En la forma en que él la miraba sin exigirle nada, recordándole que no tenía que demostrar nada para merecer descanso.

Con Fran aprendía a detenerse, a no correr, a no medir su valor por el tamaño de su cicatriz. Con él se sentía a salvo de los demás y de sí misma.

Quizás sea eso lo que necesita ahora. No un caso nuevo, no un enemigo que cazar, sino alguien que le recuerde que todavía puede ser una mujer entera y no una máquina de justicia a punto de estallar. Quizás el Congo no sea una locura. Quizás irse sea, por una vez, el acto más sensato de su vida.

El agua sigue cayendo. Marta levanta la cabeza. Se limpia el rostro y mira sus manos.

No quiere seguir siendo esa inspectora hecha de rabia y culpa. Necesita espacio, paz, silencio.

Apaga el grifo.

Envuelta en una toalla, atraviesa el salón con pasos lentos. Desde la cocina llega el aroma tenue de algo calentándose en el microondas, y la melodía de una canción de Amaral: «Sin ti no soy nada». La letra la atraviesa antes siquiera de escucharla entera, y se reconoce a sí misma en ella .

Lara, de espaldas, remueve algo en el fuego. La escena tiene una paz doméstica que desarma.

—No te lo he dicho antes —dice sin girarse—. Tengo varios mensajes de Silvia preguntándome cómo te encuentras.

Marta camina hasta la mesa central, donde dejó la bolsa del móvil. El dependiente se encargó de introducir la tarjeta SIM. También de silenciar el sonido, a petición suya. No quería oírlo sonar y que la realidad le estallara dentro antes de estar preparada.

Ahora el teléfono está ahí. Repleto de llamadas perdidas, mensajes y notificaciones que podrían hundirla otra vez. Sabe que no puede evitarlos para siempre, y también sabe que si los abre ahora, tal vez vuelva a desplomarse.

Toma aire como quien reúne valor ante una caída, pero no lo enciende aún.

—Ya sé que no es el momento —añade Lara, esta vez con más suavidad—. También tengo un mensaje de voz de Fran. Está preocupado porque no le respondes.

Algo se agita dentro de Marta, una chispa que no sabe si es alivio o culpa. Pero es real.

Toma el teléfono con ambas manos y se gira hacia el sofá.

Antes, sin decir nada, se acerca a su hermana y le da un beso en la mejilla. Es un gesto delicado, apenas un roce. En Marta es casi un grito, una forma de agradecerle que esté allí, que no haga preguntas y que la cubra con silencio en lugar de exigencias.

Lara la mira, sorprendida. No dice nada; sus ojos lo hacen por ella.

Marta se hunde en el sofá y deja que el cuerpo hable antes que el pensamiento. Mira el teléfono apagado. Luego, lo enciende.

La pantalla parpadea, fría. Se agobia. No esperaba tanto ni tan pronto. Siente que el mundo la está esperando en la puerta, otra vez con la

mano en la manilla, dispuesto a arrastrarla de vuelta al barro.

Decide consultar las notificaciones de Fran: dos correos sin leer y doce mensajes de WhatsApp, algunos son de audio y otros con fotos .

Toca una de las imágenes. Es él, con gafas de sol, tumbado en una hamaca de rafia y bambú, con el océano al fondo. Su piel, más morena de lo habitual, brilla bajo el sol africano. Tiene barba de varios días y una sonrisa tímida, esa que siempre le ha parecido a Marta una invitación a la calma. Una de esas sonrisas que no buscan deslumbrar, sino sostener.

Desliza el dedo sobre la pantalla, con la intención de acariciarle el rostro.

Escribe con dedos torpes y trata de mantener la compostura: «Hola, ha sido un día complicado en el trabajo. Mañana leo todo y te respondo con tranquilidad».

Deja el cursor parpadeando.

El dedo duda sobre el icono del corazón rojo. Solo uno, o quizás diez. Quizás también abrazos, llamas, lunas llenas, aviones… Pero ningún emoticono es suficiente. No hay dibujo capaz de contener esa mezcla de amor, necesidad y miedo.

Borra el corazón y envía el mensaje sin más.

—¿Vienes a cenar? —pregunta Lara desde la cocina. Su voz suena como un salvavidas.

Marta sigue aferrada al teléfono como si fuera un amuleto. No quiere soltarlo. Fran está allí, en ese rectángulo brillante, más cerca de lo que imaginaba hace unos minutos.

El teléfono vibra de nuevo. Mira la pantalla. Es Silvia.

—¿Cómo estás? —pregunta su amiga al otro lado.

—He tenido días mejores —responde Marta, con tono rasposo.

—¿Sigue Lara contigo?

—Sí, aquí está. De ama de casa improvisada. —Esboza una mueca mientras ve a su hermana remover algo en la sartén.

—Si me necesitas, solo tienes que llamarme. No estés sola, ¿vale?

—Tranquila, Silvia. Estoy bien —miente con torpeza—. ¿Qué tal va todo por allí?

—Ya sabes cómo es Albízar.

—¡A la mierda con Albízar! —estalla Marta, más por cansancio que por rabia. Es la primera vez que lo dice en alto. Y le alivia.

—En estos momentos hay redadas en varios puntos: el local de la Asociación Alemana, el de los trajes de Moros y Cristianos, la casa de Rudolf, y también en el chalet de Busot

—responde Silvia, sin dejarse alterar—. Todo a la vez.

—¿Y Katrin? ¿Sabes algo de ella?

—No he vuelto a saber. En cuanto me digan algo, te escribo. Vamos de culo, Marta. Te echo muchísimo de menos. Ojalá no…

—Silvia, ahórrate los discursos de ánimo —la interrumpe ella con tono blando—. Ya soy mayorcita. Solo dime si hay algo más.

Silvia vacila antes de intervenir.

—¿Sabes que han encontrado el teléfono de Hannah?

—¿Qué…? ¿Dónde?

—En una caja. Había más cosas: su cepillo de dientes, una tablet y un diario. Ahí tiene que haber oro. Estoy segura. Mañana empezaremos a traducir todo. Puede que por fin tengamos algo contado por ella misma.

Marta agacha la cabeza. La mención de Hannah le atraviesa el corazón como una aguja.

Su mente regresa sin remedio al cuerpo frío, a las muñecas marcadas, a sus ojos… o a su ausencia.

—Silvia, creo que es mejor que no me hables de trabajo ahora. No me viene bien. De verdad. Voy a comer algo y a tomarme un puñado de calmantes. Necesito dormir.

Necesito olvidar, al menos esta noche.

10 de marzo de 2016

9:10. Vivienda de Marta Escudero. Playa de San Juan. Alicante.

El timbre suena con delicadeza. Una pulsación breve y respetuosa que acaricia el silencio de la mañana. Silvia no oye ruido al otro lado, ni el habitual caminar nervioso de Marta acercándose. Suspira, tensa los hombros, y pulsa de nuevo. Esta vez, durante más tiempo.

La puerta se abre. Lara aparece con el rostro ojeroso y el pelo revuelto, con señales claras de no haber dormido.

—¿Silvia?

—Perdona la hora.

—No te preocupes. —Lara abre por completo.

Silvia entra con la cautela de quien siente que sus botas suenan demasiado en esa casa.

Se despoja de la chaqueta y baja la voz.

—La he llamado por teléfono y me daba apagado. ¿Cómo está?

—Durmiendo. Al fin.

—¿Tuvo mala noche?

—Peor de lo que me imaginaba —murmura Lara—. Dijo que no leería nada de Fran hasta hoy. En cuanto se acostó… no pasaron ni diez minutos y ya tenía el móvil en la mano. No dijo nada. Solo se quedó mirando. Y luego lloró. Lloró toda la noche. En silencio. Fran le ha dejado .

Silvia contiene el aliento.

—¿Cómo?

—Él dice que todavía la quiere, que la ama, pero que la distancia está haciendo demasiado daño, que no puede con la culpa de hacerla esperar y que lo mejor, por ahora, es separarse. Hasta que regrese. Hasta que puedan volver a mirarse de frente.

Silvia cierra los ojos. Una presión le sube desde el estómago. Piensa en Marta Escudero, su amiga, la mujer de acero, la que nunca se rompe… La invencible.

No ha venido solo a consolar. Albízar ha sido claro: la jueza exige respuestas. Y él quiere hablar con Marta antes de que tenga que darlas.

—Lara —dice con dulzura—, Albízar me ha pedido que la lleve a comisaría. La jueza está apretando.

—Por favor, sé delicada.

Silvia asiente. Deja el bolso en la entrada, se ajusta la camiseta y avanza por el pasillo.

La puerta del dormitorio está entornada. La empuja con suavidad, lo justo para poder ver.

Marta está tumbada boca abajo, abrazada a la almohada con la desesperación de quien naufraga. El cabello está húmedo y enredado. Cualquiera diría que está en paz.

Avanza un poco más y se sienta al borde de la cama. No la toca. No la llama aún. Solo contempla a Marta, la infatigable, la que todo lo da y la que se enfrenta a asesinos sin que le tiemble la voz. Ahora, es solo una mujer rota, envuelta en sábanas y cicatrices invisibles.

Silvia la mira con ternura y a la vez con rabia. Rabia por lo injusto, por lo mucho que ha dado, por lo poco que ha recibido a cambio. Sabe que tendrá que despertarla. Pero no todavía. Un minuto más. Solo uno.

Marta aparece en el salón poco después; arrastra los pies con la pesadez de quien carga un día entero en los talones. Tiene el rostro hinchado, los ojos enrojecidos y la mirada baja. Ni siquiera el café que Lara le ha dejado sobre la mesa logra sacarle una mueca. Se hunde en la silla sin mediar palabra y se aferra a la taza con ambas manos, buscando un calor más profundo que el del líquido.

Silvia y Lara la observan en silencio. Ninguna se atreve a hablar. Saben que cualquier frase está de más. En ese momento, Marta no es la inspectora temida ni la amiga implacable. Es solo una mujer derrotada por dentro, completamente rota.

Acerca la taza a los labios. Toma un sorbo breve. Suspira. El agotamiento la empuja hacia abajo. Se incorpora solo para dejar la taza sobre la mesa. Luego apoya la mano en la frente, con los ojos cerrados.

—Quiero que me acompañes un momento al campo de Fran —dice, con voz apagada.

Ni siquiera levanta la vista.

Silvia tarda en reaccionar. Asiente en silencio.

—Voy a devolverle las llaves —añade Marta—. Quiero cerrar este capítulo. Ya lo veía venir. Tenía asumido que pasaría, pero una cosa es preverlo y otra vivirlo.

Hace una pausa para buscar el hilo de sus pensamientos entre el caos interior. Luego alza la vista por fin. Las mira a ambas, con los ojos cristalinos.

—No os preocupéis por mí, ¿vale? Estoy para tirarme al arcén. ¡Ay, qué mal me encuentro! Me duele todo el cuerpo. ¿Cómo puedo estar tan cansada?

—Come algo. —Lara le tiende un paquete de galletas.

Marta lo coge sin entusiasmo. Mira el envoltorio. Luego, lanza al aire una pregunta que parece dirigida más a sí misma que a las demás.

—¿Sabéis qué es lo peor? Que todo esto me pasa por ser buena. Por meterme en todos los líos: en el trabajo, en casa, en relaciones que estaban rotas antes de empezar… Me esfuerzo por salvar todo menos a mí. Y ya está bien. ¡A la mierda! Alza la voz, pero el grito se le quiebra en la garganta.

Respira con dificultad. Está agotada.

—Silvia, me van a sancionar. Lo sé. Y ¿sabes qué? Necesito ese castigo. Lo merezco.

Porque, en cierto modo, soy un peligro. Me he pasado de la raya demasiadas veces. No puedo seguir así .

—No digas eso.

—Sí, Silvia. Tengo que parar. ¡Necesito parar! —le corta, sin rabia, solo con el peso de la certeza—. Quiero tiempo para mí, para tomar distancia, para dedicarme a otras cosas que no me destrocen.

Gira la cabeza y busca los ojos de su hermana.

—Quiero arreglar las cosas contigo, Lara. Reconciliarme de verdad.

Buscar respuestas.

Encontrar a Brenda. Descubrir quién es ese hombre que nos ayuda desde las sombras.

Quiero… quiero poder decidir qué hacer con mi vida, sin que nadie lo haga por mí.

Se lleva las manos al rostro y se encoge sobre sí misma. Una oleada de emoción la atraviesa. Lara se levanta del taburete, pero Silvia le pide que espere, que la deje.

—Quizá es que me estoy acercando a los cuarenta y me ha dado por ahí. La crisis que no tuve a los veinte ni a los treinta me cae ahora. Y lo entiendo. Me he pasado la vida entera pendiente de los demás. Siempre pendiente. Siempre siendo fuerte.

El silencio vuelve a llenarlo todo.

—Me acuerdo de mamá —susurra, ya sin contención—. De lo sola que me sentí cuando enfermó. De lo sola que me sentí cuando se fue. Nadie lo vio. Nadie se quedó. Y yo… yo me hice fuerte para sobrevivir.

Se seca los ojos con el dorso de la mano. Mira al frente. Está vacía, pero no le da miedo estarlo.

—Quiero encontrarme. Ser yo. Y ser valiente, joder, para afrontar lo que venga. Y sé que, en el fondo, soy una desgraciada —dice con voz hueca—. Estoy aquí reflexionando en alto, desahogándome, y hay algo en mi interior que no deja de susurrarme:

«Pregunta por el caso, pregunta si hay algo nuevo».

Suelta una risa breve, rota, casi un lamento, mientras gira la cabeza hacia Silvia.

Silvia duda. Su instinto es protegerla, aunque sabe que Marta lo necesita. Que si no se lo cuenta ahora, lo buscará más tarde. Así que cede, con delicadeza.

—Creo que no es el momento —dice primero. Poco después, cede ante la mirada fija de su amiga—. Hannah estaba embarazada de Gilabert, el hijo de Rudolf. Su inmobiliaria le alquiló la vivienda y tuvieron un encuentro al poco de que ella llegara de Alemania.

Marta no parece sorprendida, ya debía haber hecho ese cálculo en lo profundo de su mente. Silvia continúa:

—Y la mujer de Rudolf… Sophia. Está viva. La policía alemana la ha localizado. Ha vivido durante años bajo un programa de protección para víctimas de violencia de género. Su marido abusó de ella, la amenazó y entonces huyó.

Marta vuelve a asentir. Poco a poco, las piezas encuentran su lugar.

—¿Y Katrin? —pregunta, temiendo escuchar la respuesta.

Silvia se ablanda. Sonríe con ternura.

—Ha pasado a planta. Su madre no se separa de ella. Está débil, pero va a salir adelante.

Gracias a ti.

La taza de café tiembla cuando Marta oculta el rostro entre las manos y llora. No hay contención esta vez. Las lágrimas le brotan sin resistencia, sin escudo, sin excusa.

Silvia se acerca despacio y le acaricia el cabello con ternura, con el cuidado de una madre que encuentra viva a su hija entre escombros.

—Tenemos que marcharnos —le dice—. Ya sabes… Albízar nos espera.

Antes de que puedan levantarse, suena el telefonillo. Un zumbido que rompe el momento como un relámpago en un cielo en calma. Lara va a contestar.

—Dice que es un repartidor.

Unos minutos después, un joven con chaleco de mensajería cruza el umbral del salón y entrega un ramo de flores. Lo deja con cuidado sobre la mesa, sin decir mucho más.

Lara lo recoge y lo observa con detenimiento. Marta ya lo ha reconocido. Es idéntico al que recibió en la habitación del hospital: flores silvestres, lirios blancos y esas flores azules que le recuerdan a los acianos.

Sin esperar, alarga las manos y desprende con delicadeza el sobre adherido al ramo. Lo abre. Dentro, una sola frase escrita a mano:

«Los ángeles también lloran».

Marta cierra los ojos. Una mueca se le dibuja en los labios, entre la tristeza y la paz. Sus lágrimas todavía recorren las mejillas, pero esta vez no son de pérdida. Son de algo distinto: de reconocimiento y consuelo.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, entiende que llorar no la hace débil. Que la fuerza no está en aguantarlo todo, sino en permitir que alguien —aunque sea en la sombra— le recuerde que, incluso los que salvan, también necesitan ser salvados.

18 de marzo de 2016

55

11:51. Vivienda de Maite Escudero. Guardamar.

Marta hojea un libro de recetas que ha encontrado en el salón de su tía Maite. Pasa las páginas sin detenerse demasiado. En realidad, solo intenta mantener la mente ocupada.

Ha intentado leer las novelas policiacas que descansan en la estantería, pero le devuelven imágenes del trabajo; las románticas le recuerdan la grieta abierta con Fran, y las de aventuras le resultan ofensivas, como si la vida no le hubiera dado ya suficiente equilibrio precario sobre la cuerda floja.

Han pasado nueve días desde la llamada de Albízar para anunciarle que Rudolf Schäfer había muerto. En ese preciso instante, el comisario la suspendió cautelarmente de empleo y sueldo.

Marta no ha parado de dar vueltas a la misma noria mental, un carrusel de pensamientos que la ha dejado exhausta. Tocó fondo hace dos días, cuando el insomnio y los dolores musculares ya eran insoportables. Silvia fue quien la arrastró hasta urgencias, donde fue diagnosticada de ansiedad. Abandonó el centro con una receta de relajantes y una advertencia clara: alejarse del entorno profesional. Y lo hizo. Preparó una bolsa con lo justo y se instaló en Guardamar, buscando algo parecido a la calma.

Lara también ha tenido que aprender a contenerse. Durante los primeros días, la presión fue constante: quería que Marta siguiera buscando a Brenda, que no se desconectara. Pero Silvia, otra vez, tuvo que intervenir para frenar el ímpetu de la hermana mayor.

Esta mañana, intentando sacudirse la apatía, Marta salió a correr por el paseo marítimo.

De vuelta, desayunó con su hermana en la terraza, viendo el sol despuntar sobre el mar.

Luego la acompañó hasta la biblioteca municipal, donde Lara pasa las mañanas repasando para el examen de oposición que tendrá la semana próxima.

Antes de despedirse, Marta le ha prometido que, cuando las cosas se calmen y Lara termine las pruebas, viajarán juntas a Asturias. Quiere averiguar quién es el hombre que aparece en aquella foto con Brenda, frente al Palacio de Congresos de Oviedo.

Porque, aunque el cuerpo le pida descanso, en su interior la llama de la investigación sigue viva.

Levanta la vista del libro y mira el teléfono. Acaba de recibir un correo electrónico de Lukas Koch. El periodista alemán la invita a leer el reportaje que acaba de publicar en un diario. Añade que, aunque el texto está en alemán, ha adjuntado una copia traducida al español.

La inspectora duda si abrirlo o no. El caso de Hannah Weber la ha dejado tocada, y cualquier sombra que vuelva a asomarse corre el riesgo de hundirla de nuevo. Prefiere mantener esa puerta cerrada, al menos ahora que Katrin está fuera de peligro.

Hace unos días, Silvia le mostró un vídeo que Katrin había grabado desde la habitación del hospital. La joven, con el rostro todavía cansado, pero iluminado por una sonrisa, le dio las gracias. «Me has salvado la vida, y siempre lo recordaré». Marta quiere quedarse con esa pequeña victoria. Sin el ruido de los reproches de Albízar, sin las acusaciones por saltarse los protocolos, por no obedecer sus órdenes y porque un disparo injustificado acabó con la vida de Rudolf.

Sabe que abrir ese archivo sería volver a caminar sobre brasas: las cuencas de los ojos vacías, los ritos, las traiciones y los padres entregando a sus hijas como ofrenda. Todo el veneno que ha intentado apartar de su cabeza.

Apaga el teléfono y lo lanza al otro lado del sofá, como si la distancia física pudiera alejar la tentación.

Desde la puerta de la cocina, Maite la observa. No dice nada al principio. Luego, con un paño todavía en las manos, pregunta:

—¿Te encuentras bien?

Marta recoge las piernas y se abraza a un cojín buscando refugio.

—Sí… Bueno, no lo sé —responde sin mirarla.

Maite deja el paño sobre la encimera y cruza el salón.

—¿Has tomado las pastillas?

Marta asiente.

—Tía… ¿Por qué no dejo de sufrir?

Maite le toma la mano. Sus dedos, cálidos y firmes, le transmiten un apoyo silencioso.

—Quizá porque todavía no has hecho las paces contigo misma.

Marta la mira, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando dejas asuntos sin resolver, es igual que cerrar un libro a medias. Las páginas siguen ahí, esperando que las leas… y tu mente no se olvida. Tarde o temprano, te lo recuerda.

Maite la contempla, como si pudiera ver las palabras que Marta no se atreve a decir.

—¿Acaso tienes miedo de cerrarlas?

—Tengo miedo de fallar, ¡maldita sea!

Maite la mira sin sobresaltarse.

—¿Sabes qué pienso? Que estarías mucho mejor si aceptaras, de una vez, que no eres perfecta.

—Ya lo sé… —Marta baja la voz. Las palabras se le atragantan en algún punto entre la garganta y el corazón.

Maite le aprieta un poco más la mano, invitándola a soltar lo que le pesa. El silencio se prolonga hasta que aparece un destello de luz: la pantalla del teléfono vuelve a encenderse con una nueva notificación.

Maite lo alcanza y se lo tiende.

En la pantalla aparece un mensaje de Silvia: «Mañana podríamos pasar el día juntas».

El simple hecho de leer el nombre de su amiga hace que el cuerpo de Marta se tense.

—¿Qué me está pasando? —murmura, más para sí que para su tía.

Maite la mira directamente a los ojos

—La pregunta es… ¿Qué quieres hacer en este mismo momento?

—Desaparecer, tía. Huir. Apagarme.

—¿Esconderte? ¿De qué, cariño?

Marta no responde al instante. Su mirada se clava en el teléfono, que sigue iluminado sobre el sofá. Ansía abrir el correo de Lukas, leer ese reportaje y enfrentarse a todo lo que ha intentado enterrar. Pero teme lo que pueda encontrar. Teme que las palabras revivan las imágenes y la devuelvan al pozo.

Su tía, sabedora de la batalla que ella libra, rompe el hilo de la duda:

—Hazlo. No lo pienses más. Afróntalo, sea lo que sea. Y haz las paces de una vez. Aquí me tienes para ayudarte.

Se inclina hacia Marta y le besa la frente. Luego se levanta y camina de nuevo hacia la cocina.

Marta sostiene el teléfono como un objeto frágil; una bomba que podría estallar con un solo toque. Parte de ella quiere lanzarlo de nuevo al sofá, enterrarlo bajo un cojín y seguir fingiendo que no existe. La otra, más inquieta, le exige abrir ese correo, acabar con la incertidumbre y dejar de vivir a medias entre la negación y el miedo. Llena los pulmones despacio. Piensa en su tía Maite, en sus palabras sobre cerrar libros a medias, y que quizás no se trate de ganar, sino de atreverse a mirar lo que duele.

Pulsa.

El mensaje se despliega. Abre el archivo adjunto. La traducción al español aparece en la pantalla. El titular del reportaje la sacude de lleno.

Diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Sección Sucesos.

La policía española da caza al rito alemán más despiadado.

El mar, visto desde las playas alicantinas, parece un lugar eterno e inmutable. Pero bajo esa superficie azul y limpia, una de las investigaciones policiales más importantes de los últimos años en España ha revelado un secreto tan antiguo como siniestro: un culto que ha sobrevivido al paso del tiempo, transmitido de padres a hijos como una herencia maldita.

Hace diez días, agentes de la Policía Nacional irrumpieron en una cueva escondida en la provincia de Alicante. Dentro, una joven alemana estaba a punto de ser sacrificada.

La escena, según la descripción de un investigador presente, era «algo que nunca se borra de la memoria»: la chica, coronada con un aro cubierto por flores de acianos, estaba rodeada por hombres con túnicas oscuras y máscaras con símbolos marinos.

Ese día, la intervención policial salvó una vida, pero también destapó un horror que podría haberse cobrado muchas más. Los investigadores sospechan que este rito —que combina elementos de superstición marinera y prácticas sectarias— ha podido dejar, en las últimas décadas, un rastro de víctimas que podría superar la veintena. La cifra exacta es imposible de confirmar porque las desapariciones se remontan a distintos países y, en algunos casos, a más de veinte años.

Los trece detenidos —doce en España y uno en Alemania— pertenecen a familias con un linaje común, descendientes de marineros alemanes que faenaban en el mar del Norte y el Báltico. Además, mantenían un vínculo importante con España. Esas familias, según la investigación, guardaban un juramento transmitido de generación en generación: servir al culto incluso con la propia sangre. Esa promesa abarcaba también, llegado el momento, entregar a un pariente directo como ofrenda al dios marino que veneraban.

En este último caso, la víctima elegida había sido Katrin M., de 19 años, entregada por su propio padre —uno de los detenidos— para «sellar» un pacto de protección del clan.

La policía interceptó el ritual en el último instante.

El culto trasladó su actividad a España hace dos décadas, tras un conflicto entre dos líderes espirituales en Alemania. Rudolf Schäfer, que acabaría convirtiéndose en el

cabecilla, fue desterrado a la costa alicantina. El otro guía murió poco después en circunstancias nunca aclaradas.

Con la muerte del líder alemán, Schäfer se erigió como autoridad única. Escogió como santuario una cueva oculta en los bajos de una finca privada. Allí, según el sumario, se realizaron ceremonias al menos una vez al año.

Las autoridades no descartan que existiera una red de apoyo más amplia en Alemania.

Los registros incautados mencionan «hermanos» y «guardianes» que nunca han sido identificados. Fuentes de la policía alemana reconocen que hay indicios de simpatizantes y colaboradores fuera de España, aunque su papel aún no está claro.

En cuanto a la motivación, el culto mezclaba creencias supersticiosas y un sistema de control basado en favores y protección. Rudolf Schäfer no solo se presentaba como el intérprete de la voluntad del dios del mar; también prometía a los miembros impunidad y seguridad. Les aseguraba techo, trabajo, ayuda legal y, en algunos casos,

«desaparición» de problemas con la justicia. Esa red de favores hacía que salirse del grupo no fuera una opción viable.

La economía del culto se sustentaba gracias a aportaciones de sus miembros y, según la investigación, a actividades empresariales en apariencia legítimas: alquileres turísticos, viajes en barco, importación de productos marinos y comercio de antigüedades. Parte de esos ingresos se utilizaban para financiar viajes de reclutamiento en Alemania y para mantener el enclave español.

Los investigadores creen que, a lo largo de los años, ese sistema de «protección total»

fue más poderoso que cualquier credo. En algunos casos, la lealtad era tan férrea que justificaba lo injustificable: la entrega de una hija.

El detonante fue el asesinato de Hannah Weber, cuyo cuerpo apareció en la costa de Alicante sin globos oculares y con claros elementos rituales. Ese hallazgo conectó con la desaparición de Katrin M., y la vigilancia sobre el entorno de Schäfer permitió a la Policía intervenir en la cueva durante el ritual.

El asalto dejó a Schäfer muerto y a once miembros de la secta bajo arresto. Entre las pruebas incautadas figuran túnicas, coronas,

registros manuscritos del linaje de cada miembro y pertenencias de al menos seis mujeres desaparecidas.

Las autoridades sospechan que la red podría tener ramificaciones en otros países europeos y que no todos los implicados han sido detenidos. «Este no es el final. Es

posible que haya más víctimas, más cómplices y más cuevas», afirmó un alto mando policial español bajo condición de anonimato.

Para las familias de las víctimas, y para las comunidades alemanas en España, el golpe ha sido demoledor: la certeza de que, durante años, un grupo cohesionado por la sangre y el mar convirtió un paraíso costero en el escenario de su culto más oscuro.

Por *Lukas Koch.*

57

15:47. Paseo marítimo. Guardamar.

Silvia llega en cuanto termina su turno. Nada más sentarse en la terraza frente al mar, pide un sándwich y lo muerde con hambre mientras las gaviotas chillan sobre su cabeza. Frente a ella, Marta da sorbos a una tila que nunca habría pedido por voluntad propia, pero que Silvia le ha insistido en que le hará bien.

—Ya veo que tu cabeza no deja de dar vueltas —dice Silvia, rompiendo una conversación ligera sobre un cotilleo de comisaría que solo ha usado para distraerla.

Marta deja la taza sobre el plato.

—Te juro que no quería leerlo, pero quién se queda de brazos cruzados ante un reportaje así.

Silvia arquea una ceja.

—Ese periodista es muy bueno. Además de escribir bien, se ha implicado como pocos.

Gracias a él conseguimos abrir puertas en Alemania que parecían cerradas a cal y canto.

Y cumplió su palabra: no ha publicado nada hasta que le hemos dado luz verde.

—He visto que todavía no se ha cerrado la investigación.

—Así es. Pero no podíamos seguir callando. Los medios se estaban inventando titulares solo para alimentar el morbo.

—¿Quién se ha quedado al frente del caso?

Silvia sonríe de lado, con un brillo en los ojos que Marta conoce bien.

—Sabía que tu llamada no era por un ataque de ansiedad.

—No te voy a engañar, me muero de ganas por saber quién ha cantado. ¿Ha sido Robben?

—¡No! —niega Silvia, casi riendo—. Ese tío morirá sin soltar una sola palabra. Igual que los demás. Esa gente tiene asumido que el pacto con la Bruderschaft es de por vida.

—¿Bruderschaft?

—Sí. Yo también me quedé a cuadros la primera vez. Es algo así como una hermandad.

—Entonces, ¿quién fue? —Marta la taladra con la mirada.

Silvia mastica en silencio y con la vista perdida en el horizonte.

—Silvia… —insiste Marta, dejando claro que no va a apartar la pregunta.

—Lo siento, pero sabes cómo va esto. Es un testigo protegido. No puedo…

—¡Venga ya! —Marta se inclina hacia delante—. Nos conocemos desde hace años.

—Pero si se entera el comisario…

—¡No me jodas! —la interrumpe Marta, con una media sonrisa de resignación y desafío.

Silvia deja el sándwich en el plato. Sus dedos se quedan quietos.

—Sophia Schneider —dice al fin, como quien suelta una carta decisiva.

—¿La mujer de Rudolf? —Marta se endereza en la silla.

—La misma. ¿Recuerdas que te conté que estaba en un programa para víctimas de violencia de género? Pues decidió hablar en cuanto supo que Rudolf había muerto.

Llevaba años con miedo, amenazada con que le sacarían los ojos si se atrevía a denunciar.

Marta aprieta los puños. El instinto le dibuja en la mente la vida de esa mujer: años de silencio, de terror y de convivir con la amenaza.

—Ella fue testigo de todo —continúa Silvia—. Cuando se mudaron a Alicante, adquirió a su nombre el local de la Asociación Alemana y llevó la contabilidad durante ocho años. Conoce a cada uno de los detenidos. Y lo mejores que ha dado nombres de otros miembros de la secta y de varias chicas que fueron sacrificadas en los años en que ella convivió con Rudolf, antes de huir a Alemania.

Marta niega con la cabeza mientras trata de asimilar la información.

—Veo que me he perdido una investigación de las buenas.

—Albízar ha puesto al frente de la UCIC a Olmedo, y también están colaborando compañeros de Valencia y Madrid.

—¿Y Robben? —pregunta Marta—. ¿Qué pinta alguien tan joven en una secta como esta?

Silvia se recuesta en la silla y la mira de reojo.

—Me estás estirando mucho de la lengua, maja.

—Pídete otro sándwich, que hoy invito yo —bromea Marta, aunque sus ojos la desafían a seguir.

—Era el portador —admite Silvia—. Así llaman a quien traslada el «trofeo» desde el lugar de la ceremonia hasta el Opferaltar, un altar en la costa alemana donde dejan la ofrenda. En este caso, los ojos de la víctima, para que los dioses del mar se apiaden de ellos.

—Qué macabro —opina Marta, intentando borrar la imagen de su cabeza—. Leí que los miembros comparten un mismo linaje.

—Exacto. Y hay algo que pedimos que no apareciera en el reportaje: todos los que estaban en el ritual habían sido portadores alguna vez.

—¿Qué dices?

—Que esa gente está curada de espanto.

—¿Cada cuánto hacían los ritos?

—Una vez al año, siempre con el cambio de estación a primavera.

Marta entrecierra los ojos.

—Has dicho «una»… ¿Y por qué sacrificaron a Hannah y luego fueron a po r Katrin?

—Que no te siente mal, pero creo que fue por tu culpa —dice Silvia, sin apartarle los ojos.

Marta se queda inmóvil y la mirada se le endurece.

—¿Qué quieres decir?

—Tranquila, que no se lo he dicho a nadie —responde Silvia, bajando un poco la voz—.

Suponemos que Rudolf decidió repetir el ritual con otra chica porque descubrió que la anterior, Hannah, estaba embarazada.

Marta se cubre el rostro con las dos manos.

—¡Me cago en mí… y en todo! ¿Cómo pude ser tan imbécil?

—Eh, tranquila, que no es tu culpa. Tú solo…

—Claro que es culpa mía —la corta Marta, bajando las manos y mirándola de frente, con los ojos encendidos—. Recuerdo perfectamente la cara que puso Rudolf en el local de la asociación cuando le conté que la víctima encontrada en la cueva estaba embarazada. Yo… Yo provoqué que Katrin… ¡Oh, Dios!

—Deja de fustigarte —insiste Silvia—. Gracias a eso conseguimos atraparlos.

Pero Marta ya no está escuchando. Sus pupilas parecen perder el foco y su cuerpo se queda rígido, como si el presente se hubiera apagado. Dentro de su cabeza, una corriente violenta de imágenes se arremolina. Todo regresa de golpe, empujándola hacia un lugar del que ha intentado escapar desde entonces.

—¿Sabes que hay un político alemán metido en el ajo? —dice Silvia, buscando arrancar a Marta de la espiral en la que está atrapada.

—¿Qué? —reacciona ella, todavía medio anclada en sus pensamientos.

—Pues que esto llega más lejos. También nos han llamado de un pueblecito marino de Italia para decirnos que, hace un par de años, encontraron el cuerpo de una chica a la deriva. Sin ojos y con clavos en el estómago.

—No me lo puedo creer…

—Es probable que hicieran algún ritual y la víctima se les soltó de las cuerdas —bromea Silvia, intentando aliviar la tensión—. Según Sophia, mantenían los cuerpos en el mar hasta después de la ofrenda. Luego los retiraban y los llevaban a mar adentro. Allí los hundían.

—Silvia, creo que está bien por hoy. Me cuesta asimilar todo lo que me estás contando.

Menos mal que con tanto medicamento estoy medio drogada, porque te aseguro que si llego a saber esto en la cueva, me los cargo a todos.

—¡Por favor! No digas eso ni en broma.

—¡Sí, joder! No es para menos. Esa gente no merece vivir.

—Marta, ¿te estás escuchando? Recuerda que eres policía.

—Sí, Silvia, pero una policía harta de ver cómo la justicia es injusta. ¿O crees que esa gente va a rehabilitarse en la cárcel? Estoy segura de que la mayoría saldrá. Y volverán a hacerlo.

—¿Te das cuenta de que no estás en condiciones de volver al trabajo?

—Claro que me doy cuenta. He tocado fondo. He colapsado. ¿Quién aguanta toda la vida rodeada de estas cosas sin romperse?

—Bueno… Dale otro trago a la tila y cálmate. Ahora lo importante eres tú. Iba a preguntarte por Fran.

—Fran es cosa del pasado. Lo tengo asumido. Ahora quiero desconectar. Ya me dijo el comisario que lo mío va para largo… Que la suspensión durará varios meses.

—¿Serás capaz de soportarlo?

—Precisamente es lo que necesito.

Marta mira el mar. La luz de la tarde se clava en las olas con un brillo

que recuerda a plata líquida derramada. No siente la urgencia de correr hacia nada. Ni hacia un caso.

Ni hacia un culpable. Ni hacia una víctima que ya no puede salvar.

La espera un camino incierto. No sabe si encontrará a Brenda. Tampoco si volverá a ser la misma policía que un día creyó que podía cambiar el mundo.

Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, siente que el futuro aún guarda algo bueno para ella.